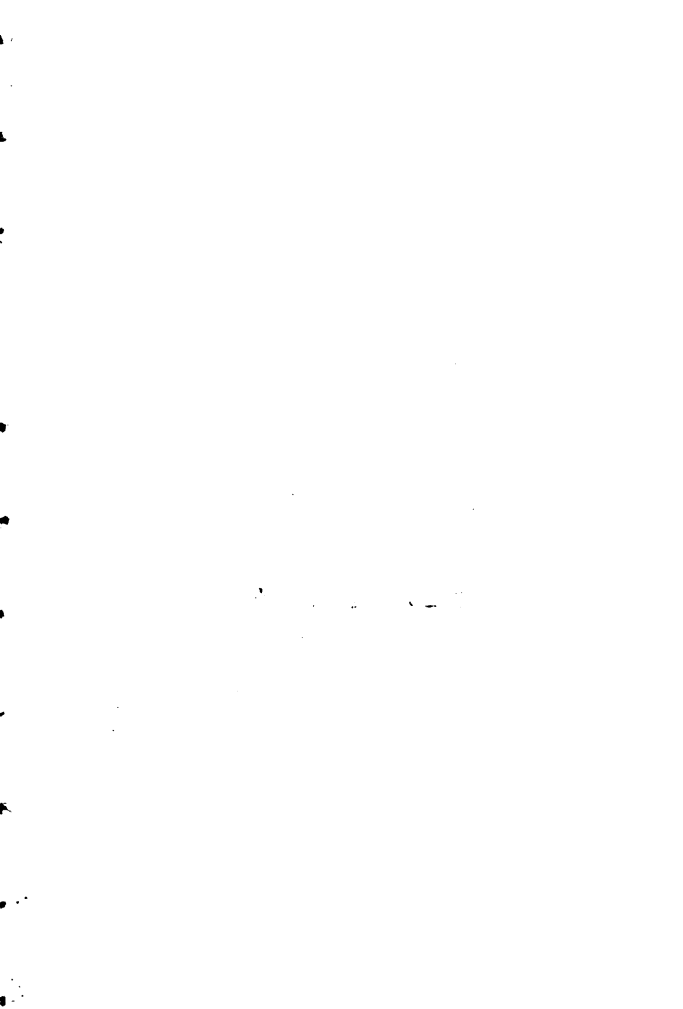


LIBRARY  
OF THE  
UNIVERSITY  
OF ILLINOIS

845 B233

Och SPL







**COLECCION UNIVERSAL**

---

J. Barbey d'Aurevilly

---

**EL CABALLERO DES TOUCHES**

**SPANISH and FRENCH BOOKS**  
**ZABALA AND MAURIN**  
135 WEST 49th ST., NEW YORK CITY

**MCMXX**

---

**ES PROPIEDAD**  
**Copyright by Calpe, 1920.**

---

---

**Papel especialmente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.**

COLECCION UNIVERSAL

J. BARBEY D'AUREVILLY

---

# El Caballero Des Touches

La traducción del francés ha  
sido hecha por Juan José Llovet



MADRID, 1920



845B233  
Uch SPL

*Julio Barbey d'Aurevilly nació el 2 de noviembre de 1808 en San Salvador del Vizconde, en la península del Cotentin—Normandía—. Pertenecía su familia a la burguesía acomodada y de rancio abolengo, a esa burguesía casi ennoblecida o muy próxima a serlo. Julio Barbey añadió a su nombre el de una finca familiar—Aureville—, transformándolo en Aurevilly.*

*Cursó sus estudios en París, en el Colegio Stanislas, donde conoció a Mauricio de Guérin, que ejerció notable influencia en las primeras producciones de Barbey, sobre todo en la redacción de sus célebres Memoranda. Estudió Jurisprudencia en la Facultad de Derecho de Caen. En esta ciudad trabó íntima amistad con Guillermo Trébutien, librero y más tarde bibliotecario municipal de Caen. Su correspondencia con Trébutien es interesantísima; nos hace ver las fases íntimas del desarrollo multiforme del espíritu inquieto y extraño de Barbey d'Aurevilly.*

*Este desarrollo pasó principalmente por dos etapas: una, la primera, dedicada a la vida mundana de bulevar, época de exaltación byroniana, de elegancias fastuosas y efectismos de gestos y gritos, de pose romántica y de dandysmo. En este tiempo fueron escritos Amaïdee, Germaine—publicada más tarde con el título de Ce qui ne meurt*

pas, y, sobre todo, Du dandysme et de Georges Brummel.

*La segunda época se caracteriza por su conversión al catolicismo; en cuya práctica y fe pone la misma violencia, la misma exaltación, el mismo amor al gesto teatral y a la pose de exageraciones. A esta época pertenecen sus obras mejores: Une vielle maitresse, L'Ensorcelé, LE CHEVALIER DES TOUCHES. Un pretre marié, Une histoire sans nom.*

*Barbey d'Aurevilly murió en 1889, dejando una obra considerable y un nombre muy importante en la literatura francesa moderna. Vigoroso de estilo, sus mismos efectismos y sus salidas teatrales tienen tanta fuerza, tal acento, que acaban por formar una personalidad propia.*

*La Hechizada—L'Ensorcelée—, que hemos publicado ya en la Colección Universal—números 221, 222 y 223—, es una de las novelas características de Barbey. Es la primera de una serie destinada a referir las guerras de los Chuanes en Normandía. Sobre un fondo de misteriosas creencias populares en sortilegios y hechizos, desarróllase una historia de pasión trágica, a la que sirve de marco la figura tremenda de un antiguo abate, jefe de partidarios realistas.*

*El CABALLERO DES TOUCHES continúa con el mismo tema de los guerrilleros y nos relata la historia de unas hazañas formidables, dignas de los paladines o de los héroes de la antigüedad.*

## A MI PADRE

---

¡Cuántas razones, padre mío, para dedicaros este libro, que os recordará tantas cosas, cuyo culto conserváis en vuestro corazón! ¡Conocisteis a uno de los héroes, y probablemente, hubierais compartido su heroísmo y el de sus once compañeros de armas de haber tenido sobre la cabeza algunos años más, en el momento en que la acción de este drama de guerra desarrollóse! Pero entonces no erais más que un niño; el niño cuyo encantador retrato adorna todavía el gabinete azul de mi abuela, y que ella nos mostraba, de pequeños, a mis hermanos y a mí, alzando un dedo de su bella mano y recomendándonos que nos asemejásemos a él.

Así debí procurarlo siempre, padre mío. Vos pasasteis vuestra noble vida como el *Pater familias* antiguo, señor en vuestra casa, en un abandono lleno de dignidad, fiel a vuestras opiniones en desgracia, con el perrillo del fusil caído sobre la cazoleta, desde que la guerra de los chuanes se extinguió para siempre, en el esplendor militar del Imperio y bajo la gloria de Napoleón. Pero yo no tuve vuestro apacible y fuerte destino. En lu-

gar de permanecer, como vos, reciamente arraigado, cual duro roble, en el terruño natal, dejéme arrastrar por la inquietud de mi espíritu, me fuí lejos, corriendo locamente tras ese viento de que nos habla la Escritura, y que del mismo modo en todos los países se filtra y huye ¡ay!, entre los dedos de la mano del hombre. Y, lejos todavía, os envío este libro, cuya lectura os recordará aquellos infortunados compatriotas de vuestro tiempo, a los que la Novela, por mi mano, restituye hoy sus páginas de historia. .

Vuestro respetuoso y afecto hijo,

*Julio Barbey d'Aurevilly.*

21 noviembre 1863.

---



# EL CABALLERO DES TOUCHES

Nous n'irons plus au bois  
les lauriers sont coupés! (1)  
(VIEJA CANCION.)

## I

### Tres siglos en un rincón de provincias.

Corrían los años postreros de la Restauración. La media de las ocho, según se dice en el Oeste, acababa de sonar en el campanario, agudo como una aguja y vitrado como una linterna, de la pequeña y aristocrática ciudad de Valognes.

Unicamente el chocloteo de unos zuecos, cuya marcha insegura parecía apresurada por el terror y los rigores del temporal, turbaba el silencio de la plaza de los Capuchinos, desierta y triste a la sazón, como el propio "páramo de la Horca". No ignoran los conocedores del país que "el páramo de la Horca", así llamado porque en él se "colgaba" en otro tiempo, es un terreno que permaneció largos años abandonado, situado al borde del ca-

---

(1)

Ya no iremos al bosque,  
los laureles están cortados.

mino que va de Valognes a Saint-Sauveur-le-Vicomte, y del que una superstición tradicional aparta los pasos del viajero.

Por lo demás, aunque en ninguna parte las ocho y media sea una hora descompasada y tardía, lo avanzado de la noche—era en diciembre—, la lluvia que cayera sin interrupción durante todo el día, y las costumbres de la pequeña ciudad, morigerada y comodona, explicaban la soledad de la plaza de los Capuchinos y justificaban el asombro del burgués, recogido ya y tal vez acostado, tras las contraventanas cerradas a piedra y lodo, al escuchar, sobre el húmedo pavimento, el choclear de aquellos zuecos, con el que vino a mezclarse, de manera inesperada e impetuosa, otro ruido no menos insólito.

Sin duda al desembocar en la plaza, enarenada en el centro; pero con encintado de losas en sus cuatro orillas, y al pasar por delante de la puerta cochera, color verde botella, del hotel del señor Mesnilhouseau, a quien, por lo numeroso de su jauría, se le apodaba “el de los perros”, los ruidosos zuecos despertaron a la durmiente colección de fieles guardianes. Demostrándolo así, largos aullidos salieron por encima de las tapias del patio y se prolongaron en la noche, con esa melancolía desolada que caracteriza los ladridos nocturnos.

Aquel interminable y desesperado gruñido de los honrados animales que, como si hubiesen venteado en la plaza algo temible y desacostumbrado

do, procuraban introducir las patas y el hocico bajo la colosal puerta cochera; la cerrazón de la noche, el viento y la lluvia; aquel espacio desierto, en realidad no muy grande, pero que en 182..., cuando colocaron en su centro aquella cruz, en la que se retorció, coloreado groseramente, un Cristo de tamaño natural, perdió el riente aspecto de *square* inglés que le daban sus árboles, plantados en cuadro, y sus blancas balizas; todos estos accidentes y detalles parecían confabulados entre sí para amedrentar al transeunte de los zuecos, que caminaba bajo su paraguas, inclinado contra el viento, y cuya atirantada seda ametrallaba la lluvia con sus gotas sonoras, como perdigones de cristal.

Suponed, en efecto, que este transeunte desconocido fuese una persona de imaginación crédula y simple, una conciencia atormentada, un alma dolorida, o, sencillamente, uno de esos temperamentos nerviosos que se encuentran en todos los pisos del anfiteatro social. Convendrán conmigo en que los pormenores que acaban de señalarse eran más que suficientes para duplicar los latidos de su corazón, haciendo penetrar hasta la medula de sus huesos el escalofrío del espanto. ¡Pero lo verdaderamente tremebundo era aquel Cristo, que más que verse se adivinaba en la sombra, con los brazos distendidos y abiertos! Pues bien: como si con todo esto no hubiera bastante, he aquí que un hecho extraño—extraño en aquella pequeña ciudad, donde a tales horas los mendigos duer-

men acurrucados en sus lechos de paja y donde los ladrones de encrucijada, gentilhombres del camino real, son poco menos que desconocidos—, un hecho extraño, decimos, un fenómeno extraordinario se produjo de pronto.

Entre la desembocadura de la calle Siquet y el centro de la plaza, precisamente enfrente del gran Cristo, la linterna, irradiante como una pupila luminosa, bajo el paraguas inclinado, extinguióse de pronto. ¡Y no fué el aire quien la apagó, sino el aliento de una respiración humana! Los nervios de acero que la sostenían la elevaron a la altura de algo horrible, y este *algo* pronunció algunas palabras: fué un instante, un relámpago; pero uno de esos instantes en los que caben siglos. Entonces comenzaron a aullar los perros. Y aullaban aún, cuando una campanilla vocinglera alborotó en la primera puerta de la calle de los Carmelitas, que desemboca frente a la de Siquet, y cuando “la persona de los zuecos”, sin zuecos ya, hizo su entrada en el salón de las señoritas de Touffedelys, que sin duda, contaban con ella para su velada de aquella noche.

El recién llegado—porque “la persona de los zuecos” era un hombre—estaba calzado con la elegancia de un abate del antiguo régimen, lo que, bien mirado, no tenía nada de particular, puesto que no era otra cosa.

—He oído vuestro *carruaje*, abate—dijo la menor de las Touffedelys, la señorita Santa, que, incapaz de pensar por cuenta propia, repetía siem-

pre la chanzoneta con que el abate se burlaba de sus zuecos.

Este, después de despojarse en el vestíbulo del verde y holgado redingot impermeable con que cubría su hábito negro, avanzó, derecho y majestuoso, llevando la cabeza con el mismo orgullo que si fuera un venerable relicario y arrancando agudos chillidos a sus zapatos de marroquín, resguardados por los zuecos del barro y de la humedad.

Aunque acababa de sufrir una de esas impresiones, terribles como la descarga de un rayo, no parecía más pálido ni más rojo que de costumbre. Su tez estaba bañada por uno de esos tintes opacos que tienen la consistencia del esmalte y que no transparentan ninguna impresión. Desenguantando lentamente su mano derecha, ofreció en derredor dos de sus dedos a las cuatro personas que se agrupaban ante la chimenea, y que interrumpieron su conversación para recibirle.

Pero la última de estas cuatro personas exclamó, estremeciéndose al tocar los dedos del abate:

—¡Algo de nuevo hay, hermano mío!—¿en qué pudo notarlo?—¡No te encuentro esta noche en tu estado normal!

—Hay—dijo el abate, con voz firme y grave—que hace un momento la vieja sangre de Hotspur ha estado a punto de congelarse de miedo.

Su hermana le miró con aire incrédulo. Pero la señorita de Touffedelys, que hubiera creído en el vuelo de un buey, si se lo hubiesen afirmado,

y que habría salido a la ventana para presenciárselo; la señorita Santa de Touffedelys, que no había leído a Shakespeare, de todas las pronunciadas por el abate no entendió más que la palabra "miedo".

—¡Santa María!... ¿Qué ha sucedido?—exclamó—. ¿Ha visto usted el ánima del padre guardián de los Capuchinos? ¡Los perros del señor Mesnilhouseau se lamentaban hace un instante, como cuando el fantasma se pasea por la plaza o como cuando el martillo de San Bernardo, en el convento vecino, da sus tres golpes sobre la puerta de la celda de alguna de las Damas Bernardas!...

—¿Por qué le hablas de esas cosas a nuestro amigo?—interrumpió Ursula de Touffedelys, con el tono de una hermana mayor que reprende a la más pequeña—. Sabes muy bien que el abate ha estado en Inglaterra y no cree en los aparecidos.

—¡Pues por mi alma juro que he visto uno esta noche!—aseguró el abate con profunda seriedad.—¡Sí, señorita!... ¡Sí, hermana mía!... ¡Sí, Fierdrap, sí!... ¡Abran bien los ojos y mírenme ustedes!... ¡Abranlos hasta que les duela la cabeza!... ¡La cosa ha sucedido como tengo el honor de contárselo!... ¡Acabo de ver un aparecido!.. ¡Un aparecido inesperado, pavoroso; pero real, muy real!... ¡Y le he visto tal como les veo a ustedes ahora; como veo esta lámpara y esta butaca...!

Y tocaba el pie de la lámpara con la contera de

su bástoncillo, un sarmiento de vid, que fué a depositar en un rincón.

—Te complaces en mentir endiabladamente para hacerte la ilusión de que me engañas—dijo el barón Fierdrap, cuando el abate, volviendo a la chimenea, se plantó de espaldas al fuego, delante de la butaca que le tendía los brazos.

—¿Fué el padre guardián?—insistió la señorita Santa, transida y temblorosa, porque estaba quemándose de curiosidad, y, por tanto, sentía en la espalda un frío de hielo.

—¡No!—respondió, casi ásperamente, el abate.

Y se detuvo con los ojos fijos en los listones del espejeante entarimado, guardando el silencio de un hombre que mide la gravedad de lo que va a decir y duda antes de resolverse.

Permanecía en pie. Los ojos de aquellas cuatro personas pretendiendo adivinar lo que iba a salir de sus labios, le asaeteaban acuciadores. Sólo el barón de Fierdrap, convencido de que se trataría de una mixtificación, daba a entender, con su fina sonrisa, que estaba al cabo de la calle. Una lámpara única, cuya luz recogíase discretamente bajo la pantalla, alumbraba el salón. Para mejor seguir en el rostro del narrador los matices de la historia, una de aquellas damas despojó a la luz de su cernedora envoltura, y el salón inundóse de áurea claridad, en la que flotaban, disueltos, verdosos tonos de aceite.

El saloncito de las Touffedelys era uno de esos rancios aposentos de los que sólo se conservan en

provincias algunos raros ejemplares. Armonizaba perfectamente con la clase de personas en él reunidas. El nido era digno de los pájaros. Entre aquellos cinco viejos, congregados en torno a la chimenea, sumarían muy cerca de tres siglos y medio, y era lo más probable que los muros que les prestaban abrigo hubieran visto nacer a cada uno de ellos.

Las paredes, pintadas de grisalla, con realces de varillas de oro, a trechos descascarilladas y ennegrecidas, no tenían sobre su fondo uniforme otro ornamento que algunos retratos de familia, patinados y obscurecidos por los años. Uno de ellos representaba dos mujeres vestidas como en tiempos de Luis XV. Rubia y emperifollada una de ellas, sostenía un tulipán en la mano, como Raquel, la dama del almohadón; la otra, morena e indolente, con la piel de canela y rosas, moteada de lunares, languidecía bajo el claro rutilar de una estrella. Este detalle, unido a la manera voluptuosa del retrato, denunciaba bien a las claras la mano de Natier, que también pintó con una estrella sobre la cabeza a la señora de Chateauroux y a sus lindas hermanas. Aquella estrella era el símbolo brillante del efímero reinado de las favoritas; era la estrella del Pastor Real. El bien amado Luis XV la había encendido sobre tantas nobles frentes femeninas, que no era para asombrarse el verla brillar sobre la de una Touffedelys. En el testero opuesto, un retrato más antiguo, de autor desconocido, pero de enérgica factura, re-



presentaba al almirante Tourville, pariente de los Touffedelys y hermoso como una mujer disfrazada, dentro de su magnífico y singular uniforme de almirante del tiempo de Luis XIV. Rinconeras de laca de la China adornaban los cuatro ángulos del salón y soportaban sendos bustos de barro, cubiertos con negros crespones, ya fuese para preservarlos del polvo o ya en señal de duelo, pues se trataba de las augustas efigies de Luis XVI, María Antonieta, la princesa Isabel y el Delfín. Butacas con viejas tapicerías de Beauvais, que interpretaban en dos óvalos, sobre fondo blanco las fábulas de La Fontaine, animaban un poco con la variedad de sus colores y sus figuras aquel aposento sombrío y melancólico, que caracterizaban tristemente sus cortinones de estofas chinecas y la fría orfandad de su rosetón de araña.

Cada una a un lado de la acanalada chimenea de mármol de Coutances rematada por un ramillete en relieve, las señoritas de Touffedelys, erguidas bajo sus parafuegos de gasa pintada, hubieran pasado muy bien por dos vetustas piezas escultóricas, sin el movimiento de sus ojos, si lo que acababa de decir el abate no hubiese trastornado terriblemente la solemnidad de sus figuras y su decorativa inmovilidad.

Las dos fueron muy bellas en su juventud; pero el arqueólogo más hábil en medallas borrosas no hubiera podido adivinar los perfiles de aquellos dos camafeos, roídos por el tiempo y por el más terrible de los ácidos: una virginidad irrita-

da. La Revolución las había despojado de todo: de su fortuna patrimonial, de la vaga esperanza del amor de un marido "más hermoso y deseable que la gloria", en opinión de la señora Staël, y hasta del supremo goce de la maternidad. Pudieron, sin embargo, conservar sus cabezas; pero debilitadas y encanecidas por toda suerte de adversidades. Huérfanas al estallar la Revolución, las dos Touffedelys no emigraron, y como otros muchos nobles, permanecieron en el Cotentin, imprudencia que les hubiese costado la vida si Thermidor no llega a abrir la casa de reclusión. Vestidas siempre del mismo modo, de idéntica estatura, con la misma voz, casi iguales, de tan parecidas, aquellas dos hermanas eran una redundancia de la Naturaleza, dos mnechos femeninos, de quienes podían decir los bromistas: "¡Hay una de más por lo menos!" Ellas no opinaban así, porque se querían sinceramente. Tan complacidas estaban en su casi absoluta identidad, que la señorita Santa rehusó en cierta ocasión un buen matrimonio sólo porque no se presentaba marido para su hermana, la señorita Ursula.

Las Touffedelys se mantuvieron siempre fieles a sus antiguas relaciones, y aquella noche su salón se honraba con la presencia de una de sus más viejas amigas, noble como ellas, y a quien encontramos entregada a una extravagante labor de tapicería con un encarnizado entusiasmo, que la llegada de su hermano—el abate—interrumpió momentáneamente. De varonil figura, enérgi-

ca y abultada de facciones y con la voz recia, la antigua amiga de las Touffedelys contrastaba, por la brusquedad hombruna de toda su persona, con la lánguida delicadeza de aquellas dos dulces contemplativas, viejas gatas soñadoras, pero sin ideales, desprovistas de la felina distinción de las "maravillosas" del Directorio. Cierto que las virginales Touffedelys brillaron en su juventud en todo el suave esplendor de su nombre; pero su belleza se fundió muy pronto en el fuego de los sufrimientos, como la cera se funde sobre el pie de plata del candelabro. No hay exageración en esto: estaban verdaderamente derretidas.

En cambio, su amiga, fea, áspera y rotundamente fea, lo había resistido todo, como un buen bronce resiste la acción corrosiva del tiempo. Ni siquiera la inaudita rareza de los atavíos con que adornaba su fealdad extravagante lograba desvirtuar el sorprendente efecto que sus facciones producían.

Tocada siempre con una especie de birreta, de seda naranja y violeta, que podía competir por su forma con los sueños de la más audaz fantasía, birreta que ella misma se fabricó, aquella amiga encorvada, como un sable oriental, con granulosa vaina de marroquín rojo, parecía la reina de Saba, interpretada por un Callot chino, sobreexcitado por el opio. Dijérase que se había propuesto quitar importancia a la fealdad de su hermano, haciendo pasar, junto a la suya, la cara del abate

por una cara como otra cualquiera, cosa, ciertamente, bastante difícil. En suma: la fealdad de aquella mujer era de un grotesco tan subido, que se hubiera hecho notar en Inglaterra, ese país de lo grotesco, donde el tedio, la excentricidad, la riqueza y el ginebra colaboran con entusiasmo en la organización de un eterno carnaval de tarascas, junto a las cuales las máscaras del carnaval de Venecia no pasarían de ser cartones anodinamente embadurnados.

Así como hay colores que refractan la luz con tan vibrátil vivacidad que anulan a cualquier otro que se ponga a su lado, la amiga de las señoritas de Touffedelys, empavesadas, como un bajel berberisco, con los más llamativos arambeles del guardarropa de su abuela, eclipsaba con el reflejo de su extraordinaria fealdad las fisonomías más originales. Y, sin embargo, el abate y el barón de Fierdrap eran, como vamos a ver, dos de esos ejemplares únicos que se alojan para siempre en el recuerdo, inscrustándose en él con la profundidad de una grapa en un muro. Sólo en las grandes conmociones de la Historia, al cambiar los tiempos, pueden encontrarse estas singulares fisonomías, aisladas supervivencias del espíritu de una época en la confusión de la que la sucede, y que recuerdan, por su extraña originalidad, ese bronce de Corinto en cuya composición entran tan diversos metales. Estos raros tipos humanos atraviesan rápidamente la vida, y es preciso pintarlos mientras se los ve, por-

que, una vez desaparecidos, nadie podrá dar idea de ellos.

El barón de Fierdrap, colocado entre las dos señoritas de Touffedelys, próximo a la hermana del abate, que, con la cabeza inclinada sobre su labor de tapicería, tiraba de la lana a cada punto con vigorosa energía, que daba motivo para sospechar que en otro tiempo debió hacerlo todo como ahora tiraba de la lana; el barón de Fierdrap, Hylas de Fierdrap, sentado con las piernas cruzadas y una mano sobre un muslo, presentaba al fuego, en la ilustre actitud de lord Clive, la suela de uno de sus botines de cachemir negro.

Era un hombre de mediana estatura, pero vigoroso y fornido, como un viejo lobo, a cuyo animal también pretendía parecerse en el pelo, a juzgar por el cepillo erizado, corto y leonado de su peluca. Su rostro, de acentuadas facciones y enérgico perfil, era un verdadero rostro de normando, atrevido y astuto. De joven no fué ni guapo ni feo. Como se dice graciosamente en Normandía para designar a los hombres que no se distinguen ni por sus dotes ni por sus defectos físicos, "iba a misa con todo el mundo".

Era el arquetipo de esos viejos aguiluchos normandos, que nadie ha podido domesticar y que, a no ser por la Revolución, que hizo rodar a esta raza de granito de un extremo a otro de Europa, sin redondearla ni pulirla, hubiesen permanecido siempre en los barrancos de su provincia, sin otra ambición que la de ir una vez al menos a Ver-

salles, subirse en las carrozas del rey y volverse otra vez a casa en sus modestos faetones. Cazador, como todos los terratenientes, cazador apasionado, lo mismo de pelo que de pluma, sólo el tremendo cataclismo de la Revolución pudo arrancar a Hylas de Fierdrap de sus lagunas y de sus bosques. Pero, gentilhombre sobre todo, apenas las primeras partidas empezaron a circular por el país, proporcionó al ejército de Condé el refuerzo de un voluntario capaz de resistir, durante treinta leguas de marcha, el peso de un fusil de dos tiros sobre sus hombros robustos, y cuyas balas con la misma seguridad cortaban el pico a una becada que abatían a un jabalí, hiriéndole entre los dos ojos. Cuando el ejército de Condé fué licenciado, y el cuerno de pólvora del último de los "cazadores del Rey" estuvo vacío, el barón de Fierdrap pasó a Inglaterra, patria natural de la extravagancia, donde adquirió aquella excéntrica personalidad, gracias a la cual pudo ser considerado como "un original" por los mismos que le habían conocido en su juventud, "yendo a misa con todo el mundo".

Ello es que, "como el gato del tío Miseria"— otro dicho normando—, no se parecía a nadie. Habiendo perdido toda o casi toda su fortuna patrimonial, vivía como podía de los últimos restos de aquella fortuna y de la exigua pensión con que la Restauración recompensaba los fieles servicios de aquellos pobres caballeros de San Luis, que heroicamente siguieron en el destierro a la Casa

de Borbón, compartiendo con ella su desgracia. Pero en aquellas vidas de privaciones, el barón de Fierdrap sufría menos que otros. Sus necesidades eran escasas. Tenía una salud de hierro, y el ejercicio y el aire libre le habían dado una fortaleza inquebrantable. Habitaba una humilde casita en las afueras de la aldea vecina de Saint-Sauveur-le-Vicomte. No tenía ni siquiera un criado. Una vieja iba, de tarde en tarde, a barrerle la alcoba, y no diremos que a hacerle la cama, porque esto hubiera sido un lujo excesivo para su pobreza. Dormía en una hamaca que trajo de Inglaterra. Sobrio como un anacoreta y casi ictiófago, se alimentaba de su pesca, que no era escasa, pues había llegado a ser en el ocaso de sus años un pescador tan infatigable como fué indomable cazador en la primera mitad de su vida. Conocía todos los ríos del país, y en diez leguas a la redonda se le encontraba constantemente en sus frescas orillas, con un paquete de largas redes a la espalda, y en la mano, un vaso de hierro blanco, donde llevaba, bajo un lecho de mantillo, las lombrices de jardín que empleaba para cebar sus anzuelos. Pescaba con mosca, empleando el agitado procedimiento escocés que aprendiera en el destierro, y que asombraba a los simples aldeanos de Cotentin, para los que fué completamente desconocido, hasta que vieron al señor barón correr por las riberas de los ríos, siguiendo o remontando la corriente, y manteniendo siempre el anzuelo a algunas pulgadas del agua, de modo que imitase

al vuelo de una mosca, y haciendo, con todo esto, gala de una seguridad de mano y de una fortaleza de piernas verdaderamente maravillosas.

Lo mismo que aquella noche, casi siempre que se encontraba en Valognes y sus pescas errantes se lo permitían, iba a pasar la velada a casa de las señoritas de Touffedelys. Se presentaba provisto de una caja de te y de su tetera, y preparaba la rubia infusión delante de las anticuadas señoritas, a quienes el destierro no había conseguido contaminar de gustos tan extraños, como la afición por "aquellas hojitas enrolladas y hervidas" que, a creer de las dos hermanas que lo afirmaban solemnemente "en punto a eficacia" contra las indigestiones, no querían nunca competir con el verde Chartreus.

Durante largos años, siempre que el original barón se entregaba a su misteriosa alquimia de preparar el te, los ojos de las señoritas de Touffedelys, aporcelanados, bovinos y dilatadamente abiertos, le contemplaron con el mismo asombro. En aquella rancia tertulia, sólo el abate, únicamente el abate, aquel hombre que acababa de aparecer como un acontecimiento sensacional y cuyas palabras descendieron sobre la excitada curiosidad de sus amigos con exasperante lentitud, únicamente el abate, repetimos, se atrevía a tocar con sus labios estoicos el brebaje herético de Fierdrap. Y era que, como decía la señorita Ursula, también el abate estuvo en Inglaterra. Si aquellas inocentes provincianas hu-



bieran oído hablar alguna vez de las peregrinaciones a la Meca, lo que no parece muy probable, hubieran tenido de ellas una idea muy parecida a la que tenían del viaje a Inglaterra. Consideraban a la gran nación como algo extraordinario, perturbador y desmoralizante. Sin embargo, aquella terrible Inglaterra no había conseguido dar al abate la originalidad caricaturesca que dió al barón de Fierdrap, ilustre personaje digno del pincel de Hogarth, tanto por el traje como por el físico.

El aire libre que, como queda dicho, había hecho al viejo barón perfectamente invulnerable, pulimentó el mármol que él mismo endureciera, y por toda señal de victoria y huella de su paso, dejó, como una burla o como una muestra de su despecho, sobre aquel marco inquebrantable de carne y de piel, que no sufrió jamás un constipado ni las molestias de un ataque de reuma, tan soberbios sabañones, que úniéndose en las puntas de la nariz del barón, se extendían hasta sus carrillos, como las tres hojas de una flor de alhelí. ¿Era tal vez por miedo a lo que anunciaba aquel jugueteón papirotazo del aire libre, que Fierdrap desafiaba diariamente en cualquier sitio donde hubiese barbos y truchas que pescar, entre las nieblas del Douve o bajo los puentes de Carentan, por lo que el barón llevaba siempre sobre sí, uno encima de otro, aquellos siete trajes a los que llamaba "siete cáscaras"? Nadie se cuidó de averiguarlo; pero lo cierto es

que hasta en el salón de las señoritas de Touffedelys, Hylas de Fierdrap conservaba su *spencer* de raso gris, forrado de piel de topo, sobre su traje color tabaco de España, de cuya solapa pendía, además de la cruz de San Luis, un manguito de terciopelo negro, sin forrar, en el cual, mientras hablaba, el pintoresco barón gustaba de hundir sus manos, arrecidas en todo tiempo como las de Miguel de Montaigne.

El amigo y compañero de emigración del barón de Fierdrap, a quien éste miraba como Morellet hubiera mirado a Voltaire si le hubiese tenido frente a frente, en casa del barón de Holbach, en una velada íntima, el abate, que completaba con su edad los tres siglos y medio reunidos en aquel oculto rincón de provincias, era sin disputa un hombre de la misma raza que el barón; pero que evidentemente le dominaba, como el señor de Fierdrap dominaba a su vez a las señoritas de Touffedelys y aun a la misma hermana del abate. En el círculo formado por el barón de Fierdrap—vieja y noble garza—, por las señoritas de Touffedelys—pareja de ocas inocentes—, y por aquella especie de cacatúa vanidosa, aficionada a la tapicería, el abate era un águila. Pero apresurémonos a declarar, en honor suyo, que habría desempeñado seguramente el mismo prestigioso papel en una tertulia de hermosas mujeres y de varones ilustre—llameantes rosas y tornasoladas aves del paraíso—. En su brillante inutilidad se asemejaba algún tanto a ese

Dios que, complaciéndose en crear para él solo, representa "El Rey se divierte" en el escenario de lo infinito. Era uno de esos hombres que pasan derramando la risa, la ironía y el pensamiento sobre una sociedad muy inferior a ellos, que, creyendo que les ha comprendido, se digna recordarles de cuando en cuando con estas o parecidas palabras: "Fulano de tal, ¿no se acuerda usted? Era un hombre de un endiablado espíritu." Y al lado de estos hombres de quienes se habla así, ¡cuántos renombres y cuántos prestigios ganados con la mitad de su talento! ¡Pero a ellos el olvido debe devorarlos, y la obscuridad en que los sepulta corresponde a la obscuridad de su vida!, si Dios—¡siempre "El Rey que se divierte"!—no pone entre sus rodillas un niño, una cabeza con el cabello de bucles, sobre el cual posan un instante la mano, y que llegando a ser con el tiempo la cabeza de un Goldsmith o de un Fielding, los recuerda siempre, y recordándolos, no creándolos, los hace revivir en las páginas de una novela genial.

El abate, a quien no nombraríamos si en la actualidad su familia, de la que era el último vástago, no se hubiera extinguido, por lo menos en Francia, llevaba el nombre de los Percy normandos, una de cuyas ramas dió a Inglaterra sus Northumberland, y aquel Hotspur, que acababa de ser aludido por el abate. Aunque éste nada tenía en su persona que recordase a su heroico y novelesco pariente, y a pesar de que dominaba en

él las muelles influencias y los egoístas refinamientos de la sociedad del siglo XVIII, entre los que pasó su juventud, los restos de una superioridad de posición y jerarquía, mantenida durante varias generaciones, se delataban en él por el modo de llevar la cabeza, más irregular que la del señor Fierdrap, pero también más arrogante. El abate, menos feo que su hermana, fea como el pecado cuando es escandaloso, era feo como el pecado cuando es agradable, y aunque parezca imposible, encubría, con maneras llenas de prosopeya y seguridad, el más alegre y burlón de los espíritus. Esta condición de su carácter, con la que encantaba a la gente, era su único, pero su gran encanto. La alegría, cuando es demasiado externa, está siempre tocada de plebeyez; pero aquella alegría a lo Beaumarchais, que de la grave persona del abate irradiaba como una viva luz; aquella alegría de gran señor, estaba saturada de distinción y simpatía. Pero, ¡ay!, con respecto a las cuestiones prácticas de la vida, aquel encantador espíritu de nada sirvió a su dueño. Le perjudicó, por el contrario, casi tanto como su blasón.

Víctima de la Revolución en la misma medida que su amigo el barón de Fierdrap; víctima de una tesis griega que sostuvo en la Sorbona, con mejor fortuna que su otro amigo monseñor de Hermópolis, que se acordó perfectamente de ello cuando fué ministro; víctima, en fin, de su espíritu, demasiado alegre y excesivamente simpáti-

co para ser bastante sacerdotal, al abate Percy le faltaron la fortuna eclesiástica y todas las fortunas, y, a pesar de la influencia de su primo, el duque de Northumberland, que representó a Inglaterra en la consagración del Rey Carlos X, no pudo llegar a otra cosa, al cabo de los años, que a una simple canonjía de segundo grado en Saint-Denis, con dispensa de asistir a capítulo. Y así, en el crepúsculo de su vida, Normandía se le apareció en el recuerdo, llena del encanto de los días pasados, y él, que vivió en las más altas cumbres sociales de Francia y de Inglaterra, y que desempeñó gallardamente su papel de hombre de espíritu entre los más grandes y brillantes espíritus de la Europa de hace cuarenta años, volvió a convivir con los buenos ciudadanos de Cotentin, encerrándose entre las cuatro paredes de una casita, alhajada con gusto, a la que llamaba su eremitorio. Y sólo salía de ella de cuando en cuando, para ir a pasar una semana en casa de uno de los castellanos de los alrededores.

Era un gran gastrónomo. Pero su nacimiento, su formidable espíritu y sus maneras, apartaban toda sospecha de parasitismo de aquel humilde viandante, al que se encontraba, no en la orilla de todos los ríos, como al barón de Fierdrap, sino en todos los caminos, en peregrinación a Nuestra Señora de la Buena Mesa, que tenía renombrados altares en casi todos los castillos de la comarca.

Las buenas comidas, a las que siempre fué

aficionado, obscurecieron el color de cangrejo cocido de su rostro, y él solía decir de aquella encendida rojez, exacerbada por el Porto de la emigración y el Borgoña de la patria recobrada: "¡Es muy probable que ésta sea la única púrpura que lleve sobre mí!"

La frente, la nariz, combada e inmensa, una nariz de casa grande; las mejillas, el mentón, todo estaba bañado de aquel magnífico tinte cardenalicio, que sólo contrastaba en aquel semblante, febrilmente tallado a cincel, pero sorprendente de expresión, con el azul de los ojos, un azul fantástico, perlino, centelleante y acerado; un azul que sólo bajo las cejas del abate Percy ha brillado en el mundo, y en el cual, antes de verle, únicamente un pintor de genio se hubiera atrevido a creer.

Los ojos del abate Percy, en realidad, no eran ojos; eran dos redondos agujeros sin cejas y sin párpados. La pupila, de un azul inquietante por su vivacidad extraordinaria, dilatábase tan desproporcionadamente que llegaba a ocupar todo el blanco del ojo, y la luz se removía en una constante y rápida rotación sobre las facetas de zafiro de aquellos penetrantes ojuelos de lince. No puede darse una idea justa de lo que eran aquellos ojos; pero el que los veía una vez conservaba para siempre su recuerdo. Aquella noche chisporroteaban más que de ordinario. Atentos a la tortura de aquellas damas, a quienes el abate, eruido y en pie, enloquecía con la afectación de su

silencio, manteníanse fijos en ellas, mientras el último Percy, en lugar de responder a las ansiosas preguntas de las señoritas de Touffedelys, pasaba y repasaba, según su costumbre, la golosa lengua por los labios, húmedos y carnosos, como queriendo recordar sabores queridos. Venía de cenar espléndidamente y ostentaba la arrogancia solemne y oficial de todas las noches. Sin alzacuello, ni manteo, ni solideo, vestía sencillamente una rígida sotana negra, sobre la que destacaba la blancura de la corbata. Sus largos cabellos, albos y finos como plumas de cisne, ahuecados y rizados con una coquetería que recordaba la de Talleyrand—a quien, dicho sea entre paréntesis, aborrecía menos por todas sus apostasías juntas que por haber firmado la “Constitución civil del Clero”—, sus cabellos, blancos como la nieve, caían espléndidos sobre el cuello de la negra sotana, y empolvaban con su perfumado iris la ancha cinta violeta, listada de blanco, que suspendía sobre su pecho la gran cruz esmaltada de canónigo real. Recientemente plantado sobre sus piernas, con medias de seda, bien torneadas, pero de disparejo contorno, a una de las cuales llamaba Apolo y a la otra Hércules, siempre fiel a la mitología, que fué una de las religiones de su juventud, aspiraba lentamente un polvo de rapé.

—Bueno, abate. ¿Has jurado hacer que se condenen estas damas?—le dijo el barón, que esperaba alguna burla—. ¿Nos dirás por fin qué

aparecido ha sido ése que viste al pasar por la plaza?

—¡Ríete cuanto quieras, Fierdrap—respondió el abate imperturbable—; pero el asunto es serio!... El aparecido en cuestión era tan de carne y hueso como tú y como yo, y, quizá por eso, más espantoso... Era... ¡El Caballero Des Touches!

## II

### Paris y Helena

—¡El Caballero Des Touches!—exclamaron a un tiempo las señoritas de Touffedelys, con una entonación tan perfectamente acordada que se hubiera dicho que las dos tenían una sola voz.

—¡El Caballero Des Touches!—exclamó a su vez el señor de Fierdrap, descruzando las piernas sorprendido—. ¡A fe mía, que si le has visto, abate, se trata sin duda de un verdadero aparecido, que nada tiene que ver con nosotros, que no somos más que simples emigrantes repatriados!...

—¡Y sin asiento!—interrumpió alegremente el abate.

—Me veré obligado a compartir—continuó el barón—las ideas de nuestra amiga Santa sobre los fantasmas; porque Des Touches, el Caballero Des Touches de Langotière, a quien en Lon-



dres, luego de haber sido raptado por los *Doce* llamábamos, bromeando, la “bella Helena”, murió poco después en Edimburgo, a consecuencia de una estocada en el hígado.

—Lo mismo creía yo, Fierdrap; pero, por lo visto, los dos estábamos equivocados—respondió el abate, mirando a las tres mujeres petrificadas por el nombre de Des Touches, que correspondía a uno de los héroes de su juventud—. ¡Sí; yo también lo creía muerto como todo el mundo!... ¡La fama de su desafío y su silencio de tantos años nos han engañado a todos; porque te aseguro que vive!... ¡Acabo de verle y hasta de oírle!... ¡Porque me ha hablado!

—¿Y cómo no le has traído aquí, abate?—pregunto riendo el incorregible barón, que continuaba obstinado en suponer que su amigo Percy representaba una comedia para asustar a la señorita Santa—. ¡Le hubiésemos ofrecido una taza de te, y ese antiguo compañero de infortunio nos hubiese entretenido con su historia, que, siendo la de un resucitado, debe ser verdaderamente curiosa!

—¡Curiosa y triste, a juzgar por lo que he visto!—repuso el abate sin dejarse desconcertar por el tono de ironía de su amigo—. Pero en espera de que él mismo te la cuente, hazme el favor, querido, de escuchar la mía.

Las señoritas de Touffedelys estaban más suspensas que nunca de los labios del abate, y la señorita Percy, dejando caer su labor sobre sus

rodillas, continuó fija en su hermano con una atención reconcentrada.

—Cené esta noche— empezó el abate, que se mantenía, tercamente, en pie—en casa de nuestro viejo amigo Vaucelles, con Sortôville y el caballero Rifus. Después de la una armaron, según su tradicional costumbre de los viernes, su famosa partida de *whist* y se empeñaron en retenerme, mitad por salvar a Rifus del martirio de “hacer el muerto”, que lo hace muy mal a causa de sus constantes distracciones, y mitad por salvarme a mí de la lluvia. Pero como mi gabán le teme el agua poco más que las plumas de una zarceta, a pesar de sus protestas y de la nohecita que está de perros, como suele decirse, no lograron convencerme. Viniendo hacia aquí, desde la calle de la Alfarería a la de Siquet, no he encontrado más alma viviente que el peluquero Chélus, borracho como siempre y dibujando tirabuzones bajo la lluvia, que me tartamudeó al pasar las buenas noches con una voz espurreante. Pero al salir de la calle de Siquet y doblar la esquina de la plaza, encogido bajo el paraguas, para evitar que el viento me azotara las narices con el chaparrón, sentí de pronto que una mano me oprimía el brazo fuertemente... ¡Te aseguro, Fierdrap, que aquella mano era bien material! Entonces vi a dos pulgadas de mis narices y bajo los rayos de mi linterna, pues casi todos los reverberos de la plaza estaban apagados, una cara—¡por mi alma lo juro!—, aunque

parezca imposible, más fea que la mía. Un rostro demacrado, barbudo y pálido, con los ojos huraños y relucientes, que me gritó con voz ronca y amarga: “¡Soy el Caballero Des Touches! ¿Verdad que son unos ingratos?”

—¡Madre de los Dolores!...—exclamó palideciendo la señorita Santa—. ¿Está usted seguro de que se trataba de un vivo?

—¡Tan seguro—respondió el abate—como lo estoy de la existencia de usted, señorita!... ¡Vea, vea!...—añadió remangándose la sotana—. ¡Aun conserva mi muñeca huellas bien visibles de la presión de aquella mano! ¡Sí! ¡Era nuestra “bella Helena”, Fierdrap! ¡Era el Caballero Des Touches! ¡Le reconocí perfectamente bajo los harapos del tiempo y de la miseria! Iba a hablarle, a interrogarle..., cuando de un soplo apagó la linterna a cuya luz le contemplaba dolorosamente sorprendido, y dijérase que se fundió en la lluvia, en el viento y en la obscuridad...

—Y, ¿entonces...?—preguntó el barón, que se había tornado pensativo.

—¡Esto es todo!—terminó el abate, sentándose, por fin, en la butaca, que le tendía sus brazos.

Y después de una pausa:

—No he visto más, no he oído más, y he venido sonriendo, dominado por el horror de tan extraña aparición. No recuerdo haber experimentado nada parecido desde aquel día en que, siendo estudiante en la Sorbona, hice la apuesta de que a media noche iría con toda tranquilidad a

clavar un clavo en la tumba de un compañero enterrado la víspera. Al levantarme de la tumba, sobre la que me había arrodillado para hincar mi clavo más cómodamente, me sentí cogido por la sotana...

—¡Jesús! — exclamaron simultáneamente las dos Touffedelys, con perfecta igualdad de gesto y de voz.

—Le habías clavado tú mismo—dijo, sonriendo, el barón de Fierdrap—. Conozco la historia. Si tu aparecido de esta noche se parece al de aquella...

—¡Fierdrap, creo que te burlas demasiado!...— atajó el majestuoso canónigo, con un tono de voz que imposibilitaba todo intento de una nueva chanza.

—Si lo tomas así, abate, me verás serio como un gato al que se obliga a beber vinagre..., ¡y vinagre derramado por ti! Vamos despacio y razonemos, procurando ver claro en el asunto, a pesar de tu linterna apagada... ¿Por qué razón Des Touches se encuentra en Valognes esta noche en ese estado miserable?

—Creo que se ha vuelto loco—dijo fríamente el abate, expresando su pensamiento con la misma sinceridad que si estuviese solo—. Al menos a mí me ha hecho el efecto de un perturbado escapado de alguna casa de salud. ¡Estaba espantoso!

—*Ellos*—comentó profundamente Fierdrap—tienen una manera de recompensar sus servicios, que lo más natural es que sus servidores enloquezcan.

—Tienes razón—añadió el abate, siguiendo el pensamiento de su amigo—. Estamos en confianza y les queremos lo suficiente para poder murmurar un poco. Se parecen a los Estuardos, y acabarán como ellos. Tienen la misma ligereza de corazón e idéntica ingratitude. Cuando el desgraciado que acabo de ver pronunció la palabra “ingratos”, no tuvo que nombrar a nadie. ¡Le había reconocido y le comprendía!

Hubo un momento de silencio. Las señoritas de Touffedelys, estupefactas, entontecidas por la emoción, o tal vez vacías de pensamientos, ni siquiera despegaron los labios. Pero el monarquismo de la señorita Percy, que tenía—ella lo afirmaba—“la religión de la realeza”, lanzó un grito de protesta contra las duras palabras del abate:

—¡Por Dios, hermano mío!... —exclamó con acento de reproche.

—¿Realista “todavía”...? ¿Heroína todavía...? ¡Eres siempre la misma, hermana!—dijo el abate, volviendo hacia ella su blanca cabeza—. Parece que llevas aún tus calzones de terciopelo rayado y tus gruesas botas de gendarme, y que estás todavía a horcajadas sobre tu potranca por cuenta de la Casa de Borbón...

La señorita de Percy fué, efectivamente, una de las Amazonas del Chuanismo. Más de una vez, vestida de hombre, sirvió de oficial, de ordenanza o de correo a los distintos jefes de la rebelión del Maine y de la intentona del Cotentin.

Especie de caballero Eon; pero sin nada de apócrifo, supo manejar el fusil, según se decía, con una intrepidez que hubiera honrado a un hombre. Descartado el peligro de que su belleza o la delicadeza de sus formas descubriesen su sexo, quizá su fealdad extraordinaria le sirvió en algunas ocasiones para espantar al enemigo.

—¡Ya no soy más que una vieja inútil!—suspiró, respondiendo con una melancolía no exenta de gracia, a la burla de su hermano—. No tengo ni siquiera un pobre sobrinito que reciba en legado la caricatura de su tía! ¡Pero moriré como he vivido! ¡Fiel a nuestros señores y sin poder oír nada en contra de ellos!

—¡Tú vales más que ellos y que nosotros, Percy!—dijo el abate, admirador de aquella fidelidad que ya no compartía.

Para referirse o dirigirse a su hermana usaba el apellido, como si fuera un hombre. Rendía de aquel modo un merecido homenaje de respeto a la brava y vieja leona.

El elogio del abate fué como un toque a botasillas para la antigua amazona del Chuanismo. Por otra parte, la agitación no estaba nunca muy lejos de aquella naturaleza sanguínea, perpetuamente ebria de actividad; ¡triste actividad sin objeto una vez acabadas las guerras! Arrojó su labor, en la cual clavaba los ardores de su alma desde que no podía clavar las garzas y los alcaravanes, cazados por ella, en las viejas puertas de su solar, sobre el velador que sostenía la lám-

para, y, levantándose rápidamente de su butaca, se puso a pasear por el salón, a despecho de su gota, con los ojos inflamados y las manos a la espalda, como un hombre.

—¡El Caballero Des Touches en Valognes!—decía, hablando más consigo misma que con las personas que la rodeaban—. ¡Por Dios, trino y uno! ¿A qué habrá venido?

Había conservado de su época la vida militar, la afición a los juramentos y a las palabras fuertes, que evitaba de ordinario; pero que acudían a su boca cuando la agitaba alguna pasión, como los pájaros atrevidos y salvajes vuelven al viejo madero abandonado.

—¡Después de todo, no es imposible!—continuó—. Cansado de correr aventuras había sentido la nostalgia de sus tierras. ¡La cosa era clara! En lugar de desembarcar en Granville, ha tomado tierra en Port-Bail o en la boca de Carteret, y ha pasado por Valognes para volver a su país; porque es, según creo, del lado de Avranches.

Y deteniéndose ante su hermano, como si llevara aún aquellas gruesas botas de que se acababa de hablar, y sobre la cabeza, en vez del grotesco gorro de seda naranja y violeta, el tricornio que luciera en su juventud sobre sus cabellos recogidos, prosiguió:

—Pero, hermano mío, si estás seguro de que se trata del Caballero Des Touches, ¿por qué le dejaste marchar sin obligarle al menos a que se explicara?

—¡Seguirle!... ¡Hablarle!... ¡Y con la noche que hacía!—respondió el abate remedando el tono grave y apasionado de la señorita Percy—. ¡No se sigue a una racha de viento que pasa; no se habla a un hombre que, como un duende, está ya lejos cuando empieza a conocerle!...

—¡Usted ha sido siempre un poco pisaverde, abate!—replicó aquel singular gendarme de huecas sayas, que no tuvo nunca nada de femenino—. ¡Yo hubiera seguido al caballero!... ¡Pobre caballero!...—continuó, siempre paseándose—. ¡Supongo que estará enterado de que vosotras, las Touffedelys, ya no poseéis vuestro castillo de Touffedelys, de que os habéis convertido en unas vulgares señoras de Valognes y de que en vuestra casa *uno* de sus salvadores se ve reducido a la triste situación de hacer tapicería todas las noches!

—¿Qué dice usted, señorita Percy?—preguntó el barón de Fierdrap levantando su nariz, literalmente sepultada en el fondo de la caja de hoja de lata en que encerraba su *Tea Pocket*, como él decía, y volviéndola temblorosa y curiosa hacia la señorita Percy, que continuaba paseándose de un extremo a otro del salón, con el vaivén de un enorme péndulo en marcha.

—¡Ah! ¿Pero tú no lo sabías, Fierdrap?—repuso el abate—. ¡Pues, sí; hombre, sí! ¡Mi hermana, esta que ves ahí en el máximo esplendor de sus perifollos, fué nada menos, querido mío, que uno de los salvadores de Des Touches! Mien-



tras nosotros cazábamos el zorro en Inglaterra, ella tomaba parte en la famosa expedición de los *Doce*, cuyas aventuras nos parecieron tan extraordinarias cuando Sainte-Suzanne nos las contó una noche en casa de mi primo, el duque de Northumberland. ¿Te acuerdas? Sainte-Suzanne no nos dijo que mi hermana fuese uno de aquellos bravos porque no lo sabía. Yo tampoco lo supe hasta mi vuelta de la emigración. Ella pudo ocultar tan bien su sexo, o la discrección de aquellos señores fué tal, que la tomaron por uno de aquellos gentileshombres, que no se conocían unos a otros y que se llamaban entre sí "escarapelas blancas". ¡Confiesa que nunca hubieras sospechado que uno de los Paris de nuestra bella Helena fuese mi hermana!

—¡Lo confieso!—dijo el señor Fierdrap, sin notar el gesto cómico y teatral con que el abate Percy pronunció las últimas palabras.

Los ojos grises del barón chispearon como la piedra de un fusil cuando cae en la cazoleta. Y repitió:

—¡Lo confieso, señorita! ¡Pero si verdaderamente tomó usted parte en la famosa expedición de los *Doce*, permítame que bese su valiente mano!

Se levantó, y deteniendo a la señorita de Percy en el centro mismo del salón, tomó su mano, una mano fuerte y virginal, que la vejez había respetado, y la besó con un ademán tan caballeroso que, a pesar de su aspecto heteróclito y de su

nariz jaspeada, hubiera bastado para idealizar a los ojos de un poeta al viejo pescador de caña.

Ella le entregó su mano con la majestad de una reina, y cuando el barón hizo resonar su homenaje, un homenaje militar, porque el beso del viejo entusiasta sonó como un pistoletazo, se hicieron mutuamente una de esas reverencias con que la tradición manda que se comiencen los minués.

—Querida Percy—dijo el abate—, puesto que la aparición de Des Touches, del que sin duda tendremos noticias mañana, nos ha hecho remover las cenizas de su historia, ¿por qué aquí, al lado del fuego, no se la cuentas a Fierdrap, que sólo la conoce por conversaciones distintas y más o menos fieles que corrieron por la emigración?

—Por mí no hay inconveniente, hermano mío—dijo la señorita de Percy, que enrojeció de placer ante la petición del abate, si puede llamarse a enrojecer a pasar de un color naturalmente obscuro a otro más obscuro todavía—. Pero han dado las nueve y la señorita Amada llegará de un momento a otro: es su hora, ¿Cómo contar delante de ella el rapto de Des Touches, en el que pereció su prometido de un modo tan extraño y fatal? Aunque está completamente sorda, hay días en que el velo tendido por el dolor entre ella y el mundo es menos tupido y deja pasar algunas palabras. Bien puede suceder que sea hoy uno de esos días.

—Si el aire es muy fino—dijo la señorita Ursula, que cultivaba la medicina en beneficio de los pobres, y que encontraba explicaciones satisfactorias para cualquier irregularidad orgánica que se resistiese a los médicos—; si el aire es muy fino, puede usted estar tranquilo; no entenderá una sola palabra de cuanto se hable.

—Y, efectivamente lo es—dijo el abate, pasándose las manos a lo largo de las piernas—. Siento una verdadera tempestad de vientos colados sobre mis medias de seda. ¿Cuándo pondrán ustedes el biombo en el salón, señoritas?

—Pues bien—aconsejó el barón de Fierdrap, deseoso de oír la historia—: para no tener que interrumpirnos no comencemos hasta que ella venga.

Y precisamente en aquel instante, el reloj empezó a marcar las nueve y cuarto con un sonido seco.

El reloj representaba un Baco de oro macizo, vestido con una piel de tigre, que sostenía sobre su rodilla divina, como cualquier vinatero de la tierra, un tonel, cuyo fondo era la esfera, donde las manecillas marcaban la hora. Sobre la peana, enguinaldada de pámpanos y yedras, a tres pasos del dios, de cortos cabellos ensortijados, habían rodado un tirso, un ánfora y una copa... Extraño reloj, en casa de aquellas cristianas solteras, que no bebían sino leche y agua, y que no eran, ni mucho menos, tan aficionados a la mitología, como el abate, su viejo amigo.

De un modo inmediato, tintineando con un ruido escandaloso en el fondo del corredor que conducía a la calle, la campanilla de la puerta respondió al trabajoso carraspeo del reloj.

—¡Ya está ahí!—exclamó el barón—. ¡No hemos tenido que esperar mucho!

Y la señorita Amada, que con el estado de su sordera daría aquella noche normas a la tertulia, abrió la puerta, sin que la anunciaran previamente, y entró.

### III

#### La señorita Amada.

—¿Es usted, Amada?—gritaron con las notas más altas de su garganta las dos Touffedelys, que, hundidas en sus abullonadas poltronas, parecían dos de aquellos relojes de repetición que sobre rodetes de seda picada se colocaban en otro tiempo en la chimenea a los dos lados del espejo, y que daban las horas simultáneamente—. ¡Dios mío, vendrá usted calada, querida!—añadieron de un solo aliento, confundiendo, como siempre, sus voces, blandiendo sus parafuegos y dando vueltas en torno a la recién llegada, agitadas por un espíritu de amas de casa que parecía soplar en ellas como un viento boreal.

Al mismo tiempo, toda la tertulia se puso en pie, con un movimiento unánime, como cediendo

do a la impulsión de un mismo resorte: el resorte fuerte y dulce de la simpatía; finísimo acero que no se había enmohecido en aquellos viejos corazones.

—No se molesten—dijo una voz fresca desde el fondo de una capa, sobre la que caía una manteleta, porque la recién llegada había entrado en el salón tal como venía, sin dejar en el corredor otra cosa que sus chanclos.

Y, respondiendo más a la actitud que a las palabras de sus amigos, añadió dulcemente:

—No; no estoy mojada. He venido tan de prisa y el convento está tan cerca...

Y para probar su afirmación inclinó sus espaldas bajo la claridad de la lámpara. Sólo algunas menudas gotas perlaban la seda de la manteleta. Era ésta de un violeta sombrío, y se ceñía a la espalda redonda. Bajo la luz, las gotas de lluvia temblaban gozosas sobre aquella suave redondez, como en un oscuro ramillete de escabiosas las cristalinas lágrimas de la noche.

—Es agua de las goteras—afirmó gravemente la gran observadora, la señorita Santa.

—¡Ah, “delicada y rubia”, es usted una imprudente!—rugió la señorita de Percy, procurando que su voz ascendiera desde su pequeñez hasta la oreja de la señorita Amada.

Era un ensayo. ¿Le oiría? La hermana del abate se parecía por echar fuera la historia que le pidieron, y temía tener que tragársela.

—Se ha expuesto usted—continuó—a coger una

enfermedad; porque al venir, si no se ha mojado usted, por lo menos ha tenido que sufrir el viento...

Pero por toda respuesta a esta tonante observación, maquiavélicamente cariñosa, "la delicada y rubia", desprendiendo la amatista que sujetaba su manteleta alrededor del cuello, dejó surgir de entre los pliegues de la capa una esbelta figura, rubia en verdad; pero más fuerte que delicada. Y cuando se volvió, después de haber arrojado lánguidamente su manteleta sobre el respaldo de una silla, viendo que la señorita de Percy, roja como un cangrejo cocido, hacía corneta de su mano, dijo, disculpándose:

—Perdón, señorita. Me parece que me habla usted; pero esta noche estoy...

En su conmovedor pudor de enferma, no se atrevía a pronunciar el nombre de su enfermedad; pero mostrando, con un gesto triste su oído y su frente, añadió sonriendo:

—La señorita está en su torre, en lo más alto de su torre, y creo que esta noche no podrá descender.

Palabras estas que fueron un hallazgo de poética infantilidad, y que empleaba los días en que su sordera era completa. Las pronunciaba de una manera que convertía aquella frase: "La señorita está en su torre", en un suave poema de melancolía.

—Quiere decir que está sorda como un puchero—arriesgó el abate con un tono sarcástico

y cínico—. ¡Tendrás tu historia, Fierdrap! ¡Y mi hermana no se verá obligada a tragarse la lengua como un salvaje..., lo que confesaréis que hubiera sido un tremendo suplicio, aun para una heroína de vuestro temple, señorita Percy!

Mientras el abate hablaba, la menor de las Touffedelys había cogido por los codos, desnudos por encima de sus largos mitones, a la señorita Amada y la obligó a acomodarse en su poltrona, mientras la señorita Ursula, aproximando un cojín, lo colocó amablemente bajo los pies de aquella criatura que tan bien llevaba el nombre de Amada, aquel nombre que tan sencillamente le daban todos.

—¡Pero ustedes quieren echarme! ¡Son ustedes demasiado amables—decía, apartando de sus pies las manos de la señorita Ursula y estrechándoselas entre las manos—; todos en pie porque yo he llegado! ¿Es este modo de tratar a una vecina, a una amiga? ¿Es esto lo que hemos convenido? Ya saben ustedes que si he aceptado su ofrecimiento de que viniera a trabajar aquí, en bata y zapatillas, es porque estamos en el mes en que no puedo quedarme sola en casa después de anochecer...

Dijo esto como si ya supieran lo que quería decir; y, efectivamente, las dos Touffedelys se dieron por enteradas con un movimiento semejante al de esos monigotes chinos que bajan la cabeza y sacan la lengua cuando se les tambalea... Solamente que ellas se conformaron con bajar la cabeza.

—Verdaderamente sentiría haber venido si viese que molestaba a ustedes o que interrumpía su conversación. Es necesario que olviden ustedes mi presencia... ¡Tengo tan escasos recuerdos de conversadora!

Pero no era tan fácil conseguir lo que aconsejaba aquella dulce voz, resignada y ligera. Ni en esa fría parte de la sociedad que se llama "el gran mundo", ni en cualquier otro sitio o circunstancia de la vida, podría pasar inadvertida aquella celestial mujer, aquella pobre sorda, aquella dulce y conmovedora Amada. Donde ella estaba, era imposible olvidar su presencia ¡Tal era su acento, que aun allí donde no estaba, parecía estar *aún* y estar *siempre!*

¡Sí; era encantadora, a pesar de su juventud marchita! Entre todos aquellos ancianos más o menos encanecidos; sobre aquel fondo de cabelleras blancas, Amada Isabel de Spens se destacaba como una estrella de oro empalidecido, sobre un cielo transparente y plateado, que su luz doraba suavemente. De bella que había sido, ya no era más que encantadora. Sí; ya era solamente encantadora la que en 18... fué una belleza célebre en la provincia y aun en París, adonde iba con su tío, el coronel Walter de Spens, y donde al entrar en su palco del teatro atraía sobre sí todos los gemelos de la sala.

Amada Isabel de Spens, de la ilustre familia escocesa de este nombre, que tenía en su escudo el león rampante del gran Macduff, era la úl-



tima rama de aquella raza antigua que vino a Francia bajo Luis XI, y cuyos diversos miembros se establecieron, unos en Guyena y otros en Normandía. Procedentes de los antiguos condes de Fife, la rama de los Spens, que para distinguirse de las otras ramas del mismo tronco añadió a su nombre y a sus armas el nombre y las armas de Lathallan, se extinguía en la persona de la condesa Amada Isabel, a quien llamaban tan sencillamente "señorita Amada" en el salón de los Touffedelys, y que debía morir bajo las tocas blancas y negras de la virginidad y de la viudez. ¡Singular luto de sus grandes víctimas! Amada de Spens perdió a su prometido en el momento en que, arruinada por la Revolución, cosía ella misma, con sus manos feudales, su modesto traje de novia. ¡Y hasta se susurraba en voz baja que hizo de aquel vestido inútil y sin acabar, el sudario del que hubiera sido su esposo! Desde aquella lejana época las personas de su amistad la llamaban siempre la *virgen-viuda*, y este nombre, con sus dos significaciones, cuadraba admirablemente a la tristeza de su destino. Como es preciso haber visto las cosas para hacer de ellas una pintura fiel, el grupo de ancianos que la conoció en plena juventud dará quizá al hablar de ella en esta historia una idea justa de lo que fué su pasada belleza. Nosotros hemos oído decir que fué algo sobrenatural.

En el tiempo en que el viento de la poesía romántica soplaba en la cabeza del abate Percy,

que era poeta, y que redondeaba sus versos en el *tour en l'air* de Jacques Delille, aquél dijo de la condesa Amada de Spens, sin caer con exceso, a su juicio, en el galimatías moderno:

Fué por largo tiempo el astro del día,  
y es aún el puro astro de las noches.

Cualquiera que fuese el valor metafórico de estos versos, no carecerían de justeza. En efecto, Amada, la bella Amada, era una potencia metamorfoseada, pero no destruída. Todo lo que en ella fuera espléndido en otro tiempo, todo lo que cegaba los ojos y el corazón, se hizo en el dulce declinar de su vida suave, conmovedor e inofensivo; pero tiernamente invencible. Como un resplandor sideral, su belleza, madurando, se había amortecido. Ahora era suave y aterciopelada, como los rayos de la Luna.

Para expresar el atrayente aspecto de su persona, el abate solía repetir esta frase a lo Fontanelle: "Antes hacía víctimas; ahora no hace más que cautivos".

El florido rosal se despojaba de su pompa, las rosas palidecían y se deshojaban; pero al morir, sus perfumes las sobrevivían... Y Amada seguía siendo Amada.

El ultramar de sus rasgados ojos de "hija de las olas", que distinguía, como un signo de raza, a aquella descendiente de los antiguos "reyes del mar", que así designan las crónicas a los normandos, había perdido la radiante pureza de aquella

mirada de hada, con cambiantes verdes y azules de estrellas o de piedras marinas, donde parecían cantar—porque los colosos cantan en la mirada—la serenidad y la esperanza. Pero las honduras de un sentimiento doloroso, que lo enlutaba todo en el alma de Amada, bañaba aquellos ojos de una sombra sublime. El gris y el anaranjado, los dos colores del atardecer, la envolvían en su tristeza, como esos indescriptibles velos de bruma que flotan sobre los azules lagos de Escocia, su tierra originaria. Menos dichosas que las montañas, que, inconscientes de su ventura, retienen largo tiempo en sus cumbres el fuego del sol poniente y las caricias de la luz, las mujeres se extinguen por la cima. De los dos rubios diferentes que durante tantos años lucieron y lucharon en las ondas de aquella cabellera, que tenía la calidad de su dote de condesa, como decía orgullosamente el padre de Amada antes de su ruina, el rubio apagado y ceniciento triunfaba al fin sobre el rubio alegre y brillante, que blanqueaba ya en torno a aquella frente tan suavemente sonrosada. Una vez más, como siempre, el fuego moría bajo la ceniza.

Si la señorita Amada hubiese sido morena, sin duda que ya, en aquellas nobles sienes, que ella gustaba de llevar descubiertas, aunque entonces no fuese moda como ahora, se hubieran visto germinar esas primeras “flores de cementerio”, como se llama a las nacientes canas, que el tiempo, en sus crueles ensayos, deja en nuestra frente, una

a una, trenzando sin tregua su diadema mortuoria en nuestras cabezas condenadas. Pero la señorita Amada era rubia. Las canas de las rubias son cabellos oscuros que, poco a poco, como tierra, van desdorando los bucles brillantes. Estas terribles máculas, Amada las tenía ya en la raíz de sus cabellos; pero su edad no estaba escrita solamente en aquellas tristes marchitaduras...

Lo estaba en todas partes. A la claridad de la lámpara, que hería oblicuamente sus mejillas, se notaban esas sombras misteriosas y fatales que no se deben al fuego de la luz, sino a la triste acción de la vida, y que comenzaban a caer sobre su semblante delicado, como habían caído ya sobre el azul marino de sus ojos. El vestido de seda gris hierro que llevaba, y los largos mitones negros que subían hasta la sangría de sus brazos, redondos y vanamente fuertes, puesto que nunca habían de estrechar a un esposo ni a un hijo; aquellos brazos, cuya carne parecía de tisú y tenía el color y la firmeza de la flor de jacinto blanco; el encaje que al salir echara de prisa sobre su peinado, y que encuadraba modestamente el óvalo de su rostro; todos estos detalles, sumados a la labor del tiempo, humanizaban y daban apariencia de mujer mortal a aquella celeste figura de Minerva, serena, grave y olímpica, bajo cuyo seno, tan atrevidamente moldeado como la comba de una coraza guerrera, ardía desde hacía veinte años un sentimiento de perpetua adoración. Y ante aquellas primeras in-

vasiones de la edad y aquellas tristes huellas del dolor, se adquiriría el convencimiento de que, si aquella virgen grandiosa y púdica había sido siempre la sabiduría, no por eso tuvo nunca la inmortal condición de las diosas.

—No es más que una muchacha “pasada de granazón”—decían los jóvenes gentileshombres de la comarca, que habían perdido, con el contacto de las nuevas costumbres, la galantería caballeresca de sus padres.

Pero a los ojos de quien supiera ver, el dedo meñique, sin anillo, de aquella madura muchacha, sin duda, hubiera valido más que todo el cuerpo, con vestido de novia, de la castellana más joven del país, de aquel país donde las mujeres parecen fragantes ramas de manzanos en flor. En lo físico, su belleza de sol poniente, esfumada por los años y por el sufrimiento, podía inspirar aún un gran amor a una imaginación escogidamente poética. Pero en lo moral, ¿quién hubiera podido resistirse? ¿Quién hubiera podido alcanzar sobre un alma elevada mayor imperio que aquella dulcísima Amada, que aquella mujer de cuarenta años y de nombre perfectamente justificado, ya que ninguna otra inspiró nunca tantos sentimientos ardientes y tiernos? ¡Riqueza y conquistas inútiles! ¡Don de gracia, irónico y cruel! ¡Ninguna felicidad dió a su vida! ¡Ah! Pero hizo de aquella vida truncada algo más bello y más conmovedor que la serena vida de la más feliz de las mujeres.

El pequeño círculo que acababa de abrirse para darle entrada, y que con ella se ensanchó, cerróse de nuevo en torno a la chimenea. La señorita Santa de Touffedelys se sentó cerca de su hermana. La recién llegada, instalada en la poltrona de la señorita Santa, sacó de su manguito el bordado comenzado en su casa, y con sus dedos afilados, que salían de sus mitones de seda como pistilos blancos de una flor negra, dió algunas puntadas. Después, alzando su bella cabeza y dirigiendo una lánguida mirada a todos, que ya se disponían a reanudar su interrumpida charla, dijo, con aquella voz cuya frescura había resistido más que la de sus mejillas, una voz de rosa, que debería dársele como guía a un ciego para consolarle de no ver:

—¡Muy bien!... ¡Así los quiero a ustedes!... Hablen, hablen y olvidenme!

Y volvió a inclinar su cabeza sobre la labor, hundiéndose de nuevo en sus preocupaciones, en aquella hondura de abismo que se abría en su alma y que su sordera guardaba vigilante.

—Ahora, mi querida Percy—dijo doctoralmente la señorita Ursula—, puede usted contar lo que quiera sin ningún temor. Cuando la invade su sordera, está aún más distraída que sorda... Yo le respondo de que no entenderá ni la cuarta parte de una palabra de su historia.

—Sí—dijo el abate—; pero creo, hermana mía, que, si tu ímpetu te lo permite, debes detenerte cuando alce la cabeza de la labor, porque estos

diablos de sordos ven el sonido sobre los labios, y las palabras les llegan por los ojos.

—¡Voto a mis sedales y anzuelos!—exclamó sorprendido el barón de Fierdrap—. ¡Qué de precauciones para una historia! ¿Es algo tan terrible para la señorita Amada lo que vais a contar? Ya había yo oído decir otras veces que perdió a su prometido en la famosa expedición de los *Doce*, y que desde entonces, a causa de esto, a pesar de los buenos partidos que se le presentaron, no quiso volver a oír hablar de matrimonio; pero, ¡Dios mío!, ¿dónde estamos si al cabo de veinte años son necesarias tantas precauciones para contar una vieja historia delante de una... de una...?

—¡Vamos, acaba!... ¡Delante de una vieja!—interrumpió el abate—. Ella no te oye y ya ves por dónde empiezas a alcanzar los beneficios de su sordera. Pero, mi pobre Fierdrap, esta vieja, como tú dices, no tiene la edad de las carpas que tú pescas en los estanques de Quesnoy; está aún muy lejos de esa edad y de la nuestra esta vieja, esta señorita de Spens, que es una perla. ¿Sabes? Una perla como no se encuentra en los charcos donde tú pescas tus anguilas... Una especie de mujer rara, como un delfín, que tú, viejo devastarríos, no comprenderás nunca... ¡Como tampoco comprenderás seguramente la gustosa esclavitud del corazón en esa red de estrechas mallas que se llama amor fiel!...

—¡Bah!...—dijo el barón, en el cual las pala-

bras del abate produjeron el efecto de un clarín que tocase la diana de su manía, haciéndole cabalgar en su caballito de juguete—. Yo he pescado hace cerca de diez años bajo el puente de Carentan, en la época del equinoccio de septiembre, un pescado del tamaño de un gran salmone- te, que se parecía a un delfín como una gota de agua a otra, si hemos de creer en las pinturas, blasones y tapicerías donde está representado ese fénix de los peces. ¿Cómo estaba en el Douve? ¿Le había arrojado allí el mar, como arroja muchos salmones en ciertas estaciones y con ciertas mareas? El hecho fué que le encontré enganchado en uno de mis sedales durmientes, donde coleaba vigorosamente como si no hubiese tenido en la cabeza un garfio de dos dedos de largo. ¡En mi vida, en todos los días de mi vida, vi un pez semejante delante de mis narices! ¡No, por Cristo y sus apóstoles, que eran pescadores!... ¡Ni el padre Le Goupil, ni Caillot, ni el señor D'Ingouville, ni ninguno de los miembros de nuestro Club de pescadores del Douve tampoco!...

Hizo una pausa y continuó:

—Al principio, al verle, me quedé un poco aturdido; pero en seguida le acosté muellemente sobre la hierba y empecé a asestarle mis dos linternas—hizo un gesto, mostrando sus ojos y guiñándolos—. Recordaba de mis libros de clase que el delfín se tinte a la hora de la muerte de todos los colores del arco iris, y tenía curiosidad



por ver esto. Pero, sin duda, se trata de uno de esos embustes que con tanta frecuencia urdían los antiguos. Dime la verdad, abate, ¿has podido creer nunca a los antiguos? ¿Y a su Plinio? ¿Y a su Varrón?... ¿Y a su guasón de Tácito?... Son todos unos chuscos, que se burlan de nosotros a través de los siglos; pero a los que mi pez, por lo menos, supo largarles un buen bofetón, porque, querido, murió tan estúpidamente como una ostra fuera de su concha, sin cambiar de color, ni más ni menos que la primera tenca o el primer sollo que hayan venido a este mundo. Y, sin embargo, cuando modestamente fui a llevárselo al bueno de Lambert de Grentheville, que se ocupaba entonces en Historia natural, me juró, a pesar de todo lo que yo le dije acerca de la sencilla muerte del animal, y sobre su honor de sabio, cosa para mí no tan venerable como el relicario de San Lô, me juró que sí, que era el delfín, del que los antiguos tanto nos han hablado. En cuestión de delfines, he aquí, abate, todo lo que yo he visto en mi vida, y tienes endiabladamente razón—"endiabladamente" era el adverbio favorito del barón de Fierdrap—al afirmar que son una cosa muy rara... En cuanto a los amores fieles, es distinto... Se trata de algo más común... aunque no entren muchos en libra... Pero en esa red, como en las otras, el tiempo rompe cada día una malla, por donde el pez mejor pescado acaba por guillárselas...

—¡Escéptico!—replicó el abate—. ¡No crees en el corazón de las mujeres! ¡Pero he ahí una que abofetearía tus observaciones y tus conocimientos... como si fueras un antiguo! La historia de la señorita Amada se enlaza, a la que va a contaros mi hermana, como una guirnalda de ciprés se enlaza a una rama de laurel. ¡Escucha y aprende! ¡Y no suspendas por más tiempo una narración que tú mismo has pedido y de la que te olvidas hablando de pesca, ¡oh el más incorregible de los pescadores!

—¡Por mi honor, que es verdad; me deslizo como una anguila!—dijo el barón.

Y volviéndose hacia la señorita Percy, que estaba literalmente hinchada como un pellejo con aquella historia que se veía obligada a retener, añadió:

—Excúseme, señorita, aunque el más culpable de los dos es su hermano de usted, pues con su delfín me ha recordado el mío...

—¡Sí!—repuso el abate, siempre mitológico—. Nuevo Arión, un delfín te ha llevado sobre su grupa y te ha dado a la vela en la alta mar de las distracciones...

—Pero ya soy todo oídos para escuchar a usted, señorita—continuó el barón de Fierdrap, pasando por alto las burlas del abate, que no le atajaban.

La señorita de Percy, cuya impaciencia estaba a punto de convertirse en una amenaza de apoplejía, y que deshacía nerviosamente su precioso tra-

bajo de tapicería, dejó su labor en su cesta, y, conservando las tijeras, única arma que blandía en la actualidad su mano de heroína, y con las cuales golpeaba de tiempo en tiempo el velador sobre que estaba acodada, comenzó por fin su relación...

¡Historia militar digna de otro tambor!

## IV

### Victoria de los "Doce".

—Mientras usted pescaba truchas en Escocia, señor de Fierdrap, y mi hermano, aquí presente, vistiendo la gravedad de la Sorbona con levita escarlata, cazaba el zorro a rienda suelta en los dominios de nuestro gracioso primo el duque de Northumberland, las señoritas de Touffedelys y yo, última descendiente de una familia bastante numerosa, pero dispersa de mucho tiempo antes, nos ocupábamos en este lado del canal de la Mancha en cosa bien distinta, yo se lo aseguro, "que de hilar el lino de nuestras ruecas", como dice la vieja canción bretona. Aquellos tiempos de apacible costura, en que se hacían dobladillos a las servilletas en el comedor del castillo, habían pasado... Mientras Francia moría entre guerras civiles, las ruecas, orgullo de la casa, ante las cuales nuestros ojos de niñas vieron a nuestras ma-

dres y a nuestras abuelas sentadas como princesas de cuentos de hadas, las rucas dormían, desmanteladas y cubiertas de polvo, en los silenciosos rincones de los graneros. Teníamos un lino más duro de hilar, para expresarme en el estilo de las hilanderas del Cotentin. Ya no había casa, ni familia, ni pobres que vestir, ni aldeanos que dotar, y la camisa roja de la señorita Corday era todo el equipo que las muchachas de nuestra clase podían esperar de la República.

En la época de que voy a hablarle, señor de Fierdrap, la gran guerra—así llamábamos a la guerra de la Vendée—había terminado desdichadamente. Enrique de la Rochejacquelin, que contara con el apoyo de normandos y bretones, apareció una buena mañana bajo los muros de Granville. Pero defendido por el mar y sus rocas mejor aún que por la leva republicana, aquel inaccesible nido de gaviotas se mantuvo firme, y de rabia de no haberse apoderado de él, y asqueado de la vida, cuentan que La Rochejacquelin fué a quebrar su espada sobre las puertas de la ciudad, bajo el fuego del cañón y la fusilería. Por lo demás, si, como se creyó al principio, Granville no hubiese hecho resistencia, ¿la suerte de la guerra hubiera sido por eso más feliz? Ninguno de los jefes normandos—y los he conocido bien a todos—que intentaron en nuestro Cotentin organizar una Chuanería a semejanza de las de Anjou y el Maine se atrevió a pensarlo, ni siquiera en aquel tiempo en que la

inflamación de los espíritus los entregaba a las más locas ilusiones. Sabían perfectamente que el aldeano normando es capaz de batirse como un gallo de Irlanda por el estiércol de su corral, y le suponían inclinado a la República, que, vendiendo a vil precio los bienes de los emigrados y de la Iglesia, les había ofrecido precisamente el trozo de tierra por el cual esta raza, rapaz y conservadora a la vez, combatió siempre, desde su primera aparición en la Historia. No en vano es usted normando, barón de Fierdrap, y, como ya sabe usted por experiencia, la antigua sangre de los piratas del Norte se encuentra aún en las venas de los más miserables de nuestros aldeanos calzados de zuecos. El general "Telémaco", como decíamos entonces, o sea, llamándole por su verdadero nombre, el caballero de Montressel, encargado por Frotté de organizar la guerra en esta parte del Cotentin, me hablaba con frecuencia de lo difícil que era conseguir que descolgasen su fusil de la campana del hogar estos aldeanos, para los cuales el amor al rey, la religión y el respeto a los nobles vienen después del amor a lo suyo y de la necesidad de tener el puchero junto a la lumbre.

"Todo el interés de esta gente son sus intereses", me decía con desprecio el caballero, que no era normando. Y solía añadir: "Si la carne de Azul se vendiera al precio de la caza en los mercados de Carentan o de Valognes, sin duda que nuestros avispados cazurros hubieran hin-

chado de ella sus morrales, abatiendo en los matorrales a los republicanos, como abaten en las marismas de Nehou los patos salvajes y las zarcetas.”

Si le recuerdo todo esto, señor de Fierdrap, aunque usted lo sepa tan bien como yo, es porque usted estaba lejos en aquella época, y me considero obligada, antes de entrar en mi historia, a recordarle lo que pasaba en el Cotentin en los finales de 1799. Nunca, desde la muerte del rey y de la reina, y desde que la guerra civil dividiera a Francia en dos campos, tuvimos nosotros, los realistas, el ánimo, si no más abatido, por lo menos, más afligido. El desastre de la Vendée, la matanza de Quiberón, el triste fin de la Chuanería del Maine, fueron la muerte de nuestras más caras esperanzas, y sólo el sentimiento del honor mantenía nuestra resistencia. Frotté, que se negó a reconocer el Tratado de Mabilais, continuaba en correspondencia con los príncipes. Hombres abnegados pasaban por la noche el mar, yendo a buscar a Inglaterra, para volver con ellos a las costas de Francia, despachos e instrucciones. Entre estos hombres hubo uno que se distinguió entre los más intrépidos, por una audacia, una sangre fría y una destreza verdaderamente incomparables: era el Caballero Des Touches.

No le haré a usted una pintura del caballero. Usted decía hace un momento a mi hermano que lo conoció en Londres, donde le llamaban ustedes

la "bella Helena". Aunque esto fuera principalmente por su rapto, algo sería también por su belleza, porque era, recuérdese usted, con su tez blanca y sus hermosos cabellos ensortijados, que parecían empolvados de puro rubio, una belleza casi femenina. Aquella belleza, de la que todo el mundo hablaba y de la que vi celosas a algunas mujeres; aquella delicada figura de ángel de misal, nunca fué muy de mi gusto. Me he burlado siempre de la admiración entusiasta de las señoritas de Touffedelys y otras muchas jóvenes de aquel tiempo que miraban al caballero de Langotière como un milagro, y que le hubieran llamado con gusto "la bella entre las bellas", como en los tiempos de la Fronda se llamaba a la condesa de Montbazón. Sin embargo, a pesar de mis burlas, no olvidaba que esta delicada belleza de novia estaba revestida del alma de un hombre y que bajo aquella piel fina vivían un corazón de roble y unos músculos como cuerdas de pozo... Un día, delante de mí, en la feria de Briquebec, el caballero, tratado de Chuán con insolencia por cuatro vigorosos aldeanos, les hizo cara, y entre sus encantadoras manos torció sus garrotes de fresno como si hubiesen sido cañas. Yo le he visto, cogido brutalmente de la corbata por un sargento de gendarmería fornido como un hércules, morder el pulgar de aquel hombre entre sus pequeños dientes, ¡aquellas lindas hileras de perlas!, cortarlo de raíz de un solo golpe y escupirlo a la cara del sargento,

escapándose luego de un salto, que hendió la multitud amontonada en derredor. Desde aquel día, lo confieso, la belleza de aquel terrible cercenador de pulgares me pareció menos afeminada. Y aquel día también, en el castillo de Touffedelys, donde, como le decía, barón, teníamos nuestro cuartel general más oculto y seguro, le conocí del todo.

¿Ha ido usted alguna vez a Touffedelys, señor de Fierdrap? Los dominios de usted no caen hacia ese lado, y de aquel pobre castillo ruinoso no queda actualmente una sola piedra. Era una morada bastante grande, almenada en otro tiempo, un resto de construcción feudal, que podía dar abrigo entre sus cuatro torrecillas a una tropa numerosa, y cuyas cercanías estaban cubiertas de grandes bosques. Aquellos bosques recordaban por su espesura y lo laberíntico de sus sendas el famoso bosque de Misdorn, donde el primero de los Chuanes, un Condé de las emboscadas, Juan Cottereau, combatió duramente toda su vida. Situado a poca distancia de una costa solitaria, casi inabordable a causa de los arrecifes, el castillo de Touffedelys parecía colocado allí como con la mano, en previsión de aquellas guerras de partido, medio extinguidas, que nosotros intentábamos reavivar. Todo el que hubiese resuelto reemprender y continuar aquellas desdichadas guerras interrumpidas; todo el que se resistiera a acatar las bases opresoras; todos los que pensaban que los combates de seto y



matorral podían tener mejor éxito que una guerra de gran línea, imposible por el momento; todos aquellos, en fin, que querían quemar su último cartucho contra la Fortuna, ¡la innoble y cobarde Fortuna!, acudían de todas partes a concertarse y reunirse en aquel fiel castillo de Touffedelys. Los jefes de la postchuanería, que tiene su desenlace horriblemente trágico en la muerte de Frotté, asesinado en el foso de Verneuil, llegaban bajo toda suerte de disfraces, y muchas veces se abocaron allí con los últimos supervivientes de la deshecha Chuanería del Maine. Con el fin de alejar sospechas, el castillo, que no tenía más que dos castellanas, tan poco inquietantes en apariencia para la República, era el refugio de algunas mujeres del país, cuyos padres, maridos y hermanos habían emigrado, y no habiendo podido o querido seguirlos, evitaban, viviendo en el campo con los aldeanos, respetuosos de sus familias, lo que no hubieran podido evitar en las ciudades: el remolino siempre abierto de las cárceles.

Vivían lo más absurdamente que podían, procurando que las olvidasen las misiones de representantes del pueblo, aquellos espantosos inquisidores; pero procurando remendar las mallas de la red rota tan frecuentemente de una insurrección que se resintió siempre de falta de unidad. Aquellas mujeres, de las que tiene usted aquí cuatro muestras, señor Fierdrap...—y, con sus tijeras, la señorita de Percy señaló a

las dos Touffedelys, a la señorita Amada, y, por último, a ella misma, volviendo la punta hacia los formidables bullones de su corpiño—... aquellas mujeres estaban en todo el esplendor de su frescura de normandas y en todo el fervor novelesco de su juventud. Armadas de valor por los terribles sucesos de cada día, suspendidos continuamente sobre sus cabezas, y enardecidas por aquel entusiasta realismo que ya no se encuentra ni aun en ustedes, los hombres que durante tanto tiempo sufrieron y lucharon por la realeza, aquellas mujeres no se parecían a lo que sus madres fueron a su edad, ni a lo que son sus hijas y sus nietas hoy. La vida de aquel tiempo, la angustia constante, el peligro que corría todo lo que amaban, habían cubierto sus corazones con un impenetrable baño de bronce. Ahí tiene usted en su poltrona a Santa de Touffedelys, que ahora no se arriesgaría por un imperio a cruzar la plaza de los Capuchinos a media noche... Pues bien: Santa de Touffedelys—¿no es verdad, Santa?—iba sola conmigo por la noche, con el peor tiempo, a llevar los despachos al Caballero Des Touches, que nos esperaba en aquella costa aislada y peligrosa, disfrazado de pescador de congrios, y que en una barca hecha de cuatro tablas, sin vela y sin gobernalle, se arriesgaba en servicio del rey, con peligro de naufragar cien veces; desde la costa de Francia a la de Inglaterra... ¡Y hacía aquello tan sencillamente como podría beberse un vaso de agua!

—¡Y se hubiese bebido el mar!—interrumpió el abate, a quien, como al príncipe de Ligne, le gustaban hasta la crueldad las ingeniosidades.

—Aquella era principalmente—continuó la señorita Percy, demasiado entusiasmada con su historia para notar la interrupción de su hermano—la misión que entre nosotras desempeñaba el Caballero Des Touches. Entre los gentileshombres que frecuentaban el castillo de Touffedelys no había, a pesar del valor que los distinguía e igualaba a todos, no había ninguno como aquel Don Lindo para lanzarse así al mar, como un pez... Porque, ¿se acuerda usted, Santa?; porque en realidad apenas podía llamarse barca a aquella piragua de salvajes que había construído, y en la cual salía cortando las ondas como un sollo y ocultándose tras el lomo de las olas a los anteojos de los capitanes que, a pesar del mal tiempo, vigilaban el mar y los acantilados. Se acordará usted, Santa, de aquel día de niebla en que usted se empeñó, riendo, en descender a la frágil piragua. A pesar de lo ligera que era usted entonces, pues no pesaría más que un pájaro o una flor, poco faltó para que la hiciese zozobrar. Y, sin embargo, en aquel cascarón de nuez, con el tiempo más execrable, él cruzaba de una costa a otra, siempre dispuesto a volver a partir cuando hiciese falta, siempre a su hora, exacto como un rey, ¡el rey de los mares! Entre sus compañeros de armas se hubieran encontrado otros capaces de tentar las aventuras, sin mie-

do, como él, a dejar sus cadáveres a los cangrejos, y para quienes el modo de vivir hubiera sido indiferente, tratándose del rey y de Francia; pero aun imitándole en todo, no hubieran logrado salir airosos. Para aquello era necesario ser un hombre aparte, más que un marino, más que un piloto. Era preciso, en fin, ser lo que era aquel asombroso joven, que la guerra civil había hecho suyo, y que hasta entonces no viera el mar más que de lejos, viviendo sin hacer otra cosa que tirar a las gaviotas con los amigos de su padre. Por todo esto, los viejos marineros del puerto de Granville, amantes de lo maravilloso, como todos los marineros, cuando conocieron la peligrosa vida del caballero durante diez y ocho meses de continuos viajes, dijeron de él que "encantaba las olas", como se ha dicho de Napoleón que encantaba las balas y las granadas. Ellos conocían su propia audacia, y la audacia del caballero no podía turbarlos; pero necesitaban explicar su suerte con una de esas leyendas supersticiosas, familiares a los marineros.

Debió, en efecto, sucumbir veinte veces en aquellas terribles travesías. Aquella buena suerte insolente y constante; aquella imprudencia continua y de un resultado siempre seguro, daban a Des Touches una importancia considerable entre los otros oficiales de la Chuanería del Cotentin. Todos conocían que si perecía sería irremplazable. Además, no era sólo un correo infatigable e intrépido que conocía su ruta del mar

como algunos guías de los Pirineos conocen sus montañas... En todas partes, en las guardias, en las emboscadas, en el combate, cuando era preciso manejar la carabina o trabarse cuerpo a cuerpo, con el cuchillo, era uno de los Chuanes más formidables y el espanto de los Azules, a quienes asombraba siempre, y especialmente, en un momento dado, desplegabá con sus formas esbeltas la fuerza avasalladora de un toro. "¡Es la avispa!", decían los Azules al reconocer entre el humo de los combates aquel talle, fino y combado, como el de una mujer encorsetada. "¡Tirad a la avispa!" Pero la avispa se escapaba siempre, ebria de la sangre derramada, porque tenía una valentía encarnizada y feroz. Siempre, aquel barbilindo era y seguía siendo el hombre que tan cruelmente mordió y cortó el pulgar en la feria de Bricquebec; blanca la faz, y el labio grueso y rojo, signo de crueldad según dicen. El lo tenía tan rojo como la cinta de vuestra cruz de San Luis, señor de Fierdrap. No creo que fuera únicamente el fanatismo de su causa lo que le exaltaba cuando antes o después del combate mostrábase implacable. Era Chuan, pero no parecía de la misma naturaleza que los otros Chuanes. Batiéndose a su lado, compartiendo su vida, no parecía compartir los sentimientos que los animaban.

¿Acaso era Chuan por un simple capricho? Aquellos compañeros suyos, aquellos guerrilleros, aquellos gentilhombres, no tenían únicamente a

Dios y al Rey en su corazón. Al lado del realismo palpitaban en sus pechos otros sentimientos, otras pasiones, otros entusiasmos. La juventud no cantaba en vano en sus corazones su hora ardiente. Como los caballeros andantes, sus antepasados, tenían todos o casi todos una "dama de sus pensamientos", cuya imagen los acompañaba en el combate. De este modo, la novela caminaba a través de la Historia. ¡Pero el Caballero Des Touches!... Yo no he visto en mi vida un carácter semejante. En Touffedelys, donde habíamos bordado tantos pañuelos con nuestros cabellos para aquellos señores que tenían la amabilidad de pedirnoslos, y que los llevaban como amuletos en sus expediciones nocturnas, no creo que se bordara ni uno solo para él. ¿Qué piensa usted, Ursula? ¡Todas las reclusas de aquella especie de convento de guerra le interesaban bien poco, a pesar de que fuesen casi todas dignas de ser amadas por los héroes! Podemos decir esto ahora que ya somos viejas. Claro que no hablo por mí, Bárbara Petronila de Percy, que sólo fué mujer en la pila bautismal, y que no he sido toda mi vida más que una fea graciosa, cuya fealdad no tuvo nunca sexo, como la belleza del Caballero Des Touches no lo tuvo tampoco.

—Pero hablo por las señoritas de Touffedelys, aquí presentes, entonces en todo el esplendor de su primavera. ¡Dos cisnes de blancura y de gracia, a los que era preciso ponerles collares distintos para reconocerlos! Hablé de Hortensia de

Vely, de Isabel de Manneville, de Juana de Montevreus, de Isolda d'Orglande, y, sobre todo, de Amada de Spens, ante la cual todas las demás, a pesar de su gran belleza, se desvanecían, como la niebla de un río bajo los rayos del sol. Amada de Spens era con mucho la más joven de todas nosotras. Tenía diez y seis años cuando nosotras teníamos treinta. Era una niña, pero tan bella, señor de Fierdrap, que únicamente un corazón frío como el de los peces, cual era el del Caballero Des Touches, podía ver y no amar a aquella Amada, la bien nombrada, como la llamábamos entonces. Los once gentileshombres de la expedición de los *Doce*, puesto que el duodécimo era una mujer—¡vuestra servidora, señor de Fierdrap!—, sintieron por ella una pasión novelesca y declarada, pues todos, uno tras otro, pidieron su mano...

—¡Cómo!... ¿La amaron los once?—exclamó el barón, saltando como una flecha, ante este singular detalle de aquella historia, cuyos episodios eran tan extraordinarios como sus personajes.

—¡Los once, barón!—replicó la señorita Percy—. ¡Y este amor vivió largo tiempo en aquellas almas fuertes! ¡A'gunas de ellas permanecen fieles y enamoradas! No se asombraría usted tanto si hubiese conocido a la Amada de aquella época, una belleza que no pudo tener pintor, una mujer como jamás encontró usted otra, aunque ha corrido tanto mundo.

—¡Alto!—interrumpió el barón, que había sido ulano en Alemania—. ¡Alto!—repitió, como si

llevara su compañía de ulanos tras los talones—  
Conocí en 180... a lady Hamilton, y, por las siete  
cáscaras que llevo, juro a usted, señorita, que  
era una comadre que haría comprender a un cuá-  
quero las satánicas bestialidades que el almirante  
Nelson hizo por ella.

—Yo la he conocido también—dijo a su vez el  
abate—; pero la señorita Amada de Spens, a  
quien tú ves ahí, era aún más bella. Iba entre  
las dos la diferencia que va del día a la noche...

—¡Cuerno de ciervo!—exclamó el barón sobre-  
excitado—. ¡Yo vi un día a lady Hamilton de ba-  
cante!...

—¡Hombre!...—interrompió, jovial, el abate—.  
¡He ahí cómo no hubieras podido ver a la seño-  
rita Amada de Spens, Fierdrap!...

—¡...! ¡Y te juro!...—continuó el barón, que no  
escuchaba y que se empeñaba en razonar.

—¿Que no le iba mal el traje a aquella moza  
de posada?—interrumpió aún el abate—. ¡Ya lo  
creo! ¡Había vertido tantos jarros de cerveza, a  
los palafraneros de Richemond, su brazo sonrosa-  
do y robusto, que bien podía manejar el ánfora...  
y hasta con gracia quizá... ¡Pero la belleza de  
la señorita Amada de Spens no era de esa clase!...  
¡No pienses, Fierdrap, en encontrarle parangón!  
Mi hermana ha dicho la verdad. No vivimos bas-  
tante tiempo para que podamos encontrar en el  
mundo dos mujeres como ella... *fué*. ¡La belleza  
única de su tiempo, querido! ¡Y ha corrido la  
suerte que corren todas las grandes bellezas te-



rrenales!... No habrá historia para ella, como tampoco para los cinco héroes que la amaron... Ella no deshonró a nadie: no entró en el baño de ninguna reina; no figurará entre las grandes devastadoras que alborotaron el mundo con el aire de sus sayas. ¡Pobre belleza, magnífica y perdida, que ni siquiera oye lo que digo de ella esta noche, al lado de esta chimenea, y que no habrá sido en toda su vida más que el solitario placer de Dios!

Mientras el abate Percy hablaba, el barón de Fierdrap miraba cómo "el solitario placer de Dios" trabajaba en su bordado, con sus dos manos de Madonna. El señor de Fierdrap guiñaba el ojo. Era su tic y constituía una fineza. Con el ojo que mantenía abierto, con aquel ojo gris e inquieto de ave de rapiña, el viejo ulano iba desde la hermosa frente de Amada, coronada por sus cabellos de oro bronceado, desde aquella bella frente a lo Monna Lisa, un poco abultada en su centro, donde un rayo de luz de la lámpara brillaba como un ferrosé de ópalo, hasta sus opulentos hombros, modelados bajo la seda gris-hierro del ceñido corpiño; y quizá el viejo barón pensaba, viendo todo aquello, que, a pesar del tiempo, a pesar del dolor, a pesar de todo, aun quedaban del "placer solitario de Dios" bastantes migajas para que los hombres, los hombres de gusto más difícil, pudieran darse un festín de reyes.

Pero no se atrevió a decir lo que pensaba. Si

algunas inconveniencias zigzaguearon un instante en su cerebro, las retuvo bajo su peluca aventurera, y la señorita Percy pudo continuar su historia, jadeante como una locomotora que reanuda la marcha.

Como era huérfana, y, desgraciadamente, la última de su raza, Amada de Spens pasaba gran parte de sus días con nosotras, bravas muchachas de treinta años, que constituíamos para ella como un grupo de madres. Llevaba ya algún tiempo viviendo en Touffedelys, cuando vió por primera vez a aquel joven desconocido a quien amó, y del que nosotras nunca supimos el nombre, el país y la historia. ¿Lo supo ella acaso? En las horas que pasaron frente a frente, bajo los artonados de roble del salón de Touffedelys, donde solíamos dejarlos hablando en voz baja, desde que supimos que eran novios, ¿revelaría él a su amada el secreto de su vida? Si fué así, ella lo ha guardado bien. Todo yace enterrado en su alma, al lado de su amor... ¡Ay, Amada de Spens es una tumba; pero una tumba bajo una floración de lirios inmóviles! ¡Mire, señor Fierdrap; mire el aire plácido de esa criatura que lleva desde hace veinte años una vida desesperada y sencilla; de esa criatura digna de un trono, que morirá, sin embargo, como una pobre "señora de piso" del convento de Bernardos de Valognes! No oye; apenas escucha; para todo tiene una sonrisa encantadora que vale más que todo, y que ella pone por encima de todo. Sólo vive para sus pen-

samientos y para sus recuerdos, que nunca ha profanado con una confidencia, olvidada del mundo y resignada a su olvido, no viendo más que su amor.

—¡No, Bárbara; no lo ve!—dijo ingenuamente la señorita Santa, siempre en los umbrales de lo sobrenatural, y que tomaba al pie de la letra la metáfora, bien modesta, por cierto, de la señorita Percy—. Desde que murió no le ha visto jamás; pero no por eso deja de “saber de él”...: “vuelve” de vez en cuando, y especialmente en el mes que le mataron. Por eso no puede, en cuanto anochece, quedarse sola en su cuarto durante este mes. Por muy sorda y archisorda que esté, oye perfectamente ruidos extraños y horrorosos. Oye suspiros en los rincones donde no hay nadie. Las anillas de cobre de las cortinas rechinan en las varillas de hierro como si alguien las agitase. Una vez, estando con ella, las oí, y como le dijera, muy apurada, con los cabellos de punta sobre la frente: “¡Eso es un “alma” que pide oraciones, Amada!”, ella me respondió, menos asustada que yo: “Siempre hago que digan una misa en el altar de las ánimas al día siguiente a la noche en que sucede esto, Santa”. Indudablemente era “su” misa lo que “él” pedía: porque una vez que Amada se retrasó un día en decirla, a la noche siguiente fueron los sonidos más espantosos; las cortinas parecían locas en las varillas, y toda la noche, los muebles crujieron como castañas sin abrir que saltan fuera del fuego.

—Amada cree efectivamente en los fantasmas—replicó la señorita de Percy, descontenta de aquella interrupción—; pero no como usted, Santa—y empleando un tonillo desdeñoso, quiso vengarse de aquella pobre y bendita oveja del Señor que había balado a destiempo—. Amada puede muy bien creer en los fantasmas que ve en su corazón, porque ha sido siempre, y es aún para nosotros, señor Fierdrap, un misterio más profundo y más sorprendente que su prometido. El no hizo más que aparecer y desaparecer... ¿Qué tiene de extraño que nada sepamos acerca de él?... Pero con ella hemos convivido veinticinco años, y nos es casi tan desconocida como él. Lo cierto es que el misterioso prometido de Amada fué presentado en el castillo de Touffedelys por el Caballero Des Touches. Amada conocía al caballero. Coincidió con él varias veces en Avranches, en casa de una de sus tías, y la señora Roche-Piquet, una vieja Chuana que, si no podía serlo a mi manera porque era tímida y comodona, servía a la causa, ocultando durante el día a los Chuanes en sus bodegas y en sus granjas, de donde salían para las expediciones nocturnas. Amada volvió a encontrar al caballero en Touffedelys. Yo, que ya entonces, con mi purpúrea fealdad, no hacía otra cosa que observar el amor... en las demás, creí muy sinceramente durante algún tiempo que Amada estaba enamorada del caballero. Al menos, ante Des Touches, y suponía que a causa de la belleza deslumbradora de aquel hombre, quizá

más femeninamente bello que ella misma, yo había notado en los párpados, obstinadamente bajos, de la noble y bella Amada, un tembloroso estremecimiento, y sobre su frente rosada un tono de fuego que, en su principio, llegara a inquietarme. ¡Alma de mi vida!... Hubieran hecho, esto no puede dudarse, una soberbia pareja. Pero, aparte de que el pequeño Langotière no era de tan alta estirpe para aspirar a casarse con una Spens, nos parecía a mi Minerva y a mí que debía ser horrible amar a un hombre como Des Touches.

Dios lo hizo. Ella no le amó. De quien se enamoró perdidamente fué de aquel amigo del caballero que llegó con él una noche a Touffedelys, bajo una de aquellas espantosas tormentas que Des Touches prefirió siempre para sus travesías a la calma de las noches claras.

¿Se acuerda usted de aquella noche, Ursula? No dormimos; estuvimos en el gran salón ocupadas, usted y Amada, en hacer vendas; yo, en cargar cartuchos, porque nunca fuí partidaria de los trapos. Velamos como esta noche; pero menos tranquilas. De pronto se oyó el grito del mochuelo, y entraron los dos, chorreantes sus pieles de cabra como lobos que hubiesen caído en el mar.

El Caballero Des Touches nos presentó a su compañero como un gentilhombre que hiciera largo tiempo la guerra del Maine, bajo el nombre de *M. Jacques*, que aún se le daba.

—¡Por Cristo!...—exclamó el barón de Fierdrap, a quien aquel nombre hizo estremecerse como un tiro—. ¡Es bien conocido ese seudónimo en el Maine! ¡Ha insurreccionado tantas parroquias! ¡Ha levantado tantas plazas fuertes!... ¡Fué una gloria el tal *M. Jacques!*... ¡El mismo D'Argent se inclinaba ante la intrepidez y el genio militar de aquel hombre! Sólo que por esa época ya debía de haber muerto, si es el que yo digo.

—¡Sí! Se le creyó muerto—replicó la señorita Percy—. Pero, después de escapar de los Azules, se refugió en Inglaterra, donde los príncipes le encargaron de una misión personal cerca de Frotté. Por eso vino de Guernesey a la costa de Francia en la canoa de Des Touches, que apenas podía sostener un solo hombre y que estuvo expuesta a hundirse cien veces bajo el peso de los dos. Para suprimir toda carga inútil remaron con los fusiles.

Frotté se encontraba entonces en los confines de Normandía y Bretaña, procurando reavivar las insurrecciones casi sofocadas. El *M. Jacques* fué a entrevistarse con él, y volvió al poco tiempo a Touffedelys gravemente herido. Al regreso se vió obligado a deslizarse entre los restos esparcidos de las "Columnas Infernales", que asolaban y saqueaban el país, y tuvo que cruzar entre una nube de balas, de las que le alcanzaron algunas... Cuando entró en Touffedelys, sobre su caballo, herido como él, y rojos los dos, cayó muerto el ca-

ballo bajo el jinete moribundo y sin conocimiento. Las balas de que estaba acribillado le recluyeron largo tiempo en Touffedelys. Sus heridas eran muchas, y pudimos contarlas, porque le curamos entre todas con nuestras manos de señoritas. No se usaban gazmoñerías en aquellos tiempos. La guerra, el peligro había acabado con todas las pueriles convenciones sociales. No había cirujanos en Touffedelys; no había más que cirujanas. A mí me llamaban *la Mayor*, porque sabía vendar una herida mejor que todas aquellas cobardonas.

—¡Curaba las heridas tan bien como las hubiese hecho!—interrumpió el abate.

Para la señorita de Percy, aquella antigua heroína ignorada, la opinión del abate representaba la Gloria. Y se pavoneó más que nunca bajo aquella opinión de su hermano.

—Sí, me llamaban *la Mayor*—continuó con la alegría del orgullo satisfecho—, y como era yo quien hacía diariamente el inventario de las heridas que teníamos que curar, al ver extendido ante nosotras el espantoso jigote del cuerpo del *M. Jacques*, dirigí una mirada circular al grupo de mis ayudantas, todas muy pálidas, y con algo de San Juan, pico de oro...

—Más pico de oro que santa—deslizó aún el abate.

—...Les dije gallardamente, para darles calor, señalando al herido desvanecido: "Si le salvamos, amigas mías, ¡qué bonita joya labrada para aquella de vosotras que quiera ponérsela al cuello!"

Se echaron a reir como locas; pero Amada permaneció silenciosa y seria. Había enrojecido. “¡También enrojece por Des Touches!—pensaba yo—. ¿Cuál de estos dos rubores es el amor?”

*M. Jacques* era también, como el caballero Des Touches, un hombre al que yo no hubiera amado nunca, aunque hubiese estado animada de sentimientos tiernos. No tenía la belleza original y cruel del caballero; pero aunque la suya fuese más viril, más morena y más ardiente, no por eso le faltaba un aspecto femenino: la melancolía. Los hombres melancólicos me son insoportables. Los encuentro menos hombres que a los demás. *M. Jacques* era lo que se ha llamado durante mucho tiempo “un bello tenebroso”. Soy de la opinión de aquella perdida de Ninón, que decía: “La alegría del espíritu prueba su fuerza.” Yo me río del espíritu; no le doy importancia, pero es cierto que la alegría es un valor!... ¡un valor más! A *M. Jacques*, de quien mis compañeras no pensaban como yo, se le llamaba en Touffedelys, poetizándole, “el bello Tristán”. Confieso que el “bello Tristán” hubiera conseguido excitarme los nervios con su paciente melancolía, si una muchacha de mi calibre hubiese podido tener nervios. ¡Qué queréis!... Para mí es necesario que los héroes tengan buen humor y se rían en las barbas de todos los peligros.

—Siempre habéis sido, señorita Percy—dijo el abate—, un verdadero Roger Bontemps, que en otro tiempo libre de revoluciones hubiera inquie-



tado a su familia. ¡No solamente necesitáis héroes, sino héroes alegres! Dios hizo bien haciéndote fea, hermana. Todas las mañanas le doy gracias en la misa; porque sin esa precaución de su omnisciencia, ¡quizá el honor de los Percy hubiera corrido graves riesgos!

—¡Ríete lo que quieras! ¡Ríete, hermano!—respondió la señorita Percy, riendo a la vez y demostrando en la manera de tomar la broma cuánto le gustaba la alegría—. Todo te está permitido contra la pequeña. ¿No eres el jefe de nuestra casa?

—En verdad—deslizó entonces la señorita Ursula, que había callado hasta aquel momento y que intervenía, por fin, en la charla como un reloj retrasado que da la hora—, en verdad que no era nada amable aquel *M. Jacques*, tan triste como un gorro de dormir.

—¡Como un gorro rojo más bien!—interrumpió la impetuosa señorita de Percy—. Los revolucionarios de todos los países se parecen. Los jacobinos eran tan solemnes, tan ceñudos, tan pedantes como los puritanos de Inglaterra. No conocí a uno solo que fuese alegre, mientras que todos lo eran entre los realistas, que conservaron siempre el espíritu del país, llamado en otro tiempo “la gaya Francia”. Aquellos fieros muchachos que lo habían perdido todo, hasta la esperanza, se consolaban de todo con la guerra, con el encanto inesperado de la aventura y con el zumbido de los disparos del fusil.

—Pero si estaba triste—continuó la señorita Ursula, recogiendo su idea, como la hormiga recoge su brizna, entre la fanfarria de entusiasmo militar que acababa de pasar por su cerebro, como una tromba por un sembrado de pepinillos—; si estaba triste, usted sabe, mi querida Percy, que no le faltaban razones para ello. Usted sabe que, en voz baja, se decía que era un comendador de Malta que había hecho sus votos...

—Sí—respondió la señorita Percy, admitiendo la observación—. Eso se cuchicheaba. Y si realmente lo era, la idea de sus votos debió hacerle sufrir mucho al enamorarse de Amada, con la que no podría casarse, porque los caballeros de Malta están obligados al celibato, como los sacerdotes... Pero, ¿qué prueba hemos tenido nunca de que lo fuera? Sólo aquella palidez mortal que invadió de repente su rostro el día en que en la mesa, a los postres, Amada nos descubrió que estaba *comprometida*, al decirle a usted, Ursula, delante de todas, y encendida por el rubor y el esfuerzo de aquella confesión, que era para nosotras una verdadera novedad: “Mi querida Ursula, se lo ruego, ponga fresas a mi prometido.” Estas palabras que debieron hacerla feliz la hicieron lividecer... Pero, ¿no se parecen todas las palideces? ¿Quién podría distinguir la palidez de un hombre dichoso de la de un traidor? Si *M. Jacques* lo era, si realmente engañó a Amada, el balazo que le tendió a mis pies la noche del rapto ha hecho a esta pobre criatura menos daño

que si su prometido hubiese conservado la vida. Así ha guardado la ilusión de que "podría haber sido su esposa", y así, cuando le devolví el brazalete, que trenzó delante de nosotras con los más hermosos rizos de su cabellera, no supo, ni lo ha sospechado jamás, que la sangre que lo empapaba pudiera ser la de un falsario.

—Pero, ¿y Des Touches, y Des Touches?—interrumpió el barón, que, después de su remembranza de lady Hamilton, no había abierto la boca, y que miraba a la señorita Percy como al corcho de un sedal, donde los peces no picasen. Tenía las dos paciencias más hermosas del mundo y las dos obstinaciones correspondientes: la del pescador de caña y la del cazador de espera.

—Fierdrap tiene razón—dijo el abate, siempre revoltoso—. Te disparas demasiado, hermana mía... ¡Vieja costumbre de Chuana! ¡Fres Chuana hasta en el modo de contar las cosas!

—¡Eh, eh!...—atajó la señorita de Percy—. Contengan ustedes el ímpetu de sus juventudes. ¿Des Touches? Ya llegaremos. Pero, ¡muerte de Dios!, no podemos llegar a Des Touches ni a su raptó sin hablar del hombre que representó el principal papel en aquella calaverada, puesto que se quedó en ella.

—Eso no es una razón—observó gravemente el abate—. En una expedición de esa especie hay algo más importante que morir bien.

—¡Triunfar!—exclamó la vieja amazona, que alimentaba bajo su facha grotesca el fuego de

la acción civil—. ¡Y él triunfó, puesto que iba con nosotros y nosotros logramos el éxito! Por otra parte, aunque a mí no me fuera simpático aquel "bello Tristán", como se le llamaba en Touffedelys, que contaminó de su tristeza la vida de Amada, no por eso he de dejar de ser justa con él. El fué, aquel hombre sentimental fué, quien, cuando la primera prisión de Des Touches en Avranches, empuñando una antorcha con su lánguida mano, entró resueltamente en la prisión y no salió de ella hasta que la dejó ardiendo.

—¿Cómo en Avranches?—observó el barón de Fierdrap, asombrado—. ¿No fué en Coutances donde libertaron ustedes a Des Touches, señorita?

—¡Ah!...—explicó la señorita de Percy, satisfecha de aquella ignorancia, que añadía interés a su historia—. Usted y mi hermano estaban entonces en Inglaterra. Por eso no saben ustedes que antes de estar prisionero en Coutances, el caballero lo estuvo en Avranches, y que fué trasladado a Coutances precisamente porque intentamos poner fuego a su primera prisión.

—¡Muy bien!—dijo el barón de Fierdrap, tranquilizado—. No sabía eso, y me encanta enterarme de que el Caballero Des Touches le costara tanto a la República.

—¡Déjala continuar, Fierdrap!—protestó el abate, que, siendo el que más había interrumpido a la narradora, era el que se mostraba más in-

transigente con los que tenían su mismo defecto; vicio incorregible de todos los viciosos y de todos los que interrumpen.

—Agonizaba el año 1799—continuó la historiadora del Caballero Des Touches—. Hacía varios meses que *M. Jacques* estaba entre nosotros, casi curado; pero débil y dolorido aún de sus heridas. Durante aquella larga convalecencia de *M. Jacques* en Touffedelys, donde vivía oculto, como se vivía en aquel tiempo, siempre que no se estaba al aire libre, bajo el claro de Luna, con el fusil en la mano, Des Touches, “el encantador de las olas”, fué y volvió veinte veces de Normandía a Inglaterra, y de Inglaterra a Normandía. En los intervalos de sus travesías, no siempre le veíamos. Solía desembarcar en puntos extremadamente distantes unos de otros para despistar a los espías armados y encarnizados que, ocultos en las dunas, agazapados en los barrancos, tumados en el fondo de las ensenadas, a lo largo de aquellas costas dentadas de caletas, bordeaban el mar avizorantes y mantenían acostados en tierra los fusiles, esperando siempre que llegase el momento de alzarlos. Cuantos más viajes hacía el Caballero Des Touches, perseguido en el mar por los *briks*, batido en tierra por los soldados y gendarmes; cuanto más iba y venía aquel hombre, que acariciaba el peligro como una mujer acaricia su quimera, jugador valiente que se jugaba todo a cada carta y que ganaba siempre, más se veía obligado a mostrarse precavido y

diestro, porque la suerte inaudita de sus travesías había exasperado a sus enemigos, para los cuales llegó a ser el hombre de su nombre: ¡la avispa! La avispa, inaprehensible y enloquecedora, el enemigo invisible, el más provocador y burión de los enemigos. No hacía el efecto de un hombre de carne y hueso, sino, como he oído decir frecuentemente a los hombres de aquella costa, de una sombra o de un duende. Todo el país estaba organizado en contra nuestra; los grupos de partidarios esparcidos sobre su superficie estaban unidos entre sí por hilos fáciles de cortar; pero especialmente entre Des Touches y los Azules se había establecido un sentimiento de amor propio excitado y herido, más temible aún, a lo que parecía, que el implacable odio del Azul al Chuan... La guerra entre ellos era, más que la guerra, la caza. Era el duelo, que tan bien conoce usted, señor Fierdrap, entre las bestias y el cazador. Ya más de una vez, según cantaban en las tabernas y en las granjas del país, donde acaso es aún este hombre una leyenda, había estado a punto de ser preso. Le habían tenido, decían los astutos aldeanos, con las orejas al alcance de la mano. Se refería un hecho comprobado, que alcanzó la notoriedad de un combate en regla, y fué que, una vez, en la taberna de "La Hoz", en las tierras entre Avranches y Granville, se batió solo contra una tropa de republicanos. Cercado por barricadas, encerrado en el granero, como Carlos XI en Bander, y después de haber dispa-

rado toda la noche por las lumbreras, haciendo caer a más de sesenta Azules, al llegar el día desapareció por el tejado. “No se sabe cómo—decían las mujeres, cuya imaginación supersticiosa hería—. Fué como si hubiese tenido alas en la espalda, y sobre la lengua, “el trébol de cuatro hojas”.

Así, lo mismo que era duende en el mar, lo era también en la tierra. Muchas expediciones terrestres en que tomó parte lo demostraron. ¡Sólo que no podía serlo siempre! La suerte con que jugaba tenía, fatalmente, que volvérselo en contra, y al doble peligro que corría había de sucumbir al fin. La esperanza de prender a Des Touches, de apoderarse de la avispa y de poder aplastarla con el pie, avivaba y enardecía el delirio a aquellas almas irritadas, creando para el caballero un peligro tan seguro, de tal modo inevitable, que, en la opinión de los hombres de su partido, tanto como en la de sus enemigos, su aprehensión o su muerte no era más que cuestión de tiempo. Así, cuando fueron a Touffedelys a darnos la terrible noticia: “Des Touches está preso”, nadie se sorprendió.

El que llevó a Touffedelys esta triste nueva fué un muchacho de esta ciudad, del cual probablemente no sabe usted el nombre, aunque es usted del país, señor Fierdrap, porque no era noble. Se llamaba Justo Le Bretón. Uno de los prejuicios que los Azules han explotado más ensañadamente contra nosotros es que, en la guerra

de los Chuanes, los aristócratas remolcábamos a los aldeanos al combate. ¡Nada más falso! Teníamos con nosotros jóvenes de las ciudades muy dignos de llevar la espada, que, por cierto, manejaban muy bien. Justo Le Bretón era uno de ellos. Había sido ennoblecido por la espada de los gentileshombres, que, tratándole como a un igual, cruzaron sus hierros con él en algunos de aquellos duelos que se celebraban entonces en Valognes, donde el duelo era una tradición. Cuando estalló la guerra de la Chuanería, aquel muchacho, ennoblecido por nuestras espadas, vino a nosotros a ofrecernos la suya. Aquella espada estaba al extremo de un brazo de Hércules. Justo era tan fuerte como el Caballero Des Touches; pero no disfrazaba su fuerza con las formas esbeltas del caballero, que sorprendía siempre con sus alientos. ¡No! Justo era un hombre rechoncho y cuadrado, rubio, como buen celta. Su nombre de Le Bretón decía su origen. Era un bretón mezclado de normando. Su familia se estableció en Normandía, y olvidó pronto las riquezas de Bretaña por las praderas de esta tierra, que parece tener garras para apresar al que la toca, pues ya nó puede separarse de ella. Cualquiera diría que para acabar con Justo Le Bretón sería preciso arrojarle una montaña sobre la cabeza. Murió, sin embargo, en duelo, como hemos creído hasta esta noche que había muerto Des Touches; murió de una miserable estocada en la ingle, y lo que es más raro, de una estocada sin profun-



didad. ¡Yo le vi escupir sangre durante seis meses y morir por fin agotado como una muchacha enferma del pulmón! ¡Y tenía un pecho como un tambor! Justo estaba seguro de la prisión de Des Touches; pero ignoraba aún cómo le habían capturado. “Tratándose de semejante hombre—decía, y nosotros pensábamos como él—, es preciso que haya habido una traición.” La hubo, en efecto—yo lo supe más tarde—, y fué aquélla, como usted verá, una buena ocasión para juzgar del duro granito que tenía en el vientre aquel bello y delicado Des Touches, que un instante me hizo temer por Amada cuando, ante sus rubores incomprensibles, imaginé que ella podía amarle. “Un hombre como Des Touches—dijo *M. Jacques*—no puede estar preso mientras haya un Chuan en pie, con un fusil y un cuerno de pólvora. “Ni siquiera hace falta tanto—dijo Justo tranquilamente—. Nosotros, con nuestras manos vacías, le rescataremos.”

Fué en los alrededores de Avranches donde una numerosa tropa—decíase que todo un batallón—envolvió y apresó a Des Touches, y en aquella ciudad estaba depositado en espera de su ejecución, que seguramente se realizaría pronto. La República no tenía la mano muerta, y en aquella ocasión era necesario tenerla viva y muy viva, si no se quería que aquel hombre, el ídolo de su partido, y dotado del genio de los recursos, escapara a sus verdugos... “¡El mochuelo ha sili-bado del lado de Touffedelys!—añadió Justo Le

Bretón." Y a la caída de aquella misma tarde vimos llegar al castillo, bajo distintos disfraces de buhoneros, mendigos, afiladores y vendedores de paraguas—porque la guerra de los Chuanes era enmascarada y nocturna—gran número de nuestras gentes que, al primer rumor de la captura de Des Touches, se habían juramentado para salvarle o perecer.

Vinieron demasiados. Fué una locura que en tan gran número coincidieran en Touffedelys. Pero esto le dará a usted una idea de la importancia de Des Touches, ya que los Chuanes, que poseían la prudencia en el mismo grado que la bravura, no vacilaron en comprometer, con un celo excesivo, la existencia de un cuartel general tan cómodo para las guerrillas como el castillo de Touffedelys.

No tiene usted idea, señor Fierdrap, ni tú, hermano mío, de los que en defensa de nuestra causa habíamos llegado a hacer del castillo de Touffedelys; y si yo no os lo dijese, mi historia quedaría incompleta. Habíamos transformado aquel viejo castillo desmantelado, sin puente levadizo y sin rastrillo, que desde hacía mucho tiempo no era ya una fortaleza, pero sí todavía una noble morada, en un castillo tranquilo y humilde, merecedor de la benevolencia de la República. Cegamos los fosos, rebajamos los muros y, sin derribar las torrecillas, les quitamos su corona de almenas, y no parecían ya más que los cuatro espectros blancos de las antiguas to-

rres decapitadas. De la fachada principal del castillo, de los ángulos de los techos, de las altas placas de las chimeneas, de las veletas, de todos los sitios donde brillaban, hicimos borrar las armas encantadoras y elocuentes de Touffedelys, que son tres haces de lises de plata sobre sinople, y en la divisa las palabras heroicas: "No se someten." ¡Ay!... Las pobres lises desaparecieron hasta del jardín, donde, generación tras generación, venían cultivándose en inmensos macizos, que de lejos daban al vasto *parterre* la apariencia de un mar cubierto del alabastro de su espuma. Reemplazamos en todas partes las lises por lilas.

¿Las lilas? ¿No son acaso lises enlutadas? Realizamos todos aquellos sacrilegios, consumamos todas las pequeñas bajezas de la astucia que finge resignada sumisión, por conservar para nuestros amigos aque! lugar de reunión y refugio, desarmado y dulce como su nombre, que parecía la casa de la inocencia, y en la cual se disimulaban los hombres y las armas tras los flotantes vestidos de las mujeres.

Gracias a tales precauciones y a tales hipocresías de dulzura, pudimos hacer de nuestro nido de palomas asustadas un nido de aves de rapiña para águilas nocturnas, por el estilo de *M. Jacques* y de *Des Touches*. Únicamente que, como usted comprenderá, la seguridad de todo aquello requería la condición de que los Chuanes que acudieran allí a preparar sus emboscadas no fueron nunca muy numerosos.

Con motivo de la captura de Des Touches se infringió por una vez esta regla. Pero los jefes comprendieron la imprudencia de una gran reunión y dispersaron a sus hombres. En un país hostil, las tropas pequeñas valen más que las grandes. Son más resueltas, su esfuerzo es más reconcentrado y más pujante, su acción más rápida, sus marchas más encubiertas. Algunos hombres bastaban para libertar a Des Touches, y los que fueron elegidos en Touffedelys eran capaces de ir a buscarle bajo el filo de la guillotina, a las mismas puertas del infierno. Aquellos hombres fueron los que más tarde se llamaron los *Doce*, quienes perdieron bajo este nombre colectivo su nombre particular, que nadie sabe a estas fechas.

—¡Es verdad!—dijo el señor Fierdrap profundamente interesado.

Y descruzó sus piernas de ciervo, rehaciendo en sentido inverso las equis que formaba.

—Nosotros no oímos repetir ni uno solo de esos nombres en Inglaterra, ¿verdad, abate? El mismo Sainte-Suzanne los ignoraba.

—Y cuando quien os cuenta esta historia en un rincón, junto al fuego, en esta pequeña ciudad dormida—siguió la señorita Percy—repose en un ataúd, bajo una cruz, en el cementerio de Valognes, no habrá en el mundo nadie que pueda repetir a nadie esos nombres olvidados... Por lo demás, los que los llevaron eran demasiado a'tivos para que pueda dolerles esta injusticia o esta estupidez de la Gloria.

Amada, a quien tiene usted ahí sumida en sí misma más que en su bordado, estaba en aquel tiempo totalmente absorta en *M. Jacques*. Santa y Ursula de Touffedelys seguramente tampoco podrían decirle a usted los nombres de los *Doce*. ¡Pero yo sí!... ¡Yo sí puedo decirlos! y después de mi muerte—añadió, embellecida por un melancólico entusiasmo, la que siempre fué fea y alegre—, después de mi muerte, mientras no me haya convertido en polvo, para conocer aquellos nombres que merecieron la Gloria y no la alcanzaron, bastará con abrir mi ataúd y leerlos en mi corazón.

## V

### La primera expedición.

El castillo de Touffedelys—continuó la señorita de Percy, después de un momento de emocionado silencio, que las personas que la rodeaban respetaron—no estaba en Avranches a mucho más de tres horas de camino, hechas por un hombre que caminase a buen paso. Rodeado del lado de la ciudad por las espesas masas de aquellos grandes bosques, en que los Chuanes gustaban de perderse para volver a encontrarse en los claros, y del lado opuesto, por una especie de duna movediza, que llegaba hasta el mar, hasta las costas, cuyas hendeduras, hondas y estrechas, fue-

ron con frecuencia puertos de salvación para Des Touches y sus esquifes; aquel castillo, doblemente defendido por el bosque y por el mar, fué elegido por los *Doce* como punto de retiro o refugio en la expedición que proyectaban, y convinieron entre sí que allí llevarían a Des Touches si conseguían apoderarse de él.

—¡Sus nombres, señorita, sus nombres!—interrumpió el barón, que, lleno de curiosidad y de impaciencia, golpeaba el suelo con su pie embotinado.

—¿Sus nombres, barón?—respondió la nariadora—. No vaya usted a creer que pienso ocultárselos. Hubo demasiados héroes anónimos en aquella guerra para que los oculte. Puede usted creer que si me hubiese dejado tiempo, todos hubieran ocupado su lugar en la historia que estoy contando. Pero, puesto que usted lo desea, voy a hacer desfilar ahora mismo todos sus nombres, todas las cuentas de este rosario del honor militar y patriótico, que cuando yo muera nadie rezará. Eran La Valesnie, o, como decían los aldeanos, La Varesnerie, La Bochonnière, Cantilly, Beaumont, Saint-Germain, La Chapelle, Champion, Le Planquais, Des Fontaines y Vinel-Royal-Aunis, cuyo nombre era Vinel; pero se le añadía Royal-Aunis por el nombre del regimiento donde había sido oficial. ¡Estos eran todos, con Justo Le Bretón y *M. Jacques!* Como este último, cuyo nombre verdadero se perdió bajo su remoquete de batalla, todos tenían su nombre de

guerra para ocultar el verdadero y evitar así la guillotina a sus madres y hermanas, quietas en su casa por demasiado viejas o demasiado débiles para hacer, como yo, la guerra a su lado.

Al escuchar aquellos nombres, no todos pertenecientes a la nobleza, y a pesar de ello pronunciados con un sentimiento tan profundo que casi daba a la vieja solterona, tocada con su birrete de seda amarilla y morada, la majestad de una musa de la Historia, el abate Percy y el señor Fierdrap tuvieron, por instinto de sangre, el mismo movimiento de gentileshombres. No pudiendo descubrirse, puesto que ya lo estaban, se inclinaron ante los nombres de aquel grupo heroico, como si hubieran saludado a sus iguales.

—¡Voto a la pesca milagrosa!—exclamó el barón de Fierdrap—. Me parece que conozco varios de esos nombres, señorita. Y hasta—añadió, cayendo como en éxtasis y buscando en la confusión de sus recuerdos—, y hasta creo haberme tropezado, no recuerdo dónde, con varios de los que llevaron. A la Varesnerie, Cantilly y Beaumont los conocí. Sólo que nunca una palabra de ellos ni de nadie me advirtió que tenía delante de mí a los atrevidos guerrilleros libertadores de Des Touches. Pero, señorita—agregó, haciendo una transición—, perdóneme. En cuestión de héroes, los Chuanes contaban trece en la docena, puesto que usted no ha dicho su nombre al enumerar los de los *Doce*, y, sin embargo, se contó usted entre ellos.

—¡No!—replicó la vieja historiadora de pico y sin plumas—. Yo no estaba, señor Fierdrap. Yo no tomé parte en la primera expedición de los *Doce*. Sólo fui con ellos en la segunda, y en seguida sabrá usted por qué, si me permite continuar.

La primera no pareció, al principio, dudosa a nadie. No contaban por toda guarnición en Avranches más que con aquel batallón de Azules que había capturado a Des Touches, conduciéndole a la prisión de esta ciudad, la más próxima al lugar donde le habían sorprendido y capturado; porque, ¡virtud de mi vida!, cuando se habla de Des Touches, que en aquellos momentos valía tanto para el rey como un navío de línea, puede muy bien decirse “capturado”. ¡Des Touches no era un simple prisionero: era un capturado! Justo Le Bretón se rompía la cabeza procurando adivinar cómo habían logrado prender a aquel Sansón sin Dalila! ¡A la “avispa”! ¡Al “duende”! Pero el hecho era indudable: le habían cogido. Justo decía haberle visto entrar en Avranches, llevado en el centro del batallón de los Azules, apelotonados en torno a él, con las armas cargadas. Le había visto llevando en las muñecas cadenas de hierro en vez de esposas, amordazado con una bayoneta que le cortaba las comisuras de los labios, acostado sobre unas parihuelas de fusiles, a los cañones de los cuales iba atado con correas de sables, y menos loco de furor por todos estos suplicios que por sentir en su rostro el contacto de la execrada



bandera de la República, con la cual, en la marcha, los insolentes Azules azotaban su frente terrible. Sin duda, aquellas gentes defenderían con encarnizamiento al Caballero Des Touches contra los que intentaron arrebatárselo. Pero su fuerza se reducía a una brigada de gendarmería y a una guardia nacional, mal armada, entre los que se aseguraba que no faltaban algunos realistas. Lo que nos daba sobre todo grandes esperanzas de éxito era que iba a celebrarse al día siguiente en Avranches una gran feria de ganados, que duraría tres días. Con tal motivo, de una veintena de leguas a la redonda se amontonaría en la pequeña y coquetona ciudad una gran masa de gente y de animales, que dificultaría la vigilancia y que aumentaría espantosamente el desorden, a favor del cual pensábamos realizar el rapto. Nuestro plan era provocar una de esas riñas contagiosas, que acaban por arrastrar a los más pacíficos en la violencia eléctrica de su torbellino. Los *Doce* abandonaron Touffedelys, uno a uno, y llegaron a Avranches a través del bosque. Para no ser reconocidos ni infundir sospechas, desconcertando el ojo vigilante de los espías de la República, resolvieron entrar en la ciudad por doce sitios distintos, con trajes de tratantes en granos, vestidos con blusas blancas y tocados con esos grandes sombreros que absorben la cara como la sombre de una caverna. Estos sombreros los salpicaron previamente de flor de harina.

—Ya que no podemos llevar la otra, será siempre una especie de escarapela blanca, por la cual nos reconoceremos entre la multitud—había dicho Vinel-Royal-Aunis.

No hubo medio de llevar fusiles o carabinas. Pero algunos de ellos deslizaron en su cinturón, bajo la blusa blanca, un cuchillo y pistolas. Además, todos se habían ceñido ese formidable látigo con que los tratantes gobiernan sus cabalgaduras cargadas de grano o harina, arma espantosa, con mango de espino endurecido al fuego, hecha con tiras de cuero trenzadas, y cada golpe de la cual abre un surco. En la mano llevaban el pie de fresno familiar a toda mano normanda, el terrible bastón cachiporra, con el cual hombres de tales puños y de tal arrojo hubieran sido capaces de tomar una fortaleza.

Así armados los vimos marchar. Como si fueran de caza, se desgranaron, perdiéndose aisladamente en el bosque. ¡Iban, en efecto, a una caza sangrienta! *M. Jacques* partió el último. Sus heridas, su amor por Amada, la idea misteriosa que parecía devorarle el corazón, ¿habrían matado en él la energía probada en otros encuentros? ¿Por qué estar triste, como él lo estaba, teniendo el amor de Amada, teniendo segura la posesión de aquella maravilla de alma y de cuerpo, que le había jurado desposarse con él a su vuelta? Su hermosa prometida fué acompañándole más de media legua dentro del bosque, hasta un viejo atravesadero donde un claro manan-

tial brotaba sobre un fondo de pizarras. Le llamaban la Fuente de las Corzas, porque estos animales, entre dos latidos de su corazón, haciendo un paréntesis en su carrera forzada, iban a beber, ateridos, al agua calofriante. Cuando Amada volvió a Touffedelys demostró ser una Spens. ¡Demostró ser de una raza en la que las mujeres no lloran porque los hombres partan a la guerra! No le sorprendimos ni una lágrima; pero su frente de aurora había palidecido, como la corteza de un álamo blanco. Yo sentí más piedad que las demás. Era la cirujana mayor y me preciaba de saber tocar las heridas. Para dar fuerzas a aquel corazón, que sangraba sin quejarse, le dije, sin saber lo que decía y como si tuviera su suerte entre mis manos—siempre son las palabras más insensatas las que pueden tranquilizar a las almas locas—:

—No tenga miedo, Amada. Dentro de cuatro días estarán todos aquí para su matrimonio, y Des Touches será testigo.

¡Dios de mi vida! A esta palabra “testigo”, de la palidez de marfil, su tez pasó como un relámpago a la púrpura de un incendio. Su frente, sus mejillas, su cuello, lo que se veía de su espalda, hasta la raíz marcada de sus resplandecientes cabellos de oro, todo se sumergió, se inundó en aquel súbito bermellón de llama; y era para preguntarse si todo lo que no se veía de su cuerpo no estaría también igualmente coloreado... ¡De tal modo parecía extenderse y anegarla aquel rubor!

Siempre el mismo problema: ¿Por qué enrojecía? Yo me decía a mí misma: "No soy más que un hombre incompleto, bien se ve en mi traza; pero, hombre incompleto o no, ¡que el diablo me lleve sin confesión, si soy lo bastante mujer para comprender esto!

—¡Eh, eh!...—dijo el abate—. Tengo el deber de advertirte que no estás en los tiempos de tus dragonadas a la luz de la Luna, y que, sin embargo, sigues jurando como un dragón, mi señora hermana.

—¡Influencias de las guerras civiles sobre las épocas tranquilas! — respondió ella con cómica brusquedad, riendo alegremente—. ¡Eres más severo que el cura de Alcaume, abate! ¿Acaso no me he batido bastante tiempo en defensa de Dios y de su santa Iglesia, para que no puedan tolerárseme estos malos hábitos contraídos en su servicio?

—Me recuerda usted, señorita—dijo entonces el barón de Fierdrap—, la famosa frase de Luis XIV después de la batalla de Malplaquet: "Los servicios que tengo prestados a Dios me daban derecho a esperar que se condujese mejor conmigo."

—¡Y no fué nunca mejor cristiano—añadió vivamente el abate—que cuando dijo eso! Yo te lo certifico, Fierdrap, ¡yo que soy un antiguo doctor de la Sorbona! La fe sincera tiene frecuentemente esas familiaridades con Dios, que los tontos toman por irreverencias ridículas, y las almas de lacayo o de filósofo, por orgullo. Dejemos murmu-

rar a esas gentes. Pero entre nosotros, gentiles-hombres, en quienes el respeto al rey no ha faltado nunca, la confianza con el rey...

—¡Ahora eres tú el que interrumpes!—exclamó el señor de Fierdrap, encantado de dar una lección al abate y de contarle su teoría—. Deja tu Sorbona y tu teología, y usted, señorita—añadió con una deferencia aduladora—, puesto que es para mí, principalmente, para quien cuenta usted esta historia, sepa que la escucho con mis dos oídos, y que siento no tener cuatro para ponerlos a su disposición. ¡Dígnese continuar!

Sintiéndose lisonjeada, se pavoneó, y después de tamborilear un poco sobre el velador de laca, prosiguió:

—Amada volvió muy pronto a su palidez de alma en pena. Debíó, en efecto, sufrir más que nosotras en los tres días que siguieron a la partida de los *Doce*. Nosotras no sentíamos por ellos, y lo mismo por el Caballero Des Touches, más que ese género de afecto y de simpatía que se tiene, cuando se es mujer y joven, por unos nobles mozos devotos de su causa y que se exponen diariamente a morir por ella. ¡Y más cuando esa causa representa el honor, la religión y la realeza: la triple fortuna de Francia! Sentíamos por los *Doce* el interés que se comparte entre gentes del mismo partido y de la misma bandera. Pero, en fin, nuestros corazones no estaban interesados, como el de Amada, y la bala de un Azul no podía alcanzar al nuestro a través de otro corazón.

Nos preocupábamos, sin duda, por los sucesos que acaecieron en Avranches; esperábamos el resultado con ansiedad. ¡Yo, sobre todo, que he sentido la turbulencia de la sangre en mis gruesas venas, siempre que se ha tratado de golpes que dar o que recibir! Pero no eran éstas, no podían ser éstas, las zozobras de Amada. Ella no las confesaba. Aquel corazón, que lo ha devorado todo, devoraba sus torturas. Pero yo las adivinaba en la fiebre de sus manos abrasadas, en el fuego seco de sus ojos. Una vez, durante aquellos días de alarma que vivimos en la ignorancia y en la incertidumbre acerca de la suerte de nuestros amigos, me vi obligada a arrancarle su confesión, viendo que cortaba con sus tijeras la carne de sus dedos, creyendo cortar alrededor del bordado. La sangre corría por sus rodillas sin que la viese. ¡En su huraña preocupación se destrozaba sus bellas manos! Acabé por no dejarla sola. No hablabamos, pero permanecíamos con las manos unidas, mirándonos fijamente a los ojos. Leíamos una en otra el mismo pensamiento, la pregunta eterna de nuestra inquietud: ¿Qué harán ahora? Esta pregunta no tiene respuesta nunca, porque si la tuviera, ya no se haría y ya no sería inquietud. ¡Qué trabajo de barrena hizo aquella obsesión en nuestros corazones! Para sustraernos a aquel perpetuo roer, a aquel taladramiento que creíamos disminuir moviéndonos, salimos juntas al camino que pasaba bajo el castillo de Touffedelys, esperando encontrar algún carretero, algún vende-

dor ambulante, un caminante cualquiera, que nos diese alguna noticia de aquella feria de Avanches, donde se representaba un drama que para nosotras podía ser una tragedia. Pero la agitación que buscábamos era inútil.

Los que de las parroquias circunvecinas fueron a negocios a la feria habían pasado ya, y aun no regresaban. Los caminos estaban desiertos; no se veía a nadie en el extremo de su larga cinta blanca. Ni un alma viviente aparecía en aquella línea recta, que se hundía en lontananza, sin decirnos lo que hacían allá, detrás del horizonte, del lado de aquella ciudad de la que no se percibía nada en la niebla de la lejanía. A la intensidad de nuestra atención, al esfuerzo de nuestros oídos para recoger la menor de las ondas sonoras que agitaban el espacio, parecían llegar algunas veces sonidos y bordoneos, vaga canturía de campanas remotas. ¡Ilusión engañosa de nuestros sentidos! Ni siquiera había campanas por entonces. Las quitaron de todos los campanarios, fundiéndolas para hacer cañones republicanos. No podía ser, por consiguiente, ningún toque a rebato. Soñábamos: el campaneó estaba sólo en nuestros oídos. Y si hubiese tocado a generala—ese toque a rebato del tambor—, nos hubiera sido imposible distinguir sus sonos en contra del viento, en medio de todos los rumores de insectos y de las mil fermentaciones de la tierra que en ciertos días cálidos parece murmurar bajo nuestros pies. Y estábamos precisamente en esos días. Nos consumía-

mos: yo, de curiosidad; ella, de angustia. Cansadas de escuchar a flor del suelo y de mirar aquel camino, abandonado y mudo, que se prolongaba bajo el polvo inmóvil, queríamos algunas veces escuchar y ver mejor, escuchar desde más alto y ver más lejos, y subíamos, para ello, a la más elevada plataforma de las torrecillas. Mirábamos hasta cegar. Pero era inútil prolongar la mirada, extraviarla en aquellos largos macizos de bosques que se extendían indefinidamente al lado de Avranches. No veíamos más que abismos de follaje, océanos de verdor, sobre los cuales la mirada cansada se perdía. Del otro lado, entre dos arrecifes, el mar azul se tendía lentamente, como un óleo pesado sobre la playa silenciosa, sin que una sola vela destacara, como un copo blanco, en el azul monótono. ¡Y aquella calma exterior, en contraste con nuestra interna agitación, excitaba nuestros nervios y nos arrojaba en ese estado de exaltación sobreaguda que debe preceder a la locura!

Aun por la noche permanecíamos en lo alto de nuestra torre, en aquel observatorio desde el que tan bien se veía el cielo, al que no mirábamos. ¡Suplicio que se renovaba, pues a cada instante nos parecía que iba a cesar! La noche del segundo día de aquella feria de Avranches, que llamaban, según creo, de Saint-Paterne, y que ha podido después llamarse de "la llamarada", vimos, estremecidas, subir en el horizonte una larga llama roja y torbellinos de humo espeso,



que, arrastrados por el viento, estacionábanse encima del bosque, bajo la serenidad de la Luna.

—¡Es fuego, Amada!—exclamé—. ¡Queman nuestros hombres Avranches para rescatar a Des Touches? ¡Sería hermoso! ¡El hombre bien vale la ciudad!

Escuchamos. Y esta vez creímos oír, a pesar del trastorno de nuestras cabezas, gritos indistintos y un ruido confuso que parecía salir de una inmensa colmena. Mi oído de Chuana ejercitada, pues había hecho ya la guerra y conocía la música de la pólvora, procuraba distinguir el ruido de los disparos entre el rumor, sordo y continuo, de aquel gran tumulto, distante y ensordecido; pero no pude distinguir nada. Me incliné fuera de la plataforma, despojé mi cabeza del capuchón que me puse para defenderme del frío nocturno al subir al torreón, y descubierta, el oído al viento y la mirada en la llama, que reflejaba en las nubes sus tonos rojizos, calculé que si habían incendiado Avranches, a las dos horas, ni un minuto más—era el tiempo justo para volver a Touffedelys—, estarían de vuelta, vencedores o vencidos. Así se lo dije vivamente a Amada.

Calculé con una precisión militar. Dos horas después, anhelantes en la plataforma, veíamos extinguirse el fuego lejano, aquel fuego que no era el incendio de Avranches, porque para él hubiera sido preciso más tiempo, cuando he aquí que de repente oímos bajo nuestros pies y a

los del torreón el grito mesurado del mochuelo. ¡Magia del amor! Amada comprendió en seguida de qué boca había partido aquel grito, que a mí me pareció siniestro, tan plañidero era, y a ella alegre y triunfante, porque le anunciaba al hombre que era su vida y que le traía la suya.

—¡Es él!—exclamó.

Y descendimos del torreón con la rapidez de dos golondrinas que vuelan de un tejado al suelo.

En efecto: era *M. Jacques*. *M. Jacques* con el rostro ennegrecido, los cabellos chamuscados, el aspecto de un demonio, o, más bien, de un condenado escapado del infierno, porque los demonios no suelen abandonarle.

—¡Ah!—le dije yo, incorregible y dispuesta siempre a reír, hasta en las desgracias—. ¡Salió blanco, como un saco de harina, y vuelve negro, como un saco de carbón!

—¡Sí!—respondió él, mordiéndose los labios—. Vengo de luto: ¡el luto del fracaso! El golpe ha fallado, señorita... Es preciso comenzar de nuevo mañana.

El golpe había fallado, y, a pesar de ello—prosiguió la vieja Chuana, cada vez más animada y hacienda gala de una facundia que decidió al abate, su hermano, a tomar voluptuosamente un polvo de rapé—, a pesar de ello, el asunto no había sido mal llevado, como va usted a ver, señor de Fierdrap...

Sonaban las doce de la mañana, el momento de mayor confusión de la feria, cuando los *Doce* en-

traron en Avranches. Se dirigieron al campo de la feria, desperdigados, con aspecto despreocupado, andando distraídamente, balanceando los brazos, dirigiendo una mirada a los sacos de grano o harina puestos de pie en el suelo, desatados y abiertos, para que el comprador juzgara de la mercancía, representando su papel de tratantes que tienen tiempo para sus compras y no se apresuran, en espera, como verdaderos normandos, de que los precios bajen. Pero bajo sus grandes sombreros abatidos, que les caían sobre los hombros, se reconocían, sin dar muestras de conocerse, se contaban, y sentían, de vez en cuando, que un codo amigo chocaba con el suyo. Nos contaron más tarde estos detalles y estas sensaciones. Aquel año había, y esto les pareció de buen augurio, una enorme cantidad de gente en la feria. La ciudad estaba llena de aldeanos, de animales y de vehículos de todas formas y tamaños. Las posadas y las tabernas rebosaban de augerons (1), de bebedores y de porqueros, cuyos ganados se amontonaban en las calles, haciendo imposible el tránsito, obstruyendo las puertas de las casas, amenazando las ventanas bajas, algunas de las cuales tenían cerradas las contraventanas por temor de que los cuernos de algún buey enfurecido, o la grupa de algún caballo espantado, rompieran los cristales. Detenidas un momento, por el exceso de aglomeración, en las esquinas de las ca-

---

(1) Naturales del valle normando del Auge.

lles, en la estrechez de los callejones, aquellas grandes manadas de bueyes y de caballos reanudaban su marcha lentamente, animados por los garrotes de fresno de sus conductores. Los pobres animales avanzaban apelotonados, tan juntos, tan pegados unos a otros, que se hubiera dicho que eran un río que corría. El movimiento de aquellas masas de animales y de gentes se verificaba principalmente en un sentido, en dirección al campo de la feria, que era la plaza del Mercado, en uno de cuyos ángulos se elevaba la prisión donde estaba encerrado Des Touches.

Parecía que ésta había de ser una circunstancia contraria a los designios de los *Doce*, y que aquella espesa multitud que rodeaba por todas partes la prisión aumentaría las dificultades para entrar y salir en ella; pero se juzgó, contrariamente, una dichosa casualidad. Dotados del genio de las pequeñas tropas resueltas, ¿no contaron siempre, para dar el golpe, con la confusión del gentío, donde tan fácil es producir un caos? Por otra parte, había algo indudablemente favorable en la circunstancia de hallarse la prisión en el mismo campo de la feria. Era que el batallón de los Azules que apresó a Des Touches, y que junto a la prisión construyó con tablas un cuerpo de guardia, se había visto precisado a trasladar éste al otro extremo de la plaza, despejando un lugar especialmente reservado a los caballos de la feria, que se alineaban contra la larga muralla de la prisión, en toda su longitud,

sujetos por gruesos anillos de hierro, empotrados en las gruesas piedras. Hay que suponer que los Azules opusieran algún reparo cuando les indicaron que colocaran en otro sitio su cuerpo de guardia. Sólo tenían una idea: Des Touches podía escapárseles. Pero los tranquilos normandos, que en otra ocasión hubieran cedido, por temor a un *trastorno*, no se dejaban convencer, y no temían lo que pudiera ocurrir cuando se trataba del negocio. ¡Y allí estaban dispuestos a todo aquellos terribles pendencieros, cuyo grito de guerra es, hasta que exhalan el último suspiro: “¡La ganancia! ¡La ganancia!” Los caballos dejarían dinero en la ciudad. Era una costumbre, un peaje... ¡Costumbre y peaje!... Toda Normandía vive en estas dos palabras. Los Azules comprendieron que no eran los más fuertes, y dejaron libre la prisión.

Nuestros doce tratantes tuvieron tiempo de mirarla y estudiarla, como hombres de guerra, desde la plaza del Mercado, a la que dominaba, y que estaba a la sazón llena de tenderetes, dispuestos en fila como las casas de una calle. Entre ellos se agitaba y movía la ola de los forasteros, bajo los rayos de un sol abrasador, que suponían también una ventaja. Era preciso calentar aquellos sesos, excitados ya por las discusiones en los tratos y por las botellas de sidra, que tan bien encienden las cabezas normandas, aquellas cabezas que, precisamente, habría que hacer saltar como polvorines, si se quería conseguir la libertad de

Des Touches. En esto consistía todo el secreto. El medio de realizar el rapto era arrojar de cualquier modo a toda aquella gente una contra otra, entre los tenderetes derribados y las caballerías locas de espanto. Y durante la inmensa confusión, que llegaría a tomar las proporciones de una batalla de ciegos, convirtiéndose en una verdadera matanza, deslizarse de tres en tres a la prisión y libertar al caballero, replegándose en seguida rápidamente hacia el bosque. Tal era el plan, sencillo y arriesgado, convenido en Touffedelys; pero que el aspecto de la prisión podía, sin embargo, modificar.

—¡Voto a los salmones! ¡Ya lo creo!—exclamó el barón de Fierdrap—. ¡Conozco esa cárcel, señorita! Tuve durante mucho tiempo en Avranches un antiguo compañero del ejército de Condé, que se llamaba el Caballero de la Champagne, el cual, vuelto a su palomar como yo, cuando ya no quedaba pólvora que quemar, dedicó su cariño a las viejas piedras, como yo dediqué el mío a la pesca. Pues bien: a él le debo mi conocimiento de la cárcel de Avranches. El fué quien me arrastró, con su maldita monomanía de anticuario, por las escaleras de caracol de esa fortaleza, y no la olvidaré nunca. Todavía las piernas me cantan una cancioncilla al pensar en la altura de sus dos torres, que resistirían al cañón.

—¡Sí!—replicó la señorita Percy—. Esas dos torres eran formidables. Enlazadas por antiguas construcciones, formando poterna, estaban flan-

quedas por otras de fecha más reciente, que seguramente no hubieran resistido un ataque de empuje. ¡Pero las torres, las malditas torres que guardaban su espalda! ¡Examinándolas los *Doce*, comprendieron que no podrían entrar allí dentro como no fuese valiéndose de una estratagema! Era preciso emplear la astucia. Vinel-Royal-Aunis se encargó de la carcelera, porque—otra suerte para los *Doce*—no había carcelero. Sólo que, señor de Fierdrap, en la guerra, la casualidad es frecuentemente traidora. Va usted a ver en seguida que la carcelera de Avranches valía tanto como un hombre, y acaso más. La llamaban la Hocson. Era una mujer de cuarenta y cinco a cincuenta años, sobre la cual corrieron en tiempos rumores no comprobados, pero espantosos. Se dijo, más o menos recatadamente, que había sido verdulera en el arrabal de Bourg l'Abbé, en Caen, y que había mordido en el corazón del señor de Belsunce cuando las otras verduleras de Bourg l'Abbé y Vaucelles, después de la sedición en que fué asesinado, arrancaron el corazón al joven oficial, devorándolo caliente aún. La figura de Hocson no desmentía tan terribles rumores. Su marido, jacobino violento, murió de carcelero de Avranches, en el ejercicio de sus funciones, y ella le había sucedido. A Vinel-Aunis le tocó encantar a aquella siniestra loba, convertida en perro guardián de la República. No era ello cosa fácil. Pero Vinel-Aunis era Vinel-Aunis. “Nada teme” le llamábamos entre nosotros, y él lleva-

ba su remoquete como un penacho. Pasaba por ser lo que vulgarmente se llama un bufón de regimiento; pero ante todo, un gran mozo, con una facha de oficial soberbia. Por el momento parecía enteramente un tratante bullicioso, de anchas espaldas, que contaba con tres cosas que él consideraba irresistibles, aun estando separadas: primero, sus cualidades físicas; segundo, una lengua tan fácil como en mi vida he visto otra igual; y tercero, un buen puñado de asignados (1). Era, en suma, un gallardo mozo, siempre dispuesto a todo, que repetía constantemente: "En la guerra, como en la guerra." Probablemente, el bocado que le cedían no era de su gusto; pero saltaba ligeramente por encima de sus repugnancias. Tuvo el aplomo de presentarse a la carcelera de Avranches, cuyo semblante era tan espantoso como su fama, con esa fatua tranquilidad que en Francia caracteriza a los militares y a los tratantes en granos, con el inapreciable genio de la chanza, tan desarrollado en él. Y a pesar del legítimo horror que debía inspirarle una criatura que quizá tuviese aún en los labios la sangre de Belsunce, empezó por lanzarse sobre ella y besarla—¡paf!, ¡paf!, ¡paf!—en los carrillos tres veces consecutivas, a la manera normanda.

—¡Buenos días, prima!—dijo a la mujer, hela-

---

(1) Papel moneda creado en Francia en 1790 y abolido en 1796.



da de asombro, que se dejaba abrazar estupefacta—. ¿Cómo estás, mi querida y honrada prima? ¿No te acuerdas de mí? ¡Soy tu primo Trébedes, de Carquebu, que no ha querido abandonar la feria de Avranches sin desearte toda clase de prosperidades y sin darte un abrazo!

Improvisando en el aire, había dicho Trébedes porque la mujer tenía delante unas trébedes, sobre las cuales, con un puñado de hojas, fregaba un caldero.

—En punto a trébedes no conozco más que éstas—dijo la mujer, colérica, mostrando la del caldero—. Y merecía usted que se las tirase a la cabeza para castigar sus insolencias, maldito guasón.

Pero no era Vinel-Aunis hombre que se asustase de unas trébedes manejadas por una vieja, y dió pruebas de tener razón al confiar en su lengua, como él decía, porque sostuvo a la Hocson con toda frescura que tenía en Carquebu unos parientes llamados Trébedes, y que él era uno de ellos. Después urdió una larga historia sobre los Trébedes de Carquebu, los cuales le habían hablado con frecuencia de su prima de Avranches, antes de que partiera para el ejército, cuando la primera requisita. Al regresar a Carquebu y volver a empuñar el látigo de tratante, que su padre había restallado toda su vida, se prometió aprovechar la primera ocasión para saludar a su prima y trabar conocimiento y amistad con ella. Tanto habló; parecía estar

tan seguro de lo que decía; precisaba tanto todas las circunstancias, que anonadó por fin a la Hocson, que permanecía con el pico cerrado, aplastada por aquel torrente de palabras, por aquella ducha de frases que le caía sobre la cabeza. Y escuchando a su primo Trébedes, olvidóse de la que estaba bajo el caldero, y cayó sobre un banco persuadida y amansada. Estaba tan completamente embrutecida, que acabó por invitar al primo que había venido de Carquebu a beber medio cuartillo y a comer tortas de la feria. Vinel-Royal-Aunis se sentó a la mesa. Creyóse dueño del campo. Creyó que ya tenía a Des Touches. Pero se engañaba.

Continuó, sin embargo, moviendo su lengua infatigable. Bebió otro medio cuartillo; después, un jarro; luego, otro jarro, y viendo que la Hocson bebía tanto como él y se mantenía tan firme como él, ensombreciéndose a cada nueva libación, quiso el amable tratante obsequiar a su prima con aguardiente, y envió a buscarlo a la taberna vecina, a una muchacha que la Hocson llamaba "la pequeña de mi hijo". Pero a la Hocson—nos contaba luego nuestro amigo en Touffedelys—era más difícil hacerla arder que a la cárcel de Avranches. Y era que aquella mujer, señor de Fierdrap, tenía en el corazón algo que impedía la borrachera: la borrachera, que, según dicen los que beben, es un olvido, una ilusión, otra vida en la vida. Tenía en el corazón un recuerdo más fuerte que el alcohol, que helaba su embriaguez

y que el vino no podía ahogar. Y no era el recuerdo sangriento de Belsunce, si realmente había bebido su sangre, sino otro recuerdo, capaz de anular aquél, capaz de impedirle pensar en aquel crimen, si es que lo había cometido, y de borrar sus remordimientos. Había, en fin, en el fondo de su corazón una llaga tan grande, que el mar, transformado en aguardiente, aunque se lo hubiese bebido aquella mujer, cuya alma no era más que una inmensa herida, hubiera pasado por ella como por una criba, sin llenar ni cerrar ningún hueco.

La pletórica señorita de Percy, ahogada por su historia, se detuvo un instante para tomar aliento. El abate y barón, interesados, permanecían silenciosos. Y no volvieron a chancearse.

—Si le hablo así de aquella mujer, señor de Fierdrap—continuó la señorita de Percy—, si me detengo un instante en aquella criatura, que era quizá una facinerosa, pero que aquel día tuvo también, como los *Doce*, su grandeza, es porque ella fué la causa de la desgracia de los *Doce* en su primera expedición. Por *ella*, y sólo por *ella* —¡grábese bien estas palabras!—, los *Doce*, que trastornaron a Avranches tan terriblemente aquel día, del que se conservará recuerdo mucho tiempo, no rescataron al Caballero Des Touches. Sin *ella*, a mi juicio, hubieran triunfado. Pero la Hocson les opuso una voluntad tan fuerte como los muros de la prisión, hechos con bloques de granito. Vinel-Aunis trató primero de engañar-

la, y después, de corromperla. Siguió el camino que se ha seguido con todos los carceleros del mundo. Pero se encontró con un alma incorruptible, defendida por el odio, el más implacable e indestructible de los odios: ¡el que procede del amor! La Hocson tenía un hijo que le mataron los Chuanes, no en el combate, sino después, como se mata frecuentemente en las guerras civiles, añadiendo a la muerte los refinamientos de crueldad de las venganzas o represalias. Cayó en una emboscada, tras un encuentro en el que los Azules hicieron caer a muchos Chuanes, porque disponían de una pieza de artillería. El hijo de la Hocson, con otros veintitrés, fué enterrado vivo hasta la parte del cuello, que llamaban por entonces el collar de la guillotina. Cuando vieron aquellas veinticuatro cabezas saliendo del suelo, enguidas como lobos vivientes, los Chuanes tuvieron la horrible idea de abatirlas para siempre, jugando una partida de bolos antes de abandonar el campo de batalla. Lanzada por sus manos frenéticas la bola de madera, a cada choque con aquellas caras, que pedían a gritos cuartel, las rompían cruelmente, enrojeciéndose con la sangre, para volver a mancharse de nuevo. Así pereció el hijo de la Hocson. Su madre, que supo esta muerte atroz, apenas lloró. Pero veía siempre aquel bolo sangriento, y alimentaba contra los Chuanes un odio en el cual había de estrellarse todo. ¡Y Vinel-Aunis se estrelló!

—¡Ah—dijo—, me has engañado! ¡Eres un

Chuan y vienes por el prisionero! ¡Pero no temo que me mates!—había sacado una pistola de debajo de la blusa—. ¡Hace mucho tiempo que deseo la muerte! ¡Niña, ve en seguida al cuerpo de guardia y avisa a los Azules!

—La hubiera matado—nos dijo Vinel-Aunis—. Pero ni siquiera sabía en qué torre estaba Des Touches. Seguramente hubiera perdido el tiempo.

Lanzó un escabel, que halló cerca, a los pies de la pequeña, para, haciéndola caer, impedirle salir. Pero el tiempo empleado por este movimiento le bastó a la Hocson para escapar por un pasillo, negro como la tinta, y perderse en él. Se la oyó trepar de cuatro en cuatro los escalones de una de las torres, abrir la puerta de la prisión y encerrarse con llave con el prisionero.

—¡Diablo!—exclamó Fierdrap.

—¡Peste!—dijo el abate.

—Mientras esto ocurría en la prisión—continuó la vieja amazona, que no hizo caso de las dos exclamaciones—la aguja del cuadrante que coronaba la fachada de la Casa Ayuntamiento, situada al fondo de la plaza del Mercado, llegaba a la cifra de la hora señalada por los *Doce* para obrar. Incapaces, como comprenderéis, barón, de dudar un minuto después de tomada una resolución, dijo alegremente Justo Le Bretón a La Varesnerie:

—¡Nos toca empezar la danza!

Y entraron juntos bajo una de las tiendas de la feria donde mayor era la concurrencia de be-

bedores. Entraron perezosamente; pero llevaban sus bastones empuñados con fuerza. En torno a ellos nadie mostraba desconfianza. La gente había permanecido tranquila, cuando Justo Le Bretón, aproximándose a la gran mesa de los bebedores, dejó delicadamente el bastón sobre una hilera de vasos, llenos hasta los bordes, y dijo, con su clara voz:

—Nadie beberá sin que nosotros hayamos bebido.

Todo el mundo se volvió al oír aquella voz mordaz, y los dos tratantes adivinaron ser el objeto de mil miradas, cuyo asombro anunciaba una próxima cólera.

—¿Estás loco?—dijo un aldeano—. ¡Quítame ese bastón de delante, y guárdelo para defender tus orejas!—y, tomando por la punta el bastón que Justo había colocado sobre la fila de vasos, conservándole siempre por el puño, lo separó.

Este era el insulto que Justo buscaba. No dijo una palabra. Permaneció tranquilo como el Bautista. Pero levantando súbitamente el bastón, con el brazo extendido sobre su cabeza, con mano tan diestra como vigorosa, lo dejó caer sobre la línea de los vasos llenos, rompiéndolos de un solo golpe y haciendo volar los pedazos en todas las direcciones. Fué la señal del zafarrancho. Todo el mundo se puso en pie, gritando, amenazando, mezclándose con los pies en la sidra que corría, esperando la sangre. Las mujeres lanzaban esos gritos agudos que exacerban la cólera de los hom-

bres, y que penetraron en sus nervios como pífanos. Querían huir y no podían, entre aquella masa imposible de hender que se precipitaba sobre los dos tratantes para ahogarlos.

—Habéis tenido el honor de disparar la primera flecha, caballero—dijo a Justo Le Bretón el señor de La Varesnerie, con aquella elegante cortesía que no le abandonaba nunca—. Pero si queremos ejecutar toda la función, es preciso que procuremos salir de esta tienda, donde ni siquiera tenemos espacio para hacer un molinete con nuestros bastones.

Y con la espalda, con la cabeza, con el pecho, procuraron agujerear aquella masa compacta, romper la tela de la tienda, a la cual, lo que acababa de ocurrir atraía más gente aún. Pero viendo que la marea de hombres aumentaba siempre, lanzaron, para que vinieran a libertarlos de fuera, el grito que sus amigos, situados alrededor de la tienda, esperaban como una orden:

—¡A nosotros, los tratantes!

Debió ser un curioso espectáculo. Los tratantes respondieron a aquel grito con el chasquear de sus trallas, que cortaban los rostros como hojas de Damasco. Fué una verdadera carga. Los garrotes de fresno se alzaban en el aire en una inmensa superficie. La feria se interrumpió. En ninguna cocina aldeana el mazoreador cayó sobre el grano, como aquel día los garrotes sobre las cabezas. En aquel tiempo, la política estaba en todos a flor de piel. El menor golpe hacía saltar la

sangre, y se reconocía el color a la primera gota. El grito de "¡Son los Chuanes!" partió de veinte lados a la vez. A este grito batieron generala. La generala que nosotros no habíamos oído desde lo alto del torreón de Touffedelys, llenó Avranches y lo sublevó. El batallón de los Azules quiso pasar a la bayoneta a través de aquella masa que rodeaba el campo de la feria como un mar; pero, ¡imposible! Hubiera sido preciso abrirse paso en aquella multitud de hombres, mujeres y niños que se agitaban aquí y allá, y que con solo la presión de su peso podían aplastar aquel puñado de Chuanes. Los *Doce*, o más bien los *Once*, porque Royal-Aunis estaba en la prisión; los *Once*, que parecían un torbellino girando en el centro de aquel mar humano, del que recibían la ola en el rostro; los *Once*, recogidos bajo sus látigos y bajo el molinete de sus garrotes, habían calculado bien. Abatían en torno suyo a los que los empujaban, devolviéndoles golpe por golpe.

El ferial todo era un desorden sin nombre, un ahogo; la ondulación inmensa de una multitud en el seno de la cual, enloquecido por los gritos, por el redoble del tambor, por el olor de sangre que empezaba ya a elevarse de aquel campo de batalla, algún caballo encabritado alzaba sus cascos herrados por encima de las cabezas. Aquí y allá, manadas de bueyes espantados se amontonaban mugiendo, montándose unos sobre otros, con el lomo vibrante, la grupa levantada y



el rabo empinado como para espantarse las moscas. Pero en el lugar donde los *Once* pegaban había un claro. La sangre saltaba y manaba como el agua bajo las ruedas de un molino. Se pisaba sobre los cuerpos caídos como sobre hierba, y la sensación de machacar aquellos cuerpos bajo los pies les dió a los *Once* el mismo pensamiento. Sin dejar de golpear, se pusieron a cantar alegremente la vieja canción normanda:

¡Trillemos, trillemos, trillemos la hierba!  
¡La hierba trillada renacerá!

—¡Pero no ha renacido! En Avranches le enseñarán a usted, si quiere, aun ahora, la plaza donde combatieron aquellos valientes. La hierba no ha vuelto a nacer en ella.

Se sostuvieron dos horas, aproximadamente. Pero Cantilly tenía un brazo roto. La Varesnerie, la cabeza abierta; Beaumont, las clavículas fracturadas; casi todos estaban más o menos heridos. Pero todos se mantenían en pie, con sus blusas que ya no eran blancas como por la mañana, pues un rosado de sangre las salpicaba en vez de la flor de harina. De pronto, *M. Jacques* cayó entre los gritos de alegría de aquellos aldeanos electrizados, que creyeron haber acabado por fin con uno de aquellos tratantes del diablo, fuertes como pilares, a los que les podía batir, pero no derribar. *M. Jacques* no estaba herido. Durante el combate había visto, por la altura del sol, que comenzaba a descender invadiendo la plaza dia-

gonalmente, que era hora de ir a reunirse con Vinel-Aunis.

Con la agilidad de un gato salvaje se deslizó por entre las piernas de aquellos hombres, que, por el momento, no prestaban atención más que al juego de sus manos, y como un nadador que desaparece en un lugar de agua para reaparecer luego más lejos, se encontró bastante distanciado del lugar del combate y entre una turba más asustada que enardecida. ¿Cómo pasó? Arrojó su gran sombrero que le hubiera incomodado; ¿pero cómo no fué reconocido por su blusa ensangrentada y hecha jirones? El mismo no supo nunca decirlo. Aunque parezca increíble, no lo sabía. Pero usted ha hecho la guerra, barón, y en la guerra lo increíble sucede todos los días. ¡Fascinación del terror! Al ponerse en pie en medio de aquella multitud que había cruzado retando, huyó ésta delante de aquel hombre que parecía huir también, y en la confusión de la plaza pudo acercarse a la prisión donde Vinel-Royal-Aunis había debido preparar ya la liberación de Des Touches. Pero en la prisión, al pie de la prisión, se encontró con los Azules. ¡Sí! ¡Eran los Azules!

Viendo que no podía avanzar ni maniobrar en el campo de la feria, lleno hasta desbordarse, y donde, por otra parte, los aldeanos de Avranches le reemplazaban no cumpliendo más su cometido, los Azules, al primer grito de "¡Son los Chuanes!" se dirigieron a paso de carga a la prisión, pues

ni los oficiales ni los soldados podían dudar que la batalla que se libraba al fondo de la plaza fuese otra cosa que una intentona para conseguir la libertad de Des Touches. Pero ante la cárcel—no habrá usted olvidado su construcción, señor de Fierdrap—los Azules encontraron la pesada puerta del moderno pabellón que ocupaba la Hocson fuertemente atrancada. Como la muchacha a quien Vinel-Aunis tiró el escabel a las piernas para hacerla caer, medio desvanecida de terror bajo la boca de la pistola de Vinel, no dijo palabra, y como todo parecía en el interior silencioso y tranquilo, creyeron que la Hocson, cuya energía conocían, habría tomado buenas medidas de defensa al estallar el primer grito de los Chuanes y del tumulto popular. Y seguros de que retenía al prisionero, se reservaron para un caso de ataque o de intento de huida, suponiendo que algunos Chuanes hubieran sido lo bastante atrevidos para deslizarse en la prisión, que debía ser para ellos una ratonera. Paralelamente a la larga muralla donde los caballos destinados a ser vendidos en la feria estaban alineados y atados a las anillas de hierro de que ya hemos hablado, se desplegaron los Azules. Pero se vieron obligados a hacerlo a una prudente distancia de los pobres animales, que respondían a la multitud de gritos y mugidos de la plaza con relinchos de cólera y furiosas coces, que arrojaron a los soldados de la República de aquella imponente línea de cascos herrados siempre en el aire como

proyectiles. *M. Jacques* vió todo esto. Después de todo, ¡qué hombre era aquel melancólico! El día caía. Esperó oculto entre la multitud a que la sombra aumentase. Los látigos seguían restallando en el fondo de la plaza. Después de una pequeña espera, tuvo la sangre fría y la audacia suficiente para hacer, bajo los vientres de los caballos espantados que parecían salvajes, lo mismo que había hecho entre las piernas de los hombres. Se deslizó entre la muralla y los Azules. No podía dudar que Vinel-Aunis estaría en la prisión. El atrancamiento de la puerta lo demostraba. Era Vinel quien, previniendo todo, había construído la barricada. Cercana la noche, la multitud que se ahogaba sin ver en el campo de la feria, comprendió al fin que era preciso circular por las calles. Pero la corriente chocaba con otra contraria, y continuaba la congestión y el reflujó de las nuevas masas de gente. Bajo la noche naciente se oyó entonces la generala, sonando en todos los puntos de Avranches, entrecortada por este grito: "¡A las armas!" La guardia nacional y la gendarmería habían intentado, como los Azules, penetrar en el lugar donde la multitud se estrechaba; pero, lo mismo que ellos, encontraron la invencible resistencia de aquella gente aglomerada, prensada y demasiado espesa para abrirse paso entre ella, a menos de hacer una carnicería. Esta circunstancia que los *Doce* habían previsto y calculado, y que los había protegido hasta entonces de las bayonetas y de las descargas de

fusilería, iba a volverse contra ellos. Envueltos en los redoblados círculos de una multitud que hendían a golpes de látigo y bastón, ensanchándolos, pero sin conseguir romperlos, como se rompe una tina haciendo saltar las duelas, no podían ni retirarse ni esperar. Y éste era el motivo de la ansiedad de *M. Jacques*. Agazapado bajo la poterna, trepó por las viejas hiedras que cubrían los muros de la prisión hasta un agujero enrejado, por el cual envió, modulándolo tenuemente, el grito del mochuelo, llamando la atención de Vinel-Aunis, que, al oírle, desatrancó la puerta.

—¿Y Des Touches?—preguntó *M. Jacques*.

Pero Vinel-Aunis hizo sentir a *M. Jacques* el frío de la derrota al contarle cómo la carcelera se le había escapado, y cómo había tenido el atrevimiento de encerrarse en la torre, mano a mano con el prisionero.

—Des Touches, sin sus cadenas, la quebraría sobre sus rodillas como una caña—añadió Royal-Aunis. Pero está encadenado. No se oye nada a través de esa maldita puerta, y la Hocson es, ¡por Cristo!, muy capaz de matarle a cuchilladas.

—Mañana lo sabremos—dijo *M. Jacques*, con aquella decisión de hombre de guerra que le caracterizaba, a pesar de su languidez—. Ahora es preciso salvar a los que se baten allá abajo. Es necesario salvarlos de la multitud, haciéndole volver la cabeza a otro lado, y no hay más que un medio... ¡Incendemos la cárcel!

—¡Bravo!—exclamó el señor de Fierdrap, con el entusiasmo del buen conocedor—. Militarmente, el medio era bueno; pero, ¡vientre de carpa!, no debía ser cosa fácil prender fuego a la cárcel de Avranches, una construcción de granito húmedo, poco más o menos tan inflamable como el fondo de un pozo.

—Por eso lo que ardió, barón—replicó la señorita de Percy—, fué la gran construcción de fecha más reciente, que envolvía las torres, y en la cual habitaba la carcelera. Había en lo alto de esta construcción un inmenso granero con heno para la gendarmería de la ciudad, y allí fué donde *M. Jacques* y *Vinel-Aunis*, prendieron fuego intrépidamente, con dos disparos de pistola. En un abrir y cerar de ojos, gracias al tiempo cálido y seco que hacía, la llama prendió en aquellos montones de heno, saliendo blanca y convulsiva por el tejado y haciendo volar en pedazos las pizarras. El espeso tapiz de hiedra secular que envolvía las torres ardió instantáneamente, y éstas quedaron vestidas de llamas. De pronto se convirtieron las dos torres en dos monstruosas antorchas colosales, que, iluminando la plaza de un extremo a otro, hicieron, como había dicho *M. Jacques*, que se volvieran las mil cabezas de la multitud. A pesar de la locura del combate, al ver aquel súbito resplandor, un inmenso escalofrío de terror pasó, como la sacudida de un rayo, por aquellas mil cabezas. No se trataba ya de un puñado de Chuanes, a quie-

nes era preciso dominar; se trataba de Avranches, ¡de Avranches, que podía arder entero! La prisión, en efecto, lindaba con las primeras casas de la ciudad, que no eran de granito. Iban a arder como yesca. Hendeduras como las que se abren en los muros que van a hundirse se abrieron instantáneamente en aquella masa de hombres amontonados. Y—¡cosa horrible!—los bueyes, contenidos hasta entonces por la densidad de la multitud; los bueyes, enfurecidos por el violento escarlata del incendio, que les daba en los ojos, huyeron por aquellas grietas, agrandándolas, destrozando con las pesuñas y los cuernos todo lo que se les ponía por delante. Fué otra matanza, peor que la de los *Once*, que continuaban imperturbables su destrucción en un extremo del campo de la feria, y a quienes la inesperada intervención del incendio salvaba, porque ya no podían más. Sus látigos seguían restallando siempre; pero su chasquido era menos sonoro. Se hacía más apagado a cada golpe en aquel montón de carne sangrienta que formaba, en torno suyo, un espeso fango, con el que salpicaban las caras de sus enemigos.

—¡Bastante se ha acuchillado por hoy!—dijo Saint-Germain a Champion, llamándole por su nombre de guerra.

Y alegre como un pinzón añadió:

—Estamos fritos sin necesidad de incendio; pero éste va a salvarnos. En cinco minutos estarán allí todos.

—Reunámonos de dos en dos, señores—dijo La Varesnerie—y salgamos de esta plaza. Una vez en las calles, haremos los Chuanes. Las calles de Avranches esta noche van a valer tanto como los matorrales.

Y ejecutaron la maniobra, de dos en dos, defendidos por aquellos látigos y aquellos garrotes que manejaban con mano maestra. Lentamente avanzaron a través de la multitud que se aclaraba, distraída por el fuego, derribada y machacada por los bueyes, que corrían aquí y allá como una rojiza tempestad. De este modo pudieron al fin abandonar, sin haber perdido un solo hombre, aquella plaza, donde, durante tantas horas, tuvieron la sangre hasta las corvas, y en la cual, como nos decía Le Planquais, algunos días más tarde “batieron la manteca como sólo se bate en el Cotentin”.

—¿Sabes que esto es tan hermoso como lo de Fontenoy, Fierdrap?—dijo el abate, profundamente pensativo, mientras su acalorada hermana, cuyos sesos debían humear bajo la birreta violeta y naranja, tomaba aliento.

—¡Es más hermoso!—dijo el barón—. Los *Once* no fueron arrollados. Fueron ellos, por el contrario, los que arrollaron a los aldeanos, que los atacaban por todas partes: por los dos flancos, de frente y por la retaguardia. Y vencieron con simples látigos; no con piezas de artillería. ¡Que el diablo me lleve! ¡Esto es más hermoso!



La heroína Chuana se asociaba de tal modo a sus compañeros, hasta en las batallas en que no tomó parte, que sonrió amablemente al viejo ulano, dándole las gracias por su opinión, y prosiguió:

—Una vez en las calles, sufrieron todavía algunos tiros. Pero la Luna aun no había salido, y aunque lo hubiese hecho, el humo rojizo del incendio que cubría la ciudad, como un dosel obscuro, hubiera interceptado su luz. Como entonces aun no había reverberos, las estrechas calles estaban muy oscuras. Algunas balas silbaron, rebotando en las esquinas. Esto fué todo. Sin nuevo combate pudieron salir de los arrabales de la ciudad, que había acudido toda al incendio, y reunirse, como de antemano habían convenido, bajo el arco en ruinas de un viejo puente que no tenía otro arco, y que llamaban “El puente del Cura”, tal vez a causa del negror de sus piedras. Allí fué donde se contaron. Bajo aquél arco solitario corría un brazo del río profundamente encajonado. Pero como no sabían nada de Des Touches, y algunos amigos faltaban a la cita, resolvieron volver a Avranches. Dejaron bajo el arco del “Puente del Cura” sus blusas ensangrentadas, que los hubieran delatado, y como obreros de los arrabales que acudiesen al fuego, en mangas de camisa, sin sus grandes sombreros, con las cabezas vendadas con sus pañuelos mojados en el río, en el cual lavaron sus heridas, volvieron a Avranches. Unicamente.

te Cantilly se quedó aguardándolos, echado sobre el montón de blusas ensangrentadas. Su brazo roto le hacía sufrir cruelmente. Pero no tuvo que esperar mucho tiempo. Volvieron en seguida. Al entrar en la plaza, donde la muchedumbre había precipitado su masa en sentido inverso, trabajando ahora en la extinción del incendio, vieron que todo estaba terminado y perdido. La Hocson, que por la ventana enrejada de la prisión, lamida por las llamas, no había dejado de mirar lo que pasaba en la plaza, acababa de abrir a los Azules las puertas del calabozo, en que se encerró con el prisionero.

—¡Mirad—les dijo, mostrándole, cargado de cadenas y tirado en las losas—, ahí está el bandido! Les he oído hurgar en la puerta para ponerle fuego; pero hubieran convertido esta cárcel en un horno de cal, y me habría dejado asar viva con él antes que entregárselo a otro que no fuera el ayudante del verdugo, a quien pertenece.

*M. Jacques* y *Vinel-Royal-Aunis* se obstinaron en su intento de quemar aquella espesa puerta, resistente a la acción del fuego tanto como a la de la palanca. Y trabajaban aún, cuando la multitud, dueña ya del incendio, se lanzaba por los pasillos y las escaleras de la prisión. Entonces ellos se precipitaron, con la cabeza baja, hacia adelante, la antorcha y la pistola en las manos; y, gracias a las llamas, al humo y al desorden reinante entre los Azules, que corrían co-

mo locos hacia el calabozo de Des Touches, pudieron pasar.

A poco de salir de allí fué cuando nosotros vimos a *M. Jacques*. El recuerdo de Amada, sin duda, le hizo volver a Teuffedelys antes que sus compañeros. Pero doce horas después, a excepción de Vinel-Aunis, estaban allí todos. *M. Jacques* ignoraba la suerte de Vinel-Aunis. Creímos que le habrían matado. Pero no. Recibió en el vientre un terrible bayonetazo de un Azul, y tuvo la energía bastante para andar más de un cuarto de legua por el bosque, conteniéndose las entrañas con las manos, hasta llegar a la choza de un campesino Chuan. Estos detalles sólo los supimos más tarde. Pensamos, al principio, que habría muerto, y la cosa nos pareció tan simple, que pronto dejó de hablarse de ella. Pero, ¿no sucedió lo mismo con Des Touches? ¿Qué había sido de él? Para “volver a empezar mañana”, como quería *M. Jacques*, necesitábamos noticias concretas. Y no llegaba ninguna a Touffedelys. Una mujer inspira menos desconfianza que un hombre. Propuse a aquellos señores ir yo a Avranches a buscarlas.

Aceptaron y fuí, señor de Fierdrap. No era novicia, ya se lo he dicho a usted. Bajo toda suerte de disfraces, había llevado muchas veces despachos a los jefes de las distintas parroquias. Para poderme mezclar mejor con las gentes de la ciudad y ahuyentar toda sospecha, me disfracé de mujer del pueblo. Me vestí un traje de la-

na, puse sobre mis cabellos, que desde que empezó la guerra no conocían otros polvos que el polvo del combate, ese tocado de las granvillesas que parece una servilleta doblada en cuatro. Cargué a una de nuestras burras de leche con unas banastas y una albarda de piel de vaca sin curtir, y, sentada de costado encima, con uno de mis pies, calzado con zuecos, en una de las banastas, y el otro colgando sobre el cuello del jumento, tomé el camino de Avranches con un buen trote de andadura. Llevaba, para venderlas en el mercado, mis banastas llenas de mantequilla, cubiertas con hojas de vid. Hablabas, hermano mío, no hace mucho de unos calzones de terciopelo rayado y de unas grandes botas a la Federica—añadió, con la única coquetería que le era posible; la coquetería de haber llevado tales botas—. Pero aquel día tu hermana, hermano mío, la primera de los Northumberland, fué sencillamente una mantequera de los arrabales de Granville. ¡He aquí lo que fué aquel día Bárbara Petronila de Percy-Percy!

—¡Bárbara sin barba—dijo el abate, echándose a reír—; pero digna de llevarla!

—Me ha salido después—dijo ella, riéndose también—; pero demasiado tarde, cuando ya no tengo nada que hacer; cuando he vuelto a vestir, para no quitármelas más, estas enojosas faldas, que me sientan, aproximadamente, como a un granadero. No tenía entonces más que un bigotillo negro, que, con mi figura a lo diablo, me da-

ba un aire bastante duro bajo mi servilleta doblada en cuatro. Estaba justificado lo que me dijo un Chuan de Avranches que haraganeaba en el mercado y que se permitió poner sus dos manos en mi ancho talle. Yo le solté en los dedos un buen golpe con el cuchillo de la manteca.

—¡No hagas tantos remilgos!—me dijo furioso—. ¡No hay por qué! ¡Después de todo, tú ya no estás tan fresca como tu manteca, comadre!

—¡Pero tengo más sal!—le respondí, con el puño en la cadera, como una auténtica tía de Bréhat—. ¡Y vas a convencerte, bribón!

A esto se redujeron todos los peligros que corrió en Avranches el honor de tu hermana, hermano mío. Hice lo que se llama un buen negocio. Vendiendo mis pellas de manteca reuní un buen puñado de noticias. Recogí todos los rumores, todos los comadreoos de la ciudad. Esta no estaba aún repuesta de la cálida alarma en que la sumieron nuestros *Doce*. No se hablaba en todas partes más que de los falsos tratantes y del incendio de la prisión. Se decía, exagerándolo quizá, el número de personas que habían perecido en la pendencia. Mostraban aún en el campo de la feria los charcos de sangre.

—¡Pero al menos—exclamaban los miedosos—nos hemos librado de Des Touches! ¡Este cebo no hará ya volver a los Chuanes!

La noche del día siguiente al día terrible de los sucesos que tanto trastornaron a Avranches, sacaron secretamente de la ciudad al prisionero.

Cargado de cadenas le hicieron entrar en una pequeña carreta cubierta de tablas, y escoltado por el batallón de Azules partió, sin tambores ni trompetas, para Coutances, donde debía ser juzgado y seguramente condenado a muerte.

A toda velocidad, volví a Touffedelys a informar a nuestros amigos de aquel cambio de prisión de Des Touches, que le ponía más lejos de nuestro alcance y en condiciones de cautiverio más duras de vencer que las primeras. Porque en la guerra, toda tentativa abortada una vez, aumenta las dificultades, sólo por su condición de abortada. El enemigo, prevenido, redobla sus precauciones y su vigilancia. Pero *M. Jacques* expresó el pensamiento de todos al decir que era preciso acometer de nuevo la empresa.

—Señores—añadió—, tomaos el día de hoy para curar vuestras heridas. Procuraremos devolvérselas al enemigo mañana. Es necesario que dentro de dos días estemos en Coutances para volver a jugar la partida que hemos perdido. Coutances es una ciudad más fuerte que Avranches, y nosotros somos menos fuertes que éramos. No somos más que *Once*...

—Sois siempre doce, caballero—le respondí—. *Once* es un mal número. Nos traería desgracia. Puesto que el señor Vinel-Aunis no ha regresado, me ofrezco para reemplazarle. Yo no he sido nunca una mujer hermosa; pero creo que sirvo para algo.

De este modo, barón, formé parte de la segunda

expedición de los *Doce*, y vi con estos ojos, que no verán ya nunca cosas parecidas, lo que me resta por contar.

## VI

### Un alto entre las dos expediciones.

La señorita de Percy se detuvo un instante. Sonó el Baco de oro, con su timbre dulce y argentino. Se acercaba la media noche, la hora, según dicen, de los espectros. ¿Y acaso no eran, efectivamente, espectros aquellas gentes del pasado, reunidas en aquel saloncito de sabor antiguo, que hablaban de su juventud desvanecida y de las bellas cosas que vieron morir? Ursula y Santa de Touffedelys, principalmente, eran dos pobres y dulces fantasmas. Pálidas y marchitas bajo sus blancos cabellos, sostenían siempre entre sus dedos ahuesados los transparentes parafuegos, cuya gasa verde cernía el resplandor de la lumbre, próxima a extinguirse, arrojando sobre sus rostros exangües un reflejo de luna de cementerio... El barón de Fierdrap, el abate y su hermana, de un color más encendido, con los ojos más brillantes, parecían más vivos, más apasionados; pero en el fondo, ¿no se agitaban en ellos recuerdos tan vanos como esos fantasmas nocturnos que se disipan con el alba?... Y la propia Amada, la más

joven de todos, cuya belleza decía elocuentemente que estaba menos avanzada en la vida; Amada de Spens, inclinada sobre su bordado, del que tan lejos volaba su pensamiento; aquella alma solitaria y muda, que buscaba a otra alma en la muerte, ¿no era de entre todos ellos la más muerta, la que más pertenecía al país de los sueños?

—Fué un gran día en Touffedelys—prosiguió la señorita de Percy—el que precedió a nuestra partida para Coutances. Si vivo cien años, recordaré hasta el más pequeño detalle de aquella especie de velada de armas. Se empezó, claro está, por curar a los heridos, que reían y bromeaban de sus heridas: ¡el mejor modo de curarlas! El herido de más gravedad, y, por consiguiente, el que más se chanceaba y gallardeaba de todos, era el señor de Cantilly, a quien, entre paréntesis, cedió usted con tanta gracia, mi-querida Santa, su lindo pañuelo a lo María Antonieta. ¿Se acuerda usted? No tuvo más que decir galantemente: “Si quiere usted que mi brazo no me haga sufrir más, señorita, deme usted su pañuelo del cuello para hacerme un cabestrillo. ¡Mi otro brazo no estará mejor.” Y usted, sin hacerse rogar, desnudó su cuello, ¡inocente mía!..., y le dió usted aquel pañuelo, tibio aún del contacto de sus hombros. Después de los heridos, nos ocupamos de las armas. Aquellas armas que habíamos ocultado reservadamente en el castillo, convertido, a lo que parecía, en taller de costura, fueron puestas en estado de ser utilizadas. Una vein-



tena de bellas manos, entre las que se encontraban esas dos que ahora hacen festón bajo la lámpara, señor de Fierdrap, se ennegrecieron haciendo cartuchos para nuestros hombres. Eramos por entonces, sobre poco más o menos, unas quince mujeres en Touffedelys. Aunque los *Doce* no tuvieron éxito en su empresa cerca de Des Touches—pasada la inquietud acerca de su suerte y una vez que conocimos lo ocurrido—, pronto recobramos aquella alegría, que volvía siempre a nosotros después de los fracasos, y que demostraba la obstinación de nuestras esperanzas. Todos teníamos fe en nuestros héroes. “No tuvieron éxito ayer; pues bien: ¡lo tendrán mañana”, decíamos; y cada una de aquellas mujeres, más mujeres que yo, encontraba en sus guerreras ocupaciones las risas y las ligeras charlas de la juventud.

La misma Amada, siempre sería como una reina, pero que había visto volver a su prometido de la primera expedición sin una herida, se expansionó, a pesar de su reserva, en un sentimiento que era más que amor, que era como una felicidad altanera. El único día en que yo he visto a Amada de Spens, a esta magnífica rosa, cerrada siempre, siempre en capullo, mostrarnos algo del interior de su cáliz, fué el día que precedió a nuestra partida para Coutances y a la desgracia que iba a herirla.

Ningún presentimiento la advirtió de lo que tan pronto iba a ocurrir. Y cuando *M. Jacques*,

más triste aquel día que los demás, nos habló de sus presentimientos y nos dijo que moriría en aquella segunda expedición...

—Sí— interrumpió Ursula de Touffedelys—, nos lo dijo a La Thiboutot y a mí, que éramos sus vecinos de mesa en la cena, después de la cual, aquella misma noche partisteis. Estábamos en los postres. Todos aquellos señores, muy animados, hablaban del día siguiente como de un día de fiesta. Se había bebido a la salud del rey y por el rapto del Caballero Des Touches. Sólo *M. Jacques* permanecía sombrío, con el vaso lleno. La Thiboutot, que hacía poco que estaba en Touffedelys, y que, por otra parte, era un poco loca, le dijo como una chiquilla que era: “¿Por qué está usted tan triste? ¿No cree usted en el éxito del rapto de Des Touches?” Y él respondió, mirando a Amada, como si esto lo explicase todo: “Perdón, señorita. Creo más que nadie en el rapto de Des Touches; pero estoy seguro de que yo moriré.” “Entonces, ¿por qué va usted?”, le pregunté yo. Después de todo lo que se había hecho y de lo que se contaba que hizo en el Maine, no se podía dudar de su gran valor. Pero me sobrecogió el tono de su voz, y me acordaré siempre de la expresión de su cara al responderme: “Señorita, ¡es una razón de más!”

—Pues bien—continuó la señorita de Percy—: aquel presentimiento de *M. Jacques*, que fué una advertencia de su destino, aquel presentimiento ante el cual yo me hubiera encogido de

hombros y en el que he pensado seriamente después, no era compartido por Amada. Creía, sin duda, que ella podría defenderle con el corazón, realizando aquella noche la idea más embriagadora para un enamorado como él, haciéndole olvidar todos los peligros del porvenir con una enorme dicha presente. A partir del día en que nos dijo, con la sencillez del amor inquebrantable y resuelto nacido en un alma tan púdica como la suya, que se había prometido a *M. Jacques*, todo quedó entendido entre ella y nosotros... Ella se defendía con su reserva, y nosotros confiábamos lo bastante en la nobleza de su alma para que le dirigiésemos nunca la menor pregunta respecto de *M. Jacques*. Quienquiera que fuese, tenía el honor de ser el prometido de Amada de Spens: esto bastaba. Pero aquel día Amada quiso aún más. Quiso que fuese su marido a los ojos de todos, y que el matrimonio, imposible en aquel tiempo, en que no había en Touffedelys capilla para celebrarlo, ni sacerdote en diez leguas a la redonda para bendecirlo, se verificase al fin, con la promesa y el juramento, delante de aquellos diez hombres, sus hermanos de armas, con los que al día siguiente tal vez iba a morir...

—Empieza a interesarme vuestra señorita Amada—dijo cándidamente el barón de Fierdrap.

—¡Gracias a Dios!—dijo en tono de burla el abate—. ¿Prefieres aún a tu delfín..., pescador irreductible?...

—¡Ah! ¿Le interesa a usted?—exclamó impetuosamente la señorita Percy, que sacó su historia de entre los paréntesis de la interrupción como, de un tirón, sacaba la aguja de su labor de tapicería—. ¡No me extraña, señor de Fierdrap! Era la primera acción de Amada que presenciábamos, y aquella noche estuvo a la altura de su raza. Aquella velada valió por toda su vida. Desde entonces acá su vida ha sido desgracia, viudedad, sordera, una tira de festón detrás de la cual esconde su quimera, con la humildad de una violeta al pie de una tumba. Pero aquella noche en que quiso desposarse públicamente con *M. Jacques*, como se había desposado en secreto, nos dió la medida de lo que hubiera podido ser, si, como a tantas otras, haciéndola inferior a sí misma, las circunstancias no la hubiesen sido desfavorables.

Lo que ella quiso que fuese, fué tal como lo había deseado. Aquello dió un carácter de exaltación nueva a aquella jornada de entusiasmo y de alegría viril. Amada no había comunicado a nadie el proyecto, que dió al hombre que la adoraba una felicidad capaz de desvanecer todas sus tristezas, poniendo en su frente el resplandor de los corazones dichosos. ¿Había oído lo que *M. Jacques* le contestó a usted, Ursula? ¿Tenía necesidad de oírlo para saber lo que se ocultaba en aquel melancólico corazón que por ella latía? De cualquier modo, pocos instantes después se levantó de la mesa, seguida de su mejor amiga,

Juana de Montreueux. Nadie se dió cuenta. Se hablaba de la expedición del día siguiente, de aquella partida esperada y deseada, que tendría lugar dentro de algunas horas. Pasó un tiempo, que nadie midió, y Amada volvió a entrar con Juana de Montreueux en el salón de Touffedelys. Al presentarse en la puerta, nos hizo el efecto de una aparición. No era la misma mujer. Estaba de blanco y con velo. Por su manera de avanzar hacia la mesa comprendimos, yo la primera, barón, que algo muy grande iba a pasar.

—Señores, vais a partir muy pronto—dijo, con voz alterada y llena de emoción, pero también llena de resolución—. ¿Cuándo volveréis, y cuántos volveréis? ¡Dios lo sabe! Uno de los doce no ha vuelto de Avranches. Puede faltar otro, quizá varios, a vuestro próximo regreso. Pues bien: quiero, ahora que estáis aquí todos, que seáis testigos de mi matrimonio con *M. Jacques*. ¿Aceptáis?

—¡Qué bien dijo esto! ¡Ah! ¡Fué verdaderamente la condesa Amada Isabel de Spens, al pronunciar estas sencillas palabras, que, bajo el dosel feudal de su casa, no hubiera pronunciado con más dignidad! Todos, románticos, como héroes, se levantaron aclamándola, aunque alguno livideció; porque ya os lo he dicho, señor de Fierdrap, todos la amaban: unos, con una loca esperanza; otros, sin esperanza ninguna; pero todos la amaban. Y, ya creo haberlo dicho también, su prima, la Portelance, me ha asegurado que todos habían pedido su mano.

Cuando acabó de hablar, miró a *M. Jacques*. Este hombre, ya lo he dicho también, no me gustaba. Pero en aquel momento su fisonomía era indescriptible. ¡Dios es testigo! Si le hubiesen colocado una corona de rey en la cabeza, no hubiera tenido un aire más soberbio. Sorprendido, tan sorprendido como todos, se levantó al tiempo que los demás, y fué, tambaleándose, hacia ella.

—¡Aquí está mi mano, que es de usted!—dijo, tendiéndosela.

Quizá hubiera caído de alegría y de orgullo a sus pies; pero se sostuvo apoyado en su mano.

—Sed testigos, señores—dijo ella, más patética y más majestuosa a cada palabra—, de que yo, Amada Isabel de Spens, condesa de Spens, marquesa de Lathallán, aquí presente, toma hoy por esposo y por dueño a *M. Jacques*, actualmente soldado al servicio de Su Majestad, nuestro rey. Forzada por lamentable imposición de estos tiempos, en que no hay iglesias ni sacerdotes, a esperar días mejores para ratificar y consagrar el solemne enlace que contraigo hoy, quiero, al menos, delante de vosotros, que sois cristianos y gentileshombres, jurar, en plena libertad de espíritu, obediencia y fidelidad a *M. Jacques*, y consagrarle mi fe y mi vida.

Estaban el uno al lado del otro: ella, esplendorosa, y él, iluminado por su esplendor.

—Pero—observó ella tristemente—no hay ni siquiera una cruz sobre la cual pueda yo hacer mi promesa.

—¡Sí la hay!—replicó fogosamente Beaumont, que tuvo una idea de soldado—. ¡Cruza tu espada con la mía!—dijo a La Varesnerie, que estaba frente a él.

Y las cruzaron; y así se hizo la cruz. Y delante de aquellas dos hojas desnudas y entrecruzadas, que dentro de algunas horas podían estar rojas de sangre, Amada de Spens y *M. Jacques* se juraron el uno al otro lo que se hubieran jurado delante de un altar, si en Touffedelys lo hubiese habido. Y todo esto fué tan rápido y tan sublime en su rapidez, señor de Fierdrap, que al cabo de treinta años, su recuerdo vive tan vivo en mi pensamiento como el brillo de aquellas espadas que sobre la frente de los esposos, separados por la muerte al día siguiente, cayó aquella noche, antes de la batalla.

—¡Bellas nupcias!—dijo La Bochonnière, que era el más joven de los *Doce*—. Pero en las bodas se baila. ¿Y si bailásemos?

La idea cayó como una centella en aquellos espíritus inflamables. En un abrir y cerrar de ojos retiraron la mesa, y estuvo cada uno en su sitio, con la mano en la de su pareja. Si algunos corazones estaban destrozados, las piernas no lo estaban, y se bailó... Se bailó como si ellos no se hubiesen batido en la feria de Avranches, y aun rompieron algunos brazos, que fueron los míos.

—¿Cómo?...—preguntó el barón de Fierdrap, que al pronto no comprendió, y cuya nariz tomó

el aspecto del más bello signo de admiración que se ha dibujado nunca sobre el alhelí de un sa-  
bañón.

—Sí, barón—replicó ella—; porque fuí yo quien los hice bailar como descosidos, sin tomar aliento, hasta las tres de la mañana. Fuí yo la murguista de aquella boda. Aunque no era entonces, gracias a la guerra, tan ventripotente como ahora, tampoco tenía, sin embargo, un talle de danzarina: apenas si servía para hacer música en un rincón de la sala. Como muchas mujeres de mi tiempo, tocaba bastante bien el violín. Usted recordará, barón, que las mujeres del siglo pasado tuvieron, durante algún tiempo, el capricho de tocar el violín, y hasta inventaron una manera especial de tocarlo. Consistía en tener el instrumento sobre la rodilla, sostenido por la mano izquierda, y rodeado con el brazo, en tanto que la derecha manejaba el arco con ademanes de Santa Cecilia. Esta postura no estaba exenta de gracia cuando se era bonita. Pero ya puede usted figurarse que yo no tocaba así. ¡Hubiera hecho una Santa Cecilia muy graciosa! No tenía el valor de lucir mi grueso brazo, que demasiado se veía, ni temía tampoco desfigurarme el mentón. Sujetaba, pues, el violín y lo tocaba como he hecho otras muchas cosas: como un hombre. Y así lo toqué en la boda de Amada, y por última vez en mi vida. Ya no toco ese instrumento, que, como tú decías, hermano mío, le iba tan bien a mi figura de polichinela. Me he castigado colgándolo del



techo por haber acompañado tan locamente, en la boda de Amada, los últimos instantes de su dicha.

—Después de todo, Percy, eres una buena muchacha, que Dios ha colocado en el fondo de un valiente—dijo el abate, a quien su hermana conmovía a pesar suyo. Ella también se había entristecido.

—Fueron sus últimos momentos venturosos—continuó—; pero, excepto *M. Jacques*, ¿quién podía tener fúnebres ideas entre aquella alegría, aquel singular baile de bodas, animado por el fuego de los corazones y los optimismos del valor? Amada, según la costumbre, inauguró el baile, bailando la primera contradanza con aquel que acababa de hacer su esposo. Quiso que aquella noche no se la llamara más que la señora de Jacques, y no se le dió otro nombre. Estaba deslumbrante con su vestido de novia, aquel vestido con el que después hizo un sudario para el hombre que en aquel momento tenía cogido de la mano. Hacia las tres de la mañana fué preciso pensar en la partida para la expedición proyectada. Yo cambié de pronto el aire de la música.

—¡La diana suena, señores!—les dije, atacando bruscamente un aire militar y realista, que cantábamos con frecuencia.

En tres segundos, todo el mundo estuvo dispuesto. Yo fuí a ponerme mi traje de Chuan, con el cual había hecho en distintas ocasiones más de una expedición nocturna. El único plan que tenfa-

mos por entonces era marchar reunidos hasta que fuese día claro, para dispersarnos y reunirnos luego, cerca de Coutances, en el campo, en un lugar que La Varesnerie, que conocía bien el país, nos indicó. Era la casa de unos buenos aldeanos, Chuanes de corazón, que podrían esconder nuestras armas. A lo más, dos o tres de nosotros serían los que se arriesgaran a entrar en la ciudad, para tomar informes acerca del prisionero y de la prisión.

Resolvimos que, hasta que fuera noche cerrada, no nos armaríamos ni entraríamos en Coutances; pues de una ciudad tan tranquila, en la que la menor cosa constituiría un acontecimiento, y que, por otra parte, contaba para su defensa con una fuerte guarnición de infantería, era una locura, como no sé hiciese de noche y por sorpresa, intentar raptar a Des Touches.

## VII

### La segunda expedición.

—Nada de particular ocurrió, señor de Fierdrap, durante la especie de marcha forzada que hicimos de Touffedelys a Coutances—continuó la vieja cronista, que había recobrado su aplomo, turbado un instante, serenándose a medida que entraba en el relato de un hecho de guerra en el

cual había tomado parte, y que le obligaba a decir *nosotros* con una satisfacción que tocaba en sensualidad—. En aquel tiempo, los caminos eran peores que hoy, y, por esta razón, menos frecuentados. Por otra parte, no fué el camino provincial, que llamaban el camino grande, el que tomamos. Por el camino grande pasaba dos veces al día la diligencia, escoltada por gendarmes a caballo, pues los Chuanes tenían una idea que motivaba esta escolta de gendarmes, y era que la guerra paga siempre la guerra, y que el dinero del Gobierno que querían derribar les pertenecía. A pesar de este principio, aquel día evitamos cuidadosamente la diligencia y sus gendarmes protectores, y tomamos por el atajo, que en nuestra calidad de Chuanes reconocimos muy bien, por haberle andado muchas veces... Llegamos, pues, a bastante buena hora a casa de los campesinos de La Varesnerie, y suerte fué que no encontrásemos mayores obstáculos en el camino y que tuviéramos las piernas bastante listas, a pesar del baile que acabábamos de dejar; porque a nuestra llegada, aquellos aldeanos, que vivían un cuarto de legua de los arrabales de la ciudad, nos dijeron que Des Touches había sido condenado a muerte la víspera por la tarde, por el tribunal revolucionario de Coutances, y sería ejecutado al día siguiente. Parecía, por lo demás, que se había conducido con el tribunal revolucionario de un modo capaz de exasperar aún más un fanatismo de odio político que no necesitaba

ser exasperado. Con aquel carácter suyo incomprendible, y que no desmentía jamás, había desdenado responder a las preguntas de los jueces, permaneciendo mudo y rebelde ante todos los interrogatorios y aun ante las súplicas de aquellos que parecían interesarse por su suerte, oponiéndoles un silencio que no rompió ni con un grito ni con un suspiro: una impasibilidad de salvaje. Tales noticias, confirmadas por los dos o tres de nosotros que entraron en Coutances y vieron la guillotina colocada en la plaza de las ejecuciones, nos ponían en la necesidad de obrar como el rayo y de no contar más que con la energía, con la energía sólo, en línea recta y corta, pues no había tiempo de replegarse en la astucia—como se hizo en Avranches—; lo que debía de simplificarlo todo, como el golpe recto en la esgrima de la espada, por la rapidez de la acción.

—No hay más que dos partidos que tomar—nos dijo *M. Jacques*, y todos éramos de la misma opinión—. Es preciso esta noche, en la hora en que la ciudad comienza a entregarse al sueño, intentar, reunidos, una entrada brusca en la prisión, y apoderarnos de Des Touches y raptarlo por la fuerza. ¡La jornada será ruda, señores! La prisión está situada en el centro de tres patios espaciosos que se rodean unos a otros. En el primero, el exterior, hay un centinela, que disparando su fusil haría salir a todo el cuerpo de guardia, situado en la calle de al lado, el cual, disparando sobre nosotros, haría venir, a su vez,

a toda la guarnición de la ciudad. Si la gente se mezcla, puede arrojarlos por las ventanas lo primero que le venga a las manos, o, por las puertas entornadas, fusilarnos a la vuelta de las calles, cuya red no conocemos.

—¡Verdugo!—exclamó Des Fontaines, que usaba este juramento—. ¡Qué programa!

Encontraba encantador a Vinel-Aunis y le imitaba.

—Habrá claró de luna. Bailamos ayer noche, camaradas—añadió—, bien podremos *bailar* esta noche.

—Ha trazado usted el plan del enemigo, caballero—dijo La Varesnerie a *M. Jacques*—; pero el nuestro, caballero, ¿cuál es?

—El nuestro—respondió *M. Jacques*—es el de las granadas, los obuses y las balas, que entran en todas partes y lo destrozan todo, a no ser que se aplasten.

—Pues bien—dijo Justo Le Bretón, cuyo sobrenombre era “el Temerario”—: seamos como proyectiles y entremos.

Tengo aún en los oídos—continuó la señorita de Percy—la voz clara de Justo Le Bretón, cuando dijo esta palabra: ¡*entremos!*, que fué realizada pocas horas después, porque entramos, y hasta salimos, que era más difícil. ¡No he oído nunca más alegre toque de trompeta! Justo Le Bretón estaba verdaderamente contento con lo que acababa de decir *M. Jacques*. Nosotros, los otros diez, no temíamos, no temblábamos; pero Justo

era feliz. Era un despectivo desprovisto de toda prudencia aquel Justo Le Bretón. La idea de que en el rapto de Des Touches no intervenía más que la fuerza, y que con todas las estratagemas y todas las precauciones humanas estaríamos siempre al borde de un precipicio, que era preciso saltar, esta idea, formidable para los más bravos, ¡a él le encantaba! He visto gente valiente en mi vida,; pero nunca he visto a nadie con este género de bravura. *M. Jacques*, que tenía el genio del general, bajo el oficial intrépido; Des Touches mismo, aquel hombre inaudito entre los enérgicos, que no sintió nunca en su vida un solo latido de su corazón en su pecho de mármol, admitía en una porción de circunstancias la prudencia humana; pero Justo Le Bretón, ¡jamás! Le llamaban “el Temerario”; hubieran podido también llamarle “¡Nada imposible!” ¿Quiere usted juzgar? Un día, aquí, en la plaza del castillo, entró a caballo en casa de uno de sus amigos, que vivía en el Hotel del Correo, y habiendo subido así los cuatro pisos, obligó a saltar por la ventana a su caballo, que al caer se rompió tres patas y se abrió el pecho; pero sobre el cual permaneció atornillado, con las espuelas hundidas hasta las botas ¡y sin un arañazo!

—Dos segundos de sensación de hipogrifo—dijo el abate—; pero el hipogrifo tenía alas, lo que hace que el Roger del Ariosto tenga menos mérito que tu héroe, señora hermana.

—Otra vez—replicó ella, palpitante por el éxi-

to de aquel que su hermano acababa de llamar *un héroe*—, aburrido en casa de uno de sus amigos, un día de lluvia (creo que fué en casa de ese gallo batallador de Fermanville), le dijo: “¿Y si nos batiéramos para pasar el rato?”, porque en aquella época eran así en Valognes: mataban el tiempo a estocadas. Y no teniendo Fermanville otra objeción que hacer en esta proposición, sino que no tenía allí más que un sable: “Toma la hoja y déjame la vaina”, dijo Justo; y como el otro, que tenía corazón, no quisiera hacer este reparto, Justo Le Bretón le obligó a usar la hoja, porque se arrojó sobre él y le acuchilló con la vaina.

—Ya no haré más reflexiones, Percy—dijo el abate, siempre burlón—, porque nos referirías otra anécdota acerca de Justo, tu favorito, y Fierdrap, que estruja su manguito, de impaciencia, tendría que esperar más tiempo por su historia.

—He acabado—dijo ella—; pero esto no es una digresión, hermano mío. Era necesario, por el mismo interés de mi historia, que os hiciera comprender a este Justo Le Bretón, que amaba el peligro, no como se ama a la querida, que siempre se la encuentra bastante bonita...

—Y bastante peligrosa—dijo la afilada lengua del abate.

—Mientras que él—continuó ella—no encontraba nunca el peligro bastante grande, como lo probó una vez más aquel día en el asunto de Des

Touches, aumentándolo con una imprudencia suya, que fué la causa de la muerte de *M. Jacques* y que pudo dar lugar a que nos destrozaran en los muros de Coutances a todos, ¡hasta el último!

Dijo esto ardientemente, como lo decía todo aquella vieja leona; pero en el tono que empleaba, se veía que no guardaba mucho rencor a aquella sublime cabeza loca de Justo Le Bretón.

Entre las once y las doce de la noche abandonamos la granja de los Mauger, aquellos aldeanos de La Varesnerie que nos habían dado asilo. La abandonamos para no volver. Si lográbamos nuestro objeto, no podíamos llevar a Des Touches a un sitio tan próximo a la ciudad; si no lo lográbamos, ninguno de los *Doce* debía volver ni allí ni a ninguna parte. Cada uno teníamos una buena carabina, muy corta, con la pólvora y las balas suficientes, y en la cintura, un cuchillo de rematar jabalíes. Únicamente Cantilly, a causa de llevar un brazo en cabestrillo, en nuestro pañuelo, Santa, llevaba pistolas en vez de carabina. Marchaba con la pistola en la mano. Cuando salimos de la granja de los Mauger, un traidor claro de Luna hizo decir a Des Fontaines, nuestro segundo bufón:

—¡Febea por Febea, hubiera querido por esta noche mejor a Febea de Thiboutot que a ésta!

—Aquella Luna de mal agüero podía, en efecto, jugarnos una mala pasada. Pero al acercarnos a la ciudad, recobramos algo de confianza, al ver una ligera niebla que se elevaba del suelo, como el



humo de un fuego de turba, de un campo. Tuvi-  
mos la esperanza de que esta niebla se extendie-  
ra lo bastante para que no se pudiera ver claro  
en las calles de Coutances, más estrechas que las  
de Avranches, y, por consiguiente, más sumergi-  
das en la sombra que caía de las casas. Entra-  
mos en la ciudad a las doce menos cuarto, que  
sonó en la catedral y repitieron como un eco los  
demás relojes de aquella ciudad, que dormía como  
una asamblea de justos, aunque era una ciudad  
de infames revolucionarios. Las calles estaban  
mudas; no pasaba ni un gato. ¿Qué hubiera sido  
de todos nosotros, de Des Touches, de nuestro  
proyecto, si hubiésemos encontrado una patru-  
lla? Demasiado sabíamos lo que en ese caso hu-  
biera sucedido; pero no teníamos ninguna liber-  
tar de elección; era preciso ir, exponerse a todo,  
jugárselo todo, en fin, o, sin remedio, al día si-  
guiente Des Touches sería guillotinado. Afortu-  
nadamente, no apercibimos en la sombra ni una  
patrulla, en aquella ciudad muerta de sueño. Los  
reverberos, muy raros y a gran distancia unos de  
otros, temblaban al viento en las esquinas de  
las calles. Suspendidas de largas pértigas negras,  
cortadas transversalmente por un tirante, figu-  
rando una T sin terminar, tenían el aspecto de  
horcas. Todo esto era triste, pero poco temeroso.  
Enfilamos una calle, después otra. Siempre el mis-  
mo silencio y la misma soledad. La Luna, que se  
nublaba cada vez más, mirábase aún en las vi-  
drieras de las ventanas, detrás de las cuales no

se veía siquiera el resplandor de una lamparilla expirante. Apagábamos el ruido de nuestros pasos al andar.

El momento era para nosotros tan solemne, señor de Fierdrap, que he conservado hasta las menores impresiones de esta nocturna entrada en Coutances, a lo largo de aquellas calles, por las que avanzábamos como sobre una trampa de la que se desconfía, y que puede abrirse de pronto y tragarnos; y me acuerdo perfectamente de una vieja con papalina y cofia de dormir, el único ser viviente de aquella ciudad sepultada entera en sus casas, como en tumbas, la cual, en la ventana de un alto piso, vaciaba, a la luz de la Luna, una vasija, con precaución y misterio, y con tal lentitud, que las gotas del líquido que vertía hubieran tenido tiempo de cristalizarse antes de caer al suelo, si hubiese hecho un poco más de frío. Ella acompañaba la caída con la advertencia caritativa: “¡Cuidado con el agua! ¡Cuidado con el agua!”, pronunciada con una voz temblona, que velaba para no despertar a nadie, y que demostraba hasta qué punto tenía conciencia de lo que hacía, a la vez que estaba aterrorizada. A cada gota que caía, o que no caía, repetía con el mismo tono doliente su “¡Cuidado con el agua!” monótono... Nos pegamos a la pared de enfrente, temiendo que nos viera... Pero, demasiado ocupada, continuó derramando aquella fuente eterna y diciendo siempre: “¡Cuidado con el agua!”

—En mi país—dijo en voz baja La Bochonnè-

re—, los molinos de agua se llaman los *escucha si llueve*; pero, ¡diablo!, he aquí uno como no lo había visto nunca.

—Se asombraría un poco si con una bala le rompiera su vasija a ras de la mano—dijo Cantilly, muy diestro en la pistola, que arrojaba al aire un par de guantes y los agujereaba de un balazo antes de que cayeran.

Nos reímos y pasamos, olvidándonos de la buena mujer, y al doblar la esquina de la calle nos dimos de narices con la guillotina, derecha y amenazadora ante nosotros, esperando a un hombre... ¡Fúnebre emboscada! Era la plaza de las ejecuciones. La prisión no estaba lejos de allí. Descendimos como quien se precipita en el abismo por esta calle que va de la prisión al patíbulo, y que se llama en toda la ciudad la calle de “Sube con pena”, ¡esta calle que era preciso que impidiéramos que subiese Des Touches al día siguiente! La prisión blanqueaba al final de aquella especie de intestino sombrío, en otra plaza. Nos detuvimos... el tiempo preciso para respirar,

La narradora contaba como quien ha vivido la narración. El abate y el barón no respondían.

—¡Ah!, era el momento—dijo ella—, el momento terrible en que se iba a romper la vidriera, y estaríamos perdidos si, al romperla, un solo vidrio hacía ruido!... El centinela, con su hopalanda azul, se paseaba descuidadamente, con el fusil colgado en el ángulo de su brazo, de un lado a otro del porche, como un preste de iglesia

en las vísperas. El último rayo vacilante de aquella Luna, que debía semejarse una hora después a un caldero de papillas frías, nos prestaba un último servicio, cayendo de lleno en la figura del soldado e impidiéndole distinguir nuestras sombras móviles en la quieta sombra de las casas.

—Yo me encargo del centinela—dijo en voz baja Justo Le Bretón a *M. Jacques*, y de un salto cayó sobre él; le levantó hopalanda, fusil, hombre, todo, y desapareció con su fardo bajo el porche de la prisión, dejándonos el paso libre. ¿Cómo se las arregló aquel diablo de Justo?... El centinela no había dado un solo grito.

—Le habrá apuñalado—dijo *M. Jacques*—. Vamos; ahora nos toca a nosotros, señores. Podemos avanzar...

Y todos, con él, apretados unos contra otros, como los granos de un racimo, nos precipitamos bajo el porche despejado por Justo y entramos en el primer patio de la prisión.

Era un patio perfectamente circular, cuyo recinto interior semejaba al patio de un claustro, con arcadas muy bajas y pilares rechonchos. Estaba vacío. ¿Dónde había ido Justo?... Esparcimos la mirada bajo las arcadas negras, en las que nada se veía, entre aquellos pilares blancos, adonde había llevado quizá al centinela degollado; pero, ¡bah!, ya sabría él encontrarnos, y franqueamos, acelerando el paso, el segundo patio, tan desierto como el primero, para llegar de un aliento a la prisión, que estaba en el tercero...

¡Ah! Fuimos de prisa. Llevábamos en los riñones el acicate de la necesidad. Vimos vacilar un resplandor en un pequeño cuerpo de construcción avanzado, inmediato a la cárcel, y que parecía a lo que en términos de construcción militar se llama una garita. El carcelero no estaba acostado. No se trataba ya de la enérgica Hocson de Avranches con su corazón desolado e implacable; era sencillamente una bestia bruta, con un gorro rojo, zapatero remendón de la gente de la ciudad. Como era día de decena y tenía que terminar para el siguiente el calzado de su clientela, velaba... Su mujer y su hija, una niña de trece años, dormían en una especie de camaranchón muy elevado, y al cual se llegaba con una escala. Vimos todo esto a través de un vidrio grasiento, que un candil esclarecía con un resplandor rojo y humoso... No le prevenimos, no le llamamos, no tocamos dulcemente en su puerta, empujados por aquella necesidad de obrar a la "manera de las balas de cañón", como había dicho el señor *M. Jacques*; las once culatas de nuestras carabinas dieron un solo golpe en la puerta, haciéndola volver sobre sus goznes, y caímos como un trueno sobre aquel hombre, que fué primero derribado, después levantado, puesto en pie, sostenido por el cuello por las manos vigorosas, con la imposición, puesto el cuchillo sobre el pecho, de entregarnos las llaves y conducirnos hasta Des Touches. Usted lo sabe, señor Fierdrap, los Chuanes tenían un renombre siniestro, y en ocasiones me-

recido. Se los veía siempre al resplandor de aquellas hogueras horribles que encendían bajo los pies de los Azules. El pavor público les daba uno de esos nombres del diablo: los llamaban "Tuesta pies". Nos aprovechamos de aquella horrible reputación de los Chuanes para aterrorizar al miserable que teníamos cogido, y Campion, que era cejijunto y tenía una faz terrible, le amenazó con tostarle como un cochinito si osaba oponer resistencia. No resistió. Se caía a pedazos de sorpresa y de miedo; un miedo idiota y lívido. Entregó las llaves, y arrastrado por dos de nosotros, nos condujo al calabozo de Des Touches. Su mujer y su hija quedaron más muertas que vivas en su sobradillo; pero para que no bajaran y fuesen a avisar quitamos la escala. El terror les cerraba la garganta. No gritaron; pero aunque hubiesen gritado, poco nos importaba. No era como el centinela. Los muros de la prisión eran espesos. Había tres patios, los tres desiertos. No hubieran oído sus gritos.

—¡Viva el Rey!—gritaron al entrar en el calabozo de Des Touches... Prisionero una semana en Avranches, prisionero en Coutances desde hacía unos días, maltratado por sus enemigos, que querían desmayar su energía bajo las torturas del hambre, mostrándose en el cadalso en una deshonrosa debilidad, Des Touches estaba sentado en una especie de basamento de piedra pegado al muro de la prisión, y que tenía la forma de un artesón, lleno de cadenas, pero muy sereno.

Conocía los azares de la guerra, como conocía las inconstancias de las olas. ¡Prisionero una vez, libertado otra, capturado de nuevo, quizá!... Estos debían haber sido sus pensamientos...

—¡Bien—dijo con su bella sonrisa—, no será mañana! ¡Andad!—añadió—, desatadme esta mano y yo os ayudaré para lo demás.

Había retorcido la cadena que sujetaba sus dos brazos; pero agarrotados en los brazaletes de acero, que paralizaban, al comprimirlos, el juego de los músculos, no había podido romperla.

—No, caballero—le dijo *M. Jacques*—, limar esto sería muy largo. Tenemos prisa. ¡Le llevaremos con sus hierros!

Y como lo dijo, se hizo, barón de Fierdrap. Tres de nosotros le tomamos sobre las espaldas, y le llevamos como sobre un pavés.

Hicimos rodar sobre las losas de su prisión al carcelero, en el lugar de Des Touches, y le perdonamos la vida; pero, por prudencia, le encerramos con dos vueltas de llave en el calabozo. Empleo más tiempo en contar a usted todas estas cosas que el que empleamos en ejecutarlas. Los zigzag de los relámpagos no son más rápidos. Volvimos a atravesar los tres grandes patios, siempre solitarios; pero en la calle... ¡en la calle el peligro iba a comenzar de nuevo!

¡Y, sin embargo, todo marchaba lo mejor posible! ¡Teníamos a Des Touches! La Luna no era ya más que un ojo vacío. Manchaba el cielo en vez de esclarecerlo, y la niebla empezaba a poner

entre los objetos y nosotros como una especie de velo de seda... Los perfiles de las casas se fundían en aquel vapor. Volvimos por las mismas calles por donde habíamos ido, siempre sin encontrarnos a nadie. ¡Azar prodigioso! ¡Parecía cosa de hechicería!

La ciudad, inmóvil en su sueño, parecía encantada. Cuando volvimos a pasar por la calle de la buena mujer que vaciaba su vasija, estaba aún en el mismo sitio, haciendo el ademán de vaciarla. La vimos peor a causa de la niebla; pero seguía diciendo sin interrupción su "¡Cuidado con el agua!", prudente y plañidero. ¿Era una estatua que hablaba? ¿Lo que vimos en seguida la interrumpió? En el inmenso silencio de la ciudad estalló un tiro de fusil.

—¡Armemos nuestras carabinas, señores, y defendámonos!—dijo *M. Jacques*.

—¡Y ahora, "cuidado con las balas"!—dijo *Des Fontaines*—. Ya no es "¡Cuidado con el agua!"

Y casi en el mismo instante, otra detonación más próxima desgarró más violentamente el aire, haciendo vibrar el espacio.

—¡Es la carabina de Justo Le Bretón!—dijo *M. Jacques*, que lo reconoció con su oído militar.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Justo, veloz como un tigre, cayó entre nosotros y nos dijo con su voz clara:

—¡Redoblad el paso! ¡Ahí están los Azules!

Ahora, sepa usted lo que había pasado, señor de Fierdrap:



“El Temerario”, que no había robado su nombre, en lugar de apuñalar al centinela, como el instinto de la guerra le había hecho creer a *M. Jacques*, se lo había llevado vivo en brazos, bajo las arcadas de la prisión. Seguro de su fuerza, y haciendo gala de ella, había tenido él generoso desdén de no matar a aquel hombre, y le había sujetado, en la imposibilidad absoluta de lanzar un grito, ¡tanto le apretó con su formidable mano la garganta! Y así permaneció, agarrotándole la garganta, todo el tiempo que empleamos en raptar a Des Touches. Desde el fondo de tinieblas del abovedado nos había visto cruzar de nuevo el patio con el prisionero, y para darnos tiempo de efectuar con seguridad nuestra retirada, continuó sosteniendo al centinela en aquella situación terrible para los dos. Cuando nos creyó bastante lejos de la prisión, para no tener nada que temer, lo dejó, y pensó que lo había ahogado. En efecto: bien fuese por astucia, o por el dolor de haber sufrido durante tanto tiempo la argolla de aquella mano de hierro, cayó a los pies de Justo, y éste se fué. Pero una vez que partió, el centinela, fiel a su consigna, se levantó, recogió su fusil y lo disparó, para poner al cuerpo de guardia sobre las armas.

Justo estaba entonces en lo alto de la calle de Sube con pena.

—¡Ah!—pensó—, hice mal en perdonar a este canalla; pero la va a pagar.

Y volvió a subir la calle, y a sesenta pasos, a

pesar de la niebla, tendió, seco, de un tiro al centinela, que cargaba de nuevo su fusil, y volando, fué a reunirse con nosotros y a advertirnos. Pero el fuego había prendido la pólvora. Se oían redobles de tambor, que partían del barrio de la ciudad que acabábamos de dejar. Apresuramos el paso.

Detrás de nosotros, en la extremidad de una de las calles que enfilábamos, vimos una tropa, que supusimos fuera la gente del cuerpo de guardia, y lo era probablemente. Avanzaban con precaución; desconocían nuestro número...

“¿Quién vive?” dijeron cuando estuvieron cerca; pero todos nosotros, excepto los que llevaban a Des Touches, les respondimos con una descarga de nuestras carabinas, que, por lo demás, les dijo con suficiente claridad que éramos “los Cazadores del Rey”.

Ellos tiraron también. Sentimos en el aire las balas, que rebotaron en los muros, pero que no nos mataron a nadie. Era para nosotros evidente, vista la debilidad con que nos perseguían los hombres que iban tras nosotros, que esperaban el refuerzo de la guarnición, y esta circunstancia nos dió ventaja y nos salvó quizá. Ibamos casi corriendo, y donde encontrábamos un reverbero lo apagábamos de un tiro. La obscuridad inundaba las estrechas calles, en las que una tropa numerosa no hubiera podido desplegar más que un frente muy pequeño. Esto para nosotros era una ventaja. Los que llevaban a Des Tou-

ches estaban defendidos por los otros nueve, que de minuto en minuto se volvían para disparar y continuaban de nuevo. Estábamos ya a las puertas del arrabal de la ciudad, y ya era tiempo; se oían distintamente los gritos de: "¡A las armas!" La ciudad estaba en pie. Los que avanzaban tras de nosotros, apenas tomaban el tiempo de cargar sus fusiles. En la última descarga que hicieron, ¡fatalidad!, *M. Jacques* cayó, después de girar dos veces sobre sí mismo como un trombo. Yo estaba cerca de él cuando cayó.

—¡Oh su presentimiento!—pensé. Y la idea de Amada me traspasó el corazón—. ¿Está muerto?—le dije a Justo Le Bretón, que le había levantado.

—Muerto o no—respondió—, no se lo dejaremos a los Azules, que se vengarán de nosotros fusilando su cadáver.

Y levantándole con sus brazos de Hércules, le echó sobre las espaldas de los que llevaban a Des Touches, el cual tuvo así un camarada de pavés.

Veinte minutos después estábamos lejos de la ciudad, anegada en niebla y en ruido, en pleno campo, con nuestra doble carga. No habían conseguido batirnos ni cortarnos la retirada; pero lo hubieran hecho si la calle del Arrabal llega a prolongarse un poco más. En el campo, la bruma era aún más espesa que en la ciudad. Al salir de las calles, los Azules que nos perseguían no podían saber la dirección que íbamos a tomar. Por otra parte, el campo, las zarzas, los

matorrales, los caminos perdidos, todo esto nos conocía. ¡Eramos Chuanes!

La Varesnerie, que conocía la región de memoria, nos hizo tomar por unas tierras labradas. Después abrimos una o dos cercas, cerradas únicamente por unos anillos de ramas tejidas, y entramos en unos caminos muertos. Al cabo de dos horas de marcha, aproximadamente, descendimos a una hondonada por donde corría un río, al borde del cual estaba amarrada una gran barca destinada a transportar ese abono que en el país se llama "tangué"; la barca se conduce tirando de ella con un calabrote, desde un camino paralelo al río en toda su longitud.

En esta gran barca, los que llevaban a Des Touches y a *M. Jacques* los depositaron, y allí permanecemos esperando el día, felices por haber libertado a uno, pero con el corazón helado por haber perdido al otro. Cuando apuntó el día, pudimos juzgar de la herida de *M. Jacques*. Había recibido un balazo en pleno corazón. ¡Enterramos al borde de aquel río desconocido a aquel desconocido del que no sabíamos nada sino que era un héroe. Antes de extenderle en la fosa que le cavamos con nuestros cuchillos de caza, corté de su brazo el brazalete que le había tejido Amada con puros cabellos de oro, y que con la sangre que le cubría se convertiría para ella en una sagrada reliquia. Sin sacerdotes, lejos de todo, le rendimos el único honor que los soldados pueden rendir a otro soldado: le saludamos por última

vez con el fuego de nuestras carabinas, perfumando el césped bajo el que iba a dormir con aquel olor a pólvora que él respiró tantas veces.

—No hay por qué dolerse—dijo el señor Fierdrap, que creyó responder al pensamiento secreto de la señorita Percy—. ¡Murió de la muerte de un Chuan, y fué enterrado al pie de un matarral, como un Chuan, en su verdadero sitio. En tanto que Des Touches, a quien el abate acaba de ver en la p'aza de los Capuchinos, está probablemente loco, y anda errante, miserable, y Juan Cottereau, el gran Juan Cottereau, que ha dado nombre a la Chuanería y que sólo ha quedado él de seis hermanos y hermanas, muertos en la batalla o en la guillotina, ha fallecido con el corazón destrozado por los señores mismos a quienes sirvió, y a los cuales ha pedido en vano —¡pobre gran corazón novelero!—el derecho, ridículo ahora, de llevar espada! El abate tiene razón: morirán como los Estuardos.

La señorita de Percy no tuvo valor para protestar por segunda vez de aquellos heridos en su fidelidad, tocados en el corazón, que, como el abate y el barón, se lamentaban entre ellos de los Borbones, como se lamentarían de una querida: ¡porque dolerse de una querida es quizás un modo de adorar a más!

—Después de rendidos los últimos deberes a *M. Jacques*—continuó la narradora—, pensamos en librar de sus hierros a Des Touches, a quien teníamos sentado y apoyado en el barco de “tan-

gue", contra el palo en el que se ata el ca'abrote. Los que le apresaron le hicieron como una especie de camisa de fuerza con cadenas cruzadas y entrecruzadas, y las habían apretado hasta el punto de producir la más do'orosa impresión a aquel hombre esbelto y ligero, en cuyos miembros dormía una fuerza que tenía sus desesperos como en el león. Con su instinto y su amor al combate, debió sufrir furiosamente al oír silbar las balas en torno suyo, sobre los hombros de sus compañeros, y no poder escupir una sola al enemigo. Pero el rasgo distintivo del valor de Des Touches era la paciencia del animal o del sa'vaje, bajo la circunstancia que le aplasta. ¡Era un indio aquel hombre de Granville! Había sufrido hasta entonces, durante la marcha y en la noche, sus cadenas en silencio; pero ya que era de día y que no teníamos al enemigos sobre los talones, debía tener prisa por verse libre del peso ap'astante de aquellos hierros. Era preciso, en seguida, proseguir nuestro camino, y él, libre, sería un valiente soldado más si por casualidad éramos atacados en nuestro regreso a Touffedelys. Procuramos forzar y romper aquellos hierros; pero no disponiendo más que de nuestros cuchillos de caza y de los perrillos de las carabinas, nuestro designio amenazaba ser largo, y quizá imposib'e, cuando una de esas casualidades que no se dan más que en la guerra nos sacó del apuro en que nos encontrábamos.

—¡Ah! ¡Es la historia de Couyart!—dijo agi-

tándose voluptuosamente en su poltrona la señorita Santa de Touffedelys, como si hubiera destapado bajo sus narices un frasco del perfume predilecto.

Se veía que aquella historia, cuyo heroísmo no a'teraba mucho su cerebro, caía por fin dentro de las proporciones que le complacían. Todo es relativo en este mundo. El tiempo había cruzado al cisne de la antigua época con una pobre oca, que no hubiera salvado el Capito'io. La señorita Touffedelys se había casi animado... Couyart era su relojero.

—Esta mañana ha venido a dar cuerda al reloj—dijo profundamente aquella observadora infable.

Mostraba un antiguo y gran interés por aquel Couyart, que creía en aparecidos como ella, y que la entretenía curiosamente cuando iba a dar cuerda al Baco de oro macizo, hablándole de ellos; él los veía en todas partes; éste constituía un hábito en aquel bravo sujeto. No podía ni salir al patio, para lo que ustedes supondrán, sin verlos. Era un hombre tímido, escrupuloso, de hablar dulce, que hablaba del mismo modo que andaba, con sus zapatillas de terciopelo de lana, que llevaba siempre, por respeto a los abrigantados suelos de los salones donde daba cuerda a los relojes. Era delicado y nervioso, con el rostro blanco como una encina, y aunque calvo en la frente y en el cráneo, peinado de un modo gracioso a lo "Tito", con un resto de cabellos

sobre el occipucio y las orejas; se los empolvaba por la única razón de ser moda entre la gente *comme il faut* antes de “aquella desdichada revolución”... Había, según decía, sido siempre “aristócrata” con sus clientes, que eran toda la nobleza de Valognes; tenía esa timidez que lisonjea en los príncipes cuando un hombre no encuentra palabras para expresarse delante de ellos. ¡Exquisita lisonja! En él era natural.

Cortaba las frases con unos ¡hem! ¡hem! de embarazo, y las comenzaba con unos deplorables “luego, pues”; lo que probaba que las ruedas de la mecánica no dan el hábito del razonamiento. Cuando no trabajaba en sus relojes, sentado, de pie o andando, frotaba eternamente, con satisfacción, una con otra sus manos blancas y pálidas de relojero, acostumbradas a manejar cosas delicadas y frágiles, y constituía la felicidad de los niños de la calle Siquet y de la calle de las Religiosas, que, al volver de la escuela, se agrupaban ante el cristal de su tienda para verle delante de una mesa cubierta con un papel blanco y en la que, bajo los vasos puestos boca abajo, tenía las ruedas de sus relojes, absorto enteramente en su lupa y buscando lo que él llamaba un “escape”.



## VIII

## El "Molino Azul".

La señorita de Percy pasó por alto, como era natural, la reflexión de la ingenua Santa de Touffedelys, y continuó:

—Mientras nos esforzábamos, barón, en librar a Des Touches de sus cadenas—y yo le juro que hubo momentos en que nos pareció ello más difícil que su rapto—vimos aparecer a lo lejos, en el camino paralelo al río, la silueta de un hombre. Saint-Germain, que tenía ojo de centinela, fué el primero que vió que se dirigía tranquilamente hacia nosotros. Pero al decir tranquilamente, acaso mentía: no parecía muy tranquilo. Aquel grupo de hombres tan mañaneros, reunido a la orilla de un río, en cuyas vecindades no era frecuente encontrar gente; aquel grupo de hombres armados, cuyas carabinas relucían bajo el sol, que empezaba a elevarse disipando la niebla, inquietó a aquel hombre de pasos circunpectos y casi cautelosos. ¡Bien sabe usted cómo anda, Santa! ¡Siempre fué el mismo el buen Couyard! Era entonces el mismo hombre que después ha conocido aquí, cuando viene a dar cuerda al reloj. Nuestro grupo, al que desde lejos vió bien—le inquietaba sin duda, y hasta le hizo volverse con la prudencia de un gato que ve el peligro y lo evita desandando el camino.

—¡Eh, amigo!...—le gritó Saint-Germain—. Cuando se tiene la dicha de encontrar a los “Cazadores del Rey” antes del desayuno no se vuelve atrás tan fácilmente!... Yo te prometo que a nadie dirás esta mañana que nos has visto.

Y armó su carabina. Iba seguramente a meterle una bala entre las dos paletillas, cuando La Varesnerie, que trataba de romper un tornillo de los grilletes de Des Touches, con el contrafilo de un cuchillo de caza, le desvió con él la puntería.

—Deja a esa becada—le dijo—. No es un espía. Es Couyart, Couyart el de Marchesieux, que seguramente se dirige a Coutances, donde está de oficial de relojero en casa de Le Calus, en la plaza de la Catedral, enfrente del hotel de la Cruz. Le conozco; es realista. Me ha arreglado muchas veces mi reloj de caja. Llega como la marea en Cuaresma. Acaso es Dios quien nos lo envía; porque un oficial de relojero debe llevar siempre alguna herramienta o algún resorte de reloj en el bolsillo, y quizá va a echarnos la mano que necesitamos en la endiablada tarea de romper estos hierros.

Y como viese que el hombre, temiendo algún contratiempo, se había detenido, alzó la voz y corrió hacia él:

—¡Eh, Couyart!—gritó—. ¡Eh, eh, Couyart! Somos amigos.

Dos segundos después, el relojero, con el sombrero en la mano, caminaba delante de la Varesnerie, que le condujo hacia nosotros.

Aun no estaba muy tranquilo; pero cuando sus ojillos, asustados como los de un pájaro prisionero, hubieron mirado circularmente el grupo que formábamos, dijo con alegría:

—¿También está usted aquí, señor de Beaumont? ¿Y usted, señor de Bochennière? ¿Y también usted, señor Des Fontaines?... “Luego, pues”, tengo el honor de presentarles mi más humildes homenajes y respetos, y les ruego que crean, “luego, pues,” que yo... ¡hem!, no podía pensar... ¡hem!, ¡hem!... en encontrarlos tan de mañana...

—Sí, es un poco temprano para nosotros, que somos los caballeros de la Bella Estrella—dijo La Varesnerie—. Pero, ante todo, ¡el servicio del rey! El servicio del rey nos ha hecho pasar la noche en Coutances. He aquí por qué aun no estamos recogidos al salir el Sol, que es la hora del cubrefuego para nosotros. Usted es un buen realista, Couyart, y le complacerá saber que esta noche hemos tenido tarea en Coutances; pero para rematarla, como queremos, esta mañana le necesitamos a usted.

—¿A mí, señor?—preguntó con asombro aquella criatura dulce y pacífica, asustada de verse entre nosotros, armados hasta los dientes—. No veo bien, ¡hem!; no veo, ¡hem!... ¡hem!..., cómo yo... podré... ¿Es cuestión de la hora? “Luego, pues”, yo sé la hora—y repitió el chiste habitual en la relojería, desde que se fabricó el primer reloj—. ¡Yo pongo en hora al Sol!

—¡Mirad, Couyart!—dijo La Varesnerie—. Sepárense un poco, señores!

Le ocultábamos la barca y el ex prisionero, y La Varesnerie mostró al aturdido relojero, cuyos ojos y boca se hicieron redondos, el caballero, envuelto en sus cadenas como en una malla.

—¡Mirad, ahí tenéis vuestra tarea y la nuestra. Llevará usted encima seguramente las herramientas de su oficio; alguna lima o un muelle de reloj, lo que sería preferible. Pues bien, señor mío, lime usted toda esta endiablada ferretería, y podrá usted envanecerse, cuando el rey vuelva, de haber sido uno de los libertadores de Des Touches.

Y así Couyart lo fué a su manera, como nosotros lo fuimos a la nuestra. La Varesnerie no había supuesto mal. Couyart, según nos dijo, tenía una porción de herramientas en sus bolsillos.

—Trabajad, pues, valiente muchacho—dijo La Varesnerie—. Y estad tranquilo. ¡Juro por Dios y por todos los santos del calendario que nadie os distraerá en vuestro trabajo! Nadie le interrumpirá. ¡Vamos, a nosotros nos toca libraros de importunos!

Y mientras trabajaba, dimos una batida por los alrededores. Aquel trabajo, que nunca hubiéramos podido realizar sin él, duró medio día. Jamás reloj alguno, según nos dijo, le había entretenido y mareado tanto como aquellas malditas cadenas. Pero él empleó toda la paciencia de

un hombre pacienzudo, paciencia que yo admiro, y a ella sumo su paciencia de relojero; ésta ya me parece incomprensible. El trabajo fué duro; pero Couyart salió victorioso. Dejó muy alto su nombre. Sin embargo, el enorme esfuerzo que tuvo que hacer quedó tan presente en la vida de aquel pobre diablo, que desde entonces, cuando quiere ponderar las dificultades de una compostura o de otra cosa cualquiera horriblemente complicada, dice invariablemente: "Es tan difícil esto como aserrar los hierros de Des Touches".

Todo esto está ya muy lejos de nosotros, señor de Fierdrap; pero el tiempo, que marchitó nuestra juventud, extinguiendo nuestro antiguo esplendor y el ruido que hicimos en los remotos días del pasado, no ha logrado destruir aquella frase de Couyart: "Difícil como aserrar los hierros de Des Touches". Esta locución pasa por una muletilla sin sentido del pobre hombre, y nadie sabe lo que quiere decir. Pero nosotras tres, Ursula, Santa y yo, sí que lo sabemos.

No era la primera vez que una nota triste vibraba en la narración de la noble solterona, de ordinario tan poco melancólica; pero que no era más que una nota que pasaba vivamente por sus palabras, animada por la alegría de aquel corazón tan valeroso.

—En cuanto al Caballero Des Touches—continuó después de la breve pausa necesaria para ahogar un suspiro—, una vez que hubo recobrado

su libertad y su fuerza, nos dió las gracias cortésmente, estrechándonos la mano a todos. Al tomar la mía me reconoció bajo mis vestidos de hombre, que yo había ya usado en otras ocasiones; pero con los cuales él no me había visto aún. No se extrañó. ¿Quién se extrañaba de nada en aquellos tiempos? Sabía que me gustaba más el fusil que el huso. ¿Y qué mejor ocasión para satisfacerme que la necesidad de vivir aquella guerra, que lo era entonces todo para nosotros?

—Señores—nos dijo—, el rey os debe un servidor, que va a reanudar en seguida sus servicios. Esta noche volveré a hacerme a la mar. El Sol declinará muy pronto; pero está aún muy alto para que podamos mostrarnos por los caminos reunidos y con armas. Es preciso que nos dispersemos. Dentro de dos horas podemos reunirnos de nuevo en aquel molino de viento que veis allí, a vuestra derecha, coronando aquel altozano.

—Es el “Molino Azul”—dijo La Varesnerie.

—Azul, en efecto—replicó sombríamente Des Touches—; porque en aquel molino, gracias a un traidor, los Azules me prendieron, dándoom el trabajo de libertarme. He jurado por mi alma que les pagaré con creces esta molestia que os han ocasionado. He jurado—siguió, con voz vibrante como un cobre—que vengaré la muerte de *M. Jacques*. ¡Juzgaréis si cumplo mi promesa! Antes de que ese Sol, que señala ahora las tres y me-

dia, haya desaparecido bajo el horizonte, y yo, en las brumas de las costas de Inglaterra, os doy mi palabra de Chuan de que el "Molino Azul" se habrá convertido en el "Molino Rojo", y de que en la memoria de las gentes de esta comarca no tendrá otro nombre en lo sucesivo.

Yo le miré mientras hablaba, y juró que nunca, con el talle oprimido por el cinturón de su traje de piloto, había justificado tanto su sobrenombre de guerra "La Avispa". ¡La avispa que clava su aguijón sediento de sangre! Me recordaba también esos leones rampantes de los escudos, con el lomo estrecho y nervioso, como el de las más ágiles panteras, y unas garras con que parece que han de poder desgarrarlo todo. Su afeminada figura, que a mí no me era simpática, pero que no podía menos de encontrar bella, aspiraba con tal ferocidad el viento de la venganza, que era cien veces más terrible que lo hubiera sido la más ruda masculinidad. Los *Doce* nos sentimos dominados por aquel rostro de Némesis. Pero La Varesnerie, previniendo algo espantoso, que ennegrecería aún más la negra reputación de los Chuanes, le preguntó:

—Y si no acudiésemos a la cita, caballero, ¿qué sucedería?

—Nada, caballero—contestó altivo Des Touches, dilatando las narices, como si ante ellas pasase el viento de la espada—. Yo os solicitaba como testigos de una justicia; pero no necesito a nadie para llevar a cabo mis resoluciones.

La Varesnerie reflexionó un instante. Había un jefe dentro de él. Era muy joven aún. Algún tiempo después, Frotté le nombraba "mayor".

—¿Solo contra muchos quizá?—murmuró—. No, caballero. Le hemos salvado a usted y le debemos al rey. Iremos todos, ¿verdad, señores?

Así lo convinimos, barón, y nos separamos tomando senderos distintos. Yo me fuí con Justo Le Bretón, a quien tú llamas mi favorito, hermano. Y tienes razón; lo era. No creo necesario añadir la divisa de la jarretera, porque con las gracias de mi persona, ¿quién podría pensar mal de mí? Justo me decía mientras marchábamos:

—¿Qué hará el Caballero Des Touches? Existen los ultrajes de dos aprisionamientos acumulados sobre un corazón endiabladamente altivo.

Justo, como yo, se interesaba por Des Touches, porque no veía en él otra cosa que lo que yo veía: el guerrero, indiferente a todo lo que no fuese la guerra y sus terribles ambiciones.

—Le han cogido a traición—continuó Justo—. Ha sido entregado a los Azules; pero, ¿cuándo y cómo? ¿En qué momento? ¿Porque Des Touches es la propia vigilancia y el propio insomnio!

Nos preocupaba tanto lo que iba a ocurrir, que, sin darnos cuenta de su longitud, subimos las cuestas que conducían a la altura donde se asentaba el "Molino Azul", como le llamaban en el país. Atraídos por la curiosidad, por la idea obsesiva, por el magnetismo de lo desconoci-



do, como un niño que cae en las olas de la orilla y es arrastrado por el mar, llegamos los primeros al lugar de la cita y nos detuvimos a alguna distancia del molino, esperando a nuestros compañeros, y sobre todo a Des Touches.

Era el sitio muy tranquilo. Su altura, resultado de una ondulación dulce y continuada del terreno, no parecía nada para los pies después de conseguida; pero era mucho para los ojos, cuando se medía con ellos el camino andado. La redonda loma estaba cubierta de una hierba corta y muy verde. Pacían mansamente dos o tres ovejas. No había ni un árbol, ni un arbusto ni un seto, ni una prominencia, nada, en fin, que pudiera ser obstáculo para el viento que reinaba allí, soplando a su antojo y haciendo girar con silenciosa lentitud las aspas del molino. Nada crujía ni rechinaba en aquel molino de grandes aspas, cuyas telas tendidas latían ante la fuerza de algunos soplos, como las velas de un navío. ¿Por qué le llamaban "Azul"? ¿Era porque la puerta, las ventanas, la rueda y hasta la veleta estaban pintadas de ese azul que se ha llamado durante mucho tiempo "azul de peluquero", por la razón de que los peluqueros, desde los tiempos de San Luis, según se dice, le han venido empleando para pintar sus tiendas? Aparte de los muros y las aguas, todo estaba pintado en el molino de aquel azul pimpante y alegre, claro como el añil perfumado del cielo y envuelto en la luz cálida de su puesta. ¿Cuál era el origen

de aquella pintura desusada en los molinos de Normandía? ¿Se trataba de una ingeniosidad política? ¿Querría decir aquel azul "este molino no es "blanco"? ¡El molino patriota!...

La puerta, de cuatro hojas, estaba abierta; pero ni molinera ni molinero asomaban a ella. El molino giraba solitario, tan silenciosamente como en el fondo de un saco de algodón. Las aspas corrían como las horas, plácida y mesuradamente, sin un temblor...

No duró mucho aquel silencio. Un "pizzicato" de violín se oyó, saliendo por la puerta abierta. Era un sonido delgado y agrio, como el lamento de una prima bajo una mano dormida aún... Una mano de molinero, con los oídos atascados por la harina.

—¡Qué buen aspecto tiene este molino traidor!—dijo Justo—. No me extraña que engañara al mismo Des Touches.

El "pizzicato" continuaba incierto, vago, adormecido y perceptible únicamente por el gran silencio de aquella tarde estival, bajo la que las aspas parecían girar en el vacío. Era contagiosa aquella pesada somnolencia. En ella debía hallarse sumergido el molino invisible, que, más que tocar, soñaba que tocaba.

En aquel momento, inolvidable para mí, señor de Fierdrap, cuando pienso en lo que sucedió después, apareció solo Des Touches, a quien esperábamos con impaciencia; asomó por la mezuquina pradera del collado. Se adelantaba a los

ctros diez, y viendo que estábamos allí Justo Le Bretón y yo, nos hizo un signo de silencio. Venía sin armas, con las manos vacías. Al dejarle nosotros, ni siquiera había arrancado de un seto algo que hiciera veces de bastón.

Llegó hasta el molino y entró. Ya no volvimos a oír el "pizzicato". Cesó la música como el tictac de un reloj al que se le acaba la cuerda.

—Como a ti—dijo el abate a su hermana, que se había detenido husmeando la impresión que producía, al ver emocionados a su hermano y al señor de Fierdrap—. Vamos, hermana mía, continúa y no nos quemes a fuego lento!

—Son nuestros amigos—continuó ella—; son nuestros amigos—dijo Justo Le Bretón, que los vió venir en aquel instante, que ahora puedo llamar supremo, pero que entonces sólo estuvo lleno de una ansiedad indescriptible.

Cuando llegaron a lo alto y notaron nuestra presencia, dijo La Varesnerie:

—Venimos a la cita. ¿Dónde está el caballero?

—Ahí—respondí yo, que desde que Des Touches entró en el molino, permanecí con los ojos fijos en la puerta, que dejó abirta tras de sí.

Pronto volvió a salir. ¿Podría decirse que con alguien? Traía cogido por el cuello, con las manos formándole corbata, al molinero del "Molino Azul", que arrastraba tras sí por el polvo, y que era grande y panzudo.

—¡Diablo!—dijo Des Fontaines—. No sólo el molino es azul; también lo es el molinero.

Cuando Des Touches apareció en el umbral del molino silencioso, con el molinero, que parecía no pesar a las manos que le atenazaban, creímos que todo había terminado... que el traidor había muerto... Esto ya era bastante trágico... ¿verdad, barón? Pero ¡bah!... pronto íbamos a tener la verdadera tragedia ante nuestros ojos.

El molinero se había desvanecido bajo las garras de Des Touches. Su sangre—aquel hombre apoplético era como un tonel lleno hasta la boca—; su sangre le ahogaba. Pero vivía aún, y el Caballero Des Touches, conocedor de la relación entre su esfuerzo y la resistencia de su enemigo, lo sabía...

—Señores—dijo—, éste es el traidor, el Juías que me entregó a los Azules. La matanza de Avranches, la probable muerte de Vinel-Aunis, la de *M. Jacques*, enterrado por vosotros esta mañana; los quince días durante los cuales he tenido que beber los ultrajes como agua y devorar como pan los más infames tratos, todo esto debe ponerse en la cuenta del hombre que veis, y cuyo suplicio me pertenece.

Escuchábamos creyendo que iba a hacer un llamamiento a nuestras carabinas; pero seguía oprimiendo con manos apretadas el cuello de aquel hombre, cuyo cuerpo yacía en tierra, y cuya gruesa cabeza conservaba sobre el muslo, como un tambor.

—Señores—prosiguió, dándose cuenta, gracias a su imperturbable sangre fría, de que nuestras

manos se crispaban sobre el cañón de nuestras carabinas—, guardad vuestra pólvora para los soldados. Recordad, señor La Varesnerie, que no he solicitado a mis doce libertadores nada más que para que sean testigos de una justicia. Yo me encargo del castigo; yo solo. Pedro el Grande, que creo que valía tanto como yo, fué con frecuencia juez y verdugo al mismo tiempo.

Ninguno de los que le oíamos y le mirábamos comprendimos al pronto lo que quería hacer. Sólo para intentarlo era preciso una fuerza prodigiosa; era preciso ser él quien era. Siguió sosteniendo con una mano la cabeza de toro del molinero, y, colocándosela entre las dos rodillas, cabalgó brutalmente sobre la nuca. Creímos que iba a desconyuntarle; pero otra vez nos equivocamos, señor de Fierdrap. El molinero tenía una faja como las que gastan los aldeanos de Normandía, tejidos flexibles y fuertes, para sostener los riñones de esos hombres de trabajo.

Viendo que, con la mano libre, le desceñía aquella faja, nos dijimos: “¡Va a estrangularle!” Pero tampoco acertamos.

Lo que hizo fué algo insospechable y que nos llenó de estupor. Conservando al hombre entre sus rodillas, alcanzó al pasar una de las aspas del molino y la detuvo en seco. Fué un alarde de fuerza tan magnífico que nos arrancó un grito.

Con las dos manos siguió sujetando el aspa.

—Le reclamo, señor Justo Le Bretón, como uno de los hombres más fuertes de todo el Cotentin

—dijo—. ¿Sería usted hombre para sujetarme durante un solo minuto este aspa de molino que acabo de detener?

Justo afirmó. Des Touches le cogía por el amor propio, por su idolatría a la fuerza, cuyo castigo encontró más tarde, muriendo a causa de una herida insignificante. Justo tomó orgullosamente el aspa de manos del caballero, y ayudado por el instinto de la rivalidad, que decuplica las fuerzas humanas, la sostuvo. La sostuvo durante el tiempo que empleó Des Touches en tender sobre ella al molinero, atándole con la faja. Cuando Justo la soltó, el aspa, con la carga del molinero, siguió su marcha silenciosa y tranquila.

¡Extraña picota! ¿No es cierto, barón? ¡Espectáculo nunca visto, el de un hombre atado a la girante aspa de un molino! El movimiento, el aire que cortaba, al describir su órbita, aquella ala, que le hacía subir y descender, descender y subir rápidamente, devolvieron al desgraciado el uso de sus sentidos. Abrió los ojos. La sangre, que amenazaba estallarle la cara, como el vino en un tonel demasiado lleno, volvió a circular por todo su cuerpo y palideció. Des Touches, acordándose de sus aficiones marinas, dijo cruelmente:

—¡Es el mareo que empieza!

El molinero, que al principio había abierto los ojos, volvió a cerrarlos, queriendo sustraerse al vértigo del vacío en que se movía el aspa, subiendo siempre para descender, y descendiendo para remontarse, lenta e implacable. El sol poniente

mezcló la ferocidad de su resplandor a la tortura de la aérea y extraña víctima. Al recobrar el conocimiento, el desgraciado empezó a gritar como una osífraga a la que se aprieta el pescuezo; pero muy pronto enmudeció. Perdió hasta la energía para gritar: "¡La fuerza del cobarde!" Y se aplastó contra aquella tela blanca como sobre un lecho de agonía. En verdad creo que lo que sufría era inexpresable. Sudaba gruesas gotas, que desde abajo se veían relucir al sol sobre sus sienes. Mis compañeros miraban con los ojos secos y los labios contraídos, impasibles. Pero yo, señor de Fierdrap, y juro que por primera vez en mi vida, sentía que no era tan hombre como pensaba. Lo que de mujer había en mí se removió, y, sin poderlo remediar, supliqué al terrible vengador:

—¡Por Dios, caballero, abreviad semejante suplicio!

Y le tendí mi carabina, puesto que estaba desarmado.

—¡Por Dios y por usted, señorita!—me respondió—. Ha hecho usted demasiado esta noche para que yo pueda negarle nada.

Y colocándose bien enfrente, a treinta pasos, con la seguridad de un hombre que mataba al vuelo las golondrinas de mar desde una canoa que las olas balanceaba como un columpio, disparó con tal acierto, que el pecho del traidor fué atravesado de parte a parte.

La sangre se extendió sobre el aspa blanca,

empurpurándola, y un surtidor furioso, que brotó como el agua de una bomba de aquel cuerpo, fuertemente sanguíneo, manchó el muro con un gran parche rojo. No había mentido el Caballero Des Touches. Acababa de trocar aquel riente y tranquilo "Molino Azul" en un espantoso "Molino Rojo". Si existe todavía ese molino, teatro de una traición, cuyos detalles nunca supimos, pero que debió ser espantosa cuando pudo hacer a un hombre tan implacable, debe llamársele el "Molino sangriento". No se sabrá probablemente la mano que lo derramó; no se sabrá por qué fué derramada la sangre que mancha el muro siniestro; pero, sin duda, sigue siendo visible, y cuando ya no quede persona viva que pueda contar esta historia, la mancha de sangre hablará aún, con terrible misterio, de una cosa espantosa que allí pasara...

—Decididamente era un hombre duro nuestra "bella Helena"—exclamó pensativo el abate.

—Pues aquel hombre, hermano mío, no se aplacó todavía con aquella venganza—continuó la señorita de Percy—. Le creíamos satisfecho; pero nos desengañó un instante después. Triunfantes en nuestra expedición, abandonamos aquella altura para volver, unos, a Touffedelys, y otros adonde quisieran... Eran los últimos pasos que dábamos en grupo. Como anunció aquel exacto caballero Des Touches, el sol no se había hundido aún en el horizonte. Lejos ya, en los caminos de la parte baja, yo, que marchaba al lado de Justo



Le Bretón, me volví para dirigir una última mirada a la altura que abandonábamos. El sol, que se enrojecía humillado por tener que bajar hacia la tierra, enviaba como una mirada de sangre sobre aquel molino sangriento. El viento que venía del mar, de aquel mar al que iba a volver en seguida Des Touches, hacía girar más de prisa aquellas aspas, que volteaban un cadáver en el aire ensombrecido. De pronto creí ver que del puntiagudo techo del molino se elevaban columnas de humo, y se lo comuniqué a mis compañeros.

—¡Sólo el fuego purifica!—dijo Des Touches.

Y nos contó que había prendido fuego en el interior del molino. El Chuan, que no se sentía nunca desfallecer, añadió con el alegre acento de la guerra:

—Esa harina habrá de menos para la comida de los patriotas.

El fuego, triunfante, estalló por fin. Y cuando la llama lució entre la masa de humo que, ocultándola, se había formado en lo alto, dijo Des Touches:

—Se encienden cirios por los muertos. ¡Ese es el cirio por *M. Jacques!* Esta noche, entre las brumas del canal, me gustará que me acompañe durante mucho tiempo su resplandor.

## IX

## Historia de un rubor

—Después de caminar un buen rato—continuó la señorita de Percy—, llegamos a una encrucijada formada por varios caminos que se cruzaban y que conducían a distintas ciudades y burgos de la comarca. Tras el último apretón de manos, allí debíamos separarnos. Unos tomaron el camino de Granville y de Avranches; alejaronse otros por el lado de Vire y de Mortain. En el caso de un nuevo levantamiento en armas, convinimos en reunirnos bajo los techos de Touffedelys. Des Touches tomó el camino que conducía directamente a la costa. Justo Le Bretón y yo fuimos los únicos de los *Doce* que permanecimos hasta el último momento al lado de aquel hombre, objeto para nosotros de un trágico interés y de una curiosidad no enteramente satisfecha nunca. Debíamos volver a Touffedelys cruzando las playas, siguiendo la sinuosa línea del mar. Cuando salimos de las tierras de labor para entrar en los marinos y estériles arenales, la noche había cerrado y la luna brillaba muy alta. El caballero nos conducía como buen conocedor del camino. Con su larga experiencia del mar, calculaba, con un minuto de aproximación, la hora de la marea que debía llevarle a Inglaterra. Justo y yo, sin decirselo, ha-

bíamos pensado que Des Touches, en aquella costa apartada, tendría a sus órdenes algún pescador afecto. Pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando al subir con él la última duna y encontrarnos con la pleamar, calma y brillante, no vimos en la inmensa línea de la costa ni un ser viviente que esperara a Des Touches, ni una barca, recordada en la arena, que, puesta a flote, pudiera conducirle a su destino.

—¡Por Dios—exclamó alegremente—, que hoy estoy bien seguro de que no hay espías al acecho! Duermen tranquilos desde que fuí apresado, y aún no habrán recibido la noticia que les hará brincar sobre el lecho de su pereza. En la creencia de que me guillotinaron esta mañana se han tomado vacaciones los señores guardacostas.

—¡Qué terneros marinos!...—interrumpió el señor de Fierdrap, que en su calidad de gran pescador no podía sufrir ninguna vigilancia marítima de cualquier especie que fuera—. Siempre han sido lo mismo esos soldados anfibios. Antes de la Revolución, si no se había realizado alguna acción de mérito, para alcanzar la cruz de San Luis eran necesarios veinticinco años de servicios como oficial; pero a los guardacostas se les exigía cincuenta. Esto les define.

—¡Sí!—dijo la señorita Ursula, llena, al presente, de indiferencia hacia el honor militar, y que decía “sí” como podía decir “no”—. ¡Pero qué bonito aquel uniforme blanco, con vueltas verde mar!...

Soñadora, evocaba aquel uniforme sobre un tipo que le gustó en su juventud; y el buen mozo pasaba, por el fondo de niebla gris de sus pobres e insignificantes recuerdos, como una gaviota entre las brumas. Pero la señorita de Percy, a quien no preocupaban gran cosa los sueños de la señorita Ursula y los odios despreciativos del barón, continuó, haciéndose la desentendida:

—¿Y cómo se embarcará usted, caballero?—le pregunté—. No veo ni una tabla en la playa, y supongo que no tendrá usted el proyecto de cruzar a nado las costas de Francia a Inglaterra.

—Podría intentarse—me contestó, sintiéndose, seguramente, con fuerzas para ello—. Pero, señorita, si no hay una tabla sobre la playa, las hay debajo.

Entonces conocimos la prudencia y el espíritu lleno de recursos de aquel hombre, nacido para la guerra partidista. Tenía la memoria de los lugares, característica del buen piloto. Y no la tenía sólo en el mar. Se orientó en el sitio en que estábamos, y sacó del cinturón de su traje una podadera, que, sin duda, cogió en el molino, porque los Azules no hubieran osado dejar en poder de tal hombre ni siquiera la punta de un cuchillo. Y con aquella podadera se puso a cavar en la arena, como hacen los pescadores de ciertos moluscos.

—Sería mejor decir los cazadores—interrumpió el señor de Fierdrap, grave como una dogma—. Yo no he comprendido nunca la pesca sin agua.

—En pocos segundos—continuó la narradora—, Des Touches desenterró una azada, y diez minutos después salió a la luz la canoa. El mismo la había enterrado en aquel lugar después de su último desembarco. Era su costumbre, según nos dijo. No se confiaba nunca a nadie. Obligado a internarse tierra adentro, para llevar a tal o cual lugar los despachos de que estaba encargado, no podía dejar la canoa, construída por él mismo, en un amarradero cualquiera, donde los guardacostas la hubieran descubierto. Luego de desenterrada, la botó al mar, y para ello no le fué precisa toda su fuerza. Aquella embarcación era una pluma. Aquella pluma empezó a bailar suavemente sobre las olas, y sobre ella saltó Des Touches. Había vuelto a ser la “avispa”, e iba a convertirse en “El duende”. Con el remo hincado en la arena sujetaba la barca, que saltaba en el agua como un caballo nervioso y piafante.

—¡Adiós, señorita; adiós, también, Justo!—nos dijo de pie sobre la proa de su barca y saludándonos con la mano—. ¿Cuándo nos volveremos a ver? Los campesinos están cansados; la guerra se apaga... ¿Todavía no hablan allí de pacificación?... Para que esto se reanimase sería necesario que uno de los príncipes viniese, pero no vendrá...—añadió con una expresión de desprecio que me hizo daño, y que he visto con frecuencia en labios de servidores fieles—aquí la señorita de Percy dirigió una mirada de reproche a su hermano—. ¡No traerá un príncipe a estas costas

esta canoa que trajo a *M. Jacques*. ¿Y si la guerra acaba, qué haremos? ¿Qué haré yo que no sirvo más que para la guerra? ¡Tendré que hacerme matar en cualquier parte, y en esta costa no volverá a hablarse de Des Touches!

Le devolvimos su adiós.

—Es tiempo de partir—dijo—. Ya está aquí el reflujo.

Dejó de sujetar la barca, que se balanceaba sobre las olas espumosas de la orilla, y con uno de aquellos nerviosos golpes de remo, que sólo él sabía dar, la hizo internarse en aquel mar que le conocía y desapareció entre dos olas, para reaparecer como un ave marina que, volando, se sumerge y se levanta de nuevo, sacudiendo las alas. Era cosa de preguntarse cuál de los dos recobraba al otro: si era él quien recobraba al mar o era el mar quien le recobraba a él. Bajo el claro de luna, que hacía luminosas las ondas, le seguimos con los ojos; pero una ola que encontró al tomar el largo, acabó por ocultarnos aquella especie de piragua tan ligera, aquella pequeña canoa casi fantástica. El "duende" se había desvanecido.

Volvimos a Touffedelys a través de las dunas; la noche era soberbia. Pocas noches como aquella he conocido en mi vida de Chuan. Oíamos cada vez más débil y lejano el ruido del mar que se retiraba, empezando a dejar al descubierto las primeras rocas. Del lado de tierra, todo estaba en calma; la brisa del mar moría en la playa; los

árboles permanecían inmóviles. Recortándose sobre el cielo, en la lontananza azulada, acababa de arder el molino de viento solitario, que, mutilado por el incendio, ya no tenía más que tres aspas que giraban aún. Colocadas de manera que habían de ser lo último que alcanzaran las llamas, al fin se inflamaron también. Una de ellas se quemó más de prisa que las otras; pero las tres que quedaban, fantasmagóricas y llameantes, al girar la rueda, hacían llover las chispas, como por la tarde habían hecho llover la sangre. Aunque el terrible incendiario del molino se encontrase ya lejos, adentrado en el mar, aún sus ojos alcanzarían a ver su obra, consumiéndose en el aire calmo, recta la llama, como la de una antorcha, en la transparencia de la noche, limpia de niebla; cosa rara en aquel mar, verde como un prado del que las brumas son el rocío. No sé qué tristeza se apoderó de mí, de mí, la siempre alegre. La femenina ternura que me asaltó ante la crueldad de Des Touches me conmovió de nuevo bajo mi traje bizarro de Chuan. La compasión me llenó el alma al pensar en Amada, a la que iba a dar la noticia de la muerte de *M. Jacques*, aquella muerte vengada por Des Touches, lo que seguramente no consolaría mucho a la virgen viuda.

Y aquí se detuvo la señorita de Percy, como quien da fin a su cuento. Y arrojó sobre el velador las tijeras, con las que había accionado durante toda la historia.

—Esta es, barón—dijo al señor de Fierdrap— la historia del rapto de Des Touches, que mi hermano le había prometido.

—Y que usted ha “narrado” muy bien, mi querida Percy—dijo la señorita Santa, que, queriendo ser amable, profirió con su boca inocente la insuficiente palabra “narrado”.

Pero el barón de Fierdrap, que habló en principio tan ligeramente de la tristeza de Amada, el antisentimental pescador de anzuelo, tan despreocupado de los del amor, según afirmaba el abate cuando estaba en vena de chancear; el barón de Fierdrap, enternecido, se convirtió en el barón Hylas, y quería que le hablasen de Amada.

—Fuí yo—le aclaró la señorita de Percy—quien le dió la noticia de la muerte de su prometido. Palideció, al oírme, como si ella también fuese a morir, y se encerró para ocultar sus lágrimas. En Amada, usted lo sabe, la procesión anda siempre por dentro, y el exterior no pierde nunca su calma. El único signo externo de aquella pena, encerrada en su corazón, como una reliquia en un cofre sellado, fué la fúnebre fantasía de hacer desenterrar al que ella llamaba su marido del pie del matorral donde yacía, para envolverle en aquel vestido de novia, que ella llevó una sola noche, y que quiso convertir en sudario. Tiempo adelante, cuando los sacerdotes volvieron y fueron abiertas las iglesias, no pudiendo soportar la idea de no reposar un día a su lado, hizo trasladar sus restos a tierra sagrada. Y todo se hizo,



barón, sin estrépito ni resonancia, solamente para sosiego de aquel corazón que disfrazaba sus penas con sonrisas, capaces de abrir las puertas del cielo a los mayores desgraciados, seguramente más venturosos que nuestra pobre amiga. Cuando en medio de su desesperación, y de esta palidez que desde entonces baña su rostro—porque no ha vuelto a tener aquel suave carmín de rosa entreabierta que la hacía rosa reina de las más bellas rosas de Valognes, donde cualquier muchacha deslumbraba de frescura—; cuando en medio de su desesperación, supo que Des Touches se había salvado, enrojeció toda del modo inexplicable que todavía la convierte, de vez en cuando, en estatua viva de coral. Y sigue siendo para mí inexplicable, señor de Fierdrap, ese rubor inaudito. Los años han corrido, el tiempo ha continuado su marcha, la vida no es para ella más que un gran silencio lleno de un solo pensamiento; la sordera, la aisladora sordera, ha construído su muro entre ella y los demás; la ha “encerrado en su torre”, como ella dice. Pues bien: que el nombre de Des Touches, del que se habla bien poco ahora, fuese pronunciado por azar delante de ella, y que ese día fuese un día en que oyera, y el rubor reaparecería radiante en sus sienes, de una pureza de muerta virginal, donde, si no fuese rubia, ya apuntarían las canas su blancura naciente. Es increíble, barón; pero así es. Mirad. No querría causar nunca voluntariamente la menor pena a tan noble mujer; pero si no

me detuviese ese temor, y, levantándome de mi sitio, fuese hasta ella, que, bajo esta lámpara, donde hace tres horas, trabaja en su festón, sin haber entendido una palabra de cuanto hemos dicho; si fuese hasta ella y gritase a su oído: “¡Amada, el Caballero Des Touches no ha muerto!... ¡El abate acaba de verle en la plaza!...”, es seguro que el rubor aparecería en el rostro de la más fiel de las esposas.

—No digo que no—declaró gravemente el abate—. Es innegable que amaba a *M. Jacques*. Pero, ¡quién sabe...—continuó, bajando la voz, precaución inútil por Amada; pero que adoptó como si él mismo no quisiera oír lo que iba a decir—, quién sabe si, por imposible que parezca, ella no es tan pura como creemos!...

Y se detuvo aquel gran señor, horrorizado, no solamente de sus palabras, sino hasta de su pensamiento.

—¡Oh hermano mío!...—protestó, espantada y sorprendida la señorita de Percy, golpeando a la vez el suelo con un pie de reina Berta indignada.

Hasta las Touffedelys, heridas en lo vivo, porque la estupidez tiene momentos en que se hace sensible, empujaron hacia atrás sus butacas con una energía de grupa virtuosa, que decía bien alto cuánto las escandalizaba el pensamiento del abate.

Pero el abate había dicho bastante. Un sacerdote es siempre un profundo psicólogo. Su vista, agudizada en el confesonario, va siempre más

allá que la de los demás hombres. El zahorí dicen que ve el cadáver a través de la tierra que le cubre. Pues el sacerdote es el zahorí de nuestros corazones.

Miró al barón de Fierdrap, y éste le guiñó; pero sin aventurar una sílaba. Fué un "calderón" singular. El tonel de Baco dió las dos. Los perros del señor Mesnilhousseau no aullaban ya. El silencio, que ya la lluvia no azotaba, aumentó fuera, cayendo también sobre el salón, donde el grillo, esa cigarra del hogar, que la señorita Santa llamaba saltamontes, se había dormido.

—¡Caramba!...—exclamó el barón—. No he tomado mi te con estas historias...

Abrió la tetera y sumergió en ella la nariz. El agua, a fuerza de cocer, se había evaporado.

—¡Imagen de todo!—dijo gravemente el abate—. Vámonos, Fierdrap. Dejemos acostarse a estas señoritas. Hemos invertido esta noche en un exceso de charlatanería.

—Todos los días no son fiesta—dijo el barón—. Yo ya tengo unas endiabladas ganas de que llegue mañana... Puesto que estás seguro de haberle visto esta noche en la plaza de los Capuchinos, mañana, probablemente, tendremos noticias del caballero Des Touches.

Y se fueron todos; la señorita de Percy, después de envolver su vasta persona y su birreta oriental en un capuchón de tiritaña. El abate, que tenía más razón que nunca para llamarla "su

gendarme", la cogió del brazo solemnemente, y le cantó, a media voz, arrastrando los zuecos, los primeros versos de aquella canción que cierto día le compuso:

Conozco un militar  
que reza su breviario,  
y que en el regimiento  
no es tan sólo un soldado.  
Es una muchacha  
algún tanto audaz...  
¡Plán, plán, rataplán!...

El barón, como el abate, había encendido su linterna, y los tres, pomposamente, acompañaron hasta su convento a la señorita Amada, a quien, por señalada deferencia, las Madres Bernardas permitían recogerse tarde. El abate, su hermana y el barón estaban más o menos impresionados por aquella historia de uno de los héroes de su juventud; pero lo estaban, con seguridad mucho menos que "otra persona" que también lo había escuchado, y de la que nada he dicho aún. Atentos a la conversación, la olvidaron completamente, y a mí me ha ocurrido lo mismo.

Esta "otra persona" era un niño. Tranquilo en su taburete, lo escuchó todo, con la frente prematuramente pensativa, apoyada en el mármol de la chimenea. Tenía aproximadamente trece años. Dichosa edad, en la que, siendo "formales", se olvidan de mandarnos a la cama en las casas donde nos quieren. Y él, por raro azar, lo fué aquel día. En aquel salón antiguo, mirando y grabando en su tierna memoria aquellas figuras, que se

veían rara vez en aquellos tiempos y que ahora ya no se ven, interesóse por aquellos tipos, en los que la bondad, la ridiculez y lo grotesco se mezclaban, con tanto carácter, a los más altos y nobles sentimientos. Si os ha interesado esta historia, agradecédsela a él, porque sin él yacería enterrada entre las cenizas del hogar extinguido de las señoritas de Touffedelys, cuya familia no existe ya, y cuya casa de la calle de las Carmelitas está habitada por ingleses de "paso" en Valognes. Nadie en el mundo os la hubiera podido contar ni acabar; porque habréis observado que esta historia no está aún terminada. La señorita de Percy no la había acabado, ni la acabó nunca. Se quedó en aquel rubor sobre el cual el abate, con una sola palabra, arrojó una luz que sublevó a su hermana. La señorita de Percy tenía fe en Amada de Spens, y los sentimientos de aquella alma robusta no flaqueaban. Amada de Spens guardó su secreto, y la señorita de Percy conservó siempre su respeto por Amada. Murió creyéndola la virgen viuda y digna de entrar en el cielo con dos palmas: ¡las dos palmas de dos cumplidos sacrificios! El abate, que tenía el tacto propio de los grandes espíritus, jamás hizo una reflexión ni habló nunca del Caballero Des Touches a la señorita de Spens. Esta, cuando perdió a las Touffedelys, después de haber perdido a la señorita de Percy, se enclaustró, sin tomar el velo, y no volvió a salir del convento.

Pero el niño de quien he hablado creció, y la vida, la vida apasionante, con sus distracciones furiosas y los horribles sinsabores que las siguen, no pudo hacerle olvidar aquel recuerdo de su infancia, aquella historia hecha, como un tirsó, de dos relatos entrelazados, ¡tan bizarro el uno y tan triste el otro! Pero los dos, como todo lo que es bello en la tierra, sin desenlace. ¿Qué fué del Caballero Des Touches? Al día siguiente contaba el barón con tener noticias suyas, pero no las tuvo. Nadie en Valognes sabía nada del extraño caballero, y, sin embargo, el abate no era un visionario que viera fantasmas en todas partes, como las señoritas de Touffedelys y Couyart. Había visto a Des Touches. Era, pues, una realidad. El caballero había pasado por Valognes. Por otra parte, ¿qué ocultaba en la vida de la pura y bella Amada de Spens aquel otro misterio que se llamaba también Des Touches?

Dos preguntas suspensas eternamente encima de dos imágenes, y a las cuales, al cabo de veinte años largos, las circunstancias respondían, vencidas, por el encarnizamiento del recuerdo. ¡Quién sabe! ¡A fuerza de pensar en una cosa quizá puede crearse el azar!

El azar me descubrió, en efecto—pues yo no había cesado de pensar en aquel hombre y de procurar informarme de su destino—, que vivía... y que mi gran abate de Percy no se equivocó cuando, al verle, le tomó por loco. De regreso de Inglaterra, escapándose a los que le guardaban y

le llevaban a su país, después de cruzar por Valone, entre la lluvia y la tempestad, como el rey Lear, fué a caer entre una familia, a la que espantó con la locura furiosa de que estaba poseído. La ambición traicionada, los servicios no reconocidos, la crueldad de la suerte, que elige en ocasiones las manos más amadas para herirnos, todo esto hizo de aquel hombre, frío como Claverhouse, un loco furioso, cuyo vigor irresistible le hacía espantosamente peligroso. Misteriosamente le encerraron en un manicomio, donde llevaba recluído más de veinte años. Supe todo esto poco a poco, a retazos, como se saben las cosas ocultas. Pero cuando lo supe juré ver al hombre en cuya pintura puso una mujer tanta fuerza de expresión como hubiese puesto un poeta. ¿En qué estado encontraría al héroe, muerto y pudriéndose en el más horrible de los sepulcros: en un manicomio? Pero esto era un incentivo más al espectáculo. ¡Es tan saludable templar el corazón en el desprecio de las cosas humanas, de la gloria sobre todo, tan falaz con los que se fían en ella, resistiéndose a creer en sus traiciones!

Llegó el día en que pude ver al caballero Des Touches y comparar en mi pensamiento la idea de un hombre esbelto y terrible, como el Perseo que decapita a la Gorgona, con la figura de un anciano degradado por la edad, la locura y todos los rigores del destino. Lo que hice para lograrlo es inútil que lo explique; lo importante es que conseguí verle...

Le encontré sentado sobre una piedra—porque desde hacía mucho tiempo estaba más tranquilo— en un patio cuadrado, muy limpio y muy blanco, con arcos alrededor. Desde *que no era malo* lo sacaron de las celdas de castigo y lo dejaron vagar por aquel sitio, en el que los pavos reales giraban en torno de una fuente bordeada de plata-bandas, esmaltadas de flores rojas. Miraba él aquellas flores rojas con sus ojos de un azul de mar, vacíos de todo, excepto de una llama que ardía sin pensamiento, como un fuego abandonado en el que nadie se calienta ya. La hermosura de la “bella Helena”, de aquel hombre que, según la señorita de Percy, fué más bello que la celeste Amada de Spens, estaba destruída, radicalmente destruída; pero no así su fuerza. Era aún vigoroso, a pesar del agotamiento de veinte años de locura, que hubieran consumido a otro hombre menos robusto. Iba vestido de muletón azul, con botones de hueso, y llevaba, como un marinero, un pañuelo de jersey al cuello. Estaba bien así. Tenía el aire de un viejo lobo de mar que espera en tierra y que se aburre. El médico me dijo que al avanzar de la edad y al pasar de la furia a la demencia tranquila, en sus facultades se había operado un desorden tan profundo e irremediable, que seguramente no conseguirían de él un destello de lucidez. Se tenía por gobernador de una ciudad y creía tener dos mil años. Pero yo no me anduve con rodeos y le dije de pronto, bruscamente:



—¡Cómo! ¿Es usted, Caballero Des Touches?

Se levantó como si le hubiese llamado, y, quitándose el casquete de cuero barnizado, mostró su cráneo, pelado y liso como una bola de billar.

—Es singular—dijo el doctor—. Nunca hubiera creído que recordara su nombre. Hasta tal punto ha perdido la memoria.

Yo, animado, continué:

—¿Se acuerda usted—le dije en seguida—de su rapto de Coutances, señor Des Touches?

Miró al aire como si viese alguna cosa.

—Sí—dijo, buscando—. ¡Coutances!...—añadió, ya sin dudar—. ¡Y del juez que me condenó a muerte, el infame de...!

Le nombró. Era un nombre que aun se llevaba en la comarca. Sus ojos azules de mar dardaron un rayo de fósforo y de odio implacable.

—¿Y de Amada de Spens, se acuerda usted?—insistí, dando golpe sobre golpe, temiendo que su locura volviera y queriendo herir con aquel último recuerdo el timbre mudo de aquella memoria gastada, que era preciso despertar.

Se estremeció.

—¡Sí!... ¡También!...—dijo, y en sus ojos había como un flujo de pensamientos—. ¡Amada de Spens, que me salvó la vida! ¡La hermosa Amada!

¡Ah!... ¡Tenía tal vez a mi alcance la historia que la señorita de Percy no había acabado!... Esta esperanza me dió la voluntad magnética que subyuga un instante a los locos y les hace obedecer.

—¿Y cómo se arregló ella para eso, señor Des Touches? ¡Vamos! ¡Diga!

—¡Oh!...—exclamó—. ¡Yo había infundido por fin mi alma en su pecho a fuerza de voluntad—. Estábamos solos en Bois-Frelen, cerca de Avranches... Todo el mundo se fué... Los Azules vinieron, como venían con frecuencia, con callados pasos... Cercaron la casa... Era por la noche... Yo me hubiera dejado matar, arriesgándolo todo, tirando por las ventanas, como en Faulx; pero tenía mis despachos... Me quemaban... Frotté esperaba... ¿Han matado a Frotté, verdad?

Temblé a la idea de que Frotté le llevara lejos de lo que quería que me dijese.

—¡Le mataron, le fusilaron!... Pero ¿y Amada? Y le sacudí un brazo violentamente.

—¡Ah!...—continuó—. Ella rezaba... Entreabrió las ventanas para que la viesan bien... Era la hora de acostarse... Se desnudó... Se quedó completamente desnuda... Ellos, sin poder creer que hubiese allí un hombre, se fueron... La habían visto... Yo también... ¡Estaba muy bella! ¡Roja como esas flores!...—y señaló las flores del *parterre*—. Sus ojos se tornaron otra vez vacíos y atónitos, y se puso a divagar.

Pero yo no temía ya su locura. ¡Había conseguido mi historia! Aquellas pocas palabras habían sido suficientes. Lo reconstituía todo, como un Cuvier. Era, pues, verdad. El abate se engañaba y su hermana tenía razón. ¡La viuda de M. Jacques fué siempre la virgen viuda! ¡Amada

era pura como un lis! Solamente que salvó la vida a Des Touches como nunca mujer alguna salvó a nadie. Le salvó ultrajando ella misma su pudor. Cuando, por la ventana abierta, los Azules vieron, desde donde estaban emboscados, a aquella casta mujer que iba a dormir y que se despojaba uno por uno de sus velos, como si estuviera sólo bajo el ojo de Dios, no dudaron: nadie podía haber allí. Se fueron. ¡Des Touches estaba salvado! ¡Des Touches, que la había visto también, como los Azules! ¡Des Touches, que, joven entonces, no tuvo la fuerza de cerrar los ojos para no ver la belleza de aquella criatura sublime, que sacrificaba por salvarle la suavidad inmaculada de las flores de su alma y la divinidad de su pudor! Entre aquel su pudor, tan delicado y tan altivo, y la piedad que le empujaba a salvar a un hombre, dudó un momento... ¡Oh!... ¡Dudó un momento! Pero, al fin, tomando con sus manos puras aquel cáliz de vergüenza, lo bebió hasta las heces. La señorita de Sombreuil no bebió más que un vaso de sangre para salvar a su padre!... ¿Sufriría Amada después tanto como ella?... Aquellos rubores cuando Des Touches estaba a su lado, y que le cubrían toda solo con que oyera su nombre; aquellos rubores que nunca la bañaron con un ala más bermeja que el día en que la señorita de Percy pronunció, inocentemente, la frase que le recordaba la vergüenza de su vida: "Des Touches será vuestro testigo"!, aquellos rubores eran el signo siempre pronto a reaparecer de un suplicio, sicm-

pre vivo en su pensamiento, y que, cada vez que la sangre ofendida se delataba bajo su piel, hacían más bello su sacrificio!...

Confieso que salí del manicomio, no pensando más que en Amada de Spens. Casi había olvidado a Des Touches... Antes de salir del patio me volví para verle. Sentado de nuevo bajo el arco, con aquellos ojos que atravesaron la bruma, la distancia, las olas, las filas enemigas y el himno del combate, no miraba más que a aquellas flores rojas con las que comparó a Amada de Spens. En la abstracción de su demencia, quizás no las veía...

FIN

# INDICE

---

	Págs.
A mi padre... ..	7
I.—Tres siglos en un rincón de provincias... ..	9
II.—Paris y Helena... ..	32
III.—La señorita Amada. ....	44
IV.—Victoria de los <i>Doce</i> . .. .	5f
V.—La primera expedición. ....	93
VI.—Un alto entre las dos expediciones... ..	135
VII.—La segunda expedición. ....	146
VIII.—El <i>Molino Azul</i> . ....	169
IX.—Historia de un rubor... ..	186

---



**PUBLICACIONES CALPE**

**BIBLIOTECA DEL  
ELECTRICISTA PRÁCTICO**

**Gran enciclopedia de Electricidad**

**La más moderna, más clara, más concisa, más completa, más económica, más manuable y más primorosamente ilustrada de cuantas se han publicado hasta hoy**

**OBRA SUMAMENTE PRACTICA Y ORIGINAL  
REDACTADA POR AUTORES ESPECIALISTAS**

bajo la dirección de

**D. RICARDO CARO Y ANCHÍA**

LICENCIADO EN CIENCIAS FISICOMATEMÁTICAS, OFICIAL DE TELÉGRAFOS Y PROFESOR DE ELECTROTECNIA Y TELEGRAFÍA EN LA ESCUELA INDUSTRIAL DE TARRASA

**Biblioteca ideal para cuantas personas intervengan en la electricidad y sus aplicaciones, pues enseña con admirable claridad todos los conocimientos relacionados con tan importantísima ciencia.**

Consta de 30 preciosos tomos, encuadernados en tela, con unas 5.000 páginas en total, cerca de 1.500 hermosos grabados y muchas láminas en negro y colores.

Ingenieros industriales, Mecánicos, Electricistas, Contramaestros, Conductores de máquinas, Fabricantes Industriales, Maquinistas y Obreros de Centrales eléctricas, Empleados de Compañías de Electricidad y Telefónicas, Funcionarios del Cuerpo de Telégrafos, Peritos Industriales, Alumnos de las Escuelas Superiores, Metalúrgicos, Doradores, Plateadores, Constructores de máquinas, Instaladores de Electricidad, Maquinistas y Telegrafistas de buques, etc., etc., encontrarán en estos interesantes volúmenes materia abundantísima de estudio y consulta.

# TOMOS QUE COMPRENDE

	Ptas.
I.—Electricidad y magnetismo. . . . .	3
II.—Corrientes alternas. Unidades. . . . .	3,50
III.—Pilas eléctricas. . . . .	3
IV.—Dínamos de corriente continua. . . . .	3,50
V.—Motores de corriente continua. . . . .	3
VI.—Alternadores. . . . .	3,50
VII.—Motores de corriente alternativa. . . . .	3
VIII.—Transformadores y convertidores. . . . .	3,50
IX.—Devanados. . . . .	4
X.—Reóstatos industriales. . . . .	3,50
XI.—Acumuladores. . . . .	3
XII.—Averías en las máquinas eléctricas. . . . .	3
XIII.—Líneas eléctricas. . . . .	3,50
XIV.—Transporte y distribución de la energía eléctrica. . . . .	3
XV.—Pararrayos. . . . .	3,50
XVI.—Centrales eléctricas. . . . .	3,50
XVII.—Contadores de electricidad. . . . .	3
XVIII.—N ediciones de laboratorio. . . . .	3,50
XIX.—Mediciones eléctricas de taller. . . . .	3
XX.—Instalaciones eléctricas. . . . .	3
XXI.—Electroquímica. . . . .	3
XXII.—Galvanoplastia y galvanostegia. . . . .	3
XXIII.—Electrometalurgia. . . . .	3
XXIV.—Lámparas eléctricas. . . . .	3
XXV.—Telegrafía. . . . .	4
XXVI.—Timbres y teléfonos. . . . .	3,50
XXVII.—Centrales telefónicas. . . . .	3,50
XXVIII.—Telegrafía y telefonía sin hilos. . . . .	3,50
XXIX.—Tranvías y ferrocarriles eléctricos. . . . .	3,50
XXX.—Electroterapia y Rontgenología. . . . .	3,50

PRECIO DE LA COLECCIÓN, **90 pesetas**  
A PLAZOS O AL CONTADO:

## VENTAJA A LOS SUSCRIPTORES A TODA LA COLECCIÓN

Los suscriptores a 30 volúmenes de que consta la obra disfrutarán del precio excepcional de 90 pesetas la colección, mediante firma del contrato que facilita la Compañía editora, con lo cual se benefician de la notable diferencia que existe entre el precio de la obra completa y lo que suman los precios fijados para los volúmenes sueltos.



COLECCIÓN UNIVERSAL

Molière

---

**EL RICACHÓN EN LA CORTE**

COMEDIA EN CINCO ACTOS

MCMXX

---

**ES PROPIEDAD**  
**Copyright by Calpe, 1929.**

---

COLECCIÓN UNIVERSAL

MOLIERE

# El ricachón en la corte

(Le bourgeois gentilhomme)

COMEDIA EN CINCO ACTOS

La traducción del francés ha  
sido hecha por J. L. de Alberti.



MADRID-BARCELONA  
MCMXX



*El título de esta obra de Molière—Le bourgeois gentilhomme—, traducido literalmente no expresaría su verdadero significado. La acepción de los vocablos no es la misma en uno y otro idioma: bourgeois, en el sentido que lo emplea Molière, quiere decir plebeyo; gentilhomme equivale a noble. He aquí por qué buscando un título castellano que se adapte al espíritu de la obra la titulamos*  
**EL RICACHON EN LA CORTE.**

*Le bourgeois gentilhomme, comedia bailable, con música de Lully, se representó por primera vez el 14 de octubre de 1670 en Chambord, y en París el 29 de noviembre del mismo año.*

*El asunto de la comedia es el ricachón que, pretendiendo pasar por noble y figurar en la corte, remeda las maneras de los cortesanos. Según crónicas de la época, fué un tal Gaudorcín, un sombrero millonario, popularísimo en París por sus excentricidades y su prodigalidad, quien sugirió a Molière el tipo de Jourdain.*

*La primera representación de Le bourgeois, en París, fué un desastre. El rey no hizo el menor comentario, y los palaciegos, interpretando este silencio como señal de desagrado, declararon unánimemente que la obra era un disparate; Molière, confundido por el fracaso, no se atrevió a presentarse ante el rey. Cuál no sería la sorpresa de todos cuando, al final de la segunda representa-*

*ción, Luis XIV hizo llamar al poeta, dirigiéndole estas palabras: "No os dije nada de la obra el día de la primera representación, porque tenía el temor de que pudiera ser lo perfecto de la interpretación lo que me había seducido; ahora he visto que no. Creo que la comedia es excelente y no recuerdo ninguna otra que me haya hecho reír tanto."*

*A partir de este día, la obra obtuvo en París un éxito ruidoso. Cada uno creía reconocer en Jourdain el retrato de su vecino, de su amigo, de su pariente; el personaje tiene tal realidad que por todas partes le encontramos y no hay nadie que no le conozca.*

*Dentro de la preceptiva dramática, puede decirse que los tres primeros actos son de comedia, mientras que el cuarto y quinto degeneran en farsa. La acción propiamente dicha no comienza hasta el tercer acto; pero, en el conjunto, en la armonía total de la obra, desde la primera escena, todo cuanto rodea al personaje central de la comedia sirve para avalorarle y agrandar su figura: la mujer, la criada, los maestros, el gran señor, su amigo, deudor y confidente; la dama de quien está enamorado, y hasta la misma farsa de los actos cuarto y quinto, son de un arte teatral extraordinario. Le bourgeois ha servido de pasta para construir cientos de obras.*

*La derivación de la comedia en los dos últimos actos, según se cuenta, fué una imposición de Luis XIV. El rey expresó a Molière su deseo de*

que salieran los turcos a escena, para vengarse del desdén displicente con que el embajador de la Sublime Puerta había juzgado a la corte de Francia.

Aunque en el reparto no se le cite, una anécdota hace suponer que el célebre Lully tomara parte en las representaciones de *Le bourgeois* haciendo el papel de Maestro de música.

El compositor florentino había comprado una plaza en la secretaría del rey, y al pretender posesionarse de ella, los cortesanos que desempeñaban el mismo empleo se negaron a recibirle, alegando que jamás compartirían el cargo con un farsante.

Lully aseguró que nunca había sido cómico, y que sólo tres veces había pisado las tablas para representar un personaje de *Le bourgeois* ante el rey. Los cortesanos se mantuvieron firmes en su actitud, y Lully fué a ver al ministro, el cual, enterado de lo que ocurría, dió la razón a los secretarios. “¡Cómo—le respondió Lully—. Si el rey os ordena bailar, por muy ministro que seáis, ¿os negaréis a obedecerle...?” De tal peso le debió parecer al magistrado esta argumentación de Lully, que, en el acto, fulminó un decreto que nadie se atrevió a desacatar.

*Le bourgeois gentilhomme* se ha representado en todos los grandes teatros de Europa, y en Francia sigue representándose aún tal y como se estrenó en 1670. En el siglo XVIII se hizo una adaptación castellana, que se representó en algunos teatros, pero suprimiendo los intermedios, canciones y bailables.

# EL RICACHON EN LA CORTE

---

## PERSONAJES DE LA COMEDIA

JOURDAIN.....	<i>Molière.</i>
MADAMA JOURDAIN.....	<i>Hubert.</i>
LUCILA.....	<i>Mlle. Molière.</i>
CLEONTE.....	<i>La Grange.</i>
DORIMENA.....	<i>Mlle. De Brie.</i>
DORANTE.....	<i>La Thorilliere.</i>
NICOLASA.....	<i>Mlle. Bauval.</i>
MAESTRO DE ARMAS....	<i>De Brie.</i>
FILOSOFO.....	<i>Du Croisy.</i>
COVIELLE.	
MAESTRO DE MUSICA.	
MAESTRO DE BAILE.	
EL DISCIPULO.	
EL SASTRE.	
EL OFICIAL DE SASTRE.	
DOS CRIADOS.	

La acción, en París, en casa de M. Jourdain.



## ACTO PRIMERO

---

Una sala con muchos instrumentos de música. El discípulo del maestro de música, sentado ante una mesa, está componiendo una serenata que monsieur Jourdain ha encargado.

### ESCENA PRIMERA

EL MAESTRO DE MUSICA, EL MAESTRO DE BAILE, EL DISCIPULO, MUSICOS *y* BAILARINES

MAESTRO DE MUSICA. (*A los músicos.*)

Venid.. entrad en esta sala y aguardad sentados a que llegue.

MAESTRO DE BAILE. (*A los bailarines.*)

Y vosotros también, pero a este otro extremo

MAESTRO DE MUSICA. (*Al Discípulo.*)

¿Está ya eso?

DISCIPULO

Sí.

MAESTRO DE MUSICA

Veamos... ¡Perfectamente!

MAESTRO DE BAILE

¿Algo nuevo?

MAESTRO DE MUSICA

Sí. Una serenata que le he mandado hacer aquí mismo, en tanto que nuestro hombre se sacude las sábanas.

MAESTRO DE BAILE

¿Se puede ver?

MAESTRO DE MUSICA

Ahora, cuando él salga, podréis oírla, con sus recitativos y todo. Poco puede tardar ya.

MAESTRO DE BAILE

Nuestras ocupaciones actuales, tanto las vuestras como las mías, no son grano de anís.

MAESTRO DE MUSICA

Ciertamente. Ambos hemos hallado al hombre que necesitábamos. Monsieur Jourdain, con sus ínfulas de cortesano, que se le han subido a la cabeza, es para nosotros una finca. ¡Lástima que no le imitaran los demás, para bien de vuestras danzas y mi música!

MAESTRO DE BAILE

Según y conforme... Yo estimo que no le esta-

man de más algunos conocimientos que le permitieran darse cuenta de nuestros trabajos.

#### MAESTRO DE MUSICA

Es verdad que no tiene ni idea de ellos, pero los paga bien, y, precisamente, esto es lo que, ante todo, necesitan las artes.

#### MAESTRO DE BAILE

Para mí la gloria es el mejor sustento, y no tengo inconveniente en confesaros que los aplausos me llegan a lo más íntimo. No puede haber mayor suplicio para un artista que el de producir para un público de ignorantes y padecer el juicio estúpido de un imbécil. No me neguéis que se experimenta un placer inefable ejecutando ante personas capaces de sentir la emoción del arte; que saben acoger con agrado las bellezas de una obra, y que, con su lisonjera aprobación, os recompensan de vuestro trabajo... Sí, la retribución más halagüeña que puede recibir el artista es la de verse comprendido, la de sentirse acariciado por el aplauso; nada hay, en mi concepto, que pague mejor vuestras fatigas; nada más exquisito que los elogios del entendido.

#### MAESTRO DE MUSICA

De acuerdo; y, como vos, yo disfruto igualmente de esas dulzuras. No hay nada, seguramente, que cosquillee nuestro amor propio como el aplauso; pero el incienso no alimenta. Los puros elo-

gios no colocan a un hombre a cubierto de sus necesidades: hay que agregar algo más positivo, y la mejor manera de elogiar es abriendo la mano. Este hombre, en efecto, es muy corto de luces; habla a tontas y a locas y aplaude a destiempo...; pero su dinero rectifica los yerros de su espíritu. Sus bolsillos están llenos de discreción; sus elogios están acuñados. He aquí por qué este richón ignorante nos es más útil que el ilustrado señorón que nos introdujo en esta casa.

#### MAESTRO DE BAILE

Hay algo de verdad en lo que acabáis de decir; pero me parece que hacéis demasiado hincapié en lo del dinero. El interés es algo tan mezquino que no merece el apego de un hombre honrado.

#### MAESTRO DE MUSICA

Sin embargo, ¿no os embolsáis, complacido, la plata que os da nuestro hombre?

#### MAESTRO DE BAILE

Sin duda; pero no cifro en ello todas mis ambiciones. Desearía que a su fortuna uniera un poco de buen gusto.

#### MAESTRO DE MUSICA

Yo también lo desearía; y precisamente en ello estamos y a ese fin se encaminan nuestros esfuerzos. De todos modos, gracias a él podremos

darnos a conocer en la corte; él pagará por los demás, y éstos elogiarán por él.

**MAESTRO DE BAILE**

Aquí viene.

## ESCENA II

**MONSIEUR JOURDAIN**, *en bata y gorro de dormir*,  
**DOS CRIADOS**, **EL MAESTRO DE MUSICA**, **EL MAESTRO**  
**DE BAILE**, **EL DISCIPULO**, **MUSICOS y BAILARINES**

**JOURDAIN**

¡Hola, señores! ¿Qué hay?... ¿Vamos a ver esas bufonadas?

**MAESTRO DE BAILE**

¿Cómo?... ¿A qué bufonadas os referís?

**JOURDAIN**

¡Va!... Pues ¿cómo le llamáis a eso? ¿Prólogo, intermedio o diálogo lírico-bailable?

**MAESTRO DE BAILE**

¡Ah!

**MAESTRO DE MUSICA**

Ved que estamos listos.

**JOURDAIN**

Os he hecho esperar un rato; pero es que hoy he querido vestirme como las personas de cali-

dad, y mi sastre me ha enviado unas medias de seda que creí no llegaría jamás a ponérmelas.

MAESTRO DE MUSICA

Nuestra obligación es aguardaros.

JOURDAIN

Os ruego a ambos que no os marchéis hasta que me hayan traído el traje, para que me lo veáis puesto.

MAESTRO DE BAILE

Como os plazca.

JOURDAIN

Me veréis bizarramente equipado de pies a cabeza.

MAESTRO DE MUSICA

¿Quién lo duda?...

JOURDAIN

También me he mandado hacer esta bata.

MAESTRO DE BAILE

Que es preciosa.

JOURDAIN

Me ha dicho mi sastre que es la prenda que usan por la mañana las gentes distinguidas.

MAESTRO DE MUSICA

¡Y qué bien os sienta!

JOURDAIN

¡Hola!... ¿Y mis criados?

CRIADO PRIMERO

¿Qué manda el señor?

JOURDAIN

¡Nada!... Es únicamente para ver si estáis siempre alerta.

*(A los Maestros.)*

¿Qué os parecen estas libreas?

MAESTRO DE BAILE

¡Magníficas!

*(Jourdain se entreabre la bata para que le vean los calzones de terciopelo rojo y el justillo de velludo verde que lleva puestos.)*

Ved esta ropilla para andar por casa.

MAESTRO DE MUSICA

Muy elegante.

JOURDAIN

¡Criados!

CRIADO PRIMERO

¡Señor!

JOURDAIN

¿Y el otro criado?

CRIADO SEGUNDO

¡Señor!

JOURDAIN

*(Quitándose la bata, que entrega a los criados.)*

Tomad.

*(A los Maestros.)*

¿Estoy bien así?

MAESTRO DE BAILE

Muy bien. No cabe mejor.

JOURDAIN

Y ahora vamos a ocuparnos de vuestros asuntos.

MAESTRO DE MUSICA

Primeramente, quisiera haceros oír la serenata que me habéis encargado. Acaba de componerla uno de mis discípulos, que tiene un talento extraordinario para estas cosas.

JOURDAIN

Sí, pero no se deben encomendar ciertos trabajos a un estudiante. ¿No os bastáis vos para ello?

MAESTRO DE MUSICA

La condición de estudiante no debe llamaros a engaño. Hay discípulos que saben tanto como los más grandes maestros. La misma composición os lo demostrará, porque no puede oírse nada más lindo. Escuchad.

JOURDAIN. *(A los Criados.)*

Ponedme la bata para que pueda oír mejor...



¡Un momento! Creo que estaría mejor sin ella... No, dádmela. Indudablemente estaré mejor con la bata.

MUSICOS. (*Cantando.*)

Desde que los rigores  
de vuestros lindos ojos me prendieron,  
yo sufro, día y noche, un mal extremo;  
si así tratáis, oh Iris,  
al que de vuestro amor vive cautivo,  
¿qué tormento daréis al enemigo?

JOURDAIN

Es una canción un poco lúgubre, soñolienta. Convendría que la remozaseis, alegrándola acá y allá.

MAESTRO DE MUSICA

Señor, la música tiene que acomodarse al cantable.

JOURDAIN

Hace algún tiempo me enseñaron una letra preciosa. Aguardad... La... ¿Cómo decía?

MAESTRO DE BAILE

No sé...

JOURDAIN

Dentro de la composición hay una oveja.

MAESTRO DE BAILE

¿Una oveja?

JOURDAIN

¡Ah, sí!

(*Cantando.*)

Yo creía a Juanita  
tan dulce como bella;  
yo creía a Juanita  
más dócil que una oveja.

¡Ya, ya!

¡Es más cruel mil veces  
que el tigre de la selva!

¿No es preciosa?

MAESTRO DE MUSICA

¡La canción más bonita que he oído!

MAESTRO DE BAILE

¡Y la cantáis maravillosamente!

JOURDAIN

Pues no he aprendido música.

MAESTRO DE MUSICA

Debierais aprenderla, como aprendéis el baile.  
Son las dos artes de más íntima ligazón.

MAESTRO DE BAILE

Y que despiertan el espíritu del hombre, dis-  
poniéndole a la percepción de lo bello.

JOURDAIN

¿Las gentes distinguidas aprenden solfa?

## MAESTRO DE MUSICA

¡Claro está!

## JOURDAIN

Pues la aprenderé yo también; pero no sé a qué hora, porque apenas dispongo de tiempo. Además del maestro de armas, he tomado un profesor de Filosofía, que comenzará sus lecciones hoy mismo.

## MAESTRO DE MUSICA

La filosofía... es algo que no está demás; ¡pero la música!...

## MAESTRO DE BAILE

¡La música y el baile!... La música y el baile constituyen el fundamento de todo.

## MAESTRO DE MUSICA

No hay nada tan útil a un Estado como la música.

## MAESTRO DE BAILE

Ni nada tan necesario al hombre como el baile.

## MAESTRO DE MUSICA

Un Estado no puede subsistir sin música.

## MAESTRO DE BAILE

El hombre que no sabe bailar no sirve para nada.

## MAESTRO DE MUSICA

Todas las guerras, todos los desórdenes que se

producen en el mundo, tienen como origen la falta de conocimientos musicales.

MAESTRO DE BAILE

Todas las desdichas del hombre, todos los funestos descalabros de que está plagada la Historia: los yerros de la política, las faltas de los grandes generales..., todo ello sucede por no saber bailar.

JOURDAIN

Y ¿cómo es eso?

MAESTRO DE MUSICA

La guerra ¿no está originada por la falta de armonía entre los hombres?

JOURDAIN

Cierto.

MAESTRO DE MUSICA

Pues si a todos los hombres se les enseñara la música, ¿no sería éste el medio de acordar el conjunto y de que la paz reinara en todo el universo?

JOURDAIN

Tenéis razón.

MAESTRO DE BAILE

Cuando un hombre ha cometido una falta, ya en el seno de su familia, en el gobierno del Estado o en el mando de un ejército, ¿no decimos, invariablemente, "Fulano ha dado un mal paso"?

JOURDAIN

Eso se dice.

MAESTRO DE BAILE

Y el dar un paso en falso ¿puede provenir de otra cosa que de no saber bailar?

JOURDAIN

También es cierto, y ambos tenéis razón.

MAESTRO DE BAILE

Pues ello os hará ver la excelencia y la utilidad del baile y de la música.

JOURDAIN

Ahora comprendo.

MAESTRO DE MUSICA

¿Queréis que pasemos a nuestros trabajos?

JOURDAIN

Sí.

MAESTRO DE MUSICA

Como ya os he dicho, se trata de un ensayo en el que se hacen destacar las diversas pasiones que pueden expresarse con la música.

JOURDAIN

Muy bien.

MAESTRO DE MUSICA. (*A los músicos.*)

Vamos... avanzad.

(A Jourdain.)

Imaginemos que visten de pastores.

JOURDAIN

Y ¿por qué?... ¿Por qué han de vestir siempre de pastores? Por todas partes no se ven más que pastorcitos.

MAESTRO DE MUSICA

Para que el personaje musical tenga mayor verosimilitud, conviene colocarlo en un ambiente pastoril. El canto fué en todas las épocas patrimonio de los pastores; y, realmente, no resultaría muy natural que príncipes y plebeyos dialogaran cantando.

JOURDAIN

Adelante, adelante. Veamos.

## DIALOGO MUSICAL

UNA CANTANTE y DOS CANTORES

LA CANTANTE.

Bajo el tiránico influjo  
del imperio del amor,  
de continuo mil cuidados  
agitan el corazón.  
Dicen que el enamorado  
languidece de placer,  
y dulcemente suspira  
cuando sueña con su bien;

pero, digan lo que quieran  
 los esclavos de este afán,  
 no hay nada tan placentero  
 como nuestra libertad.

CANTOR PRIMERO

No existe nada tan dulce  
 como el ardoroso aliento  
 que a dos corazones guarda  
 unidos en un deseo.

No puede existir ventura  
 sin ansias de amor: el día  
 que amor desterrado quede,  
 desterrado habrán la dicha.

CANTOR SEGUNDO

Sería muy dulce verse  
 esclavizado a la luz  
 rigurosa del amor,  
 si en él tuviéramos fe.  
 Pero dice el desengaño,  
 con crueldad más rigurosa,  
 que en parte ninguna existe  
 la soñada y fiel pastora.

Ese deseo inconstante  
 e indigno de nuestros días  
 nos obliga a renunciar  
 para siempre a toda dicha.

CANTOR PRIMERO

¡Amable amor!

LA CANTANTE

¡Bendita  
sencillez!

CANTOR SEGUNDO

¡Feliz sexo!

CANTOR PRIMERO

¡Cuán preciada me eres!

LA CANTANTE

¡Cuánto  
me agradas!

CANTOR SEGUNDO

El más intenso  
de los horrores me causas.

CANTOR PRIMERO

Para amar es necesario  
de los rencores huír.

LA CANTANTE

Todavía confiados  
pudiéramos encontrar  
alguna pastora fiel.

CANTOR PRIMERO

¿Dónde hallarla?

LA CANTANTE

Nuestra gloria



yo pretendo defender,  
ofreciéndote, bien mío,  
mi ardoroso corazón.

CANTOR SEGUNDO

Mas ¿puedo creer, pastora,  
que no has de serle traidor?

LA CANTANTE

Amémonos para ver  
cuál de los dos sabe amar.

CANTOR SEGUNDO

Y que los dioses castiguen  
al que resulte inconstante.

LOS TRES

Dejémonos inflamar  
por tan plácidos ardores,  
que dulce es amar si fieles  
se muestran los corazones (1).

JOURDAIN

¿Ya se acabó?

MAESTRO DE MUSICA

Sí.

---

(1) Este terceto es una sátira dirigida contra la ópera italiana que Mazarino había introducido en la corte en 1646, y que dió origen a la fundación de la Real Academia de Música.

## JOURDAIN

Está bien combinado el diálogo y hay en él algunas frases bastante bellas.

## MAESTRO DE BAILE

Por mi parte, deseo presentaros un ensayo, en el que podréis apreciar las actitudes y los movimientos más bellos que pueden armonizar un bailable.

## JOURDAIN

¿También son pastores?

## MAESTRO DE BAILE

Son... lo que queráis.

*(A los bailarines.)*

¡Vamos!

## BAILABLE

*(Cuatro bailarines ejecutan los diferentes pasos y movimientos que el Maestro les indica.)*

---

## ACTO SEGUNDO

---

### ESCENA PRIMERA

MONSIEUR JOURDAIN, EL MAESTRO DE MUSICA, EL  
MAESTRO DE BAILE y CRIADOS

JOURDAIN

No es una tontería este baile. Además, esa gente se zarandea bien.

MAESTRO DE MUSICA

Cuando el baile y la música estén acoplados, el efecto será mucho mayor, y podréis apreciar la exquisita galantería del conjunto.

JOURDAIN

Pues manos a la obra, porque la persona en cuyo obsequio he dispuesto tales agasajos me hace el honor de venir a comer conmigo.

MAESTRO DE BAILE

Todo está dispuesto.

MAESTRO DE MUSICA

Pero no deben parar aquí las cosas, señor. Es

necesario que una persona como vos, magnánima e inclinada al cultivo de lo bello, haga música en sus salones un día a la semana: los miércoles o los jueves...

JOURDAIN

¿Es costumbre entre gente distinguida?

MAESTRO DE MUSICA

Sí, señor.

JOURDAIN

Entonces tendremos música. ¿Será hermoso, verdad?

MAESTRO DE MUSICA

¡Qué duda cabe!... Se necesitarán tres voces: un tenor, un barítono y un bajo, que serán acompañados de dos violines, un violoncello, una tiorba y un clavecín.

JOURDAIN

Agregad una trompa marina (1). La trompa marina es un instrumento muy armonioso y que me agrada en extremo.

MAESTRO DE MUSICA

Dejadnos hacer a nosotros.

JOURDAIN

Bien; pero no os olvidéis de enviarme músicos y cantantes que amenicen el banquete.

---

(1) Según Littré, la trompa marina era un instrumento formado por una caja de resonancia, su mástil, con trastes y una sola cuerda, que se hacía vibrar con un arco.

## MAESTRO DE MUSICA

No caerá nada en falta.

## JOURDAIN

Y, sobre todo, esmeraos en el baile.

## MAESTRO DE MUSICA

Quedaréis complacido; y, entre otras cosas, oiréis unos minués...

## JOURDAIN

¡Oh!... El minué es mi baile, y quiero que me lo veáis bailar. A ver, maestro.

## MAESTRO DE BAILE

Poneos un sombrero, señor...

*(Jourdain se pone por encima del gorro de dormir un sombrero que le trae un criado. El Maestro de baile tararea un minué.)*

La, la, la. La, la, la, la, la, la; la, la, la, bis.  
La, la, la. La, la. Cuidado con el ritmo, señor...  
La, la, la, la. Esa pierna derecha... La, la, la. No mováis tanto los hombros. La, la, la, la. Os estorban los brazos. La, la, la, la, la. Erguid la cabeza... La punta del pie hacia fuera. La, la, la. Más derecho el cuerpo...

## JOURDAIN

¿Qué tal?

## MAESTRO DE MUSICA

¡Imposible hacerlo mejor!...

## JOURDAIN

¡A propósito!... Vais a indicarme ahora la reverencia que debo hacer para saludar a una marquesa, porque en breve se me presentará la ocasión.

## MAESTRO DE BAILE

¿La reverencia para saludar a una marquesa?...

## JOURDAIN

Sí, a una marquesa que se llama Dorimena.

## MAESTRO DE BAILE

Dadme la mano.

## JOURDAIN

No. Hacedla vos, que viéndola una vez no se me olvidará.

## MAESTRO DE BAILE

Si queréis saludarla con gran ceremonia, primeramente debéis hacer una inclinación hacia atrás; luego, avanzar hacia ella, haciendo tres reverencias más, y en la última, inclinaros hasta las rodillas.

## JOURDAIN

Hacedlo... ¡Comprendido!

## CRIADO PRIMERO

Señor... Ahí está el maestro de armas.

## JOURDAIN

Dile que entre y daremos la lección. Quiero que me veáis.

## ESCENA II

MAESTRO DE ARMAS, MAESTRO DE MUSICA, MAESTRO DE BAILE, MONSIEUR JOURDAIN y DOS CRIADOS

MAESTRO DE ARMAS. (*Después de haberle colocado el florete en la mano.*)

Vamos a ver... Primeramente haced el saludo... El cuerpo erguido, pero cargando un poco sobre el muslo izquierdo... No tan separadas las piernas, y los pies en una misma línea. La muñeca en oposición con la cadera. La punta de la espada frente al hombro... No tan extendido el brazo. La mano izquierda a la altura del ojo. El hombro izquierdo más cuarteado... La cabeza, derecha, y serena la mirada... Avanzad, sin descomponer la figura... Tomad hierro en cuarta y rematad lo mismo. Una, dos. Retiraos. Atacad de nuevo... Un salto hacia atrás. Cuando marquéis un bote, lo primero que debe avanzar es la espada, cuidando siempre de que el cuerpo quede cubierto. Una, dos. Vamos, atacadme y parad en tercia. Avanzad... Firme el cuerpo. Avanzad... Partid.

Una, dos. Cubríos... Atacad... Un salto atrás... En guardia, señor, en guardia...

*(El Maestro le da dos o tres botonazos, al tiempo que le grita: ¡En guardia!)*

JOURDAIN

¿Qué tal?

MAESTRO DE MUSICA

Lo hacéis maravillosamente.

MAESTRO DE ARMAS

Ya os he dicho que todo el secreto de la esgrima consiste solamente en dos cosas: en dar y en no recibir. Y, como os lo hice ver el otro día con razones demostrativas, es imposible que recibáis una estocada si sabéis desviar la espada del adversario, manteniéndola siempre fuera de la línea de vuestro cuerpo; lo que se logra por un simple movimiento de muñeca, unas veces hacia dentro y otras veces hacia fuera.

JOURDAIN

De suerte que un hombre, aunque no tenga grandes arrestos, puede estar seguro de matar a su enemigo y de que no le maten a él.

MAESTRO DE ARMAS

¡Indudablemente! ¿No visteis la demostración?

JOURDAIN

Sí.



**MAESTRO DE ARMAS**

Por ahí podréis ver la consideración que nos debe el Estado; y como la ciencia de las armas se eleva sobre todos esos conocimientos inútiles, tales como la danza, la música, la...

**MAESTRO DE BAILE**

Poco a poco, señor esgrimidor. Hablad con más respeto del baile.

**MAESTRO DE MUSICA**

Os ruego que tratéis con mayor consideración el arte excelso de la música.

**MAESTRO DE ARMAS**

¡Tiene gracia! ¿Pretenderéis comparar vuestra ciencia con la mía?

**MAESTRO DE MUSICA**

¡Ved qué importancia se da nuestro hombre!

**MAESTRO DE BAILE**

¡Miradle, con su plastrón, qué animal más grotesco!

**MAESTRO DE ARMAS**

Se me figura, maestrillos, que os voy a hacer cantar y bailar a mi gusto.

**MAESTRO DE BAILE**

Id con tiento, señor herrero, no os enseñe yo vuestro oficio.

JOURDAIN. (*Al Maestro de baile.*)

¿Estáis locos, queriendo armar pendencia con un hombre que sabe de tercias y cuartas, y que mata a la gente con razones demostrativas?

MAESTRO DE BAILE

¡Me río yo de sus demostraciones y de sus tercias y sus cuartas!

JOURDAIN

¡Calma!

MAESTRO DE ARMAS

¡Qué dicen los impertinentes!

JOURDAIN

¡Sosegaos, maestro!

MAESTRO DE BAILE

¿Y vos, percherón de carroza?

JOURDAIN

¡Vamos, maestro de baile!

MAESTRO DE ARMAS

¡Si caigo sobre vos!...

JOURDAIN

¡Calma!

MAESTRO DE BAILE

¡Si os meto mano!...

JOURDAIN

¡Ya está bien!

MAESTRO DE ARMAS

¡Os tengo de zurrar!...

JOURDAIN

¡Por favor!

MAESTRO DE BAILE

¡Y yo de apalearos!...

JOURDAIN

Os lo ruego.

MAESTRO DE MUSICA

Dejadnos que le enseñemos a hablar.

JOURDAIN

¡Deteneos, por Dios!

### ESCENA III

MAESTRO DE FILOSOFIA, MAESTRO DE MUSICA,  
MAESTRO DE BAILE, MAESTRO DE ARMAS, JOUR-  
DAIN y CRIADOS

JOURDAIN

¡Hola, señor filósofo! Llegáis a tiempo con vuestra filosofía para poner paz entre estos señores.

## FILOSOFO

¿Qué es ello? ¿Qué sucede?

## JOURDAIN

Abogando cada uno por la supremacía de su arte, se han acalorado hasta el extremo de injuriarse y estar a punto de venir a las manos.

## FILOSOFO

¿Cómo? ¿Es posible, señores, que os dejéis arrebatar de tal suerte?... ¿Acaso no habéis leído el sapientísimo tratado de Séneca sobre la cólera? ¿Hay nada más bajo y vergonzoso que esta pasión, que hace de un hombre una bestia salvaje? ¿Es o no la razón la que debe regir vuestros actos?

## MAESTRO DE BAILE

¿Cómo nos habíamos de contener, señor? Acaba de insultarnos a los dos, menospreciando el baile, que yo ejerzo, y la música, que profesa mi compañero.

## FILOSOFO

Un hombre discreto está por encima de todas las injurias que se le puedan proferir; y la única respuesta que merece el ultraje es la circunspección y la paciencia.

## MAESTRO DE ARMAS

¡Uno y otro han tenido la audacia de querer comparar sus profesiones con la mía!

## FILOSOFO

¿Y por eso os enojáis? Los hombres no deben disputar entre sí por la vanagloria de su condición: lo único que nos diferencia perfectamente a unos de otros es la virtud y la sabiduría.

## MAESTRO DE BAILE

Yo le sostengo que el baile es una ciencia a la que nunca se honrará bastante.

## MAESTRO DE MUSICA

Y yo, que la música es un arte consagrado a través de los siglos.

## MAESTRO DE ARMAS

Pues yo replico y les sostengo que la esgrima es la más bella y la más necesaria de todas las ciencias.

## FILOSOFO

¿Qué diremos entonces de la filosofía?... ¡Me asombra la impertinencia de cada uno de vosotros al hablar delante de mí con tal arrogancia, dando descocadamente el nombre de ciencia a cosas que ni siquiera merecen el honroso calificativo de artes, y que sólo pueden ser incluídas en la clasificación de ciertos oficios, tan ruines como el de matón, copleiro y danzarín!

## MAESTRO DE ARMAS

¡Ah, perro filósofo!

## MAESTRO DE MUSICA

¡Ah, pedante!

## MAESTRO DE BAILE

¡Ah, rematado capigorrón!

## FILOSOFO

¿Qué decís, merodeadores, que no sois otra cosa?

*(El filósofo se arroja sobre ellos, que lo muelan a golpes, y todos, peleando, salen.)*

## JOURDAIN

¡Señor filósofo!

## FILOSOFO

¡Infames! ¡Cobardes! ¡Insolentes!

## JOURDAIN

¡Señor filósofo!

## MAESTRO DE ARMAS

¡Mala peste te lleve, animal!

## JOURDAIN

¡Señores!

## FILOSOFO

¡Impúdicos!

JOURDAIN

¡Señor filósofo!

MAESTRO DE BAILE

¡Llévese el diablo a este asno con albarda!

JOURDAIN

¡Señores!

FILOSOFO

¡Malvados!

JOURDAIN

¡Señor filósofo!

MAESTRO DE MUSICA

¡El muy impertinente!

JOURDAIN

¡Señores!

FILOSOFO

¡Bribones! ¡Mendigos! ¡Traidores! ¡Farsantes!

JOURDAIN

¡Señor filósofo!... ¡Señores!... ¡Señor filósofo!...  
 ¡Señores!... ¡Señor filósofo!... (*Salen peleando.*)  
 Andad y zorraos hasta que os hartéis, que no seré  
 yo quien lo impida ni quien se exponga a estro-  
 pearse el traje por separarlos. ¡Buen tonto sería si  
 me metiera en medio para salir también apo-  
 rreado!...

## ESCENA IV

EL MAESTRO DE FILOSOFIA y JOURDAIN

FILOSOFO

*(Que vuelve arreglándose el traje.)*

Veamos nuestra lección.

JOURDAIN

Estoy verdaderamente pesaroso de que os hayan acogotado.

FILOSOFO

Eso no es nada. Un filósofo sabe recibir las cosas tal y como vienen. Ahora bien: yo les prometo que he de componer contra ellos una sátira, al estilo de Juvenal, que los hará añicos. Dejemos esto, y veamos qué es lo que queréis vos aprender.

JOURDAIN

Todo lo que pueda. Tengo deseos de ser sabio. Me indigna que mis padres no me obligaran, en mi juventud, a estudiar ciencias.

FILOSOFO

Es un sentimiento muy noble. *Nam sine doctrina vita est quasi mortis imago.* Ya me habréis entendido, porque, indudablemente, sabéis latín.



JOURDAIN

Sí; pero haceos cuenta de que no lo sé, y explicadme lo que significa.

FILOSOFO

Quiere decir que, sin la ciencia, la vida es como una imagen de la muerte.

JOURDAIN

Tiene razón ese latinajo.

FILOSOFO

¿Tenéis algunos principios o rudimentos de las ciencias?

JOURDAIN

¡Oh, sí señor: sé leer y escribir!

FILOSOFO

¿Y por dónde queréis que comencemos? ¿Queréis que os enseñe la lógica?

JOURDAIN

¿Qué viene a ser eso de la lógica?

FILOSOFO

Es la que enseña las tres operaciones de la mente.

JOURDAIN

¿Y cuáles son esas tres operaciones?

## FILOSOFO

La primera, la segunda y la tercera. La primera es la que enseña a discurrir por medio de los universales; la segunda, a juzgar por medio de las categorías; la tercera, la que enseña a deducir las consecuencias por medio de las figuras: Barbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralipon, etc.

## JOURDAIN

¡Vaya unas palabrejas estrambóticas! Esto de la lógica no me hace gracia; estudiemos otra cosa más agradable.

## FILOSOFO

¿Queréis aprender moral?

## JOURDAIN

¿Moral?

## FILOSOFO

Sí.

## JOURDAIN

¿De qué trata la moral?

## FILOSOFO

De la felicidad, enseñando al hombre la moderación de sus pasiones y...

## JOURDAIN

No, dejemos eso. Yo soy un bilioso de todos los diablos, y no hay moral que me valga ni que me impida montar en cólera cuando me dé la gana.

**FILOSOFO**

¿Queréis aprender física?

**JOURDAIN**

¿Qué cantilena es esa de la física?

**FILOSOFO**

La física explica los principios de las cosas naturales y las propiedades de cada cuerpo; la que discurre sobre la naturaleza de los elementos, los metales, minerales, piedras, plantas, animales... Ella nos enseña las causas de los meteoros, del arco iris, de las estrellas fugaces, de los cometas, del rayo, del trueno, del ciclón, de la lluvia, de la nieve, del hielo, los vientos y los torbellinos.

**JOURDAIN**

Hay demasiado estruendo en todo eso; demasiada confusión.

**FILOSOFO**

Entonces, ¿qué queréis que os enseñe?

**JOURDAIN**

Enseñadme la ortografía.

**FILOSOFO**

Con mucho gusto.

**JOURDAIN**

Después me enseñaréis el almanaque, para que pueda saber cuándo hay luna y cuándo no la hay.

## FILOSOFO

Perfectamente. Y para mejor seguir vuestros deseos y tratar el asunto filosóficamente, es preciso comenzar, según el orden de las cosas, por el conocimiento exacto de la naturaleza de las letras y la manera peculiar de pronunciarse cada una de ellas. A este respecto comenzaré por decir que las letras se dividen en vocales, así llamadas porque expresan las voces, y en consonantes, llamadas de este modo porque suenan acompañadas de las vocales, y no hacen sino marcar las diversas articulaciones de las voces. Hay cinco vocales o voces: A, E, I, O, U.

JOURDAIN

Comprendido.

FILOSOFO

La voz A se forma abriendo mucho la boca:  
A (1).

JOURDAIN

A, A. Sí.

FILOSOFO

La voz E se forma acercando la mandíbula inferior a la superior. A, E.

JOURDAIN

A, E, A, E. ¡Pues es verdad! ¡Esto es muy interesante!

(1) Parece indudable que Molière tomó todas estas explicaciones relativas a la fonética de la obra de Cordenoy *Discours physique de la parole*, París, 1668.

**FILOSOFO**

La I se pronuncia aproximando aún más las mandíbulas y estirando los extremos de la boca hacia las orejas. A, E, I.

**JOURDAIN**

A, E, I, I, I, I. Es verdad. ¡Viva la ciencia!

**FILOSOFO**

La voz O se forma abriendo la boca y aproximando las comisuras de los labios: O.

**JOURDAIN**

O, O. No puede darse nada más exacto: A, E, I, O, I. O. ¡Esto es admirable! I, O, I, O.

**FILOSOFO**

La abertura de la boca forma, precisamente, un redondelito que asemeja una O.

**JOURDAIN**

O, O, O. Tenéis razón. O. ¡Ah, qué hermoso es saber algo.

**FILOSOFO**

El sonido de la U se produce acercando los dientes, sin llegar a juntarlos del todo, y sacando los labios hacia fuera: U.

**JOURDAIN**

U, U. Nada más cierto: U.

## FILOSOFO

Alargáis los labios de tal forma y ponéis un hocico, que más bien parece una mueca; de suerte que, si realmente quisierais hacer burla a alguien, no podríais decirle más que U.

## JOURDAIN

U, U. Es verdad. ¡Que no hubiera yo estudiado antes para saber esto!...

## FILOSOFO

Mañana examinaremos las otras letras, o sea las consonantes.

## JOURDAIN

¿Y son tan curiosas como las que acabamos de estudiar?

## FILOSOFO

Indudablemente. La consonante D, por ejemplo, se pronuncia colocando la punta de la lengua en los dientes de arriba: DA.

## JOURDAIN

DA, DA. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

## FILOSOFO

La F, apoyando los dientes de arriba sobre el labio inferior: FA.

## JOURDAIN

FA, FA. Exacto. ¡Ah, papá y mamá, cómo os detesto!

## FILOSOFO

Y la R, colocando la punta de la lengua en lo alto del paladar; de suerte que, al chocar el aire expelido con fuerza, la lengua cede y vuelve al mismo sitio, produciendo una especie de vibración: R, RA.

## JOURDAIN

R, R, RA; R, R, R, R, R, RA. También esto es verdad. ¡Ah, qué hombre más hábil... y cómo he perdido el tiempo! R, R, R, RA.

## FILOSOFO

Ya os explicaré a conciencia todas estas curiosidades.

## JOURDAIN

Os lo ruego. Y ahora es preciso que os haga una confidencia. Estoy enamorado de una dama de la mayor distinción, y desearía que me ayudarais a redactar una misiva que quiero depositar a sus plantas.

## FILOSOFO

No hay inconveniente.

## JOURDAIN

Será una galantería, ¿verdad?

**FILOSOFO**

Sin duda alguna. ¿Y son versos los que queréis escribirle?

**JOURDAIN**

No, no; nada de versos.

**FILOSOFO**

¿Preferís la prosa?

**JOURDAIN**

No. No quiero ni verso ni prosa.

**FILOSOFO**

¡Pues una cosa u otra ha de ser!

**JOURDAIN**

¿Por qué?

**FILOSOFO**

Por la sencilla razón, señor mío, de que no hay más que dos maneras de expresarse: en prosa o en verso.

**JOURDAIN**

¿Con que no hay más que prosa o verso?

**FILOSOFO**

Nada más. Y todo lo que no está en prosa está en verso; y todo lo que no está en verso, está en prosa.



JOURDAIN

Y cuando uno habla, ¿en qué habla?

FILOSOFO

En prosa.

JOURDAIN

¡Cómo! ¿Cuando yo le digo a Nicolasa: "Tráeme las zapatillas" o "dame el gorro de dormir", hablo en prosa?

FILOSOFO

Sí, señor.

JOURDAIN

¡Por vida de Dios! ¡Más de cuarenta años que hablo en prosa sin saberlo! No sé cómo pagaros esta lección... Pues lo que quisiera decir en esa carta es esto: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor." Esto, pero redactándolo con galanura..., dándole una vuelta, un giro gracioso.

FILOSOFO

Podéis agregar que el fuego de sus ojos reduce vuestro corazón a cenizas, que sufrís día y noche las violencias de un...

JOURDAIN

No, no, no; nada de eso. No quiero decirle más que lo que os he dicho: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor."

## FILOSOFO

Es necesario estirar eso un poco...

## JOURDAIN

Os repito que no. No quiero escribir más que esas palabras, pero dándoles una forma elegante... Id redactando de diversas maneras para que yo vea... Os lo ruego.

## FILOSOFO

Puede redactarse primeramente como vos habéis dicho: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor." O bien: "De amor morir me hacen, linda marquesa, vuestros hermosos ojos." O de este otro modo: "Vuestros ojos hermosos, de amor me hacen, linda marquesa, morir." O en esta forma: "Morir vuestros ojos, linda marquesa, de amor me hacen." O diciendo: "Me hacen vuestros ojos hermosos morir, linda marquesa, de amor."

## JOURDAIN

Pero de todas esas maneras, ¿cuál es la mejor?

## FILOSOFO

La que vos habéis dicho: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor."

## JOURDAIN

¡No he estudiado, y, sin embargo, acierto al

primer golpe!... Os doy las gracias de todo corazón, y os ruego que vengáis mañana temprano.

FILOSOFO

No faltaré. (*Sale.*)

JOURDAIN. (*Al Criado.*)

¿Pero es que no me han traído aún el traje?

CRIADO

No, señor.

JOURDAIN

¡Bien me está haciendo aguardar ese maldito sastre, y en un día en que tanto tengo que hacer!... ¡Me da una rabia!... ¡Malas cuartanas le den a ese verdugo! ¡Váyase al diablo, y que la peste le ahogue al tal sastre!... ¡Si pudiera cogerle ahora mismo a ese mal sastre, a ese perro de sastre, a ese traidor, lo...!

## ESCENA V

EL MAESTRO SASTRE, EL OFICIAL, *con el traje de monsieur Jourdain*, MONSIEUR JOURDAIN y el CRIADO

JOURDAIN

¿Habéis llegado? Comenzaba a indignarme.

MAESTRO SASTRE

¡Me ha sido imposible venir antes, a pesar de

haber tenido veinte oficiales trabajando exclusivamente para vos.

JOURDAIN

Me habéis enviado unas medias tan sumamente ajustadas, que he pasado las penas de este mundo para podérmelas poner. Además, ya tienen varios puntos.

MAESTRO SASTRE

Ya veréis cómo dan de sí.

JOURDAIN

Si siguen escapándose las mallas, desde luego. Otra cosa: los zapatos que me han hecho, siguiendo vuestras indicaciones, me lastiman terriblemente, me hieren.

MAESTRO SASTRE

No puede ser, señor.

JOURDAIN

¡Cómo que no puede ser!

MAESTRO SASTRE

No, señor; no pueden molestarle.

JOURDAIN

¡Y yo os digo que me atormentan!

**MAESTRO SASTRE**

Es que os lo figuráis.

**JOURDAIN**

Me lo figuro porque lo siento. ¡Vaya una razón!

**MAESTRO SASTRE**

¡Mirad!... Aquí os traigo el traje más rico y mejor acabado que hay en la corte. Desafío a los sastres más renombrados a que hagan algo semejante. Confeccionar un traje que resulta serio sin ser negro es una obra maestra.

**JOURDAIN**

Pero ¿qué me habéis hecho aquí?... ¡Este dibujo está al revés! ¡El rameado de la tela está hacia abajo!

**MAESTRO SASTRE**

El señor no me advirtió que lo quería hacia arriba.

**JOURDAIN**

¡Pero eso hay que advertirlo?

**MAESTRO SASTRE**

¡Claro está! Como todos los elegantes lo llevan así...

**JOURDAIN**

¿Los elegantes llevan los rameados hacia abajo?

MAESTRO SASTRE

Sí, señor.

JOURDAIN

Entonces, está bien.

MAESTRO SASTRE

Si el señor quiere, se los ponemos hacia arriba.

JOURDAIN

No, no.

MAESTRO SASTRE

Eso va en gusto; y si el señor los prefiere hacia arriba...

JOURDAIN

Os repito que no. Habéis hecho perfectamente poniéndolo así. ¿Creéis que me sentará bien el traje?

MAESTRO SASTRE

¡Qué preguntas me hacéis!... Desafío a un pintor a que haga con el pincel nada más ajustado. Tenemos en casa un oficial que es un verdadero genio haciendo *ringraves* (1); y otro que, como oficial de prueba, es el héroe de nuestra época.

JOURDAIN

¿Qué tal la peluca y las plumas?

---

(1) *Ringrave* o *rhingrave*. Prenda introducida por un caballero alemán.—Rheingraf, conde del Rhin.

**MAESTRO SASTRE**

Todo a pedir de boca.

**JOURDAIN**

*(Reparando en el traje que trae puesto el Maestro sastre.)*

¡Ah, demonio! ¿Qué es esto, señor sastre? Esta tela es mía; la que os llevé para el último traje que me hicisteis. La conozco muy bien.

**MAESTRO SASTRE**

Es que la tela me pareció de un gusto tan extraordinario, que quise tener yo un traje igual.

**JOURDAIN**

Está bien; pero no de mi tela.

**MAESTRO SASTRE**

¿Queréis probaros el traje?

**JOURDAIN**

Sí, venga.

**MAESTRO SASTRE**

Aguardad, que a cada cosa hay que darle lo suyo. Esta clase de prendas requieren cierto ceremonial, y he traído a mi gente para que os vistan a compás... ¡Eh!... Venid aquí todos a vestir al señor. Hacedlo como acostumbrais cuando se trata de personas de rango.

*(Cuatro oficiales, bailando a compás de la orquesta, se acercan a monsieur Jourdain, lo desnudan primeramente, poniéndole después el traje nuevo. Jourdain va de acá para allá, contoneándose, para que vean cómo le cae.)*

OFICIAL

Caballero... ¿hay algo para que beban los oficiales?

JOURDAIN

¿Cómo me has llamado?

OFICIAL

Caballero.

JOURDAIN

¡Caballero! ¡Lo que vale el enjaretarse bien! Se pasarían mil años, yendo uno vestido de cualquier modo, y seguro está que jamás se le ocurriría a nadie llamarle "caballero"... Toma. Ahí tienes, por tu "caballero".

OFICIAL

Gracias. Siempre a las órdenes de usía.

JOURDAIN

¡Usía!... ¡Ha dicho usía! Aguardad, amigos. Ese usía merece algo más. No es cualquier cosa llamarle a uno usía. Tomad: he aquí lo que os da usía.

OFICIAL

¡Ni uno solo de nosotros dejará de beber a la salud de su excelencia!



## JOURDAIN

¡Su excelencia! ¡Oh! ¡Oh! ¡Aguardad! No os marchéis tan pronto. ¡A mí "su excelencia"! Pero por este camino me van a dejar vacía la bolsa. Vaya... tomad por "mi excelencia".

## OFICIAL

Damos a usía las gracias por su generosidad.

## JOURDAIN

Ha hecho bien, porque les iba a dar cuanto tengo.

*(Los cuatro oficiales forman parejas para el baile, que constituye el segundo intermedio.)*

---

# ACTO TERCERO

---

## ESCENA PRIMERA

MONSIEUR JOURDAIN y CRIADOS

JOURDAIN

Seguidme. Voy a dar una vuelta por las calles para que me vean mi traje; pero cuidado bien los dos de marchar pisándome los talones, para que no quepa duda de que sois mis criados.

CRIADOS

Sí, señor.

JOURDAIN

Llamad a Nicolasa, que tengo que darle algunas órdenes. Quietos, que aquí viene.

## ESCENA II

NICOLASA, JOURDAIN y CRIADOS

JOURDAIN

¡Nicolasa!

NICOLASA

¿Qué manda el señor?

JOURDAIN

Oye.

NICOLASA

*(Sin poder contener la risa.)*

¡Ja, ja, ja, ja!

JOURDAIN

¿De qué te ríes?

NICOLASA

¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN

¿Qué le sucede a esta bribonaza?

NICOLASA

¡Ji, ji, ji! ¡Qué traje se ha puesto! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN

¿Qué significa esa risa?

NICOLASA

¡Ay, Dios mío! ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN

¿Qué desvergüenza es ésta? ¿Te burlas de mí?

NICOLASA

No, señor. Dios me libre... ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Como sigas riendo, te voy a dar un soplamocos!

NICOLASA

¡No puedo remediarlo, señor!... ¡Ji, ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Te callas!

NICOLASA

Perdóneme el señor; pero es que no puedo contener la risa viéndole tan ridículo. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Puede oírse mayor insolencia!

NICOLASA

¡Estáis tan gracioso con ese traje!... ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Te...!

NICOLASA

¡Os ruego que me perdonéis! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Te juro que, como vuelvas nada más que a sonreír, te largo la bofetada más terrible que jamás se haya dado!

NICOLASA

No, señor, no; ya no me río más. Ya lo veis, señor, cómo no me río.

JOURDAIN

¡Mucho ojo!... Es preciso que limpies inmediatamente...

NICOLASA

¡Ji, ji!

JOURDAIN

Que limpies a conciencia...

NICOLASA

¡Ji, ji!

JOURDAIN

Te estoy diciendo que es preciso que limpies la sala y...

NICOLASA

¡Ji, ji!

JOURDAIN

¡Otra vez!

NICOLASA

Dadme ahora mismo una paliza, señor; pero dejad que me ría hasta hartarme. ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Me estás quemando la paciencia!

NICOLASA

¡Dejadme que me ría! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN

¡Como llegue a echarte mano!...

NICOLASA

See... ñor... Es que, si no me río, revie... ento.  
¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN

Pero ¿se ha visto nunca bellaca semejante, que viene a reírseme insolentemente en mi cara, en lugar de obedecer mis órdenes!

NICOLASA

¿Qué me manda el señor?

JOURDAIN

Que cuides, grandísima bribona, de prepararlo todo para recibir las visitas que aguardo, y que comenzarán a venir dentro de un instante.

NICOLASA

¡Vaya!... ¡Ahora sí que se me han quitado las ganas de más risa! ¡Esas gentes que vienen a veros arman aquí tal barullo, que sólo con nombrármelas ya me pongo de mal humor!

JOURDAIN

Pues, para que no te enfades, prohibiré la entrada en mi casa a todo el mundo...

NICOLASA

Por lo menos, no debérfais dejar entrar a cierta gente.

### ESCENA III

MADAMA JOURDAIN, MONSIEUR JOURDAIN, NICOLASA  
y CRIADOS

MADAMA JOURDAIN

¡Bah! Ya tenemos una nueva historia. ¿Queréis decirme, señor marido, qué significa ese atalaje? ¿Os burláis vos del mundo, enjaezándoos de ese modo, o es que queréis que todo el mundo se desternille de risa al veros?

JOURDAIN

Sólo los tontos y las tontas, señora mía, podrán reirse de mí.

MADAMA JOURDAIN

Pues yo debo advertiros de que no han aguardado hasta hoy: hace ya tiempo que vuestras maneras sirven de diversión a todo el mundo.

JOURDAIN

Y ¿queréis decirme quién es todo ese mundo?

MADAMA JOURDAIN

Todo ese mundo es el de las personas razonables que tienen más luces que vos. Por mi parte, estoy escandalizada de la vida que lleváis. Mi casa ya no la conozco: podrá decirse, y con razón, que en ella todo el año es carnaval; y que,

desde muy temprano, por temor de que falte el tiempo en el día, comienzan a oírse músicas, y cantos, y tal zarabanda, que tienen ya indignada a la vecindad.

NICOLASA

Tiene razón la señora. No hay manera de ver la casa limpia con esa taífa de pelgares que introducís aquí. No parece sino que andan recogiendo en los zapatos todo el barro de la ciudad, para venir a dejarlo en estas salas, y que la pobre de Frasquita eche el hígado fregando los suelos.

JOURDAIN

¡Hola, y cómo se le ha soltado la lengua a esta palurda!

MADAMA JOURDAIN

¡Tiene muchísima razón, y más sentido del que vos demostráis! ¡Sería curioso averiguar para qué queréis un maestro de baile a vuestros años!

NICOLASA

¡Y el maestro de armas, que hace retemblar la casa pisando, y que acabará por desenladrillar-nos los suelos?

JOURDAIN

¡Chitón el ama y la criada!

MADAMA JOURDAIN

¡Quieres aprender a bailar para cuando no te sostengan las piernas?



NICOLASA

¿Es que pensáis matar a alguien?

JOURDAIN

¡Silencio, he dicho!... ¡Sois dos ignorantes, sin idea de las cosas!

MADAMA JOURDAIN

Más valiera que os ocuparais en casar a vuestra hija, que ya tiene edad para ello.

JOURDAIN

Me ocuparé el día en que se le presente un buen partido; pero, mientras tanto, quiero preocuparme de mí mismo, aprendiendo cuanto me agrade.

NICOLASA

Pues, para que el guiso tenga más substancia, he oído decir que hoy mismo ha tomado un maestro de filosofía.

JOURDAIN

Precisamente. Quiero aprender a razonar, tener ingenio, para discutir luego con gentes instruidas.

MADAMA JOURDAIN

¿Y cómo no se os ocurre iros a la escuela, para que, a vuestros años, os zurren con las disciplinas?

JOURDAIN

¿Quién sabe si no lo haga algún día?... ¡Y ahora mismo me dejaría azotar delante de todo el mundo, con tal de saber lo que se enseña en las escuelas!

NICOLASA

Lo creo; eso hace el pie pequeño.

JOURDAIN

Puede...

MADAMA JOURDAIN

Y, sobre todo, es muy necesario para el gobierno de la casa.

JOURDAIN

Absolutamente... Habláis las dos como dos bestias, cuya ignorancia produce sonrojo. ¿Queréis que os lo demuestre? A ver: ¿sabe alguna de vosotras qué es lo que está diciendo ahora mismo?

MADAMA JOURDAIN

¡Claro! Y sé que lo que digo está muy bien dicho, y que vos debiérais conducirlos de otro modo.

JOURDAIN

¡No me refiero a eso!... Os pregunto qué son las palabras que estáis pronunciando.

MADAMA JOURDAIN

Palabras mucho más sensatas que vuestra conducta.

JOURDAIN

Repito que no hablo de eso. Yo pregunto: Esto que hablo con vosotras, lo que estoy diciendo ahora mismo, ¿qué es?

MADAMA JOURDAIN

Un cuento tártaro.

JOURDAIN

No, no es un cuento. Lo que ambos decimos, lo que platicamos en este instante...

MADAMA JOURDAIN

¿Qué? Acaba...

JOURDAIN

¿Cómo se llama?

MADAMA JOURDAIN

Se llama... ¡como cada uno lo quiera llamar!

JOURDAIN

¡Se llama prosa, ignorante!

MADAMA JOURDAIN

¿Prosa?

JOURDAIN

Sí, prosa. Todo lo que es prosa no es verso, y

todo lo que no es verso, no es prosa (1). ¡Ea, aquí tienes lo que es estudiar!... Y tú: ¿Tú sabes lo que hay que hacer para pronunciar la U?

NICOLASA

¿Cómo?

JOURDAIN

A ver... ¿Qué es lo que haces cuando dices U?

NICOLASA

¿Qué?

JOURDAIN

Dilo, para que lo veas.

NICOLASA

U.

JOURDAIN

¿Qué has hecho?

NICOLASA

Decir U.

JOURDAIN

Sí; pero cuando dices U, ¿qué es lo que haces?

---

(1) *Tout ce qui n'est point vers n'est point prose*, dice la primera edición de la obra, a la cual nos atenemos. Creyendo descubrir una errata, la frase se ha rectificado, corrientemente, en esta forma: *Tout ce qui n'est point vers est prose*. Pero debe tenerse en cuenta que monsieur Jourdain se equivoca al repetir lo que le ha explicado el maestro de filosofía, como se ve a las pocas frases del diálogo cuando explica a Nicolasa la manera de pronunciar la U.

NICOLASA

Lo que el señor me manda.

JOURDAIN

¡Oh, es curioso tenérselas que haber con estas idiotas!... Lo que tú haces es sacar el hocico y acercar la mandíbula de arriba a la de abajo. U. ¿Lo estás viendo? U. ¿Ves la mueca que hago? U.

NICOLASA

Sí, es verdad.

MADAMA JOURDAIN

¡Es admirable!

JOURDAIN

¿Y si oyeráis aquello de O, y DA, DA, y FA, FA?...

MADAMA JOURDAIN

Y todo ese galimatías, ¿qué significa?

NICOLASA

¿De qué mal cura?

JOURDAIN

¡Es irritante tropezar con mujeres tan imbéciles!

MADAMA JOURDAIN

¡Bah! ¡A toda esa gente, con sus boberías, debieras mandarla a paseo.

## NICOLASA

Sobre todo, a ese trapacero de maestro de armas, que me deja los muebles con un dedo de polvo!

## JOURDAIN

¡Hola!... ¡Parece que la has tomado con el maestro de armas! Pero voy a hacerte ver ahora mismo tu impertinencia. (*Hace traer dos floretes y da uno a Nicolasa.*) Toma. Razón demostrativa: posición del cuerpo. Para parar en cuarta no hay más que hacer así... Para parar en tercia, esto... Nada más; y ¡ya puedes estar segura de que no hay en el mundo quien te mate. ¿Qué? ¿No es maravilloso llevar esta seguridad en sí mismo cuando uno va a batirse? Anda... atácame para que te convenzas.

## NICOLASA

Vamos a ver... (*Nicolasa lo acomete, dándole una zurra.*)

## JOURDAIN

¡Bueno está!... ¡Bueno!... ¡Que el diablo te lleve, granuja!

## NICOLASA

¿No me dijisteis que atacara?

## JOURDAIN

Sí, pero me acometes en tercia antes de haber atacado en cuarta; y además, te impacientas y no aguardas a que yo pare.

## MADAMA JOURDAIN

¡Estas extravagancias os han hecho perder el juicio!... Y todo ello viene desde que os dió por la nobleza.

## JOURDAIN

Ese fué mi primer momento de lucidez, porque siempre será mejor alternar con nobles que frecuentar relaciones plebeyas.

## MADAMA JOURDAIN

¡Qué duda cabe!... ¡Se gana mucho codeándose con la nobleza. No hay más que ver el negocio que habéis hecho con ese buen mozo de señor conde, por el que os ha entrado verdadera debilidad.

## JOURDAIN

¡Alto ahí, señora mía, y pensad en lo que decís!... No sabéis de quién habláis, cuando habláis de él con ligereza. Se trata de un personaje mucho más importante de lo que podéis imaginar: de un caballero que goza de consideración en la corte, y que habla con el rey, ni más ni menos que como yo hablo con vosotras... Y ¿no es para mí un honor que vean a una persona tan encopetada frecuentar mi casa, llamarme su querido amigo, y tratarme como de igual a igual?... ¿Y las distinciones que usa conmigo? Delante de todo el mundo me colma de tales agasajos que yo mismo me avergüenzo.

MADAMA JOURDAIN

Sí, sí; muchas distinciones y agasajos para que aflojéis vuestra bolsa.

JOURDAIN

¿Y qué? ¿No es un honor prestar a un hombre de su rango? ¿Qué menos puedo hacer por un caballero que me llama su querido amigo?

MADAMA JOURDAIN

Y él, ¿qué hace por vos?

JOURDAIN

Cosas que asombrarían si se supieran.

MADAMA JOURDAIN

¿Cuáles?

JOURDAIN

¡Basta, porque no puedo dar explicaciones! Sabed únicamente que, si yo le hice algún anticipo, me reembolsará íntegramente mi dinero.

MADAMA JOURDAIN

Sí, sí; aguardad un poco.

JOURDAIN

¡Me ha dado su palabra de honor!

MADAMA JOURDAIN

¡Vaya un romance!



JOURDAIN

¡Por Dios que estáis terca! Os digo que me cumplirá su palabra, estoy seguro.

MADAMA JOURDAIN

Y yo estoy persuadida de que no os la cumple, y de que os engaña con sus arrumacos.

JOURDAIN

Callaos, que aquí llega.

MADAMA JOURDAIN

Es lo único que nos faltaba. Apostaría a que viene por dinero. ¡Me empacha nada más que verle!

JOURDAIN

¡Callad, os repito!

#### ESCENA IV

DORANTE, MONSIEUR JOURDAIN, MADAMA JOURDAIN  
y NICOLASA

DORANTE

¡Mi querido amigo! ¿Qué tal?

JOURDAIN

Muy bien, señor, para serviros.

DORANTE

Y a vos, señora, ¿cómo os va?

MADAMA JOURDAIN

Tirando de la vida...

DORANTE

Pero ¿qué es esto, amigo mío? Os encuentro hecho un brazo de mar.

JOURDAIN

Ya veis...

DORANTE

¡Y qué porte que os da este traje!... Bien podríais competir en arrogancia con los jóvenes más apuestos de nuestra sociedad.

JOURDAIN

¡Bah!...

MADAMA JOURDAIN. (*Aparte.*)

¡Ya le rasca donde le pica!...

DORANTE

Volveos... ¡Intachable!

MADAMA JOURDAIN. (*Aparte.*)

Tan lerdo por detrás como por delante.

DORANTE

Tenía verdadera impaciencia de veros. Sois el

hombre a quien más estimo en el mundo, y esta mañana he vuelto a hablar de vos en la cámara de su majestad.

JOURDAIN

Me hacéis demasiado honor. (*A madama Jourdain.*) ¡En la cámara de su majestad!

DORANTE

Pero, cubríos...

JOURDAIN

Sé el respeto que os debo, señor.

DORANTE

Excusaos de ceremonias conmigo, os lo ruego.

JOURDAIN

Señor...

DORANTE

Cubríos, porque entre amigos...

JOURDAIN

No soy más que un servidor vuestro.

DORANTE

Pues no me cubriré si no os cubrís vos.

JOURDAIN

Prefiero la incorrección a seros importuno.

DORANTE

Soy vuestro deudor, como sabéis.

MADAMA JOURDAIN. (*Aparte.*)

¡Y tanto como lo sabemos!

DORANTE

En varias ocasiones me habéis prestado dinero generosamente, y, en verdad, os estoy reconocido.

JOURDAIN

¿Os burláis de mí, señor?

DORANTE

Pero yo sé pagar lo que se me presta y reconocer los favores que se me hacen.

JOURDAIN

¿Quién lo duda?

DORANTE

Quiero liquidar con vos, y he venido a que ajustemos nuestras cuentas.

JOURDAIN. (*Bajo, a su mujer.*)

¿Oís? ¿Comprendéis ahora vuestra impertinencia, señora?

DORANTE

Soy hombre que le gusta pagar cuanto antes.

JOURDAIN. (*Bajo, a madama Jourdain.*)

¿Qué os decía yo?

DORANTE

Veamos qué es lo que os debo.

JOURDAIN. (*Bajo, a su mujer.*)

¡Ved vuestras ridículas sospechas!

DORANTE

¿Recordáis bien todas las cantidades que me habéis prestado?

JOURDAIN

Creo que sí; pero podemos ver mis anotaciones. Aquí está... Una entrega de doscientos lises.

DORANTE

Es verdad.

JOURDAIN

Otra entrega de ciento veinte.

DORANTE

Sí.

JOURDAIN

En otra ocasión ciento cuarenta.

DORANTE

Tenéis razón.

JOURDAIN

Estas tres partidas suman cuatrocientos sesenta luises, o sean cinco mil sesenta libras.

DORANTE

La cuenta está exacta. Cinco mil sesenta libras.

JOURDAIN

Mil ochocientas treinta y dos libras a vuestro plumajero.

DORANTE

¡Justo!

JOURDAIN

Dos mil setecientas ochenta libras a vuestro sastre.

DORANTE

¡Cabal!

JOURDAIN

Cuatro mil trescientas setenta y nueve libras, doce sueldos y ocho dineros al especiero.

DORANTE

Doce sueldos y ocho dineros: ésa es la cuenta justa.

JOURDAIN

Por último, a vuestro guarnicionero, mil setecientas cuarenta y ocho libras, seis sueldos y cuatro dineros.

DORANTE

Todas las partidas son exactas. Y ¿asciende a...?

JOURDAIN

Suma total, quince mil ochocientas libras.

DORANTE

¡Justo, justo! ¡Quince mil ochocientas libras!... Agregad ahora doscientos doblones que me vais a dar, y tendremos diez y ocho mil francos en cuenta redonda, que os pagaré en la primera ocasión.

MADAMA JOURDAIN. (*Bajo, a su marido.*)

¿Qué?... ¿Me he equivocado?

JOURDAIN. (*Bajo, a su mujer.*)

¡Dejadme en paz!

DORANTE

¿Si os contraría el entregarme esa suma...?

JOURDAIN

De ningún modo...

MADAMA JOURDAIN. (*Bajo, a Jourdain.*)

Este hombre te toma por una vaca de leche.

JOURDAIN. (*Bajo, a su esposa.*)

¡Callad!

DORANTE

Repito que si os incomoda iré a buscar ese pi-  
quillo a otra parte.

JOURDAIN

No, señor.

MADAMA JOURDAIN. (*Bajo, a su marido.*)

¡No estará satisfecho hasta que no os haya  
arruinado!

JOURDAIN. (*Bajo, a su mujer.*)

¿No os callaréis?

DORANTE

Si os ocasiona la menor dificultad, no tenéis más  
que decírmelo...

JOURDAIN

Nada de eso, señor.

MADAMA JOURDAIN. (*Bajo, a Jourdain.*)

¡Es un verdadero truhán!

JOURDAIN. (*Bajo, a su mujer.*)

¡Silencio, os digo!

MADAMA JOURDAIN

¡Os chupará hasta el último maravedí!



JOURDAIN

¿Pero no os callaréis?

DORANTE

Son muchas las personas a quienes podría recurrir y que me anticiparían con gusto cuanto les pidiera; pero, siendo vos mi mejor amigo, he supuesto que me lo llevaríais a mal, si me dirigiera a cualquier otro.

JOURDAIN

Me hacéis demasiado honor, y ahora mismo voy a complaceros en vuestro deseo.

MADAMA JOURDAIN. (*Bajo, a Jourdain.*)

¿Cómo! ¿Todavía le vais a dar más?

JOURDAIN. (*Bajo, a su mujer.*)

¿Qué le he de hacer? ¿Queréis que me niegue a un hombre de su condición, y que ha hablado de mí esta mañana en la cámara del rey?

MADAMA JOURDAIN. (*Bajo, a su marido, que sale.*)

¡Anda, que eres un bobo de remate!

## ESCENA V

DORANTE, MADAMA JOURDAIN y NICOLASA

DORANTE

Parecéis muy triste, señora, ¿qué os pasa?

MADAMA JOURDAIN

Que, sin que se me haya hinchado, tengo la cabeza más gorda que el puño.

DORANTE

¿Qué es de vuestra hija, que no se la ve?

MADAMA JOURDAIN

Se encuentra tan a gusto donde está...

DORANTE

¿Cómo anda?

MADAMA JOURDAIN

Anda con sus pies.

DORANTE

¿Por qué no venís una de estas noches a ver el baile y la representación que dan en palacio?

MADAMA JOURDAIN

No es mala idea; ¡porque tenemos unas ganas de reír!... ¡Si supierais las ganas de reír que tenemos!

DORANTE

Tan bella, y con un carácter tan jovial, habréis tenido en vuestra juventud un enjambre de adoradores.

## MADAMA JOURDAIN

¡Recaramba, señor, que aún no estoy en la de crepitud ni chocheando!

## DORANTE

Perdonadme, señora, que no haya reparado en vuestra frescura. ¡Soy tan distraído! Os ruego excuséis mi impertinencia.

## ESCENA VI

MONSIEUR JOURDAIN, MADAMA JOURDAIN, DORANTE  
y NICOLASA

## JOURDAIN

Aquí tenéis cien luises, contantes y sonantes.

## DORANTE

Señor Jourdain... os reitero una vez más mi adhesión y ardo en impaciencia por poderos ser útil en la corte.

## JOURDAIN

Muy reconocido...

## DORANTE

Si vuestra esposa desea asistir a las diversiones de palacio, tendré el gusto de proporcionarle uno de los mejores sitios de la sala.

## MADAMA JOURDAIN

Beso a usted la mano, señor mío.

DORANTE. (*Bajo, a Jourdain.*)

Como os lo indicaba en mi carta, nuestra encantadora marquesa vendrá luego para asistir a la comida y al baile. Además, le he arrancado la promesa de que aceptará el agasajo que queréis ofrecerle.

JOURDAIN

Retirémonos un poco más allá, por si acaso.

DORANTE

Como hace ocho días que no nos vemos, no he podido daros cuenta de lo ocurrido a propósito del diamante que me entregasteis para que se lo regalara de vuestra parte... ¡Me ha costado Dios y ayuda vencer sus escrúpulos, y hasta hoy mismo no he logrado resolverla a que lo acepte!

JOURDAIN

¿Y qué le ha parecido?

DORANTE

¡Maravilloso!... Y, o mucho me equivoco, o la belleza de esa joya ha de influir en vuestro favor de un modo admirable.

JOURDAIN

¡El cielo lo permita!

MADAMA JOURDAIN. (*A Nicolasa.*)

Teniéndole al lado pierde el tino, y no acierta a separarse de él.

DORANTE

La he ponderado, como se merece, lo rico del regalo y la intensidad de vuestro amor.

JOURDAIN

Vuestras bondades me alarman, me confunden y me colocan en el trance más difícil del mundo, viéndoos a vos, una persona de vuestras prendas, descender por mí hasta el extremo que lo hacéis.

DORANTE

¿Queréis chancearos? Entre amigos no reza los escrúpulos. ¿No haríais vos por mí otro tanto llegada la ocasión?

JOURDAIN

¡Quién lo duda!... ¡De todo corazón os lo fío!

MADAMA JOURDAIN. (*A Nicolasa.*)

¡No lo puedo aguantar! Su presencia es como una losa que me cayera encima.

DORANTE

Tratándose de servir a un amigo, yo no reparo en medios. Por eso, cuando os confiasteis a mí, expresándome el fuego en que os había prendido

esta linda marquesa, cuya casa yo frecuentaba, inmediatamente, de buena voluntad me ofrecí a vos como medianero de vuestras pretensiones.

JOURDAIN

Es cierto; y esa solicitud vuestra es la que me agobia.

MADAMA JOURDAIN. (*A Nicolasa.*)

¡Pero no se irá nunca!

NICOLASA

Hacen muy buenas migas.

DORANTE

Habéis dado en el flaco, conduciéndoos por la mejor vereda para llegar hasta su corazón. No hay cosa que prive tanto a una mujer como los despilfarros hechos en su obsequio; y vuestras repetidas serenatas, vuestras flores de todos los días, aquellos sorprendentes fuegos de artificio quemados sobre el agua, el diamante que la habéis enviado y la fiesta que le preparáis, todo ello le ha hablado más persuasivamente de vuestro amor que las palabras que vos mismo hubiérais podido decirle.

JOURDAIN

No habrá gastos que yo no haga, si ellos han de ayudarme en mis deseos. No hay para mí mayor atractivo que los encantos de una noble dama, y

este honor estoy decidido a adquirirlo al precio de cuanto poseo.

MADAMA JOURDAIN. (*A Nicolasa.*)

¿Qué se estarán diciendo?... Acércate con suavidad y alarga la oreja.

DORANTE

En breve gozaréis del hechizo de su presencia y vuestros ojos tendrán lugar de satisfacerse.

JOURDAIN

Para que estemos libres, he dispuesto que mi mujer vaya a almorzar a casa de mi hermana, donde pasará toda la tarde.

DORANTE

Es una precaución muy atinada, pues vuestra esposa hubiera podido estorbarnos. Ya he dado en vuestro nombre las órdenes necesarias al cocinero y he dispuesto todo lo conveniente para el baile. Es composición mía, y, si los ejecutantes interpretan la idea, estoy seguro de que lo encontrará...

JOURDAIN

(*Que echa de ver a Nicolasa escuchando, le da un bofetón.*)

¡Hola!... ¡Sois una impertinente!... (*A Dorante.*)  
Salgamos, si queréis.

## ESCENA VII

MADAMA JOURDAIN y NICOLASA

NICOLASA

La curiosidad me ha costado cara; pero hemos descubierto que hay gato encerrado. Hablaban de un asunto del que no quieren que vos os enteréis.

MADAMA JOURDAIN

Mis sospechas no son de ahora; ya hacía tiempo que recelaba de mi marido. Y, mucho me engaño, o tenemos amoríos de por medio; pero yo he de descubrir lo que sea... Pensemos en mi hija. Ya sabes que Cleonte la ama: me agrada ese hombre, y estoy decidida a ayudarlo en sus pretensiones y a casarlo con Lucila, si puedo.

NICOLASA

No quepo en mí de gozo oyéndoos hablar así; porque si a vos el amo os agrada, no me agrada a mí menos el criado; y yo pensaba que, a la sombra de la de ellos, podría también celebrarse nuestra boda.

MADAMA JOURDAIN

Anda, ve a buscarle de parte mía; dile que venga a verme ahora mismo, para que juntos pidamos a mi marido la mano de Lucila.



## NICOLASA

¡Allá me voy, corriendo y más alegre que unas pascuas! No podíais darme una comisión más de mi agrado. (*Madama Jourdain sale.*) ¡Cómo voy a regocijar a todos!...

## ESCENA VIII

CLEONTE, COVIELLE y NICOLASA

NICOLASA

¡Oh, y qué a tiempo llegáis!... Soy portadora de júbilos, y vengo...

. CLEONTE

¡Aparta, pérfida, y no vengas a distraerme con tus engañadoras palabras!

NICOLASA

Es así como recibís...

CLEONTE

¡Aparta, te repito, y ve a decirle a la infiel de tu ama que nunca más podrá abusar de la extrema candidez de Cleonte!

NICOLASA

¿Qué mala hierba habéis pisado?... Explícame tú, mi Covielle, lo que significa todo esto.

COVIELLE

¿Tu Covielle, malvada?... Vamos, quítate pronto de mi vista, esperpento, y déjame en paz.

NICOLASA

¿Cómo?... ¿Tú a mí con esas?...

COVIELLE

¡Que te quites de mi vista te digo, y no vuelvas a hablarme en tu vida!

NICOLASA

¡Diantre! ¿Qué mosca les ha picado?... Vamos a informar del hecho a mi ama. (*Vase.*)

## ESCENA IX

CLEONTE y COVIELLE

CLEONTE

¿Se puede tratar de este modo a un amante?... ¡A un amante, el más fiel y el más apasionado de los amantes!

COVIELLE

¡Es espantoso lo que nos ha hecho!

CLEONTE

Mostrar por una persona todo el ardor y toda la ternura imaginables; no amar otra cosa en el

mundo sino a ella y hacerla dueña de su albedrío; consagrarle todas las atenciones, todos los deseos, todas las alegrías; no hablar más que de ella, no pensar más que en ella, soñar con ella, respirar por ella, alentar el corazón sólo por ella... ¡Y he aquí la justa recompensa a mi entera adhesión! Tras de dos días de no verla—que han sido para mí como dos espantosos siglos—la encuentro casualmente: a su vista mi corazón se siente transportado, el júbilo brilla en mi rostro y, con arrobamiento, vuelo hacia ella; pero la infiel aparta de la mía su mirada, y pasa brusca-mente como si jamás en su vida me hubiera visto.

COVIELLE

¡Yo digo otro tanto!

CLEONTE

¿Puede darse, Covielle, perfidia semejante a la de esa ingrata de Lucila?

COVIELLE

¿Y a la de esa truhana de Nicolasa, señor?

CLEONTE

¡Después de tan ardientes sacrificios, de tanto suspirar y de los votos hechos a su belleza!

COVIELLE

¡Después de tan asiduos homenajes, de tantos cuidados y servicios como la tributé en la cocina!

CLEONTE

¡Tantas lágrimas derramadas a sus pies!

COVIELLE

¡Tantos cubos de agua que saqué del pozo por ella!

CLEONTE

¡Tanto ardor como la he demostrado, queriéndola más que a mí mismo!

COVIELLE

¡Los calores que yo he pasado dando vueltas al asador en lugar suyo!

CLEONTE

¡Y huye de mí con desprecio!

COVIELLE

¡Y me vuelve las espaldas descaradamente!

CLEONTE

¡Es una perfidia digna del más duro castigo!

COVIELLE

¡Es una traición que merece mil soplamocos!

CLEONTE

¡Que no se te ocurra en la vida venirme a hablar de ella, te lo ruego!

COVIELLE

¿Yo?... ¡Dios me libre!

CLEONTE

No me vengas queriendo disculpar su inconstancia.

COVIELLE

No temáis tal cosa.

CLEONTE

Porque te advierto que todas las razones que encuentres para disculparla serán inútiles.

COVIELLE

Pero ¿quién piensa en eso?

CLEONTE

Quiero mantener mi resentimiento y romper relaciones con ella.

COVIELLE

Me parece muy bien.

CLEONTE

Probablemente, ese señor conde que visita la casa la ha entrado por el ojo; y, como si lo viera, su presunción se deja deslumbrar por el brillo de los cuarteles... Pero le juro por mi honor que sabré prevenirme al desbordamiento de su inconstancia; que he de seguir sus pasos por el cani-

no de mudanzas a que la veo correr, para que no le quepa la satisfacción de haberme desdeñado.

## COVIELLE

Bien pensado; y, por mi parte, meto baza con vos en el juego.

## CLEONTE

Alienta mi despecho y apoya mi resolución contra todos los residuos de amor que aún pudieran hablarme de ella. Te ruego encarecidamente que me digas lo más malo que se te ocurra de su persona, pintándomela de tal modo que me parezca despreciable. Indícame, haciéndomelos resaltar, todos los defectos que hayas podido advertir en ella para que sienta hastío.

## COVIELLE

¿Qué os diré yo, señor, de esa doña Melindres, pretenciosa y ridícula, demasiado burda para inspiraros un amor semejante?... No encuentro en ella nada que no sea mediocre, y os tropezaréis con otras cien que sean más dignas de vos. Si la miramos a los ojos, tiene unos ojillos pequeñines...

## CLEONTE

Es verdad: los ojos son pequeños; pero tan llenos de fuego, con tanto brillo, tan penetrantes y con tal atractivo que, en el mundo, no se podrán ver otros iguales.

COVIELLE

Tiene la boca grande.

CLEONTE

Sí; pero con una gracia que no hallarás en las demás; y esa boca, en viéndola, inspira tales deseos, que es la más atrayente y amorosa del mundo.

COVIELLE

En cuanto a la estatura, no es alta.

CLEONTE

Ni alta ni baja: lo que se dice un talle cómodo.

COVIELLE

¿Y aquel afectado abandono en sus palabras y en sus ademanes?

CLEONTE

También es verdad, pero todo ello la agracia. Sus maneras tienen un no sé qué tan atrayente... un hechizo que se insinúa y penetra hasta lo íntimo del corazón..

COVIELLE

En lo que toca a su ingenio...

CLEONTE

¡Oh, Covielle! Su ingenio es el más fino y el más delicado.

COVIELLE

Su conversación...

CLEONTE

¡Encantadora conversación!

COVIELLE

¿Y por qué ha de estar siempre seria?

CLEONTE

¿Preferirías una de esas mujeres, siempre de buen humor y a todas horas con la sonrisa en los labios? ¿Hay nada más impertinente que la risa cuando no viene a cuento?

COVIELLE

¡No me negaréis que es la mujer más caprichosa de la tierra!

CLEONTE

De acuerdo con que es caprichosa; pero a las mujeres bonitas todo les sienta bien y todo se les soporta.

COVIELLE

Por este camino, señor, lo único que saco en claro son las ganas que tenéis de amarla para siempre.

CLEONTE

¿Yo?... ¡Antes la muerte! Y bien quisiera odiarla tanto como la he amado.



COVIELLE

¿Cómo es posible, hallándola tan repleta de perfecciones?

CLEONTE

Eso mismo hará que mi venganza sea más ruidosa, y pondrá bien de manifiesto la entereza de mi corazón; aborrecerla, despreciarla, encontrándola llena de belleza, de atractivos y de dulzura... Hela aquí.

## ESCENA X

CLEONTE, LUCILA, COVIELLE y NICOLASA

NICOLASA. (*A Lucila.*)

A mí me han echado la escandalosa.

LUCILA

Tiene que ser lo que te he dicho. Pero aquí está.

CLEONTE

No quiero ni hablarle.

COVIELLE

Y yo os he de imitar.

LUCILA

¿Qué es esto, Cleonte?... ¿Qué tenéis?

NICOLASA

¿Qué tenéis, Covielle?

LUCILA

¿Por qué estáis enojado?

NICOLASA

¿De qué viene tan mal humor?

LUCILA

¿Estáis mudo, Cleonte?

NICOLASA

¿Has perdido el habla, Covielle?

CLEONTE

¡Se necesita ser malvada!

COVIELLE

¡Hace falta ser Judas!

LUCILA

Ya veo que nuestro último encuentro os ha turbado el juicio.

CLEONTE

Cada cual reconoce su obra.

NICOLASA

El recibimiento de esta mañana te ha amoscado.

COVIELLE

Es fácil descubrir la hilaza.

LUCILA

¿No es verdad, Cleonte, que éste es el motivo de vuestro despecho?

CLEONTE

Sí, pÉrfida; ¡ya que me obligáis a decíroslo, ése es!... Pero os advierto que no triunfaréis en vuestra infidelidad, como habéis pensado; que he de ser yo el primero en romper con vos, para que no os toméis la ventaja de despedirme... Muchas penas me costará arrancar el amor que os tengo; me causará una gran pesadumbre y sufriré algún tiempo; pero, al fin, todo habrá terminado, y antes me partiré el corazón que dejarme vencer por la debilidad de tornar a vuestros amoríos.

COVIELLE

Idem per ídem.

LUCILA

Mucho ruido por bien poca cosa. Voy a deciros, Cleonte, el motivo que me obligó a apartarme de vos esta mañana.

CLEONTE

No, no quiero escuchar.

NICOLASA

Quiero que te enteres de por qué pasamos tan de prisa.

COVIELLE

No me da la gana de enterarme.

LUCILA

Sabed que esta mañana...

CLEONTE

Os digo que no.

NICOLASA

Has de saber que...

COVIELLE

No, traidora.

LUCILA

Escucha.

CLEONTE

Hemos acabado.

NICOLASA

Déjame que te diga.

COVIELLE

Estoy sordo.

LUCILA

¡Cleonte!

CLEONTE

¡No!

NICOLASA

¡Covielle!

COVIELLE  
¡Nada!

LUCILA  
¡Aguarda!

CLEONTE  
¡Cuentos!

NICOLASA  
¡Escúchame!

COVIELLE  
¡Patrañas!

LUCILA  
¡Un momento!

CLEONTE  
¡No, por cierto!

NICOLASA  
Un poco de paciencia.

COVIELLE  
¡Tarará!

LUCILA  
¡Dos palabras!

CLEONTE  
No; esto acabó.

NICOLASA  
¡Una palabra!

COVIELLE  
Ya está cerrado el trato.

LUCILA

Pues bien: ya que no queréis escucharme, manteneos en vuestra obstinación y haced lo que os acomode.

NICOLASA

¡Ya que te pones de ese modo, tómalo como quieras!...

CLEONTE

¡Sepamos de una vez el motivo de tan galante recibimiento!

LUCILA

No tengo ganas de dar explicaciones.

COVIELLE

Cuéntame esa historia.

NICOLASA

No estoy para regalarte el oído.

CLEONTE

Dime...

LUCILA

No digo nada.

COVIELLE

Cuéntame...

NICOLASA

No tengo que contar.

CLEONTE  
 Por favor...

LUCILA  
 Os digo que no.

COVIELLE  
 Por caridad...

NICOLASA  
 Perdone, hermano...

CLEONTE  
 Os lo ruego.

LUCILA  
 Dejadme.

COVIELLE  
 ¡Por éstas!...

NICOLASA  
 ¡Aparta de ahí!

CLEONTE  
 ¡Lucila!

LUCILA  
 No.

COVIELLE  
 ¡Nicolasa!

NICOLASA  
 ¡Punto en boca!

CLEONTE  
 ¡Por Dios bendito!...

LUCILA

No quiero.

COVIELLE

Háblame.

NICOLASA

Ni palabra.

CLEONTE

Desvaneced mis dudas.

LUCILA

No me tomaré la molestia.

COVIELLE

Cura mis males.

NICOLASA

No me da la gana.

CLEONTE

Pues bien: ya que os es indiferente libertarme o no de mis penas y justificaros del trato indigno que habéis dado a mis ansias, me veis ahora por última vez: huyo de vos, ingrata, y voy lejos de aquí a morir de aflicción y de amor.

COVIELLE

Yo seguiré sus pasos.

LUCILA

¡Cleonte!



NICOLASA  
¡Covielle!

CLEONTE  
¿Eh?

COVIELLE  
¿Llamáis?

LUCILA  
¿Adónde vas?

CLEONTE  
¡Adónde he dicho!

COVIELLE  
¡A morirnos!

LUCILA  
¿Vas a morir, Cleonte?

CLEONTE  
¡Sí, cruel, puesto que tú lo quieres!

LUCILA  
¿Yo desear tu muerte?

CLEONTE  
Sí.

LUCILA  
¿Quién os lo ha dicho?

CLEONTE  
¿No es desear mi muerte negaros a aclarar mis sospechas?

LUCILA

¿Y es culpa mía? Si os hubierais dignado escucharme, ¿no os habría yo explicado que la aventura de esta mañana, de que tanto os quejáis, ha sido motivada por la presencia de una anciana tía, que a todo trance quiere persuadirnos de que la sola proximidad de un hombre basta para deshonrar a una doncella?... ¿Que continuamente nos sermonea sobre este tema, y nos pinta a los hombres como demonios de los que hay que huir?...

NICOLASA

¡Ya tenéis aclarado el secreto!

CLEONTE

¿No me engaáis, Lucila?

COVIELLE

¿No querrás darme la castaña?

LUCILA

Nada más cierto que lo que acabo de deciros.

NICOLASA

Tal y como ocurrió.

COVIELLE

¿Nos damos por vencidos?

CLEONTE

¡Ah, Lucila...; una sola palabra de tu boca vuel-

ve el sosiego a mi corazón: es tan fácil dejarse persuadir de quien se ama!

COVIELLE

¡Qué fácilmente nos dejamos acariciar por estos endiablados animalitos!

## ESCENA XI

MADAMA JOURDAIN, CLEONTE, LUCILA, COVIELLE  
y NICOLASA

MADAMA JOURDAIN

Celebro el encontraros, Cleonte, porque venís a tiempo. Mi marido llega: disponeos a pedirle la mano de Lucila.

CLEONTE

¡Oh, señora, qué dulces me son sus palabras y cómo halagan mis deseos! ¿Podría yo recibir una orden más grata ni un favor máspreciado?

## ESCENA XII

JOURDAIN, MADAMA JOURDAIN, CLEONTE, LUCILA,  
COVIELLE y NICOLASA

CLEONTE

Señor: no he querido valerme de nadie para haceros una demanda que medito hace tiempo, y

que, por lo mucho que me afecta, debo ser yo mismo quien la haga. Así, pues, sin más rodeos, os suplico me concedáis el honor de ser vuestro yerno.

#### JOURDAÍN

Antes de responderos os suplico me digáis si sois noble.

#### CLEONTE

Señor: la generalidad no vacilaría en contestar a vuestra pregunta. El sentido de las palabras se tergiversa fácilmente, y en el día de hoy, en que las costumbres parecen autorizar el robo, cada cual se aplica ese título sin escrúpulo alguno. Por mi parte, os lo confieso, tengo sobre este punto un concepto algo más delicado. Creo que toda impostura es indigna de un hombre probo, y que es una bajeza disfrazar la condición en que hemos nacido, para presentarse al mundo con un nombre usurpado y queriendo hacerse pasar por lo que no es. Ciertamente que mis antecesores ocuparon cargos distinguidos, y que yo mismo, después de seis años de servicios en el ejército, he conseguido colocarme en una posición bastante honrosa; pero con todo ello, y no queriendo adjudicarme una condición que otros en mi lugar creerían poder aplicarse, os digo francamente que no soy noble.

#### JOURDAIN

Dadme la mano... Mi hija no es para vos.

CLEONTE

¿Cómo?

JOURDAIN

No sois noble, no seréis ya mi yerno.

MADAMA JOURDAIN

¿Y qué queréis decirnos con vuestra nobleza?  
¿Acaso pertenecemos nosotros a la casta de San Luis?

JOURDAIN

¡Callaos, que ya os veo venir, señora!

MADAMA JOURDAIN

¿De quién descendemos los dos, sino de padres muy decentes, pero plebeyos?

JOURDAIN

¡Puf, qué lenguaje!

MADAMA JOURDAIN

Vuestro padre, ¿no fué mercader como el mío?

JOURDAIN

¡Malditas sean todas las mujeres! ¡No han de callar jamás, y cuando abren la boca es para echarlo todo a perder!... Si vuestro padre fué tendero, peor para él; del mío sólo las malas lenguas lo podrán decir. Y basta ya: lo único que he de manifestaros es que quiero tener un yerno noble.

## MADAMA JOURDAIN

A vuestra hija, lo que habéis de buscarle es un marido que le convenga; y vale más un hombre honrado, rico y buen mozo que un noble pobretón y contrahecho.

## NICOLASA

¡Esa es la verdad! Y si no, acordaos del hijo de aquel señor de nuestro pueblo, tan empingotado; más bobo y más patizambo no lo hay.

## JOURDAIN

¡Calla tú, impertinente; que te has de entrometer a cada paso en la conversación! Mi hija es bastante rica, y lo único que se ha de procurar son honores; por eso quiero que sea marquesa.

## MADAMA JOURDAIN

¡Marquesa!

## JOURDAIN

Sí, marquesa.

## MADAMA JOURDAIN

¡Dios me libre!

## JOURDAIN

¡Es cosa decidida!

## MADAMA JOURDAIN

¡Pues no he de consentirlo!... ¡Cómo he de consentir que un yerno pueda echar en cara a mi

hija la condición de sus padres, y que el día de mañana mis nietos se avergüencen de llamarme abuela?... ¡Jamás consentiré en uno de esos matrimonios que no traen más que un semillero de disgustos! Todo son habladurías y comentarios: si no la ven, porque no la ven; y si se le ocurrió venir a visitarme en tren de gran señora, y al pasar, distraída, dejó de saludar a algún vecino... ¿para qué quieres más? “Habéis visto—dirán—qué tono se va dando la señora marquesa? Pues es la hija de los Jourdain. Todavía, hace algunos años, se daba por muy satisfecha viniendo a jugar con nosotras; ¡quién le había de decir que iba a verse tan emperejilada y pavoneándose de este modo! Los abuelos, que tenían tienda de paños en la Puerta de los Inocentes, amasaron un buen caudal para sus hijos; ahora están pagándolo, Dios sabe cómo, en el otro mundo, porque no se hacen fortunas por medios honrados”... No, no quiero dar que cotorrear a nadie. Mi hija se casará con un hombre, hombre y nada más, que le esté a ella obligado, y al que yo pueda decirle: “Siéntate ahí y almuerza conmigo.”

#### JOURDAIN

¡Sentimientos de espíritus mezquinos, apegados a su insignificancia! ¡No replicarme una palabra más! Mi hija será marquesa, a despecho de todo el mundo; y si me apretáis hasta hacerme montar en cólera, la hago duquesa.

## MADAMA JOURDAIN

No perdáis las esperanzas, Cleonte. Ven aquí, hija mía; ven a decirle a tu padre resueltamente que o te casas con él o no te casas.

## ESCENA XIII

CLEONTE y COVIELLE

COVIELLE

¡Buena la habéis hecho con vuestros sentimientos delicados!

CLEONTE

¿Qué queréis? Mis escrúpulos están por encima de mi conveniencia.

COVIELLE

¿Pero estáis en vuestros cabales, tomando en serio a un hombre como éste? ¿No veis que está rematado? ¿Qué trabajo os costaba seguirle la corriente en su chifladura?

CLEONTE

Tienes razón; pero no pensé nunca que fuera necesario acreditar limpieza de sangre para casarse con la hija del señor Jourdain.

COVIELLE

¡Ja, ja, ja!



CLEONTE

¿De qué te ríes?

COVIELLE

De una idea que acaba de ocurrírseme para darle un bromazo a ese loco y haceros conseguir lo que deseáis.

CLEONTE

¿Cómo?

COVIELLE

La ocurrencia es graciosa.

CLEONTE

¿Qué es?

COVIELLE

Hace algún tiempo se hizo una mascarada que viene como anillo al dedo para introducirla en la buila que le vamos a jugar a este tipo ridículo. Es una farsa que huele a vaya desde una legua; pero con él podemos arriesgarnos a todo sin recelo, porque es hombre dispuesto a posesionarse de su papel y representar a maravilla cuantos disparates se nos ocurran. Tengo actores y trajes; dejadme a mí conducir la trama.

CLEONTE

Pero dime...

COVIELLE

Ahora os lo explicaré todo; pero retirémonos, porque vuelve.

## ESCENA XIV

JOURDAIN *y el CRIADO*

JOURDAIN

¿Qué diablos es esto?... No tienen otra cosa que echarme en cara más que mi predilección por la grandeza, y para mí no hay nada tan agradable como alternar con ellos. Todo es nobleza y cortesía en el trato... ¡De buena gana diera yo dos dedos de la mano por haber nacido marqués o conde!

CRIADO

Señor... El señor conde y una dama a la que conduce de la mano.

JOURDAIN

¡Vaya por Dios! Aun tenía que dar algunas órdenes... Diles que entren, que vendré al momento.

## ESCENA XV

DORIMENA, DORANTE *y el CRIADO*

CRIADO

El señor me encargó decirlos que estará aquí inmediatamente.

DORANTE

Está bien.

DORIMENA

No sé; pero me parece que no obro bien, dejándome conducir por vos a una casa en la que no conozco a nadie.

DORANTE

¿Y qué lugar he de elegir para que mi amor os agasaje, ya que, por huir de la divulgación, habéis descartado vuestra casa y la mía?

DORIMENA

Pero ¿por qué no decís que, insensiblemente, un día y otro me obligáis a recibir testimonios de amor, cada vez más insinuantes? Yo he hecho cuanto he podido por defenderme; pero vuestra cortés insistencia, venciendo todos mis reparos, me ha obligado a acceder poco a poco a vuestros deseos. Han menudeado las visitas, y tras ellas las declaraciones aparejadas a serenatas y finezas; después han seguido los presentes... He querido resistirme a todo esto; pero vos, siempre lleno de ánimo y paso a paso, habéis ido ganando mi voluntad, hasta el punto de que, ahora mismo, no respondo de mí; y hasta creo que me conduciréis al matrimonio, del que tanto me había distanciado.

DORANTE

Ya debierais estar en él, señora. Sois viuda, y

sólo dependéis de vos; yo soy dueño de mí, y os amo más que a mi vida. ¿Qué es lo que se opone a que me hagáis feliz desde hoy mismo?

DORIMENA

¡Por Dios!... ¡Es necesario que uno y otro renuncen tantas cualidades para llegar a conseguir una mutua felicidad! Los dos seres más razonables del mundo dudarían siempre de llegar a constituir una unión de la que se hallaran plenamente satisfechos.

DORANTE

Hacéis mal imaginando tantas dificultades; y tened en cuenta que la experiencia que vos habéis hecho no quiere decir nada para los demás.

DORIMENA

Mis reflexiones giran siempre alrededor del mismo punto. Los gastos que os he visto hacer me inquietan por dos motivos: uno, porque me obligan a más de lo que quisiera; otro, porque estoy segura, y no os molestéis, de que os cuestan un sacrificio que yo no debo tolerar.

DORANTE

¡Callaos, señora, que no merece la pena hablar de tales pequeñeces, y no es por ahí...

DORIMENA

Yo sé bien lo que digo. Entre otras cosas, el

diamante que me habéis obligado a aceptar es de un precio...

DORANTE

Vamos, os lo ruego; no deis tanta importancia a una cosa que mi amor juzga indigna de vos, y sufrid... Aquí viene el amo de la casa.

## ESCENA XVI

JOURDAIN, DORIMENA, DORANTE y el CRIADO

JOURDAIN

*(Después de hacer dos reverencias, se encuentra demasiado próximo a Dorimena.)*

Un poco más atrás, señora.

DORIMENA

¿Cómo?

JOURDAIN

Un paso, si me hacéis el favor.

DORIMENA

¿Para qué?

JOURDAIN

Reculad un poco para que pueda hacer la tercera.

DORANTE

Mi amigo, señora, es un hombre galante; y sabe dar a cada uno lo que merece.

JOURDAIN

Señora: es una gloria para mí el verme tan afortunado y tan dichoso, al tener el honor que vos habéis tenido la bondad de concederme, haciéndome el honor de honrarme con el favor de vuestra presencia; y si yo tuviera igualmente méritos para merecer un mérito como el que me concedéis, y que el cielo... envidioso de mi suerte... me hubiese concedido... el privilegio de verme digno... de...

DORANTE

¡Basta! La señora, que ya sabe que sois hombre de ingenio, no gusta de cumplidas ceremonias. (*Bajo, a Dorimena.*) Es un burgués ridículo.

DORIMENA. (*Lo mismo.*)

Ya lo veo.

DORANTE. (*Alto.*)

Jourdain es mi mejor amigo.

JOURDAIN

Me hacéis demasiado favor.

DORANTE

De una galantería exquisita.

DORIMENA

Lo tengo en una gran estimación.

JOURDAIN

Aun no hice nada por merecer su gracia, señora.

DORANTE. (*Bajo, a Jourdain.*)

¡Cuidado con hablarle del diamante que le habéis ofrecido!

JOURDAIN. (*Bajo, a Dorante.*)

¿Ni siquiera preguntarle si le ha gustado?

DORANTE. (*Bajo, a Jourdain.*)

Guardaos bien de hacerlo. Sería una falta de corrección; y si queréis comportaros como un verdadero hombre de mundo, haced como si no fuerais vos quien se lo ha regalado. (*Alto.*) Mi amigo Jourdain dice que está encantado de veros en su casa.

DORIMENA

Me hace un gran honor.

JOURDAIN. (*Bajo, a Dorante.*)

¡Cuánto os agradezco el que habléis por mí de este modo!

DORANTE. (*Bajo, a Jourdain.*)

¡Me ha costado un trabajo impropio hacerla venir!

JOURDAIN. (*Bajo, a Dorante.*)

No sé cómo pagaros tantos favores.

DORANTE

Dice, señora, que le parecéis la criatura más bella del mundo.

DORIMENA

Favor que me hace...

JOURDAIN

Sois vos la que hacéis los favores, señora, y...

DORANTE

Pero ¿comemos?

CRIADOS. (*A Jourdain.*)

Todo está dispuesto, señor.

DORANTE

Pues a la mesa, y que entren los músicos.

(*Los seis cocineros que han preparado el festín bailan. Esta danza forma el tercer intermedio, terminado el cual entran una mesa servida de manjares.*)

---



# ACTO CUARTO

---

## ESCENA PRIMERA

DORANTE, DORIMENA, JOURDAIN, DOS MUSICOS, UNA  
CANTANTE y CRIADOS

DORIMENA

¿Qué es esto, Dorante?... ¡Es un banquete en toda regla!

JOURDAIN

¿Os burláis, señora? Mi humilde mesa es indigna de vos. *(Se sientan a la mesa.)*

DORANTE

Dice bien: el banquete es indigno de vos, señora; pero, al hablar de ese modo, mi amigo Jourdain me obliga a haceros los honores de su casa, ya que habiendo sido yo, que carezco de las condiciones que poseen nuestros amigos, quien lo dispuso todo, no se os podrá ofrecer un festín en el que se hayan observado las reglas del arte. Encontraréis en él incongruencias y barbarismos. ¡Ah, si Damis hubiera intervenido sería otra

cosa! Saltarían a la vista su elegancia y su erudición, derrochadas hasta en el más insignificante detalle; y él mismo os elogiaría cada uno de los platos que se sirvieran, obligándoos a confesar su extraordinaria capacidad en el conocimiento de los manjares exquisitos. Os hablaría de un pan (1) de bordes dorados, todo hecho corteza, y que coscurrea al meterle el diente; de un vino de un sabor aterciopelado, aunque su color verde no sea muy excitante; de unas espaldillas de carnero aderezadas con perejil; de un lomo de ternera (2) así de grande, blanco y delicado, que se paladea como pasta de almendras; perdices de un tufillo excitante... y, como obra suya, os hubiera ofrecido un caldo perlado y un pavo cebón, cantonado por cuatro pichoncitos y guarnecido de cebollas y hojas de achicoria. Yo, por mi parte, os declaro mi completa ignorancia; y, como Jourdain ha dicho muy bien, desearía que la comida fuera más digna de vos.

#### DORIMENA

Ya veis cómo respondí a vuestros cumplidos: comiendo de todo.

---

(1) *Pain de rive* dice el original. Según Littré, el *pain de rive* es el pan que se cuece en los extremos, en los bordes del horno, y que no teniendo contacto con los demás panes se cuece y se dora todo alrededor.

(2) *Veau de rivière* dice el original. Literalmente traduciríamos: "ternera de ribera", y como *veau-marin*, *veau de rivière* podríamos suponer que se refería a un pescado. Un comentarista nos dice que *veau de rivière* se refiere a una ternera criada en Normandía, en los prados de las riberas del Sena.

JOURDAIN

¡Oh, qué manos más lindas!

DORIMENA

Las manos son mediocres; pero, sin duda, vos os referís al diamante, que es precioso.

JOURDAIN

Os engañáis, señora. Y Dios me libre de cometer la incorrección de hablaros de él. Es una piedra vulgar.

DORIMENA

Estáis muy displicente.

JOURDAIN

Y vos demasiado bondadosa.

DORANTE

¡A ver!... Servidnos vino, y servid también a los músicos, que van a hacernos el favor de cantar un brindis.

DORIMENA

Es una idea exquisita la de sazonar las viandas con música. Nunca me vi tan deliciosamente agasajada.

JOURDAIN

Es, señora, que...

## DORANTE

Prestemos atención a los músicos; lo que ellos digan valdrá más que todo lo que nosotros pudiéramos decir.

*(Los músicos y la cantante toman los vasos y cantan acompañados por la orquesta.)*

## PRIMER BRINDIS

MUSICOS PRIMERO y SEGUNDO, *con copas en la mano.*

Para empezar la ronda, ¡oh, Filis!, dadme un dedito no más. La cristalina y frágil copa en vuestras manos adquiere más belleza; vos y el vino os prestáis nuevas armas que acrecientan mi amor... Por siempre vos, el vino y yo juremos un incesante amor.

---

Cuando humedece vuestros finos labios, ¡qué saturado de dulzuras queda!, al par que se embellecen. Tanta envidia me dais vos y el vino, que de ambos embriagarme pretendo con locura de amor...

Por siempre vos, el vino y yo juremos  
un incesante amor.

SEGUNDO *y* TERCER MUSICOS, *a dúo.*

Bebamos con premura,  
que no todos los días  
podemos embriagarnos.  
Dejemos discurrir  
a los tontos acerca  
del verdadero goce:  
nuestra filosofía  
nos dice que el placer está en el jarro.  
La sapiencia, los bienes y la gloria  
de preocuparnos nunca nos redimen:  
el vino solamente  
produce dichas en la humana casta.  
¡Sus, sus, escancia, mozo, el áureo vino  
hasta decirte basta!

## ESCENA II

MADAMA JOURDAIN, JOURDAIN, DORIMENA, DORANTE,  
MUSICOS *y* CRIADOS

MADAMA JOURDAIN

¡Oh, qué intimidad más agradable! Pero, por lo visto, no contábais conmigo... Ahora me explico vuestro empeño en enviarme a comer con mi hermana. Abajo he encontrado toda una compañía

de faranduleros y aquí un banquete de boda. En esto derrocháis vuestra hacienda: en obsequiar a señoras, dándoles comilonas y divirtiéndolas con música y representaciones mientras me mandáis a mí de paseo.

DORANTE

¿Qué queréis decir, y qué fantasías son esas de suponer que vuestro marido disipa sus bienes y que es él quien invita a esta dama? Tened bien entendido que soy yo; que él no hizo más que cederme su casa, y que vos debíerais meditar un poco más lo que decís.

JOURDAIN

¡Lo habéis oído, impertinente! Es el señor conde quien obsequia a esta distinguidísima señora; quien me hace el honor de utilizar mi casa y de sentarme en su compañía.

MADAMA JOURDAIN

¡Cuentos de camino! Yo sé muy bien lo que me hablo.

DORANTE

Pero os conviene poner os en cura de vuestra miopía.

MADAMA JOURDAIN

Veo perfectamente, señor; y, además, no soy tan arrimada a la cola que no me haya dado cuenta hace tiempo de lo que ocurre. Es indigno

de vos, de todo un conde, alentar, como lo viene haciendo, las extravagancias de mi marido. En cuanto a vos, señora, no es lo más decoroso, en una dama de vuestro rango, traer la discordia a una casa y tolerar que mi marido os galantee.

DORIMENA

¿Qué significa todo esto? (*A Dorante.*) ¿Habéis querido burlaros de mí exponiéndome a las necias imaginaciones de esta visionaria? (*Se va.*)

DORANTE

¿Adónde vais, señora?

JOURDAIN

¡Señora!... Dadle toda clase de excusas, señor conde, y procurad que vuelva... (*A madama Jourdain.*) ¡He aquí los frutos de vuestras impertinencias! Me ponéis en evidencia delante de todos y echáis de mi casa a personas tan distinguidas...

MADAMA JOURDAIN

Yo me río de tanta distinción.

JOURDAIN

¡Maldita seas!... No sé cómo me detengo y no te abro la cabeza con todo este servicio del banquete que has venido a perturbar. (*Se llevan la mesa.*)

MADAMA JOURDAIN. (*Saliendo.*)

También me río de esas bravatas. Defiendo mi derecho, y tendré de mi parte a todas las mujeres del mundo.

JOURDAIN

Hace bien en huir de mi cólera... Ha llegado en el instante más inoportuno; cuando yo estaba en vena de decir las cosas más lindas. Jamás me he sentido con tanta inspiración... Pero ¿qué será esto?

### ESCENA III

COVIELLE, *con un disfraz.* JOURDAIN y CRIADOS

COVIELLE

Señor: yo no sé si tengo el honor de que me conozcáis.

JOURDAIN

No, señor.

COVIELLE

Yo os conocí cuando no abultabais más que un comino.

JOURDAIN

¿A mí?

COVIELLE

A vos. Érais el niño más precioso del mundo, y todas las señoras os tomaban en brazos para besaros.



JOURDAIN

¡Para besarme!

COVIELLE

Sí. Yo fui íntimo amigo de vuestro difunto padre.

JOURDAIN

¿De mi difunto padre?

COVIELLE

Sí. Era un noble y leal caballero.

JOURDAIN

¿Cómo decís?

COVIELLE

Digo que era un noble y leal caballero.

JOURDAIN

¿Mi padre?

COVIELLE

Sí.

JOURDAIN

¿Y lo tratasteis mucho?

COVIELLE

Muchísimo.

JOURDAIN

¿Y era un caballero?

COVIELLE

¿Qué duda cabe?

JOURDAIN

¿Quién entiende a este mundo!

COVIELLE

¿Por qué?

JOURDAIN

¡Porque hay imbéciles que se atreven a asegurar que fué comerciante!

COVIELLE

¿Comerciante? ¡Imposturas de malhablados! No lo fué jamás. Lo único que se podría decir de él es que era servicial y oficioso como nadie; y, siendo inteligentísimo en paños, iba a buscarlos acá y allá, trayéndolos a casa, donde los ofrecía a sus amigos a cambio de dinero.

JOURDAIN

Estoy encantado de oiros, porque vos podréis dar testimonio de que mi padre fué un caballero.

COVIELLE

Lo sostendré ante todo el orbe.

JOURDAIN

Agradecidísimo. ¿Y qué os trae por acá?

COVIELLE

Después de haber conocido a vuestro noble y difunto padre, como os he dicho, he viajado por todo el mundo.

JOURDAIN

¡Por todo el mundo!

COVIELLE

Sí.

JOURDAIN

Será grande, ¿verdad?

COVIELLE

¡Mucho!... Pues vuelto apenas de mis largos viajes, movido del interés que me inspira todo lo que con vos se relaciona, vengo a comunicaros la noticia más estupenda.

JOURDAIN

¿Cuál?

COVIELLE

Ya sabéis que el hijo del Gran Turco está aquí.

JOURDAIN

No, no sabía.

COVIELLE

¡Cómo no! Trae una comitiva maravillosa; todo el mundo va a visitarlo, y se le ha recibido en el país como a un señor de la más elevada jerarquía.

JOURDAIN

Pues confieso que no sabía nada.

COVIELLE

Pero lo extraordinario para vos es que se ha enamorado de vuestra hija.

JOURDAIN

¿El hijo del Gran Turco?

COVIELLE

Sí, y quiere ser vuestro yerno.

JOURDAIN

¿Mi yerno el hijo del Gran Turco?

COVIELLE

El hijo del Gran Turco vuestro yerno. Fui a visitarle, y, como yo entiendo perfectamente su lengua, comenzamos a hablar... Charlamos de varios asuntos, y al final me dijo: "*Acciam croc so-ler onch alá mustaf gideleun amanaten varahini usere carbulath.*" Que significa: "¿Conoces a una joven bellísima, hija de un caballero parisién llamado Jourdain?"

JOURDAIN

¿El hijo del Gran Turco dijo eso de mí?

COVIELLE

Eso mismo. Y como le respondiera que os conocía particularmente y que conocía también a vues-

tra hija, exclamó, “¡Ah! *Marababa sahem.*” Que quiere decir: “¡Ah, estoy loco por ella!

JOURDAIN

¿*Marababa sahem* significa estoy loco por ella?

COVIELLE

Sí.

JOURDAIN

¡Por vida de Dios! Hacéis bien en decírmelo, porque no hubiera creído jamás que *Marababa sahem* significara “estoy loco por ella”. ¡Es un lenguaje admirable el turco!

COVIELLE

¡Mucho más admirable de lo que uno se figura. ¿Sabéis lo que quiere decir *Cacaracamuchen*?

JOURDAIN

¿*Cacaracamuchen*? No.

COVIELLE

Pues quiere decir alma mía.

JOURDAIN

¿*Cacaracamuchen* quiere decir alma mía?

COVIELLE

Sí.

JOURDAIN

¡Es maravilloso! ¿Quién iba a pensar que *Ca-*

*caracamuchen* significa alma mía?... ¡Es desconcertante!

COVIELLE

En fin: para cumplir con el objeto de mi embajada, terminaré diciéndoos que traigo la misión de pedir os la mano de vuestra hija. Su futuro esposo, para tener un suegro digno de él, os nombra *Mamamuqui*, que es una de las grandes dignidades de su reino.

JOURDAIN

¿*Mamamuqui*?

COVIELLE

Sí. *Mamamuqui*, que en nuestro idioma quiere decir paladín. Paladín es uno de aquellos antiguos títulos... paladín, en una palabra. No hay distinción de más alta nobleza en el mundo, y con ella podréis parangonaros con los más rancios dignatarios de la tierra.

JOURDAIN

El hijo del Gran Turco me honra demasiado, y os ruego que me llevéis a su presencia para darle las gracias.

COVIELLE

No es necesario, porque le veréis aquí.

JOURDAIN

¿Va a venir a mi casa?

COVIELLE

Sí. Y traerá consigo todo lo necesario para la ceremonia de vuestra exaltación.

JOURDAIN

¡Esto va por la posta!

COVIELLE

¡Su amor no tiene espera!

JOURDAIN

Lo único que me preocupa es que a mi hija, que es voluntariosa, se le ha metido entre ceja y ceja casarse con un tal Cleonte, y jura que no se ha de casar más que con él.

COVIELLE

En viéndole cambiará de opinión, porque ocurre una particularidad maravillosa: y es que el hijo del Gran Turco y el tal Cleonte, a quien acabo de ver, se parecen como dos gotas de agua. El amor que le ha inspirado el uno pasará fácilmente al otro, y... Me parece que llegan. Aquí está.

#### ESCENA IV

CLEONTE, *vestido de turco y acompañado de tres pajes que le llevan la cola.* JOURDAIN y COVIELLE, *disfrazado.*

CLEONTE

*Ambusahin oqui baraf, Jordina, sala malequi.*

COVIELLE

Quiere decirnos: "Señor Jourdain, vuestro cora-

zón se mantenga todo el año como un rosal florido." Son galanterías del país.

JOURDAIN

Humilde servidor de vuestra alteza turca.

COVIELLE

*Carigar cam boto ustín moraf.*

CLEONTE

*Ustín yoe catamalequi baum base ala moran.*

COVIELLE

Dice que el cielo os dé la fuerza del león y la prudencia de la serpiente.

JOURDAIN

Su alteza turca me honra en extremo, y le deseo toda suerte de prosperidades.

COVIELLE

*Ossa binamen sadoe babally aracaf uram.*

CLEONTE

*Bel-men.*

COVIELLE

Desea que vayáis inmediatamente con él para disponeros a la ceremonia, a fin de ver luego a vuestra hija y dejar terminado el matrimonio.



JOURDAIN

¿Todo eso en dos palabras?

COVIELLE

Todo eso. La lengua turca es así: hablando poco dice mucho. Haced al momento lo que os ordenan.

ESCENA V

DORANTE y COVIELLE

COVIELLE. (*Solo.*)

¡Ja, ja, ja! Esto es verdaderamente gracioso. ¡Qué infeliz! Si hubiera ensayado su papel no lo hace mejor... Señor: os ruego que nos ayudéis en el asunto que traemos aquí entre manos.

DORANTE. (*Sale.*)

¡Ah, eres tú, Covielle!... ¿Quién te hubiera reconocido con ese traje?

COVIELLE

Ya me veis.

DORANTE

Pero ¿de qué te refías?

COVIELLE

De algo que bien lo merece.

DORANTE

Cuéntame.

COVIELLE

Ya os daría yo, si llegarais a adivinar la estratagema que hemos urdido para decidir al señor Jourdain a que entregue su hija a mi amo.

DORANTE

No adivino; pero estoy seguro de que surtirá sus efectos andando tú en ella.

COVIELLE

Vos conocéis bien a este negado.

DORANTE

Explicame.

COVIELLE

Apartaos para dejar paso a lo que veo venir, y mientras presenciáis una parte de la tramoya, yo os contaré el resto.

*(La ceremonia turca para armar caballero a Jourdain se realiza bailando al son de la música. Esta parte constituye el cuarto intermedio.—El muftí, cuatro derviches, seis bailarines y seis músicos turcos, y varios instrumentistas más, son los actores de esta ceremonia.—El muftí, los derviches*

*y los doce turcos invocan a Mahoma. Después traen a Jourdain, vestido de turco, pero sin turbante ni espada, y le cantan:)*

## EL MUFTI

Si ti sabir,  
ti rispondir;  
se non sabir,  
tazir, tazir.  
Mi estar muftí.  
Ti, ¿qui estar ti?  
Non entender,  
tazir, tazir (1).

*(El muftí pregunta la religión a que pertenece el ceremoniado, y los turcos replican, asegurando que es mahometano.)*

## EL MUFTI

Di, turco, ¿qué estar éste? ¿Anabatista, anabatista?

## LOS TURCOS

Ioc.

## EL MUFTI

¿Zwinglista?

## LOS TURCOS

Ioc.

---

(1) Estas coplas y las que siguen están escritas en el franco de los berberiscos, que hablan una jerga, mezcla de italiano, español, francés, etc., y en la que los verbos sólo se emplean en infinitivo.

EL MUFTI

¿Coffita?

LOS TURCOS

Ioc.

EL MUFTI

¿Hussita, morista, fromista?

LOS TURCOS

Ioc, ioc, ioc.

EL MUFTI

Ioc, ioc, ioc. ¿Estar pagana?

LOS TURCOS

Ioc.

EL MUFTI

¿Luterana?

LOS TURCOS

Ioc.

EL MUFTI

¿Pantana?

LOS TURCOS

Ioc.

EL MUFTI

¿Bramina, moffina, zurina?

LOS TURCOS

Ioc.

EL MUFTI

Ioc, ioc, ioc. ¿Mahametana, mahametana?

LOS TURCOS

Hi valla. Hi valla.

EL MUFTI

¿Cómo llamara? ¿Cómo llamara?

LOS TURCOS

Giurdina, Giurdina.

EL MUFTI

*(Dando saltos.)*

Giurdina, Giurdina.

LOS TURCOS

Giurdina, Giurdina.

EL MUFTI

Mahometa per Giurdina  
mi pregar sera e matina,  
volar far un paladina  
de Giurdina, de Giurdina.  
Dar turbanta e dar searrina  
con galera e brigantina  
per defender Palestina.  
Mahameta, etc.

*(El muftí pregunta a los turcos si el exaltado  
permanecerá firme en su fe mahometana.)*

EL MUFTI

¿Estar bon turca Giurdina?

## LOS TURCOS

Hi valla.

EL MUFTI. (*Cantando y bailando.*)

Hu laba, bala chu, ba la ba, ba la da.

(*Los turcos repiten estos mismos versos.—El muftí propone entregar el turbante y canta lo que sigue:.*)

EL MUFTI. (*A Jourdain.*)

¿Ti non estar turba?

LOS TURCOS

No, no, no.

EL MUFTI

¿Non estar turbanta?

LOS TURCOS

No, no, no.

EL MUFTI

Donar turbanta, donar turbanta.

(*Los turcos repiten cuanto ha dicho el muftí antes de entregar a Jourdain el turbante. El muftí y los derviches se ponen los turbantes de ceremonia. Luego presentan el Corán al muftí, el cual hace una segunda invocación, ayudado por todos*

*los turcos, que le rodean. Tras de la invocación, entregan a Jourdain la espada y cantan de este modo:)*

Ti estar nobile, non estar fabbola.  
Pigliar schiabbola.

*(Los turcos repiten estos versos desenvainando los sables, y seis de ellos bailando alrededor de Jourdain, amagándole estocadas.—El muftí ordena a los turcos que apaleen al burgués, y canta así:)*

EL MUFTI

Dara, dara.  
Bastonara, bastonara.

*(Los turcos repiten los versos y lo apalean a compás.—El muftí, después de haberlo hecho apalear, dice, cantando:)*

Non tener honta,  
questa estar ultima affronta.

*(Los turcos repiten los versos.—El muftí invoca nuevamente y se retira, seguido de toda la turca comitiva, que sale cantando y bailando al son de varios instrumentos turcos.)*

---

# ACTO QUINTO

---

## ESCENA PRIMERA

MADAMA JOURDAIN *y* MONSIEUR JOURDAIN

MADAMA JOURDAIN

¡Dios mío, misericordia! ¿Qué es lo que veo? ¿Qué visión es ésta? ¿Es un Momo (1) o es que estamos en época de máscaras? Hablad. ¿Qué significa esto? ¿Quién os ha disfrazado así?

JOURDAIN

¡No seáis impertinente, hablando de este modo a un Mamamuquí!

MADAMA JOURDAIN

¿Cómo?

JOURDAIN

Desde ahora es menester que me tratéis con más respeto: acabo de ser nombrado Mamamuquí.

---

(1) Momo, dios de la risa, de la sátira y de la locura.



MADAMA JOURDAIN

¿Qué queréis decir con eso?

JOURDAIN

Que soy Mamamuquí, os repito.

MADAMA JOURDAIN

¿Y qué animal es ése?

JOURDAIN

Mamamuquí quiere decir en nuestra lengua paladín.

MADAMA JOURDAIN

¡Bueno estáis vos ya para bailes!

JOURDAIN

¡Ignorante! He dicho paladín, que es la dignidad que se me acaba de conceder, después de una gran ceremonia.

MADAMA JOURDAIN

¿Qué ceremonia ha sido ésa?

JOURDAIN

Mahameta per Giurdina.

MADAMA JOURDAIN

¿Y qué quiere decir eso?

JOURDAIN

Giurdina quiere decir Jourdain.

MADAMA JOURDAIN

Jourdain, ¿y qué?

JOURDAIN

Voler farar un paladina de Giurdina.

MADAMA JOURDAIN

¿Cómo?

JOURDAIN

Dar turbanta con galera.

MADAMA JOURDAIN

¿Qué estáis diciendo?

JOURDAIN

Per defender Palestina.

MADAMA JOURDAIN

¿Qué significa esta monserga?

JOURDAIN

Dara, dara, bastonara.

MADAMA JOURDAIN

¿Pero qué jerigonza es ésta?

JOURDAIN

Non tener honta, questa estar l'ultima affronta.

MADAMA JOURDAIN

¿Qué embrollos son éstos?

JOURDAIN. (*Cantando y bailando.*)

Hou la ba, ba la chu, ba la ba, ba la da.

MADAMA JOURDAIN

¡Ay, Dios mío, que mi marido se ha vuelto loco!

JOURDAIN. (*Marchándose.*)

¡Callaos, insolente, y usad de más respetos con el señor Mamamuquí!

MADAMA JOURDAIN

¿Cómo ha podido perder el juicio hasta tal extremo? Corramos, no sea que se le ocurra salir a la calle... (*Ve llegar a Dorimena y Dorante.*) ¡Ah, aquí viene a punto lo que nos faltaba! Por todas partes no le llegan a una más que disgustos.

## ESCENA II

DORANTE y DORIMENA

DORANTE

Veréis la cosa más chistosa que puede verse. No creo que se haya dado jamás en el mundo un caso de locura tan extraordinaria como la de este

hombre. Pero es preciso tomar parte en la mascarada para favorecer los deseos de una persona tan estimable como Cleonte.

DORIMENA

Le tengo en gran aprecio, y le creo digno de la mejor suerte.

DORANTE

Además, no debemos perder el espectáculo que se nos ofrece, y por mi parte quiero ver si se logra mi idea.

DORIMENA

Ahora acabo de ver los magníficos preparativos, y os declaro, Dorante, que son cosas que no he de tolerar. He decidido impedir todos los despilfarros que hacéis por mi causa; y para terminar de una vez, he resuelto que nos casemos inmediatamente. El matrimonio será el mejor recurso para acabar con todo esto.

DORANTE

¡Oh! ¿Es posible que hayáis tomado una resolución tan grata para mí?

DORIMENA

Quiero evitar que os arruinéis; y sin esa determinación, estoy segura de que muy pronto no tendríais un maravedí.

## DORANTE

¡Cómo podré yo agradecer vuestros cuidados en conservar mi patrimonio! A vos os pertenece, por entero, como vuestro es también mi corazón, para que dispongáis de él a vuestro capricho.

## DORIMENA

Me utilizaré de una cosa y de otra. Pero aquí llega vuestro amigo. ¡El porte es admirable!

## ESCENA III

## JOURDAIN, DORANTE y DORIMENA

## DORANTE

Venimos, señor, a rendir homenaje a vuestra nueva dignidad y a congratularnos con vos del enlace de vuestra hija con el heredero del Gran Turco.

## JOURDAIN

*(Después de hacer una gran reverencia.)*

Señor, os deseo la fuerza de la serpiente y la prudencia del león.

## DORIMENA

He querido ser la primera en venir a felicitaros por vuestro encumbramiento.

## JOURDAIN

Que vuestro rosal permanezca todo el año florido, señora. Os agradezco infinitamente la participación que tomáis en mis venturas, felicitándome de veros aquí para daros excusas por las extravagancias de mi esposa.

## DORIMENA

No hablemos de eso. Sus arrebatos tienen muy razonable disculpa en el tesoro inapreciable de vuestro corazón, y no es extraño que la posesión de un hombre como vos inspire cierta alarma.

## JOURDAIN

La posesión de mi corazón es cosa vuestra.

## DORANTE

Ya veis, señora, que la prosperidad no lo ha cegado, y que, desde su altura, reconoce aún a los amigos.

## DORIMENA

Signo de su generosidad.

## DORANTE

¿Dónde está ahora su alteza? Quisiéramos, en calidad de amigos vuestros, ofrecerle nuestra adhesión.

## JOURDAIN

Aquí llega, y ya he mandado llamar a mi hija para entregársela.

## ESCENA IV

CLEONTE, COVIELLE, JOURDAIN, *etc.*

DORANTE

¡Señor!... Como amigos de vuestro suegro, venimos a saludar a vuestra alteza, ofreciéndole nuestros respetos y nuestros humildes servicios.

JOURDAIN

¿Dónde está el intérprete para que le diga quiénes sois y le repita vuestras palabras? Ya veréis cómo os responde; habla maravillosamente el turco... Pero ¿dónde diablos estará?... (*A Cleonte.*) Struf, strif, strof, straf. El señor es un gran signori, grande signora, grande signore; y la señora una granda dama, granda dama. ¡Ahí! ¡El Mamamuquí francés, y ella Mamamuquí francesa. No puedo hablar más claramente... ¡Vamos, ya está aquí el truchiman! ¿Dónde os habéis metido? No hemos podido entendernos. Decidle que el señor y la señora son mis amigos, personas de alta calidad, que vienen a saludarle y a ponerse a sus órdenes. Ahora veréis cómo contesta.

COVIELLE

Alabala crociam acci boram ala bamen.

CLEONTE

Cataliqui tubal urin s'oter amaluchan.

JOURDAIN

¿Estáis viendo?

COVIELLE

Dice que una lluvia de prosperidades riegue perpetuamente el jardín de vuestra familia.

JOURDAIN

¿No os dije yo que hablaba el turco?

DORANTE

¡Es admirable!

## ESCENA V

LUCILA, JOURDAIN, DORANTE, DORIMENA, *etc.*

JOURDAIN

Acércate, hija mía, y da la mano a este señor, que te hace el honor de pedirte como esposa.

LUCILA

¡Cómo! ¿Qué decís, padre mío? ¿Queréis representar una farsa?

JOURDAIN

No, no; no es una farsa: es un asunto muy serio y el más honroso que hubieras podido imaginar. He aquí el marido a quien estás destinada.



LUCILA

¿Yo?

JOURDAIN

Sí, tú. Dale la mano y agradece a los cielos la dicha que te depara.

LUCILA

Yo no quiero casarme.

JOURDAIN

Pues yo, que soy tu padre, sí lo quiero.

LUCILA

¡Como si no!

JOURDAIN

¡Nada de escenas!... ¡Dadle la mano, como os he dicho!

LUCILA

No, padre mío. Ya os dije que no habrá poder en el mundo que me obligue a admitir por esposo a otro que a Cleonte, y llegaré al último extremo antes que... (*Reconociendo a Cleonte.*) Pero bien mirado, vous sois mi padre, a quien debo entera obediencia, y que puede disponer de mí a su capricho.

JOURDAIN

¡Ah!... Me complazco viéndote recobrar tan prontamente el sentimiento de tu deber, y celebro tener una hija obediente.

ESCENA VI

MADAMA JOURDAIN, MONSIEUR JOURDAIN, CLEONTE,  
*etcétera.*

MADAMA JOURDAIN

¿Qué pasa?... ¿Qué quiere decir todo esto? Me han dicho que queréis casar a vuestra hija con un mascarón?

JOURDAIN

¿Queréis callaros, impertinente? ¿Cuándo dejaréis de mezclaros en todo con vuestras intempestivas extravagancias? ¡No hay medio de haceros entrar en razón!

MADAMA JOURDAIN

Sois vos el incorregible y el que va de locura en locura. ¿Cuál es vuestro propósito y qué pretendéis con todo esto?

JOURDAIN

Pretendo casar a Lucila con el hijo del Gran Turco.

MADAMA JOURDAIN

¿Con el hijo del Gran Turco?

JOURDAIN

Sí. Saludadle por mediación del truchimán, aquí presente.

MADAMA JOURDAIN

No tengo nada que ver con el truchimán. Yo misma le diré en su cara que jamás le entregaré mi hija.

JOURDAIN

Una vez más os repito que calléis.

DORANTE

¡Cómo! ¿Os opondréis a un honor semejante?  
¿Rehusaréis a emparentar con su alteza turca?

MADAMA JOURDAIN

Señor mío, ocupaos de vuestros asuntos.

DORIMENA

Es una gloria que no se puede despreciar.

MADAMA JOURDAIN

Ruego a usted igualmente, señora, que no pase cuidado por lo que no le importa.

DORANTE

Es la amistad la que nos obliga a interesarnos por vuestro encumbramiento.

MADAMA JOURDAIN

No me hará daño prescindir de tal amistad.

DORANTE

Tened en cuenta que vuestra hija accede a los deseos de su padre.

MADAMA JOURDAIN

¡Mi hija consiente en casarse con un turco?

DORANTE

Indudablemente.

MADAMA JOURDAIN

¿Y puede olvidar a Cleonte?

DORANTE

¡Qué no hará una mujer por encumbrarse a la categoría de gran dama!

MADAMA JOURDAIN

¡Si eso fuese verdad, la estrangulaba!

JOURDAIN

¡Basta ya! Os repito que se celebrará el matrimonio.

MADAMA JOURDAIN

Y yo os digo que no.

JOURDAIN

¡Qué porfía!

LUCILA

¡Mamá!

MADAMA JOURDAIN

¡Aparta! Eres una coqueta.

JOURDAIN

¡Cómo! ¿La reprendéis porque me obedece?

MADAMA JOURDAIN

Sí. Tengo sobre ella los mismos derechos que vos.

COVIELLE

Señora.

MADAMA JOURDAIN

¿Qué es lo que queréis?

COVIELLE

Una palabra.

MADAMA JOURDAIN

No me interesa.

COVIELLE. (*A Jourdain.*)

Si quisiera escuchar reservadamente una palabra, yo os respondería de su consentimiento.

MADAMA JOURDAIN

¡Jamás!

COVIELLE

Haced la prueba.

MADAMA JOURDAIN

¡No!

JOURDAIN

Escuchadle.

MADAMA JOURDAIN

¡No quiero!

JOURDAIN

El os dirá...

MADAMA JOURDAIN

No quiero que me diga nada.

JOURDAIN

¡Qué obstinación! ¡Qué daño os puede ocasionar escucharle?

COVIELLE

Oídme, y después haced lo que os dé la gana.

MADAMA JOURDAIN

¡Hablad de una vez!

COVIELLE. (*Aparte, a madama Jourdain.*)

¡Os estamos haciendo señas hace una hora!... ¡No comprendéis que todo esto es por seguirle la corriente a vuestro marido, al que hemos chasqueado disfrazándonos, y que ese hijo del Gran Turco es Cleonte en persona?

MADAMA JOURDAIN

¡Ah!

COVIELLE

Y yo, Covielle, soy el que hace de intérprete.

MADAMA JOURDAIN

Siendo así, me rindo.

COVIELLE

Ahora, disimulad.

MADAMA JOURDAIN

¡Bien!... Hemos hablado y consiento en la boda.

JOURDAIN

¡Ya era hora de que todo el mundo se aviniera con la razón! ¡No queríais escucharle, y yo estaba seguro de que cuando supiérais lo que significa ser hijo del Gran Turco!...

MADAMA JOURDAIN

Me lo ha explicado y me ha convencido. Haced venir al notario.

DORANTE

Bien dicho. Y ahora, para mayor satisfacción vuestra y para desvanecer toda ocasión de celos, sabed que Dorimena y yo nos serviremos del mismo notario para testificar nuestro matrimonio.

MADAMA JOURDAIN

Cuenten con mi consentimiento.

JOURDAIN. (*Bajo, a Dorante.*)

¿Eso lo diréis para engañarla?

DORANTE. (*Bajo, a Jourdain.*)

Conviene que lo crea.

JOURDAIN

Bueno. Que avisen inmediatamente al notario.

DORANTE

Y mientras llega y ultima los contratos, que comience el bailable para divertir a su alteza.

JOURDAIN

Admirablemente pensado. Cada uno en su sitio.

MADAMA JOURDAIN

¿Y Nicolasa?

JOURDAIN

Se la otorgo al intérprete, y mi mujer a quien la quiera.

COVIELLE

Gracias, señor. (*Áparte.*) ¡Si puede hallarse hombre más loco, iré a contarle a Roma!

(*La comedia acaba con un bailable.*)



## PRIMERA SALIDA

Sale un hombre repartiendo el libreto del baile, e inmediatamente es acosado por un enjambre de individuos que gritan, cada uno con el acento peculiar de su provincia, demandando un libreto. Tres importunos lo persiguen, pisándole los talones. Música.

### DIALOGO DE LOS ESPECTADORES,

*que a compás de la música reclaman el libreto.*

#### TODOS

—¡A mí!

—¡A mí, señor!

—¡Por favor!

—Hacedle la merced de un libreto a este vuestro servidor...

#### UN JACARANDOSO

¡A ver!... Distinguidnos de la chusma voceadora y traed acá algunos ejemplares: estas damas os lo ruegan.

#### OTRO JACARANDOSO

¡Eh, buen hombre! Por caridad, repartid por este lado...

#### UNA DAMISELA

¡Qué poco caso hacen aquí de las personas distinguidas!

## OTRA DAMISELA

¡No hay libretos, ni asientos más que para busconas y grisetas!

## UN GASCON

¡No ce me escape, ceñó de los libretos! Ya beis que boy a echar el bofe, y que esta gente parece que quiere chancearse a mi costa... ¡No es un escándalo ver en manos de la canaya lo que a mí se me niega?

## OTRO GASCON

Eh, caramba, señor mío, ¡advertís con quien estáis! Dad un libreto al barón de Asbastat. Me parece que el fatuo no tiene el honor de conocerme.

## UN SUIZO

¡Señor repartidor de papeles!... ¡Qué quiere decir esto? Me han salido ya anginas de gritar, y no he podido conseguir un libro. Comienzo a creer que estáis borracho.

UN BURGUES, *viejo y parlanchín.*

¡Que nuestra hija, tan distinguida y cortejada, no logre obtener un libreto para enterarse del argumento del baile, es francamente desagradable! ¡No merecía la pena haber ataviado tan correctamente a la familia, para que la coloquen al fondo de la sala, donde no hay más que gentuza! ¡Todo esto es muy desagradable!...

UNA BURGUESA, *vieja y habladora.*

¡Verdaderamente, es una vergüenza, un sonrojo! ¡Esta no es manera de proceder! Ese hombre es un bruto, un animal, un caballo que no repara en las personas que como yo son el ornato del barrio; y que hace unos días, en el baile, un conde la eligió como dama. ¡Ese hombre es un bruto, un animal, un caballo!

—¡Qué bullicio!

—¡Qué estrépito!

—¡Qué zahurda!

—¡Qué algazara!

—¡Qué confusión!

—¡Qué desorden!

## GASCON

¡Diablo, yo no puedo más!

## OTRO

¡Dios me condene, que voy a reventar de rabia!

## SUIZO

¡Esto es salirse de madre!

## EL VIEJO

Vamos, sígueme, y no te separes de mí... Aquí no hacen caso de nosotros, y estoy harto de tanto bullicio. ¡Que me maten si vuelvo otra vez al teatro!... Vamos, sígueme.

## LA VIEJA

Anda, querido hijo mío: volvámonos a casa, y huyamos de esta baraúnda, que aquí no hay medio de que estemos sentados. Se quedarán con la boca abierta cuando vean que nos vamos; pero aquí hay tal barullo, que sería preferible hallarse en medio del mercado. Si yo vuelvo en mi vida, que me abofeteen. Anda, hijo mío: salgamos de este tundidero y volvámonos a casa a sentarnos.

## TODOS

—¡A mí!

—¡A mí, señor!

—¡Por favor!

—¡Hacedle la merced de un libreto a este servidor vuestro!

## SEGUNDA SALIDA

*(Los tres importunos bailan.)*

## T E R C E R A S A L I D A

## T E R C E T O D E E S P A Ñ O L E S

Sé que me muero de amor,  
y solicito el dolor.  
Aun muriendo de querer,  
de tan buen aire adolezco,  
que es más de lo que padezco  
lo que quiero padecer,

y no pudiendo exceder  
a mi deseo el rigor,  
sé que me muero de amor  
y solicito el dolor.

Lisonjéame la suerte  
con piedad tan advertida,  
que me asegura la vida  
en el rigor de la muerte.  
Vivir de su golpe fuerte  
es de mi salud primor.  
Sé que me muero de amor  
y solicito el dolor.

*(Seis españoles danzan.)*

#### TRES MUSICOS ESPAÑOLES

¡Hay qué locura, con tanto rigor,  
quejarse de amor;  
del niño bonito,  
que todo es dulzura!  
¡Ay qué locura!  
¡Ay qué locura!

#### UN ESPAÑOL, *cantando.*

El dolor solicita,  
el que al dolor se da,  
y nadie de amor se muere,  
si no quien no sabe amar.

## DOS ESPAÑOLES

Dulce muerte es el amor,  
 con correspondencia igual,  
 y si ésta gozamos hoy,  
 ¿por qué la quieres turbar?

## UN ESPAÑOL

Alégrese enamorado  
 y tome mi parecer,  
 porque en esto de querer  
 todo es hallar el vado.

## LOS TRES

Vaya, vaya de fiestas  
 vaya de baile,  
 alegría, alegría, alegría,  
 que esto de dolor es fantasía.

## CUARTA SALIDA

## ITALIANOS

*(Una cantante italiana dice este primer recitativo:)*

Di rigori armata il seno  
 contro Amor mi ribellai,

ma fui vinta en un baleno  
 in mirar due vaghi rai.  
 Ahi, che resiste puoco  
 cor di gelo a stral di fuoco!

Ma si caro e'l mio tormento,  
 dolce é si la piaga mia,  
 ch'il penare e'l mio contento,  
 e'l sanarmi é tirania.  
 Ahi, che piú giova é piace  
 quanto amor é piu vivace!

*(Salen cuatro tipos de la comedia italiana—dos scaramuches y dos trivelinos—, acompañados de un arlequín, los cuales, bailando, representan una de sus pantomimas.—Un músico se une a la cantante, y juntos cantan lo que sigue:)*

#### EL MUSICO ITALIANO

Bel tempo che vola  
 rapisce il contento,  
 d'Amor ne la scuola  
 si coglie il momento.

#### LA CANTANTE

Insi che florida  
 ride l'età,

che pur tropp'horrida  
da noi sen vá.

## LOS DOS

Sú cantiamo,  
sú godiamo,  
Né bei di gioventu:  
perduto ben non si racquista piu.

## MUSICO

Pupilla ch'é vaga  
mill'alm'incatena,  
fa dolce la piaga,  
felice la pena.

## CANTANTE

Ma poiche frigida  
langue l'etá,  
piú l'alma rigida  
fiamme non há.

## A DUO

Sú cantiamo, etc.

*(Tras del diüeto, los scaramuches y trivelinos  
bailan.)*



## QUINTA SALIDA

FRANCESES

*(Salen dos músicos, vestidos a la moda de Poitou,  
que danzan y cantan lo que sigue:)*

Primer minué.

MUSICO PRIMERO

¡Oh, qué agradable soto! Con su llama,  
el sol anima la espesura envuelta.

EL OTRO MUSICO

Y el ruiseñor, en la florida rama,  
entona el canto de su alegre vuelta.

Este paraje,  
este bosque,  
este rumor,  
nos invita al amor.

Segundo minué.

LOS DOS, a dúo.

Mirad, Dorina,  
sobre esa encina,  
cómo se arrullan los pajarillos enamorados;  
tan ardorosos,  
que no le inquietan otros cuidados.  
¡Oh, qué dichosos!...

Si en nuestros pechos afortunados  
abre el deseo su roja flor,  
gocemos ambos, apasionados,  
de las delicias del dulce amor.

*(Salen seis danzarines más, pomposamente ataviados: tres de hombres y tres de mujeres, y a los que acompañan ocho flautistas y un oboe. Minué.)*

### SEXTA SALIDA

*(El bailable termina con la salida de los personajes de las tres naciones, entremezclados, y con los aplausos de todos los asistentes, que, al son de la música, bailan y cantan estos dos versos:)*

¡Qué espectáculo más encantador!  
No se puede encontrar nada mejor.

FIN

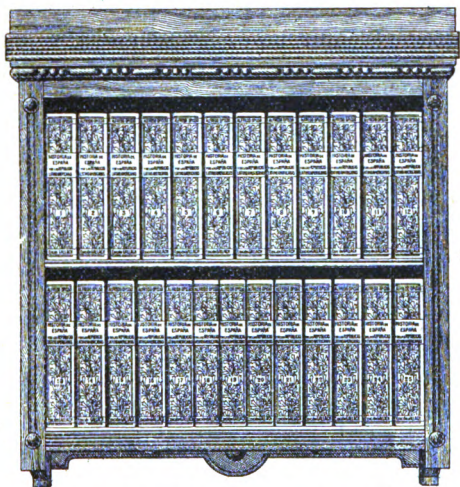
# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Acto I.....	9
— II.....	27
— III.....	58
— IV.....	121
— V.....	144

---





OBRA NUEVA

# HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LAS REPÚBLICAS LATINOAMERICANAS

ESCRITA POR EL ACADÉMICO

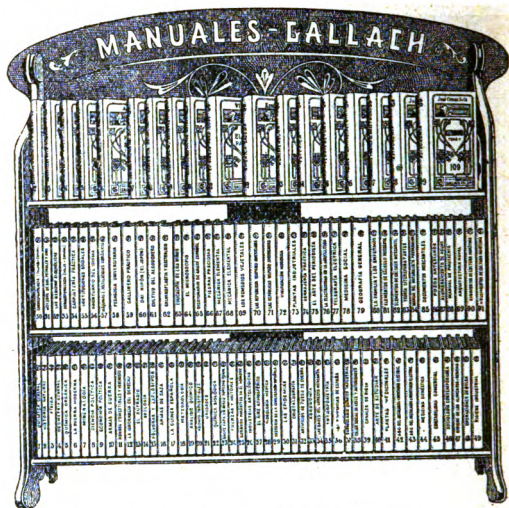
**D. ALFREDO OPISSO Y VIÑAS**

Consta de más de 8.000 páginas de nutrida lectura, ilustradas con unos 1.250 grabados intercalados, 100 preciosas láminas en negro, otras tantas en tricolor y numerosos mapas grabados expresamente.

25 HERMOSOS TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA:

120 PTAS. PAGADERAS A PLAZOS O AL CONTADO

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
Apartado 89. BARCELONA



La famosa colección, útil y económica,  
 :: de conocimientos enciclopédicos ::

# MANUALES GALLACH

Abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas; sus volúmenes describen asuntos de interés para grandes y pequeños, para literatos y artistas, para obreros y hombres de estudio, para artesanos y comerciantes, y su precio está al alcance de todos.

Llevamos publicados más de 100 números, y continuamente  
 ::—:: damos a luz nuevos e interesantísimos temas ::—::

PÍDANOS USTED LA LISTA DE TOMOS PUBLICADOS; LE GUSTARÁ CONOCERLA

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
 Apartado 89. BARCELONA



ENCOMIENDE  
USTED  
LA DEFENSA  
DE SUS  
INTERESES  
A LA  
NOTABILÍSIMA  
OBRA

# EL ABOGADO POPULAR

DEL CONOCIDO PUBLICISTA

D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA

---

## EL ABOGADO POPULAR

es una obra extensa, en la que su autor ha expuesto con claridad y concisión admirable todo cuanto se refiere a la vida legal del individuo y de la sociedad en España. Es una curiosa serie, de más de 8.000 consultas dialogadas, hechas por un cliente a su abogado y contestadas por éste, aclarando dudas y poniendo ejemplos sobre todos los casos de la vida, y ampliadas con nutridas secciones de modelos de escrituras, testamentos, recursos y escritos dirigidos a las autoridades, tarifas, aranceles, formulario jurídico, etc., etc.

Precio único de los seis tomos de que consta la sexta edición, a plazos o al contado, **73** pesetas.

---

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
Apartado 89. BARCELONA



# BIBLIOTECA DEL ELECTRICISTA PRÁCTICO

—  
—

## LA MEJOR ENCICLOPEDIA DE ELECTRICIDAD

Cuanto se sabe de la Electricidad; instalación de Centrales para la producción de fuerza y de luz; conducción de la energía; su aplicación a las industrias, a la Química, a la Metalurgia, a la Medicina y a la tracción, al telégrafo y al teléfono, a los servicios domésticos, etc., etc.,

### SE DOMINA PERFECTAMENTE

estudiando los volúmenes de esta colección, genuinamente española, redactada por autores especialistas, bajo la dirección de

### D. RICARDO CARO Y ANCHÍA

Licenciado en Ciencias fisicomatemáticas, Oficial de Telégrafos y Profesor de Electrotecnia y Telegrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.

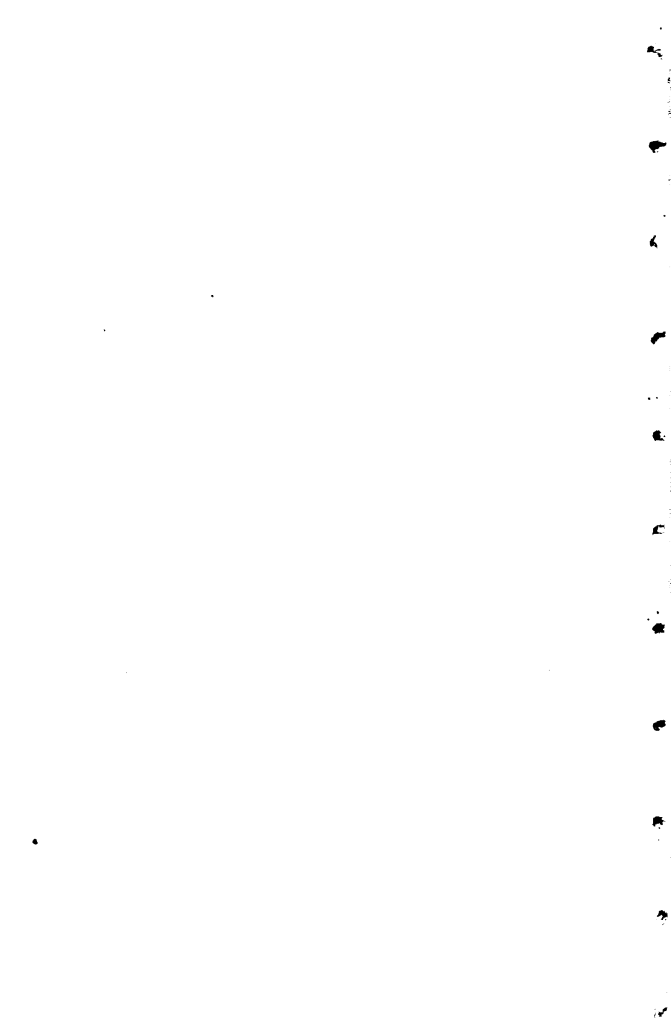
**30 tomos con más de 5.000 páginas en total, 1.800 figuras en el texto y láminas intercaladas en negro y en colores**

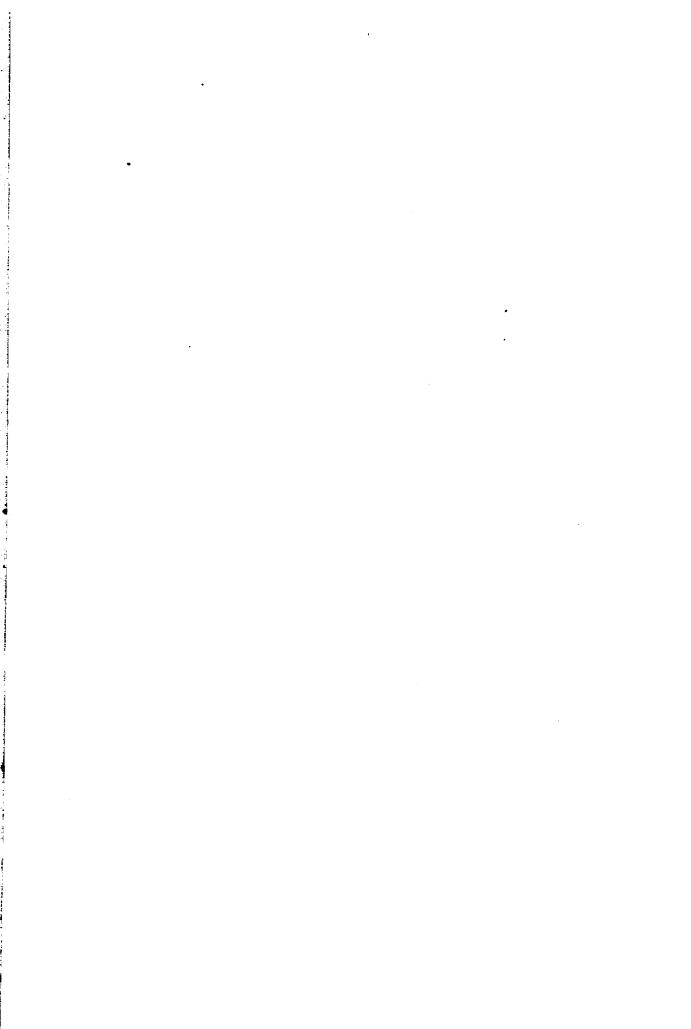
**60 PESETAS, A PLAZOS O AL CONTADO**

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
Apartado 89. BARCELONA









UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 044390828